

Dossier: La universidad en disputa.
Política, movimientos estudiantiles e intelectuales
en la historia reciente latinoamericana

Entrevista a José Rilla

Bibliográficas

Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Año 12, Volumen 12, 2020

Historia y problemas del siglo XX

contemporánea

Año 11, Volumen 12, 2020

Contemporánea (ISSN 1688-9746) es una revista académica de frecuencia anual con artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo XX en América Latina.



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY

Contemporánea se edita en Montevideo
con apoyo
de la Facultad de Humanidades y Ciencias
de la Educación, Universidad de la República.

Contemporánea
ISSN: 1688-9746

Edición al cuidado del equipo
de la Unidad de Comunicación y Ediciones
de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
de la Universidad de la República.

Dirección provisoria:
Archivo General de la Universidad de la República
Rodó 1827
CP 11200
Montevideo, URUGUAY
Teléfonos: (+598) 24009155

Por suscripciones y canjes comunicarse con revistacontemporanea2010@gmail.com

Comité editorial

Jimena Alonso, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Magdalena Broquetas, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Inés Cuadro, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
María Eugenia Jung, Archivo General de la Universidad de la República
Aldo Marchesi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación y Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Vania Markarian, Archivo General de la Universidad de la República
Diego Sempol, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Isabel Wschebor, Archivo General de la Universidad de la República
Jaime Yaffé, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

Editores de reseñas bibliográficas

Jimena Alonso, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Lucas D'Avenia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Comité asesor

Gerardo Caetano, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Álvaro Rico, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
José Rilla, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República y Universidad Centro Latinoamericana de Economía Humana

Comité académico

Uruguay

Clara Aldrighi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Alcides Beretta, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Magdalena Bertino, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Luis Bértola, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República

María Camou, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Carlos Demasi, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República
Adolfo Garcé, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Raúl Jacob, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
María Inés Moraes, Facultad de Ciencias Sociales y Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Benjamín Nahum, Facultad de Ciencias Económicas y de Administración de la Universidad de la República
Adela Pellegrino, Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República
Rodolfo Porrini, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República

Exterior

Carlos Aguirre, University of Oregon, Estados Unidos
Carlos Altamirano, Universidad Nacional de Quilmes, Argentina
Claudio Barrientos, Universidad Diego Portales, Chile
Isabella Cosse, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Fernando Devoto, Universidad de Buenos Aires, Argentina
Silvia Dutrenit, Instituto Mora, México
Eduardo Elena, Miami University, Estados Unidos
Carlos Fico, Universidad Federal de Río de Janeiro, Brasil
Paulo Fontes, Fundación Getulio Vargas, Brasil
Marina Franco, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Greg Grandin, New York University, Estados Unidos
Elizabeth Jelin, Instituto de Desarrollo Económico y Social, Argentina
Victoria Langland, University of California, Estados Unidos
Gerardo Leibner, Universidad de Tel Aviv, Israel
Pablo Piccato, Columbia University, Estados Unidos
Laura Reali, Universidad Paris VII, Francia
Eduardo Rey Tristán, Universidad de Santiago de Compostela, España
Marcelo Ridenti, Universidad Estadual de Campinas, Brasil
Luis Alberto Romero, Universidad Nacional San Martín, Argentina
Sinclair Thomson, New York University, Estados Unidos
Gonzalo Varela, Universidad Autónoma Metropolitana, México
Verónica Valdivia, Universidad Diego Portales, Chile
Peter Winn, Tufts University, Estados Unidos
Eric Zolov, Stony Brook University, Estados Unidos

Contenido

PRESENTACIÓN DE LOS EDITORES	7
DOSSIER: LA UNIVERSIDAD EN DISPUTA. POLÍTICA, MOVIMIENTOS ESTUDIANTILES E INTELLECTUALES EN LA HISTORIA RECIENTE LATINOAMERICANA	
Presentación de <i>Nicolás Dip</i> y <i>María Eugenia Jung</i>	9
Militancia, docencia y política en la prensa estudiantil del Instituto Superior de Educación Física del Uruguay 1960-1962, <i>Paola Dogliotti</i>	16
La disputa por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora 1967-1968, <i>Denisse de Jesús Cejudo Ramos</i>	35
Política, universidad y peronismo. Lecturas desde el caso de la FURN de La Plata 1967-1972, <i>Nayla Pis Diez</i>	52
Desarrollo, planificación y política universitaria. Proyecto y creación de la Universidad Nacional de Luján 1969-1972, <i>Analia Gómez</i>	68
La universidad como «campo de batalla». Tres escenarios de participación política de jóvenes católicos radicales anticomunistas en México 1934-1975, <i>Mario Virgilio Santiago Jiménez</i> ,	85
La lucha estudiantil por el ingreso a la Universidad de Buenos Aires durante la última dictadura en Argentina 1976-1983, <i>Guadalupe A. Seia</i>	102
Cuatro caminos de interpretación. Política, izquierda y cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana, <i>Nicolás Dip</i>	123
ENTREVISTA a José Rilla	139
VARIA	
El mito de la moderación de Videla: extensión social y funciones de una creencia compartida, <i>Daniel Lvovich</i>	154
BIBLIOGRÁFICAS	
Gabriel Bucheli. <i>O se está con la patria o se está contra ella. Una historia de la Juventud Uruguaya de Pie</i> Ramiro Bosca	174
Diego González Cañete. <i>Una revolución del espíritu. Política y esperanza en Frei, Eyzaguirre y Góngora en los años de entreguerras</i> , Gorka Villar Vásquez	176
Rodolfo Porrini Beracochea. <i>Montevideo, ciudad obrera. El tiempo libre desde las izquierdas (1920-1950)</i> , Lucía Siola	178

Rodolfo Gamiño Muñoz. <i>El Frente Estudiantil Revolucionario: antecedentes, nacimiento y represión,</i> Uriel Velázquez	180
Marcela Meneses. <i>¡Cuotas No! El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM,</i> Jaime Ortega	182
CONVOCATORIA: <i>Volumen 14, año 12</i>	185

Presentación de los editores

En este difícil contexto, publicamos nuestro 12.º volumen de *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*. No podemos más que agradecer a investigadores, evaluadores, diseñadoras y correctoras que en momentos de multiplicación del trabajo, han permitido la continuidad de nuestra revista.

Este número se abre con el *dossier* «La Universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales», coordinado por María Eugenia Jung, investigadora del Archivo General de la Universidad (AGU) de la Universidad de la República (Udelar) de Uruguay y por Nicolás Dip, investigador de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) de Argentina. El *dossier* está compuesto por siete artículos que, desde diversos espacios geográficos —Uruguay, México y Argentina—, renuevan y reconfiguran los estudios centrados en las universidades. De esta manera se incluyen trabajos que dan cuenta de las tensiones a la interna de los movimientos estudiantiles y de colectivos docentes (desde sectores de izquierda a sectores de derecha radical), así como discusiones más amplia de política universitaria, como los proyectos de creación y planificación de universidades.

En la sección Varia se incluye el trabajo del historiador argentino Daniel Lvovich (Universidad Nacional General Sarmiento), «El mito de la moderación de Videla: extensión social y funciones de una creencia compartida». Dentro del campo de investigación vinculado al tema de las actitudes sociales y los consensos de los regímenes autoritarios del Conosur, el autor se propone analizar cómo la creencia de que el general Videla era un militar moderado contribuyó a evitar la estructuración de

una oposición temprana al régimen, a partir de documentación producida por el Departamento de Estado y agencias de inteligencia norteamericanas y la embajada estadounidense en Buenos Aires.

En nuestra sección Entrevista, volvemos a incluir un investigador del ámbito nacional. Esta vez se trata de José Rilla, historiador, con una amplia trayectoria docente en la Facultad de Ciencias Sociales, Ciencias Económicas y en el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH). Egresado del Instituto de Profesores Artigas y del Doctorado en Historia en la UNLP. Fue decano decano de la Facultad de la Cultura del CLAEH hasta 2019, coordinador del Programa de Historia y director de *Cuadernos del CLAEH* e integra el Comité Académico de la Maestría en Historia Política de la Udelar. Es autor de varios libros de historia política del Uruguay, entre los que se encuentran *La mala cara del reformismo* (2002), dedicado a la política fiscal del batllismo; en colaboración con Gerardo Caetano, *El joven Quijano* (1986) y *Breve historia de la dictadura* (1987), entre otros. Su obra más destacada, *La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay 1942-1972* (2008) —producto de su tesis doctoral—, analiza la forma en que los partidos políticos usaron el pasado, en tres décadas claves de nuestra historia política entre la restauración democrática de 1942 y el avance autoritario de 1972.

Al cierre, como siempre, incluimos las reseñas bibliográficas de algunas de las investigaciones recientes de nuestro campo de estudios, tanto nacionales como del exterior. También encontrarán, la convocatoria para el *dossier* del número 14 a pu-

blicarse en mayo 2021, cuyo título es: «Mecanismos de represión: prácticas recurrentes del pasado y el presente», que será coordinado por Silvia Dutrénit Bielous (Instituto Mora, México) y Bianca Ramírez Rivera (Instituto Mora, México) y que tiene como plazo para la recepción de artículos el 15 de diciembre del 2020.

Nos volveremos a encontrar al finalizar el año con nuestro segundo número, que contará con un

dossier coordinado por Inés Cuadro Cawen (Udelar, Uruguay) y Marcela Vignoli (Universidad Nacional de Tucumán, Argentina) y dedicado a «Feminismos y antifeminismos en la región: discursos, estrategias de militancia, vínculos interpersonales e institucionales en las primeras décadas del siglo XX». Hasta el próximo número.

La universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales en la historia reciente latinoamericana

Nicolás Dip¹ y María Eugenia Jung²

La universidad como objeto de estudio ha ocupado un lugar de relevancia para las ciencias sociales latinoamericanas. Sin embargo, en los últimos años se observa una reconfiguración de este campo a partir de la ampliación y diversificación de sus intereses, enfoques y temas. La celebración en 2018 de los cien años de la Reforma Universitaria de Córdoba y el cincuentenario de las protestas sociales y estudiantiles de 1968, además de brindar la oportunidad para hacer un balance de la producción académica, dejó abierta una promisoriosa agenda de investigación. Los numerosos eventos académicos, artículos y libros publicados revisaron esos grandes acontecimientos, exploraron facetas menos conocidas y aportaron otras lecturas sobre temáticas ya transitadas.³ Así, múltiples aspectos de los avatares universitarios en América Latina fueron repensados a partir de nuevas miradas y preguntas: las derivas del reformismo, las dinámicas de la movilización estudiantil, la politización de los centros educativos, los debates sobre la transformación de las universidades, las implicancias de sus formas de gobierno, la democratización del acceso a la enseñanza superior y las relaciones entre universitarios, intelectuales y fuerzas políticas de izquierda a derecha, son algunos de los asuntos que abordaron estos análisis.

La renovación de los estudios sobre las universidades se enriqueció en parte gracias a los aportes de una nueva historia intelectual. Al ser un campo de estudios más que una disciplina, como indica Carlos Altamirano (2005), esta se practica de distintos modos y está exenta de fronteras fijas con otros saberes históricos, políticos y culturales. Desde una perspectiva amplia, incluye entre sus objeto de análisis las formas de producción y circulación de la producción intelectual en interrelación con otras esferas de la vida social.⁴ La confluencia de la historia intelectual con los estudios centrados en las universidades y los movimientos estudiantiles contribuyó a entender los ámbitos educativos como espacios en disputa, donde se anudan actores, redes y conflictos de diversa índole, los cuales comprenden desde dimensiones pedagógicas, científicas e institucionales hasta aspectos políticos, económicos, gremiales, juveniles y corporativos.

1 Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México; nicolasdip88@gmail.com.

2 Área de Investigación Histórica, Archivo General de la Universidad de la República; mariaeugeniajunggaribaldi@gmail.com.

3 Sin pretensión de exhaustividad, pueden mencionarse los trabajos, compilaciones o colecciones de Bonavena y Millán (2018), Cejudo y Santiago (2018), Pensado y Ochoa (2018), Draper (2018), Jiménez (2018), Bacolla, Mauro y Eujanian (2019) y Markarian (2019).

4 Cabe destacar dentro de este corpus los trabajos pioneros de los argentinos Terán (1991), Sigal (1991) y Sarlo (2001) que fueron particularmente influyentes en la región.

El presente dossier retoma este enfoque integral para problematizar la peripezia universitaria en la segunda mitad del siglo XX, sobre todo en los años sesenta y setenta, momento álgido de la Guerra Fría en la región y el mundo (Pettiná, 2018). En esas décadas, las universidades se convirtieron en centro de controversias para un amplio abanico de sectores, a tono con intercambios globales sobre el papel de las instituciones de educación superior. Así, mientras en la región los llamados reformistas y sus críticos, pertenecientes a una amplia gama de izquierdas, apuntaron a superar el perfil profesionalista, la escasa inserción en el medio y el insuficiente desarrollo de la investigación científica; otros grupos, frecuentemente alineados con las derechas políticas y sociales, también reclamaron cambios que permitieran superar las tendencias academicistas y doctorales, dieran respuesta a la masificación y terminaran con un ambiente de excesiva politización. Resulta evidente que estas posiciones no agotaron las discusiones de época ni las posturas en pugna, pero dan cuenta de cómo la radicalización y el enfrentamiento fueron tiñendo los alineamientos sobre el futuro de la educación superior. En este marco, el protagonismo de los activismos estudiantiles, en consonancia con otros movimientos que emergían en distintos puntos del planeta, se tornó en un dinamizador de la radicalidad que signó la vida universitaria latinoamericana. Esta situación fue motivo de preocupación y al mismo tiempo de interés tanto en medios académicos como del gobierno estadounidense que buscaron incidir en el terreno de la educación superior.

Recordemos que las controversias señaladas ocurrieron en un momento de creciente injerencia de los Estados Unidos en América Latina a causa del impacto cubano, que se expresó en el incremento del apoyo a órganos de represión estatal y mediante diversos mecanismos de asistencia técnica y financiera. En relación con las universidades, investigaciones recientes demuestran cómo desde los años cincuenta agencias gubernamentales, organismos multilaterales y fundaciones filantrópicas financiaron investigaciones, congresos y revistas al mismo tiempo que promovían sistemas de becas e intercambios entre académicos del norte y el sur. Los hallazgos de una renovada historiografía sobre la Guerra Fría, que repuso la agencia de los actores locales en las dinámicas políticas del conflicto bipolar y prestó atención a la circulación transnacional de ideas, personas y bienes simbólicos, diversificaron los análisis sobre las instituciones educativas y científicas (Grandin, 2011; Spenser, 2004). De la misma manera, la más reciente conceptualización de *Guerra Fría cultural* ha permitido explicar la compleja trama de vinculaciones entre organismos extranjeros, intelectuales y espacios académicos locales en convergencia con los intentos del gobierno y las agencias estadounidenses por incidir en el ámbito universitario, como parte de objetivos políticos más amplios respecto a la región (Calandra y Franco, 2012; Iber, 2015).⁵

En esa misma época, dentro y fuera de los claustros se discutió la necesidad de reorientar las universidades en función del desarrollo o, en algunos casos, de la transformación social. En este contexto, sectores de la izquierda y los progresismos latinoamericanos promovieron proyectos de cambio de las estructuras académicas que resignificaron distintos legados del reformismo.⁶ El antropólogo y educador brasileño Darcy Ribeiro quizá fue quien mejor sistematizó estas orientaciones bajo la consigna de la *Universidad Necesaria* para América Latina.⁷ A contrapelo de estos planes, surgieron otras iniciativas modernizadoras de perfil tecnocrático que apostaron a una oferta académica en función de sectores

5 También se puede consultar el *dossier* «Guerra Fría cultural en América Latina» que coordinaron Laura Ehrlich y Ximena Espeche en el volumen 23 de la revista *Prismas* (2019): <<https://www.redalyc.org/jatsRepo/3870/387061620005/html/index.html>>.

6 Sin agotar el listado de autores relevantes, pueden mencionarse los estudios de Carli (2014), Califa (2016), Buchbinder (2018) y Markarian (2018).

7 Ribeiro poseía una extensa trayectoria en gestión universitaria que había comenzado en Brasil y continuado en distintos países de América Latina luego del golpe de Estado de 1964 que lo obligó al exilio. En su itinerario, se destaca su protagonismo en la Universidad de la República de Uruguay bajo la gestión de Oscar Maggiolo y su asesoramiento al gobierno de

productivos y corporativos. Estudios recientes analizan cómo se fue conformando una concepción modernizante asociada a las derechas locales y las estrategias de Estados Unidos. Basta recordar documentos como el *Plan Atcon* (1963), fuente de inspiración de la reforma de sesgo conservador en varias universidades de la región, que desde mediados de la década del sesenta despertó grandes rechazos en sectores de izquierda y el movimiento estudiantil. Esta concepción tuvo su traducción más directa en la exitosa modernización del sistema universitario que llevó adelante el régimen militar brasilero en los años sesenta y setenta. Como demostró Rodrigo Patto Sá Motta (2014) en un documentado libro, la dictadura impulsó una política desarrollista de perfil tecnocrático y elitista que combinó la despolitización de los claustros y la erradicación de la disidencia con una profunda transformación de las estructuras universitarias.

En el marco de estos antecedentes, el dossier reúne siete estudios de investigadores de diversas procedencias disciplinares e instituciones académicas de América Latina, como la Universidad de la República, la Universidad Nacional de La Plata, la Universidad de Buenos Aires, la Universidad Nacional de Luján y la Universidad Nacional Autónoma de México. Cada uno trata problemáticas y casos distintos, pero en conjunto comparten cuatro líneas de análisis que a nuestro entender resultan claves para indagar en la politización de las universidades, los intelectuales y los movimientos estudiantiles en la historia reciente de la región. De esta manera, el dossier se presenta como una agenda de investigación que busca generar nuevas contribuciones al campo de estudios, a partir de orientaciones analíticas comunes, las cuales pueden sintetizarse en los siguientes tópicos:

Hilvanar redes más que concebir actores homogéneos y lineales. Los artículos nos proponen casos de países como Uruguay, Argentina, México y Chile desde abordajes teórico-metodológicos heterogéneos. Sin embargo, convergen en la necesidad de indagar las relaciones entre política y universidad a partir de redes sociales complejas, donde intervienen múltiples actores. Las experiencias estudiadas por cada uno de los autores son reconstruidas tomando en consideración espacios en los que participaron movimientos estudiantiles de diferentes niveles educativos, intelectuales, docentes, sindicatos, emprendimientos editoriales, fuerzas políticas regionales, nacionales y locales, entre otros sectores. Por esta razón, más que concebir grupos homogéneos con trayectorias lineales e independientes, estos estudios muestran que los discursos y las acciones de los actores político-universitarios deben entenderse en sus interacciones, conflictos y discusiones mutuas.

Proyectar la cuestión universitaria en un sentido amplio. El dossier deja planteada una serie de controversias sobre proyectos de universidad que involucraron a movimientos estudiantiles, intelectuales y otros grupos político-culturales. Lo interesante es que examinan la cuestión universitaria desde una perspectiva integral que contempla sus dimensiones académicas y políticas. En este sentido, presentan reflexiones sobre modelos de universidad en disputa en conexión con otros debates importantes asociados a esas disyuntivas, como la definición de los anclajes organizativos del movimiento estudiantil, las implicancias de las intervenciones políticas de los intelectuales y de las experiencias pedagógicas de los profesores universitarios.

Escapar al reduccionismo geográfico. En la historia reciente de las universidades, los movimientos estudiantiles y los intelectuales por lo general existe un sesgo en los estudios de caso que consiste en solo preocuparse por experiencias que ocurrieron en las ciudades capitales de cada país. En buena medida esto reproduce el esquema centro/periferia según el cual las «metrópolis» o «centros de vitalidad», en palabras de Edward Shils (1976), establecen relaciones de dominación y subordinación que en la

Salvador Allende en Chile. Esta experiencia quedó plasmada en trabajos que se editaron en distintos países de América Latina, como Argentina, México, Uruguay, Chile y Venezuela (Ribeiro, 1967; 1968; 1971; 1973).

mayoría de los casos son visualizadas con recelo por una diversidad de actores locales. Los trabajos del dossier proponen escapar a este tipo de reduccionismo desde dos vías: mediante el estudio de escalas locales donde intervinieron sectores universitarios con complejas relaciones con los centros capitalinos o a través de dimensiones transnacionales que indagan en debates más amplios que circularon por distintas universidades de la región.

Prescindir de delimitaciones unilaterales de las identidades políticas y de los recortes temporales. Los artículos analizan las universidades, los intelectuales y los activismos estudiantiles desde casos que contemplan fuerzas políticas de izquierdas, derechas e incluso corrientes que no pueden ubicarse fácilmente en una de esas clasificaciones dicotómicas. A la delimitación amplia del espectro político, se suma una selección temporal que si bien hace foco en los sesenta y setenta, recupera etapas precedentes que se remontan hasta la década del treinta o avanzan en períodos posteriores que llegan hasta los años ochenta del siglo pasado. Se busca trascender así las visiones recurrentes donde las experiencias son estudiadas solo alrededor de fechas emblemáticas como 1968 o desde identidades políticas que por lo general se reducen a la izquierda, por ser el espectro comúnmente asociado a los movimientos estudiantiles y los intelectuales.

Los ejes analíticos que hemos reseñado están presentes en distintos planos y con sus particularidades en los siete trabajos que integran el dossier. La compilación abre con el artículo de Paola Dogliotti, «Militancia, docencia y política en la prensa estudiantil del Instituto Superior de Educación Física del Uruguay 1960-1962», que indaga en la trayectoria de la Asociación de Estudiantes de esa entidad. A través de un relevamiento empírico y analítico de su periódico *Haz*, estudia sus idearios sobre la política, la docencia y su demanda de que el instituto pase a formar parte de la única universidad que existía en el país. El relevamiento de su prensa escrita le permite reconstruir la militancia del alumnado de educación física y rastrear los polos de identificación y oposición con la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay, tanto en lo que concierne al espíritu reformista compartido, como en las diferencias en la asociación entre política gremial y partidaria. El trabajo enfatiza la necesidad de no centrar solo las investigaciones en los acontecimientos de 1968 y en los años de predictadura, poniendo en evidencia que desde por lo menos una década antes se venía articulando un proceso complejo de luchas, expectativas y descontentos en el activismo estudiantil de Uruguay.

El siguiente texto de Denisse Cejudo Ramos, «La disputa por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora 1967-1968», aborda una experiencia local en el marco de los debates nacionales y globales que involucraron al movimiento estudiantil mexicano. De esta manera, reconstruye las distintas tendencias políticas que pugnar por la dirección de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora a fines de los sesenta. El análisis se diferencia de los enfoques que explican los activismos estudiantiles desde la centralidad del movimiento de protesta de 1968 en lo que entonces era el Distrito Federal. La autora muestra con una fuerte evidencia empírica que la trayectoria de la Federación revela una actividad política local compleja y reacia a lo que aconteció en la capital del país. El trabajo concluye que a la luz del caso de Sonora es posible afirmar que el movimiento estudiantil del Distrito Federal estuvo lejos de ser el eje causal, organizativo y discursivo de las experiencias ocurridas en los estados mexicanos.

Nayla Pis Diez, por su lado, analiza en «Política, universidad y peronismo. Lecturas desde el caso de la FURN de La Plata 1967-1972» una parte importante del itinerario político-académico de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional. El estudio debate con la bibliografía que asocia la radicalización y peronización del movimiento estudiantil argentino con la disolución de la cuestión universitaria. Por eso, es un esfuerzo por demostrar cómo el peronismo de la Universidad Nacional de

La Plata se preocupó por controversias específicas sobre universidad. Para la autora, la revalorización del espacio académico durante el régimen militar de la «Revolución Argentina» implicó el distanciamiento de la Federación de sectores que solo hacían hincapié en las reivindicaciones gremiales de los estudiantes y en el modelo de gestión reformista de las universidades. Un aspecto interesante del artículo es cuando resalta que frente a las revueltas juveniles globales de los sesenta, las organizaciones estudiantiles peronistas de La Plata enfatizaron su propia identidad con la negación de cualquier punto en común con sus pares europeos y norteamericanos.

En «Desarrollo, planificación y política universitaria. Proyecto y creación de la Universidad Nacional de Luján 1969-1972», Analía Gómez estudia el proceso de creación de dicha casa de estudio durante la dictadura de la «Revolución Argentina». El caso se ubica en las disputas sobre los modelos de desarrollo y los proyectos de modernización universitaria que circularon en esos años en la región. La Universidad Nacional de Luján evidencia la existencia de un conjunto de planteos contrapuestos a las propuestas reformistas sostenidas por el complejo universo de las izquierdas. Estos planes fueron sustentados por técnicos y representantes gubernamentales del período desde postulados donde convergían derechas locales con consultores y agencias estadounidenses. Su propósito era frenar la politización de los centros de estudio y adecuar las instituciones de enseñanza a los requerimientos del desarrollo nacional. El trabajo muestra cómo durante la edificación de la institución se produjeron modificaciones sustantivas tanto en la naturaleza como en los alcances previstos en la planificación inicial, a causa de la necesidad de conciliar los intereses, en ocasiones contrapuestos, de actores locales, corporativos, políticos y académicos. En definitiva, el estudio concibe a creación de la universidad como un espacio de disputa donde intervinieron orientaciones ideológicas contrapuestas.

El quinto artículo, de Mario Santiago Jiménez, «La universidad como “campo de batalla”. Tres escenarios de participación política de jóvenes católicos radicales anticomunistas en México 1934-1975», cruza el corpus historiográfico de las religiones, las universidades y las derechas. Desde estos campos, combina un enfoque de larga duración con el estudio de coyunturas específicas en tres escenarios geográficos (Guadalajara, Puebla y Ciudad de México), donde actuaron jóvenes universitarios católicos de matriz integralista nucleados en organizaciones «secreto-reservadas». El autor muestra la manera en que estos sectores consideraron al ámbito educativo como un frente de batalla contra las tendencias secularizadoras del Estado revolucionario mexicano y la izquierda. Este proceso involucró a distintos actores políticos y sociales con intereses particulares e iniciativas que se tradujeron en algunos casos en la creación de universidades privadas y católicas. Las experiencias juveniles abordadas permiten vislumbrar las transformaciones de las derechas de raigambre católica en México y su proceso de radicalización, en consonancia con los dilemas ideológicos de la Guerra Fría.

En el anteúltimo trabajo, «La lucha estudiantil por el ingreso a la Universidad de Buenos Aires durante la última dictadura en Argentina 1976-1983», Guadalupe Seia indaga en la rearticulación del movimiento estudiantil porteño durante el autodenominado Proceso de Reorganización Nacional. El proyecto dictatorial buscó erradicar la politización de los años sesenta y setenta al afrontar los problemas de masificación y «sobredimensionamiento» de los centros universitarios. Por eso impuso exámenes y cupos de ingreso al tiempo que procuró redireccionar la matrícula hacia distintas unidades académicas del país. En este marco, la autora analiza la forma en que los activistas de la Universidad de Buenos Aires desplegaron repertorios de protesta contra esas medidas del régimen. Las luchas se inscribían en la larga tradición del movimiento estudiantil argentino por la defensa de la gratuidad y el libre acceso a la enseñanza superior. Finalmente, el texto muestra cómo las protestas del estudiantado

porteño se fueron articulando desde demandas específicas para paulatinamente sumarse al frente opositor a la dictadura.

El dossier concluye con el texto de Nicolás Dip titulado «Cuatro caminos de interpretación. Política, izquierda y cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana». El artículo toma como referencia a experiencias de politización de estudiantes, profesores e intelectuales de la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de Chile y la Universidad Nacional Autónoma de México. Su hipótesis es que durante los años sesenta y sesenta América Latina estuvo signada por un «hervidero» de discursos de izquierda que planteaban que la universidad estaba en crisis y era imperioso modificarla. Desde este encuadre, el artículo sistematiza cuatro líneas de análisis sobre la base de los casos de Argentina, Chile y México para impulsar futuros trabajos empíricos en la temática que sean capaces de: 1) indagar conjuntamente dimensiones políticas y académicas en las controversias sobre universidad; 2) reconstruir las redes transnacionales de esos debates; 3) investigar los significados que otorgaron las fuerzas de izquierda a la Reforma Universitaria de 1918 al cumplirse sus cincuenta años en 1968; y 4) concebir a esas vertientes en un campo de interacciones múltiples, donde participaron y discutieron conjuntamente actores que muchas veces son escindidos bajo las categorías de «vieja» y «nueva» izquierda.

Por el tratamiento dado a los casos, tópicos y problemas precedentes, las investigaciones que presentamos dan cuenta del crecimiento de la bibliografía académica sobre la historia reciente de las universidades, los movimientos estudiantiles y los intelectuales en Latinoamérica. No obstante, también son una muestra de los interrogantes, deudas pendientes y desafíos que suscita en la actualidad el campo de estudios. Una cuestión relevante que queda de manifiesto es que si bien crecieron los análisis de casos puntuales, aún se requiere avanzar más en la reconstrucción de las circulaciones de los debates sobre universidad en conexión con múltiples escalas, ya sean locales, nacionales, regionales o globales. Esta tarea a su vez necesita tener en consideración mayores matices e intersecciones entre las diversas corrientes políticas en pugna, sin perder de vista a izquierdas, derechas e incluso a otras vertientes que no pueden identificarse fácilmente en esas dicotomías. La propuesta del dossier espera ser una contribución a estos desafíos que indudablemente precisan de una mayor convergencia de investigadores de distintos países de América Latina.

Referencias bibliográficas

- ALTAMIRANO, C. (2005). *Para un programa de historia intelectual y otros ensayos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- ATCON, R. P. (1963). La Universidad latinoamericana: clave para un enfoque conjunto del desarrollo coordinado social, económico y educativo en América Latina. *ECO. Revista de la Cultura de Occidente*, VII, 1-169.
- BASCOLLA, N.; MAURO, D. y EUJANIAN A. (2018) *Dimensiones del Reformismo universitario*. Rosario: Humanidades y Artes Ediciones-H y A Ediciones. 7 volúmenes.
- BONAVENA, P. y MILLÁN, M. (2018) (Eds.). *El '68 latinoamericano. A 50 años de Tlatelolco. Movimientos estudiantiles, política, cultura, historia y memoria*. Buenos Aires: Clacso-IIGG.
- BUCHBINDER, P. (2018). El sistema universitario argentino y sus tensiones y transformaciones entre los sesenta y setenta: reflexiones a propósito de los debates en torno al plan Maggiolo. En: M. E. JUNG, M. L. MARTÍNEZ y P. PAROLI (Eds.). *50 años del plan Maggiolo. Historia, testimonios y perspectivas actuales*. Montevideo: Ediciones Universitarias, Universidad de la República.
- CALANDRA, B. y FRANCO, M. (Eds.) (2012). *La Guerra fría cultural en América Latina. Desafíos y límites para una nueva mirada de las relaciones interamericanas*. Buenos Aires: Biblos.
- CALIFA, J. S. (2016). A la Universidad con banderas reformistas. Los comunistas y la reconquista de la Universidad de Buenos Aires, 1968-1972. *E-L@TINA. Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 14. Recuperado de <<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/elatina/article/view/1947>>.

- CARLI, S. (Dir.) (2014). *Universidad pública y experiencia estudiantil. Historia, política y vida cotidiana*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- DRAPER, S. (2018). *México 1968. Experimentos de la libertad. Constelaciones de la Democracia*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- EHRlich, L. y ESPECHE, X. (Coords.) (2019). Guerra fría cultural en América Latina: prácticas del saber en conflicto. *Prismas. Revista de Historia Intelectual*, 23 (2), 173-181. Recuperado de <<https://ediciones.unq.edu.ar/539-prismas-no-23-2019.html>>.
- GRANDIN, G. (2011) *The last colonial massacre. Latin America in the Cold War*. Chicago: Chicago University Press
- IBER, P. (2015). *Neither Peace nor Freedom. The Cultural Cold War in Latin America*. Cambridge (MA)-Londres: Harvard University Press.
- JIMÉNEZ GUZMÁN, H. (2018). *El 68 y sus rutas de interpretación*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- JUNG, M. E. (2019). Derechas y universidad en los sesenta. Lecturas inspiradoras y modelos universitarios: Tres estudios de caso en Uruguay y Argentina. *Cuadernos de Marte*, 10 (17). Recuperado de <<http://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/cuadernosdemarte>>.
- MARKARIAN, V. (2018). Tres partes y tres fuentes. Un ensayo de ubicación del Plan Maggiolo en el contexto intelectual del Uruguay de los sesenta. En: M. E. JUNG, M. L. MARTÍNEZ y P. PAROLI (Eds.). *50 años del plan Maggiolo. Historia, testimonios y perspectivas actuales*. Montevideo: Ediciones Universitarias, Universidad de la República.
- (2019). Uruguay, 1968. Algunas líneas de análisis derivadas del estudio de la protesta estudiantil en un país periférico. *Espacio, Tiempo y Educación*, 6 (1), 129-143. Recuperado de <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6772271>>.
- PENSADO, J. y Ochoa, E. (Eds.) (2018). *México Beyond 1968. Revolutionaries, Radicals, and Repression during the Global Sixties and Subversive Seventies*. Tucson: The University of Arizona Press.
- PETTINÀ, V. (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- RIBEIRO, D. (1967). *La universidad necesaria*. Buenos Aires: Galerna.
- (1968). *La universidad latinoamericana*. Montevideo: Universidad de la República.
- (1971). *La universidad latinoamericana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- (1973). *La universidad nueva. Un proyecto*. Buenos Aires: Ciencia Nueva.
- SÁ MOTTA, R. P. (2014). *As universidades e o regime militar. Cultura política brasileira e modernização autoritária*. Río de Janeiro: Zahar.
- SANTIAGO, M. y CEJUDO, D. (Coord.). *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968*. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- SARLO, B. (2001). *La batalla de las ideas*. Buenos Aires: Ariel.
- SHILS, E. (1976). *Los intelectuales en los países en desarrollo*. Buenos Aires: Ediciones Tres Tiempos.
- SIGAL, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- SPENSER, D (Ed.) (2004). *Espejos de la Guerra Fría. México, América Central y el Caribe*. Ciudad de México: Ciesas/Miguel Ángel Porrúa.
- TERÁN, O. (1991). *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Puntosur.

Militancia, docencia y política en la prensa estudiantil del Instituto Superior de Educación Física del Uruguay 1960-1962

Militancy, Teaching and Politics in the Student Press of the Higher Institute of Physical Education of Uruguay 1960-1962

Paola Dogliotti¹

Resumen

Este trabajo se propone una indagación sobre la Asociación de Estudiantes del Instituto Superior de Educación Física del Uruguay (Aeisefu) a inicios de la década del sesenta, a través de su prensa escrita. Se analiza cómo se configura el sujeto estudiantil en el marco del movimiento estudiantil de inicios de la década, la articulación entre la posición militante y docente, la tensión entre lo político y la política partidaria en un contexto de reivindicaciones, entre la que se destaca el pasaje de ISEF a la Universidad. A través de sus páginas se muestra que los estudiantes de ISEF, si bien no eran estudiantes universitarios, tejieron vínculos con ellos y no eran ajenos a la situación que vivía el país, sino que formaban parte del movimiento estudiantil con similitudes y divergencias. A través del periódico estudiantil se articulaban aspectos misionales de la posición de educador con la de militante.

Palabras clave: sujeto estudiantil, inicios década sesenta, militancia, docencia.

Abstract

This paper proposes an inquiry into the Student Association of the Higher Institute of Physical Education of Uruguay (Aeisefu), in the first years of the 1960s, through his written press. It discusses how the student subject is set up within the framework of the student movement early in the decade, the articulation between militant and teaching position, the tension between political and partisan politics in a context of claims, highlighting the ISEF passage to the University. Its pages show that ISEF students, while not college students, weaved ties with them and were not alien to the situation that the country was living in, but were part of the student movement with similarities and divergences. The student newspaper articulated missionary aspects of the position of educator with that of militant.

Keywords: student subject; early 60s, militancy, teaching.

Recibido: 10/12/2020. **Aceptado:** 13/4/2020

¹ Departamento de Enseñanza y Aprendizaje del Instituto Superior de Educación Física, Universidad de la República. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de la República; paoladogliottimoro@gmail.com.

Introducción

En este estudio se propone una indagación sobre la Asociación de Estudiantes del Instituto Superior de Educación Física del Uruguay (Aeisefu) a inicios de la década del sesenta, a través fundamentalmente de su prensa escrita. Como parte de una investigación más amplia,² se analiza específicamente aquí como se configura el sujeto estudiantil en el marco del movimiento estudiantil³ de ese período (1960-1962), la articulación entre la posición militante y docente, la tensión entre lo político y la política partidaria en un contexto de reivindicaciones entre la que se destaca el pasaje del Instituto Superior de Educación Física (ISEF) a la Universidad.

El ISEF en ese momento era la única institución pública donde se impartía la carrera de profesor de educación física a nivel nacional. Ubicado en la ciudad de Montevideo, fue inaugurado como Curso de Profesores de Educación Física el 3 de mayo de 1939, por decreto del poder ejecutivo en acuerdo con el Ministerio de Instrucción Pública, bajo la órbita de la Comisión Nacional de Educación Física (CNEF). Esta última creada el 7 de julio de 1911 por Decreto-ley n.º 3798, en la segunda presidencia de José Batlle y Ordóñez con el cometido de hacerse cargo de la promoción y desarrollo de la «cultura física» a nivel de todo el país. Se le asignó al Curso el nombre de ISEF en el año 1952. Desde su creación hasta su pasaje a la Universidad de la República (Udelar) en 2006 dependía de la CNEF, órgano este último que dependió a lo largo del siglo XX de los diversos modos de denominación del ministerio de educación.⁴

En 1956 se creó la Asociación de Estudiantes de ISEF. Así es relatada su creación y otros hechos en conexión con la aprobación en octubre de 1958 de la Ley Orgánica de la Universidad (Uruguay, 1958), por un egresado del ISEF que fue estudiante en esa década:

La Aeisefu fue creada en 1956, bajo la presidencia de la estudiante de 2.º año, Hilda Trillo, en 1958, ante la aplicación de un nuevo Plan de Estudios, conjuntamente con el anterior y por serias discrepancias con el Nuevo, declaramos la Primera Huelga del ISEF, perdimos todo el período de exámenes de julio y finalmente se dio la opción a los estudiantes de presentarse a examen por uno u otro Plan. Se instalaron además del examen común, *El Especial* para quienes no llegaran al promedio final de BR y el libre, por faltas o no llegar a R. Paralelamente la FEUU⁵ declaró una huelga generalizada, por la Ley Orgánica y en ese momento nos conectamos con ellos para intentar la incorporación del ISEF a la Universidad, fueron unos tibios intentos ya que ellos no tenían ni idea de lo que era el Instituto y estaban en otra onda, sin embargo en una movilización en la plaza Cagancha, nosotros salíamos de una asamblea realizada en el local de la Asociación de la Prensa y nos apalearon y gasearon al barrer (Leite, 2010, la mayúscula es del autor⁶).

El testimonio da cuenta de un clima de época, de comienzos de movilizaciones importantes por parte del orden estudiantil y de los primeros intentos de pasaje del ISEF a la Universidad.

Las principales fuentes seleccionadas son: la revista *El Haz*, primer periódico estudiantil del ISEF; un blog denominado *El Haz de ISEF* confeccionado por estudiantes de la generación del sesenta quienes fueron sus impulsores; un intercambio con informante calificada de esa generación mediante a la cual accedimos

2 Trata sobre las tensiones y préstamos entre normalismo y universidad y entre lo profesional y lo académico en el Instituto Superior de Educación Física entre 1948 y 1970 (Dogliotti, 2018).

3 Según Sandra Carli (2012, p. 55) «la figura de la “juventud universitaria”, heredera del imaginario reformista, se renovó nuevamente en la trama de los debates y acontecimientos universitarios de los años sesenta y setenta en América Latina bajo la figura del “movimiento estudiantil”».

4 Recién comenzado el siglo XXI se convirtió en una Dirección Nacional de Deportes ubicada primero en el Ministerio de Deporte y Juventud y luego en el Ministerio de Turismo y Deporte. Actualmente se convirtió en una Secretaría Nacional del Deporte en la órbita de Presidencia de la República.

5 Federación de Estudiantes Universitarios de Uruguay.

6 Disponible en <<http://hazdelisef.blogspot.com.uy/2010/>>.

a los tres únicos números hallados del periódico de los años 1960 a 1962, y una publicación escrita de otro estudiante de la misma generación que relata experiencias de ISEF abarcando ese período (Lodeiro, 1989).

En una investigación de la región que analiza la cultura escolar en la formación de los profesores de educación física y selecciona para ello, al igual que este estudio, la prensa estudiantil, se plantea que

es posible reconocer al *Tam Tam* como un espacio de materialización de los discursos, las normas y los valores de la cultura escolar del INEF⁷ Gral. Belgrano. Si bien la historiografía sobre la prensa estudiantil señala que la voz de los estudiantes se presenta, generalmente, como un discurso alternativo al ofrecido oficialmente por la institución, el *Tam Tam* muestra algunas particularidades que permiten pensar que su rol (aun siendo escrito por estudiantes) implicó el refuerzo de la voz oficial (Martínez, Melano y Aisentein, 2016, p. 4)

A partir de este señalamiento, nos preguntamos en esta investigación, cuán distante o cercana estaba la voz de los estudiantes del *Haz* del discurso oficial del ISEF y de la CNEF, en qué aspectos difería y en qué puntos mostraba sintonía.

A diferencia del caso argentino, *El Haz* era un periódico gremial de la Aeisefu, la voz era la de un sujeto político.⁸ Bajo el título *Breve historia del ingreso del ISEF a la Universidad de la República* Ricardo Ferré⁹ relata en el Blog *El Haz de ISEF*.

Pero fue en el año 1960 cuando la asociación de estudiantes, llamada Aeisefu, se afirmó y comenzó sus luchas. Entre los pioneros se encontraban Bladimiro Mestre,¹⁰ Carlos Moreno,¹¹ Luis Franco¹²

7 Instituto Nacional de Educación Física.

8 Como se constata en la siguiente cita, la voz en general era la de un sujeto masculino. Esto fue una característica general del movimiento estudiantil universitario por lo menos hasta mediados de los sesenta. Así lo expresa Mark van Aken (1990, p. 118): «En líneas generales el de FEUU es un mundo masculino. Muy pocas mujeres aparecen en los niveles más altos del movimiento estudiantil. Desde 1955, solo una mujer ha tenido un puesto en el Secretariado».

9 Nació el 2/12/1935, ingresó a ISEF en 1960 con 24 años de edad y egresó en 1963 (Ferré, 1960-1963). Según datos proporcionados por Arnaldo Gomensoro (secretario del gremio a partir de 1964), fue el principal impulsor y re creador del gremio estudiantil de ISEF, era considerado como el «intelectual» de esa generación y con una formación política madura. Fue el principal redactor de *El Haz*. Cayó preso en el período de la dictadura civil-militar por su adhesión al Movimiento de Liberación Nacional-Tupamaros. Luego de la cárcel se radicó en Suecia donde se dedicó a las matemáticas en la Universidad de Lund. Ya en democracia regresó. Está radicado en Piriápolis y adhiere a la corriente que sigue al extupamaro Jorge Zabalza.

10 Según datos proporcionados por Arnaldo Gomensoro, era un estudiante también mayor, que no pudo finalizar sus estudios. En 1965 estaba dando exámenes de segundo año. Pertenecía a la Unión de la Juventud Comunista de Uruguay (UJC). Se ha radicado en 1967 o 1968 en Quebec (Canadá), donde se dedicó a la enseñanza de la natación. En sus venidas a Montevideo, ha dictado charlas sobre el tema, superando el criterio prevaleciente desde 1915 (Prof. Amador Franco) y 1924 (Prof. Coltan, Young Men's Christian Association, EEUU) de que enseñar a nadar es enseñar un estilo, criterio corroborado en la década del sesenta por el Prof. Juan Santángelo (h) (especializado también en EEUU). Él sostiene que aprender a nadar es aprender a dominar el agua y así es su método.

11 Según datos proporcionados por Arnaldo Gomensoro, compartió la generación de 1963, no pudo finalizar sus estudios. Oriundo de Paysandú donde fue dirigente del Centro Único de Estudiantes Sanduceros (CUEDES). De filiación comunista. Trabajó durante muchos años en la Asociación Cristiana de Jóvenes (Unidad Centro) y luego en la Intendencia de Montevideo, en la Secretaría de Deportes, en el área logística.

12 Nació el 10/8/1944, ingresó al ISEF en 1962 con 17 años de edad y egresó en 1966 (Franco, 1962-1966). Según datos proporcionados por Arnaldo Gomensoro, fue un estudiante destacado por su inteligencia y madurez, se especializó en una disciplina recién ingresada en Uruguay, como fue el karate. Entre 1964 y 1966 fue vicepresidente del gremio estudiantil y activo protagonista en la ocupación estudiantil del ISEF en 1965. En 1971 y por su especialidad integró la custodia del general Liber Seregni como candidato del Frente Amplio. Dentro de la izquierda se consideraba independiente. Luego fue arrestado y fruto de ello se radicó en París. Luego del retorno a la democracia volvió a Montevideo, dirigió en la Administración Maglione (1985-1990) la audición en Canal 5 que tenía la CNEF. Se dedicó a la somatoterapia y organizó congresos y cursos. Dirigió un gimnasio y lideró una organización no gubernamental (sos Papá) que agrupaba a los padres divorciados y con problemas de acceso a sus hijos. Se alejó de la izquierda y fue candidato a la Intendencia por un pequeño partido (Verde Ecologista). Sigue radicado en Francia y se dedica a aspectos de la tercera edad y la ecología.

y el que suscribe. En el año 1961 se explicitó la solicitud de ingreso de la Aeisfu a la Federación de Estudiantes Universitarios del Uruguay (FEUU) que fue otorgada al principio como delegación observadora. El delegado de la Aeisfu, que se desempeñó brillantemente e intervino en varias instancias de la federación fue Carlos Moreno. Ya entonces la Aeisfu expresó su reivindicación de que el ISEF fuera incorporado a la Universidad de la República (Ferré, Blog *El Haz de ISEF*, 19 noviembre 2010).

Este desafío va a teñir y tejer las acciones estudiantiles no solo a lo largo de las páginas del *Haz* en los años 1960 a 1962 como analizamos en este trabajo, sino que va a emerger en forma exponencial con la huelga y ocupación estudiantil en el año 1965.¹³ Quizás el periódico haya sido uno de los principales antecedentes de esos hechos. Las vinculaciones con el movimiento estudiantil universitario fueron un tanto intermitentes y si bien comenzaron en la década anterior tomaron mayor espesura a inicios de los sesenta.

En el primer lustro de la década del sesenta, a partir de la implantación de los gobiernos colegiados del Partido Nacional (1959-1962 y 1963-1966) la política económica y social se caracterizó por la implantación de los primeros rasgos de un modelo económico liberal y la desarticulación paulatina del proteccionismo batllista acompañado de antiindustrialismo, el abandono de las prácticas proteccionistas a nivel social, la reforma cambiaria, monetaria y del sistema tributario. Esto se acompañó con el deslizamiento definitivo a la órbita de influencia estadounidense con nuevos criterios de seguridad nacional; gran capacidad de negociación y movilización de gremios y sindicatos a causa de su mayor organización y unificación; crecimiento numérico del movimiento estudiantil —fundamentalmente de enseñanza media— y la profundización en su politización y su cercanía con el movimiento obrero; cambios significativos en las izquierdas partidarias (formación de frentes programáticos y electorales) que, de todos modos, apenas alcanzaron un 9 % de representatividad electoral y el surgimiento de las primeras organizaciones partidarias de la lucha armada influidas por la Revolución Cubana y la ruptura chino-soviética. El retroceso de las prácticas de concertación social y la emergencia de recursos menos equitativos de distribución del ingreso —agravado por la profundización de la crisis económica y la inflación como problema endémico— provocaron una agitación social persistente (Nahum, Frega, Maronna y Trochón, 1991, pp. 13-14; Broquetas, 2016, pp. 146-147).

No era la primera vez que Uruguay atravesaba una crisis económica y tampoco esta se distinguía por ser la de mayor entidad. Sin embargo, los contemporáneos vivieron el cambio de década, de los cincuenta a los sesenta, como una encrucijada histórica que debía aprovecharse para repensar a fondo el modelo de país. Inmersas en una realidad que no siempre distinguía el adentro del afuera, fueron muchas y de muy diversos orígenes las voces que anunciaron el fin de una época y el inminente comienzo de una etapa nueva (Broquetas, 2016, p. 147).

A diferencia de la mayoría de los estudios históricos, politológicos y sociológicos que han identificado elaboraciones teóricas y prácticas violentas por parte de las izquierdas o del Estado a partir del año 1968,¹⁴ Magdalena Broquetas (2014, 2016) evidencia en el primer lustro de la década del sesenta la paulatina consolidación en el Uruguay de una reacción de las derechas¹⁵ (con conexiones y redes con pares americanos y europeos e influenciada y modulada por la injerencia de Estados Unidos, en un momento donde la percepción de crisis interna estaba sobredimensionada por el contexto de la Guerra Fría).

13 Si bien no se aborda en este trabajo, es importante destacar que entre 1965 y 1966 se sucedieron una serie de hechos que fueron los de mayor conflictividad de la década del sesenta. A partir de la huelga y ocupación de ISEF por parte de los estudiantes que tenía como principal reivindicación el pasaje a la Universidad, el gobierno conservador del momento dictaminó la intervención del Instituto que duró unos catorce meses. Esta comenzó por resolución del Poder Ejecutivo n.º 907 del 7 de setiembre de 1965 y fue designado en calidad de interventor el teniente coronel Washington López Ramírez quien se desempeñaba en ese momento en la Jefatura de Estudios de la Escuela Militar (Dogliotti, 2018).

14 En un momento de apogeo de las organizaciones de la izquierda armada y de la adopción de legislación de excepción para la contención de la protesta social.

15 Compuesto por un complejo de movimientos y organizaciones políticas, sociales y culturales, así como por sectores partidarios y facciones militares derechistas, en su mayoría ignorados o apenas conocidos por la historiografía uruguaya.

Todo este contexto de polarización política incidió en el movimiento estudiantil uruguayo. Son varias las investigaciones que lo abordan, la mayoría ubicadas en el punto cúlmine de la década, en 1968, entre las que destacamos: Vania Markarian (2012), Eduardo Rey Tristán (2002), Gonzalo Varela Petito (2002), Jorge Landinelli (1989), Carlos Bañales y Enrique Jara (1968); solo ubicamos a inicios de los sesenta el estudio de Van Aken (1990).

Si bien en 1968 y los años siguientes predictadura se produjo un corte singular en la densidad y tipo de movilización del movimiento estudiantil uruguayo, este no puede ser entendido sin el proceso de acumulación de descontentos, luchas y expectativas desarrollados por lo menos desde una década antes (Markarian, 2004, pp. 21-25) cuando la emergencia del movimiento estudiantil como sujeto político ancla sus raíces (Romano, 2010, pp. 31-32). La mayoría de las investigaciones ubicaron su centralidad en el corte radical de 1968 en términos político e ideológico.¹⁶ Sin embargo, Markarian (2012) lo relaciona y amplía en términos de los cambios sociales y culturales a nivel internacional y generacional, cuestión que no estaba casi presente a inicios de la década.

A inicios de los sesenta, la mayoría del movimiento estudiantil universitario a diferencia de las décadas anteriores, estaba dominado por posiciones radicales de izquierda.¹⁷ Dentro de los múltiples y complejos factores del crecimiento de la izquierda se destacan: las implicancias sociales del movimiento de Reforma Universitaria comprometido con la reforma no solo de la Universidad sino de la sociedad en su conjunto y su solidaridad con el movimiento sindical; descontento y desencanto estudiantil con el gobierno y los partidos políticos tradicionales, y la compañía contra el imperialismo¹⁸ (Van Aken, 1990, pp. 140-149; Nahum y otros, 1991, p. 166).

Se divide el trabajo en tres apartados, en el primero se presentan las principales características del periódico, el contexto y mecanismos de edición y sostenimiento, lo que implicaba y generaba para sus gestores, los principales actores que lo apoyaron y lo resistieron, y las principales reivindicaciones del gremio estudiantil. En un segundo apartado, se presentan y analizan las principales reivindicaciones y críticas hechas por los estudiantes a la formación recibida y dentro de ellas se analiza con especial detenimiento, los principales argumentos del periódico en torno a su principal desafío: el pasaje a la Universidad, ¿cuáles eran los principales discursos tejidos en torno a lo universitario?, ¿cómo entendía el papel que el ISEF y el profesor de educación física debía ocupar en la Universidad? En un tercer apartado, se analizan trozos del *Haz* que dan cuenta de que la actividad organizada a cargo de la Asociación de Estudiantes de ISEF se configuraba como una militancia y se la relaciona con investigaciones del país que analizan esta característica de los movimientos sociales en los sesenta.

16 Esta es una característica no solo de las investigaciones uruguayas, sino en general a nivel internacional y en especial latinoamericano. Al respecto señala Carli (2012, pp. 55-56) «en los textos sobre el movimiento estudiantil, las representaciones de los estudiantes estuvieron signadas por los ideales del cambio revolucionario, la participación política y el debate ideológico. Las identidades políticas de los estudiantes y sus adscripciones a organizaciones de diverso tipo quedaron en primer plano, mientras que otras dimensiones de la experiencia universitaria permanecieron ocultas y muchas veces fueron recuperadas por la literatura o el cine».

17 Los estudiantes con criterios democráticos y moderados, la mayoría pertenecientes a los partidos tradicionales, desempeñaron un papel importante en las actividades de la FEUU hasta finales de los cincuenta (Van Aken, 1990, p. 138)

18 Acentuada a partir de la Revolución Cubana en términos antiyanquistas, a través de manifestaciones estudiantiles como respuesta a los siguientes hechos sucedidos entre 1960 y 1962: el pasaje por Montevideo del presidente Eisenhower, la invasión de Bahía de Cochinos, la expulsión de Cuba de la Organización de Estados Americanos (OEA) y la crisis de los misiles en Cuba (Van Aken, 1990, pp. 158-159). Las visitas de Fidel Castro en 1959 y de Che Guevara en 1961, avivaron fuertes adhesiones estudiantiles. Todo esto fue provocando un cierto pasaje de posiciones terceristas (que repudiaban tanto el imperialismo de Estados Unidos como el de la Unión Soviética y fueron importantes desde las décadas anteriores) a posiciones fidelistas a través del surgimiento de los «Unitarios» (pp. 166-169).

El proceso gestacional del periódico: entre apoyos, solidaridades y resistencias

El Haz era un periódico que tenía una extensión de entre cuatro y seis páginas y constaba de una editorial muy desafiante y emblemática escrita en general por el redactor responsable de la revista; noticias entre las que se destacan las giras deportivas y gimnásticas por distintas localidades y entidades deportivas de la sociedad civil; parte humorística con chistes donde en general se aludía a los docentes; promoción de actividades culturales del centro (entre las que se destacan el coro estudiantil, organización de peñas folklóricas, bailes¹⁹); difusión de aspectos técnicos de la profesión a través de entrevistas a profesores o artículos relevantes del campo de la educación física; consejos o experiencias profesionales de estudiantes o docentes; comentarios y relatos de estudiantes sobre algún tema coyuntural o de su propia dinámica organizativa.²⁰

Según un estudiante de la generación de 1960, fue el primer periódico estudiantil del ISEF (Lodeiro, 1989, p. 48)²¹ y según cuenta una estudiante de la misma generación fue una iniciativa de esta.

Yo personalmente tengo algunos originales del periódico *El Haz*. Fue una iniciativa incipiente de nuestra generación que promovió la agremiación porque cuando entramos no había ninguna movida. Vale la pena leerlas, eran combativas, muestran algunos temas de la época como el agua caliente para las duchas que promoverían una sonrisa a los alumnos de hoy, el ingreso a la Universidad.

[...] Me alegro que sirvan y sean un espejo de la época. Lo que sí sé, que no quiero desprenderme de ellas todavía. Son un tesoro para nosotros (Relato enviado por correo electrónico por Irene Weisz, 2018).

A partir de Mannheim, González sostiene que

La noción de «generación» se entiende no solo como un mero agregado estadístico de personas que comparten un mismo tramo etario, sino como un grupo de personas que ha experimentado una época sociohistórica común [...] En este sentido, la dimensión relacional de las identidades generacionales se vuelve fundamental, ya que una generación se construye con relación a generaciones anteriormente reconocidas y valoradas desde el presente a través de un proceso de identificación y desidentificación (2018, p. 151).

Los relatos de la generación del sesenta en relación con el centro de estudiantes y a la revista *El Haz* trascienden lo etario y muestran a través de la autoidentificación, las marcas de identidad, de sentirse parte de esta experiencia compartida que llevó a la escritura de testimonios a través de libros, blogs y entrevistas para recordar esos hechos. La revista se configuró en un evento particular que le otorgó a esa generación una singularidad relatada a través de la subjetividad de cada uno.²²

19 Se expresaba: «Que es de felicitar el esfuerzo de algunos estudiantes para formar “el coro estudiantil”» (Aeisefu, s/d, p. 2), gran baile organiza tercer año, Club Nacional de Regatas, 2 de junio (Aeisefu, 1962a, p. 4), peñas folklóricas (Aeisefu, 1962b, p. 5).

20 Sobre este último aspecto se convocaba explícitamente en la revista a la escritura por parte de los estudiantes del siguiente modo: «Queremos hacer notar al lector que la redacción de *El Haz* se encuentra muy interesada en la colaboración que todos quieran prestar a la confección de este periódico [...] Todo aquel que tenga una inquietud nueva o interesante debe dirigirse a *El Haz* quien lo espera con sus hojas en blanco» (Aeisefu, s/d, p. 2).

21 «Pocos años más tarde y ya en otra atmósfera, aparecería su hermanito El Fierro, publicación de importante avanzada estudiantil y las únicas voces no oficiales de ISEF en cincuenta años» (Lodeiro, 1989, p. 48).

22 «Sin embargo, esto no significa que todos los miembros de una generación interpreten o conceptualicen el mundo de la misma manera. El concepto de *unidades generacionales*, también empleado por Mannheim para referir a los subgrupos que coexisten en una generación determinada, es útil para dar cuenta de la heterogeneidad existente» (González, 2014, p. 41). En este sentido, se aprecian diferencias y similitudes entre los escasos relatos a los que se pudo acceder. Ahondar en ellos requeriría de un estudio de mayor profundidad.

Irene Weisz comentó que el redactor responsable, Ricardo Ferré²³ fue líder del centro de Estudiantes por dos motivos, el tener 25 años cuando era estudiante y la mayoría haber ingresado con 16 años,²⁴ y el poseer una gran cultura y experiencia como estudiante de la Facultad de Ingeniería,²⁵ Él fue el que inició el blog *Haz de ISEF* en el año 2010,²⁶ Así relata su comienzo el Blog, con el texto titulado «La historia del Haz»:

La idea de editarlo surgió al principio de la necesidad de que un gremio tenga su órgano de prensa para expresar las ideas, los problemas, las inquietudes de sus integrantes, para contribuir a unirlos y a fortalecer la solidaridad, en este caso estudiantil (Ferré, *Blog El Haz de ISEF*, 24 de noviembre 2010²⁷).

Además de estos principales cometidos, un testimonio encontrado en un libro editado por otro estudiante de la generación del sesenta agrega: «También aquella publicación pretendía extraer, por medio de separatas, traducciones y reportajes, el material técnico o la recomendación de actualidad, [...] en esos años eran mucho más escasas que ahora las publicaciones de educación física en español» (Lodeiro, 1989, p. 48).

Comenzó su edición en 1960 o 1961,²⁸ en forma quincenal,²⁹ tenía un tiraje de alrededor de doscientos ejemplares,³⁰ así se relatan las peripecias y solidaridades en relación con su proceso de impresión:

La impresión final se hacía en mimeógrafos [...] Así que nuestra tarea de editores gremiales precoces, era: primero perforar (se le llamaba picar) las matrices, luego llevarlas a algún local fraterno provisto de mimeógrafo [Disponíamos del mimeógrafo de la Asociación de Maestros de Montevideo] y allí imprimir, para finalmente distribuir el periódico resultante. Para picar el texto escrito se necesitaba una máquina de escribir (Ferré, *Blog Haz de ISEF*, 24 de noviembre 2010).³¹

Supé mucho de ese periódico [...] y alguna vez piqué en mi casa alguna matriz, para una página de esa publicación, ya que mi hermano, José Pedro, la llevaba para hacerla porque también teníamos máquina de escribir (Torpedo, alemana) (Leite, *Blog Haz de ISEF*, 30 noviembre 2010).³²

Los testimonios dan cuenta de las solidaridades y apoyos entre los estudiantes y otras asociaciones y gremios para poder sacar adelante el proyecto, y de la identificación de la profesión con la docencia, al establecer articulaciones y apoyos con otros gremios docentes.

También el periódico era apoyado por los docentes del propio ISEF, así se relata

Había que solventar económicamente las ediciones. Para eso saqueábamos sistemáticamente a nuestros profesores: Langlade, pese a no ser un dechado de gremialismo, contribuía asiduamente, así como Carámbula y otros profesores, a pesar de que les tomábamos el pelo concienzudamente en el contenido del periódico (Leite, *Blog El Haz de ISEF*, 30 noviembre 2010).

23 En recuadro superior izquierdo de la primera página de las revistas encontradas, por encima del año, número y fecha de la revista decía «Redactor Responsable: Ricardo Ferré» (Aeisefu, 1962a y 1962b, p. 1).

24 En ese período no se quería bachillerato para su ingreso, hasta el Plan 1974 los estudiantes ingresaban con cuarto año de liceo aprobado. Característica que los diferenciaba a la mayoría de los estudiantes de ISEF de los estudiantes universitarios.

25 No es menor destacar en este punto que la Facultad de Ingeniería en esos años era de los centros más activos de la FEUU. «Los centros de Ingeniería, Derecho, Medicina y Arquitectura fueron probablemente los más activos y concienzudos en el cumplimiento de sus obligaciones en los últimos años» (Van Aken, 1990, p. 125).

26 En <<http://hazdelisef.blogspot.com.uy/2010/>>.

27 Ídem.

28 Según Ferré (2010) su comienzo data de 1960, según los tres números hallados es probable que haya comenzado en 1961, ya que encontramos dos números de 1962 que se enumeran como «Año II», de aquí se entiende que el «Año I» fue en 1961.

29 Al final en forma de recuadro, en el número 6 de 1962 decía: «*El Haz*: publicación quincenal de la Asoc. de Estudiantes del Instituto Superior de Educación Física» (Aeisefu, 1962b: 6, mayúsculas del original).

30 Ferré, *Blog El Haz de ISEF*, 24 de noviembre 2010. Recuperado de <<http://hazdelisef.blogspot.com.uy/2010/>>.

31 En <<http://hazdelisef.blogspot.com.uy/2010/>>.

32 Ídem.

Pero también tenían resistencias por parte de las autoridades de la CNEF, así se expresa lo sucedido en el año 1962, «en una ocasión, se nos negaron hojas para nuestra edición, por ingenuo pedido hecho a la oficina central (léase CNEF) porque, se adujo, teníamos propósitos subversivos» (Lodeiro, 1989, p. 49). Este relato da cuenta del imaginario social tejido en esa época relativo al modo de concebir y percibir a los sujetos jóvenes. «Parecía generalizarse la atribución a los jóvenes, por su condición de tales, del carácter de “sospechosos”, “revoltosos”, e incluso de estar vinculados a la “subversión”» (Nahum y otros, 1991, p. 167). Esto se acentuaba, si lo relacionamos con las trayectorias individuales de los que se autoidentificaron como «pioneros» del *Haz* en el Blog, todos pertenecientes a partidos de izquierda y algunos con trayectorias profesionales que buscaban la búsqueda de innovaciones o métodos alternativos de enseñanza.

Principales reivindicaciones: el pasaje a la Universidad

El Haz tenía un papel central en la canalización de protestas y la movilización estudiantil, el siguiente testimonio estudiantil señala las principales reivindicaciones expresadas en el periódico.

Los problemas de aquellas horas curiosamente coincidentes algunos con los de hogar, dejaban sentir los altibajos en la existencia de agua caliente; de horarios de asignaturas prácticas reñidos con lo que nos enseñaba la teoría (recibida en el mismo instituto) así como asignaturas teóricas en régimen de clases seguidas; de las carencias, cuando no errores del «Plan de Estudios»³³ (eufemismo insuficiente, aún entonces); por si fuera poco, a los solitarios y peligrosos accesos desde y hacia ISEF, entre los que quedaba la diaria labor encerrada y totalmente convencida de su misión educadora, abnegada y casi sacerdotal. Todo ello tenía cabida en aquella mimeografiada y paupérrima, pero nuestra, quincenal publicación estudiantil (Lodeiro, 1989, p. 49).

Se destacan del relato las dificultades materiales, organizacionales, administrativas³⁴ y académicas que presentaba la carrera, así como la identificación de esta con la *discursividad normalista*,³⁵ centrada en la docencia y sus características misionales.

En el siguiente extracto del periódico donde se solicita un nuevo edificio y hogar estudiantil se muestra que este iba dirigido no solo a los estudiantes, sino a los docentes, las autoridades y al público en general y se desafiaba a todos ellos a actuar.

A ti compañero que vives en una pensión, que añoras ese pedazo de Uruguay que queda tan lejos de Montevideo y que hace que desees un hogar, a ti compañero de Montevideo que sueñas con un local adecuado para el ISEF; a usted profesor que tiene bellas ideas y no menos hermosas palabras; a todos nos dirigimos.

Hechos y no palabras

Un local que sea un hogar para todos, antes de ingresar al Instituto, mientras estén en él y cuando egresen» (Aeisefu, s/d, p. 3, subrayado del original).

El diario tenía un modo de comunicación directo que buscaba interpelar a todos, pero dirigiéndose en forma específica a cada uno de una manera especial y particular según su posición discursiva. Las palabras que condensaban valores como unión, compañerismo, dependencia mutua, impulsaban un sentimiento de unión entre los estudiantes y eran muy usadas a lo largo del periódico; a modo de ejemplo, en la siguiente

33 «Que los estudiantes se preguntan debido a los muchos errores del plan de estudios, si este no merece una revisión general» (Aeisefu, s/d, p. 2).

34 «Que debido a las frecuentes faltas de algunos profesores los alumnos se ven privados de útiles conocimientos» (Aeisefu, s/d: 2).

35 Denominamos a aquella que se inaugura con la creación de un conjunto específico de instituciones destinadas a la formación de maestros, escindiéndose de los modelos de las universidades e instituciones medievales. Mientras que las universidades medievales giran en torno al problema del saber, el normalismo se constituye en clave de la articulación entre individuo y sociedad, clave de los nuevos Estados-nación en su papel específico de control de los individuos y regulación de la población (Varela y Álvarez-Uría, 1992 y Foucault, 1989).

cita se propone una formación humanística como reforma del Preparatorio Libre que era el curso donde se preparaban los aspirantes para la prueba de ingreso al ISEF.

Debemos unirnos, preparar nosotros mismos a los futuros profesores, no con un preparatorio libre de un mes, sino con un preparatorio de un año, dos quizás, donde impere la libertad bien entendida, la cultura, el compañerismo, donde un alumno del Instituto sea el profesor de Gimnasia o de Atletismo de un pequeño grupo, como si fuera una práctica docente más, pero mucho más beneficiosa. Donde todos dependamos mutuamente. Donde no se diga: para qué Literatura? Para qué Filosofía? [...] donde se imparta cultura general y adecuada preparación como corresponde a futuros docentes; es una necesidad que debe hacerse realidad inmediatamente (Aeisefu, s/d, p. 3).

La preparación del examen de ingreso y la prueba en sí, era uno de los principales rituales que configuraban la cultura material de la carrera y llevó varias y largas disputas a lo largo de su historia, tanto de parte de las autoridades de la CNEF, del cuerpo de docentes como de los estudiantes.

La principal reivindicación y disputa desarrollada a través del periódico, señalada por los diversos testimonios a los que pudimos acceder y constatada a través de su lectura, era la de luchar por ingresar a la Universidad.

Prosiguiendo con un ideario y una lucha de generaciones anteriores de profesores y estudiantes, el Haz insistía una y otra vez con el anhelo, siempre postergado, de incorporación de la Universidad (hoy diríamos, pro Facultad de formación Docente o similar) haciendo mención a la ya para nosotros activa participación en la FEUU (Lodeiro, 1989, p. 48).

El relato muestra la prolongación en el tiempo de esta larga batalla, a su vez, menciona la ya existente vinculación a la FEUU, actor clave en ese momento para lograr este desafío, y la identificación del profesor de educación física con el resto de las carreras docentes.

El pasaje a la Universidad se realizaba desde la articulación de un componente típicamente normalista y uno universitario, el primero centrado en el convencimiento en el carácter educativo de la carrera y el segundo en el ejercicio del cogobierno, la participación de los tres órdenes (estudiantes, docentes y egresados), esto se expresa en el editorial de uno de los periódicos cuando reivindican reinstalar el funcionamiento del Consejo Asesor de ISEF que no funcionaba desde 1958.³⁶

Los organismos de resolución de Centros de estudios, integrados por los tres factores de la enseñanza (cuerpo de profesores, alumnado, egresados) así como por la Dirección, han sido considerados más funcionales y un jalón evolutivo en materia de conducción. En este sentido nos atrevemos a decir que el Consejo Asesor del Instituto Superior de Educación Física ha sido uno de los primeros que, en la enseñanza nacional ha materializado esa convicción. Este cuerpo tendría que ver con todas las resoluciones que afectaran la marcha del Instituto, decimos tendría, puesto que no ha sido integrado desde hace varios años, perdiendo con él el estudiante un eficaz medio de hacer oír su posición y sus justas reclamaciones. Muchas sanciones que nos han parecido improcedentes, podrían haber sido, por lo menos atenuadas, como las que mencionamos en nuestro número anterior y que perjudican seriamente a los alumnos. Se hubiera logrado, por otra parte de la publicación del reglamento del Instituto, actualmente desconocido, elemental medida para saber qué es lo que debe y lo que no debe hacerse para no incurrir en falta (Aeisefu, s/d, p. 1).

La normalización sin reglas claras por la falta de un reglamento explícito era de las principales injusticias sufridas que podría revertirse con el ejercicio del cogobierno, cuestión que había sido lograda en 1958 y que los estudiantes habían percibido de avanzada en su momento en comparación con las restantes carreras docentes.

36 Es importante en este punto mostrar una resolución de la Asociación de Profesores de Educación Física del Uruguay (APEFU) del 21 de agosto de 1962, acta n.º 393, en apoyo a la Aeisefu sobre sus principales reclamos: «Un representante de Aeisefu solicita apoyo a la gestión a que están abocados para conseguir: a) reglamentación de ISEF; b) funcionamiento del consejo asesor; c) incorporación de ISEF a la Universidad. Se resuelve apoyar dichas gestiones y enviar nota a la C. N. de E. F.» (APEFU, 1962, p. 28).

Bajo el título «Incorporación a la Universidad», subrayado y en mayúscula, hacían una dura crítica al estado de la educación física del momento, responsabilizando fundamentalmente a las autoridades de la CNEF por esta situación. Del análisis de los argumentos esgrimidos para justificar por qué el ISEF debía pasar a la Universidad vemos que se articulaban de un modo peculiar la *discursividad normalista* y la *universitaria*.³⁷

Es un hecho que el profesorado de Educación Física yace en un desprestigio o un desconocimiento tremendos. [...] No estriba en ellos [los docentes] la debacle de la Educación Física nacional, atrasada siglos con respecto a los países europeos, por ejemplo, sino en el organismo rector, la Comisión Nacional de Educación Física, con cuyas medidas irracionales y politiquerías, favoreciendo la mediocridad y la adulonería, choca de continuo el docente con espíritu de tal y con conciencia de su obra. No queremos extendernos en ejemplos de esta desastrosa gestión de la CNEF, con los cuales llenaríamos enciclopedias. [...] Es evidente que un organismo con estos caracteres nocivos no puede regir un Instituto para la formación de docentes en el cual, por otra parte, se interesa muy poco porque no representa publicidad el dinero invertido en él. Vemos entonces, la carencia de material imprescindible manifiesta en nuestro instituto el cual está suspendido en medio de las tres ramas de la enseñanza (primaria, secundaria, universitaria) sin pertenecer a ninguna (Aeisefu, s/d, p. 1).

La dura crítica desarrollada al estado de la educación física del país y su comparación con el nivel internacional por parte de los estudiantes, coincide en este punto con el análisis realizado por Langlade³⁸ en la carta elevada a la CNEF a su regreso de gira por Argentina y Chile en 1963. Por otra parte, en los argumentos esgrimidos por la Aeisefu, se destaca la falta de independencia de ISEF del poder político de turno que dirigía la CNEF y en este sentido, se añoraba la autonomía universitaria.³⁹ Por otra parte, para fundamentar el pasaje se recurría a la comparación internacional y a señalar el aislamiento de ISEF con relación a las restantes ramas de la enseñanza.⁴⁰ La autonomía, el ejercicio del cogobierno y el desarrollo científico que configuraban el núcleo duro de la *discursividad universitaria* se entremezclaban con los de una *discursividad normalista*, como se expresa en la siguiente cita:

... aportes científicos de la[s] facultades, intercambio con otros centros docentes, funcionalidad del plan de estudios (el cual es demasiado intenso). Esto no significa por otra parte, huelgas a granel por las siguientes razones:

1) Para decretar una huelga es necesario el voto de una asamblea

37 La *discursividad universitaria*, a pesar de la diversidad de enfoques que encierra, ha tenido al saber y la producción de conocimiento como uno de sus pilares fundamentales, aun cuando se observa en las últimas décadas una cierta «pedagogización» de lo universitario (Behares, 2008).

38 Alberto Langlade (1919-1980) fue profesor de Educación Física egresado en 1945 del Curso para la Preparación de Profesores de Educación Física de la CNEF de Uruguay. Desde su formación de grado tuvo una trayectoria singular ya que el tercer año de su carrera, en 1945, lo cursó a través de una beca en el Instituto de Educación Física y Técnica de la Universidad de Santiago de Chile. Entre 1948 y 1966 estuvo a cargo de Gimnasia Práctica y Teoría de la Gimnasia. Desde 1949 hasta 1966 fue Jefe de Estudios de ISEF. En 1949 concurre a la Segunda Lingüística de Gimnasia en Estocolmo donde cursa 4 meses de estudio en el Instituto Central de Gimnasia. En 1952 inicia una visita sistemática a los centros especializados de Educación Física en Europa (Finlandia, Suecia, Dinamarca, Alemania, Holanda, Bélgica, Francia, Suiza, Inglaterra, Portugal e Italia). Fue un profesor destacado a nivel nacional e internacional fundamentalmente por su obra en el campo de la gimnasia, si bien a nivel nacional ha tenido una destacada trayectoria profesional en el ámbito de la preparación física de selecciones de básquetbol y fútbol y en la dirección técnica de cuadros reconocidos en estos deportes. Entre 1952 y 1967 fue profesor de Gimnasia Especial en la Carrera de Fisioterapia de la Facultad de Medicina. En 1963 fue designado Profesor Extraordinario de la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile. Ha dictado cursos de posgrado y conferencias sobre las temáticas de la gimnasia y el entrenamiento deportivo a nivel internacional. El ISEF lleva su nombre a partir de la Ley 16086 del 18 de octubre de 1989 (Uruguay, 1989).

39 La autonomía era según Antonio Romano (2010, p. 42) desde fines de la década del cincuenta, el punto de disputa principal en la educación.

40 El Uruguay tiene una configuración peculiar de su sistema educativo, donde las tres ramas de la enseñanza no dependen del Ministerio de Educación, sino que en esa década eran entes autónomos dirigidos por consejos desconcentrados. El ISEF fue una peculiaridad al depender de la CNEF (recién en 2006 pasa a la Udelar).

2) Tenemos la responsabilidad de futuros educadores y noción clara de que cada clase perdida significa una mengua en nuestra capacitación como tales

3) La incorporación a la Universidad no significa aceptación ciega de las medidas de la FEUU

Creemos que debemos tomar nuestras responsabilidades, un espíritu de justicia y de lucha de alumno significa un magisterio noble y guiativo [sic] de la infancia.

Debemos añadir que hay muchos profesores del Instituto y egresados que comprenden y apoyan nuestra posición (Aeisefu, s/d, pp. 1-2).

Se identificaba al profesor de educación física con el ejercicio del magisterio, con la figura de educador que «guía» a la infancia, y desde allí se cuestionaba críticamente las medidas de la FEUU con relación a sus huelgas a granel que contradecían la «responsabilidad educadora» del profesor de educación física.⁴¹ Los estudiantes se aliaban con estas identificaciones e interpelaciones a los restantes órdenes: docentes y egresados de ISEF.

En continuidad con estos últimos aspectos, a partir del análisis de la editorial de otro de los números del periódico, se vuelve a establecer una firme argumentación sobre la importancia del pasaje a la Universidad destacando la tarea educativa y la formación pedagógica del profesor de educación física y para eso se señalaban una serie de carencias en ese nivel. Se expresa que las dificultades con las que egresa un profesor de educación física de ISEF no está en «la carencia de medios técnicos, ya sea en gimnasia o deporte⁴²» ni en el dominio de la «teoría pedagógica general», sino que

la barrera surge en el contacto con una clase, cuando se quiere poner los medios técnicos al servicio de los principios pedagógicos, más concretamente, cuando se trata de educar, de hacer hombres, como dice Scheler, mediante las técnicas de los distintos deportes o de la gimnasia (Aeisefu, 1962a, p. 1).

Se centra aquí la experticia del docente en lo pedagógico, en la capacidad de articulación entre la teoría y la práctica, y se señala

quizás no sea posible brindar un conocimiento estricto en la parte de nexo entre el método y el fundamento, o entre la técnica y la base teórica porque sea esta parte librada a la inspiración del educador, a su cualidad de compenetrarse en el espíritu del grupo (Aeisefu, 1962a, p. 1).

A esta inspiración, centrada en su «esencia» de educador se la entiende ya no cercana al conocimiento científico propio de las ciencias de la educación o la fisiología que nutre a la gimnasia, sino como lo «artístico del acto educativo» para que «nosotros, futuros educadores podamos encender la llama de la inspiración en contacto con el pedernal de la convivencia con el alumno» (Aeisefu, 1962a, p. 1). En estos argumentos nucleados más que nada en torno a lo pedagógico, al vínculo con el alumno y los grupos y a la capacidad creativa y artística del docente, se centraban las razones que fundamentaban el pasaje a la Universidad.

Si logramos que el ISEF forme parte de la Universidad debemos reforzar el aspecto de lo creativo y también el estudio de cómo educar mediante el movimiento.

Debemos egresar en condiciones de crear un juego o una danza que necesitemos por determinadas condiciones circunstanciales (Aeisefu, 1962a, p. 1).

41 Se aprecia cierta ambivalencia en relación con la FEUU, por un lado, se percibe a través de sus relatos una cierta «exageración» en relación con la activa participación de la Aeisefu en la FEUU y por otro, se rechazan algunas formas de movilización. Parecen por momentos, y sobre todo a partir de la posición docente, más identificados con los adultos (egresados y docentes) que con sus pares juveniles.

42 Es más, cuando se enuncia la preparación obtenida se valora a la gimnasia por sobre todas las demás «puesto que el profesor medio está en condiciones de enseñar una especialidad, un fundamento de juego y más aún de ordenar una lección de gimnasia de acuerdo con normas fisiológicas y técnicas intachables» (Aeisefu, 1962a, p. 1). Lo fisiológico como el fundamento científico de la gimnasia era destacado también por los estudiantes.

Dentro de esta argumentación, tendiente a jerarquizar los aspectos docentes, educativos de la profesión, se hacía una crítica muy dura al modo de instrumentación de la práctica docente que debía haber sido la materia central y estructurante de la formación.

Aquello que nos brindaría un panorama nítido de nuestra futura tarea, que consiste en ensayo de esta tarea misma, diagnóstico de si serviremos o no como profesores, pulimento para el dominio técnico, científico y pedagógico unión de todo esto, la Práctica Docente está en condiciones de muy mala organización sin rigor y sin seriedad, pudiendo ser fundamental, en la actualidad sirve de muy poco o nada (Aeisefu, 1962a, p. 1).

Se enumeran, cerrando el editorial de la revista, una serie de irregularidades en relación con el control de asistencia, disparidad de criterios en la calificación entre los docentes, falta de exigencia en el examen con escasos índices de desaprobación, con la firme argumentación que sin esta serie de mejoras y reformas no tendría sentido la inclusión del Instituto a la Universidad (Aeisefu, 1962a, p. 1).

En las múltiples razones brindadas por los estudiantes en las páginas del periódico para ingresar a la Universidad se apreciaba la combinación de elementos de una discursividad *normalista* y una *universitaria*. Fueron muy exigentes, desafiantes y hacían críticas muy sagaces a la formación recibida (transformación del reglamento, plan de estudios, preparatorio libre, nuevo edificio y hogar estudiantil, entre los principales cambios solicitados), mostrando el estado crítico de la educación física en el país. Eran conscientes de la necesidad de librarse del poder político de turno que dirigía a la CNEF y bregaban por la autonomía universitaria, el desarrollo científico, artístico y creativo, y el ejercicio del cogobierno, aspectos nucleados en una discursividad *universitaria*. Pero esta se combinaba y potenciaba con la caracterización del profesor de educación física como un educador, con aspectos vocacionales y misionales de su tarea centrada en la docencia, propios de una discursividad *normalista*.

La articulación entre la posición militante y docente

Los estudiantes de ISEF nucleados en torno a la Aeisefu formaron parte del movimiento estudiantil de su época y a través de periódico mostraban visos de resistencia, de protesta y reivindicaciones producto de las situaciones vividas en ese momento. Se organizaban a través de asambleas:

Es opinión unánime el éxito que tuvo la asamblea de estudiantes donde se trataron temas fundamentales. Que hacía muchos años que no concurrían un porcentaje tan elevado de estudiantes a dicha asamblea, donde por otra parte los puntos fueron aprobados por unanimidad (Aeisefu, s/d, p. 2).

Por otra parte, tenían elecciones a través de voto secreto y organizaban listas para ello. «Resultados de las elecciones: lista 1: 63 votos, en blanco: 10 votos, anulados: 3 votos. En la próxima sesión del día jueves 7 a las 18 horas se procederá a elegir las autoridades de la Comisión Directiva» (Aeisefu, 1962a, p. 3). Además de la organización en asambleas tomaban decisiones a través de una Comisión Directiva que llevaba adelante la conducción del periódico. Era una organización que se resistía a ser identificada con lo político-partidario.⁴³

La Comisión Directiva recién electa no lo ha sido para hacer política ni piensa hacerlo. Las páginas de este periódico están abiertas para todo aquel alumno que se exprese con claridad y altura, incluso para quien desee hacer críticas a la Com. Directiva o acusaciones de que la misma está haciendo politiquería (Aeisefu, 1962a, p. 3).

43 En este punto parece haber cierta «ingenuidad» producto de su reciente conformación y de un ingreso a más temprana edad, si lo comparamos con el movimiento estudiantil universitario donde los cruces entre la actividad partidaria y las agrupaciones al interior de la FEUU era parte de su dinámica instituida. Pareciera que la Aeisefu intentaba, por oposición a ese tipo de funcionamiento, construir su propia identidad en contraposición a este elemento. Para un análisis de los vínculos políticos partidarios de las diferentes agrupaciones de la FEUU a inicios de los sesenta referirse a Van Aken (1990).

Se extiende largamente en este argumento que defendía el interés general del alumnado en pro de la educación física y se culmina enfatizando en letras mayúsculas «insistimos: las hojas de *El Haz* están disponibles para la crítica valiente y noble y las sesiones de la comisión directiva están abiertas para todo el que desee asistir a ellas» (Aeisefu, 1962a, p. 3).

En la editorial de otros de los números del periódico se reivindicaba el lugar político del periódico y del movimiento estudiantil, señalando el papel político que tiene toda educación en contraposición a la política partidaria. Se dedicaba especialmente a incitar, con un lenguaje combativo y seductor, a los estudiantes a la lucha por una mejor educación y hacían una dura crítica al estado de crisis de la enseñanza del momento.⁴⁴

Se expresaba, que además de «elevar nuestro caudal de conocimientos técnicos», el principal propósito de la revista, «su fin ya establecido antes de su primera edición, su fin sagrado para nosotros, mancomunar esfuerzos, y prepararnos para una lucha que será intensa, larga, agotadora, que exigirá mucho de nuestra parte» (Aeisefu, 1962b, p. 1). Desde la fuerza apelativa de estas palabras se instaba a la militancia.

Es de destacar la fuerza que expresa el discurso del *Haz* y el convencimiento que se tenía de que había que salir a luchar para salir del estado tan crítico que atravesaba el país, las metáforas bélicas, de lucha, abundan y se entremezclan con aspectos morales.

Llegó la hora de tomar una decisión, y sobran motivos para tomarla; pero el que más pesa sobre nuestros hombros, el que más nos hiera, porque su punzón nos inyecta una obligación moral, la cual todos debemos asumir, del momento que nos involucra a todos, es el panorama cada día más pavoroso que observa la enseñanza del país, al cual soslayamos con indiferencia estúpida, impropia de verdaderos estudiantes.

Rompamos los cristales de la jaula, que aludía el compañero en la editorial anterior, porque esos cristales son un filtro, la claridad que percibimos a través de ellos es falsa, y nos ciega para apreciaciones meticulosas, para análisis exhaustivos (Aeisefu, 1962b, p. 1).

Las variadas metáforas utilizadas interpelan al sujeto estudiantil, identificándolo con el espíritu de lucha, de combate, con valores como solidaridad y compromiso, con principios e ideales a conquistar a través de un crítico análisis de la realidad social que se estaba viviendo. Según una investigación sobre la militancia en los sesenta⁴⁵ esta se vincula:

con el compromiso, la adhesión a una causa, mediada por motivaciones personales, pero también por ideologías, místicas, utopías, en las que confluye el entramado dialéctico de lo individual y lo colectivo. [...] La complejidad del fenómeno militante sesentista [...] introduce (..) la noción de totalidad [...] que supuso en muchos casos a nivel individual; [...] la fe en el triunfo de la opción elegida; [...] el cruce de lo individual y lo colectivo, lo público y lo privado, pues [...] fue el abandono de la soledad de todos y de cada uno (Ruiz y París de Oddone, 2004, p. 271).

Los estudiantes de *El Haz* de inicios del sesenta ya veían con nostalgia la pérdida del lugar mítico que había ocupado Uruguay en la década del cincuenta en relación con los restantes países de América.

De los países de América Latina, el nuestro fue siempre de los que encaró con más visión, con más agudeza, con más sentido democrático, el problema de la Educación, aunque esta distó mucho de

44 La explicitación tan enfática de que la educación estaba en crisis, puede compararse en ese momento con lo que estaba sucediendo en la educación secundaria, donde, según Romano (2010, pp. 31-38) se debatía a inicios de la década aún en clave pedagógica, mostrándose diversas posiciones en torno a lo que implicaba la reforma (que se materializó en 1963) y en donde los estudiantes ocuparon una posición relevante en esos debates.

45 Investigación que entrevistó a 24 hombres y mujeres de diversos movimientos sociales del sesenta intentando cubrir la más amplia gama de las opciones militantes de la década (grupos religiosos y políticos de izquierda, de derecha y ultras, estudiantiles, gremiales), y los cruzó con fuentes convencionales y bibliografía específica (Ruiz y París de Oddone, 2004, pp. 269-270). Si bien la investigación abarcó toda la década y nuestro análisis remite a sus primeros años, como nuestro foco está puesta en los sentidos otorgados por los actores a la militancia, es pertinente mostrar cómo algunos de sus rasgos ya estaban presentes desde inicios de la década.

ser perfecta; defendamos pues aquel privilegio como algo que si lo perdemos nos costará recuperar, si es que lo recuperamos (Aeisefu, 1962b, p. 1).

Integraban a su discurso aspectos de corrientes progresistas renovadoras, de grupos de izquierda en el análisis de la crítica situación de la enseñanza, debido a la coyuntura política vivida.

Llegó la hora repito; este problema de gravital importancia para el desarrollo de una nación, es consecuencia de un clima político confuso, impregnado de mala intención, donde juegan un papel decisivo un núcleo de intereses económicos, sin la menor idea de función social, con absoluto desapego de la misma (Aeisefu, 1962b, p. 1).

La causa de la crisis de la educación estaba puesta en la conducción política del país al servicio de una política económica que se alejaba de la función social de la educación. En este entramado se reivindicaba y defendía el uso del término *política* en el sentido de un proyecto político y de determinados ideales pero contrario a la política partidaria.

Es la primera vez compañeros, que aparece el término política en esta publicación, pero no hay que tenerle miedo, recordemos que el temor es el mal consejero no hagamos las veces de avestruz, que se ve acorralada y esconde la cabeza. No olvidemos nuestra calidad de estudiantes, y que como tales integramos un grupo social especialmente apto para distinguir lo falso de lo verdadero, lo necesario de lo innecesario, apto para además de ser cultos somos jóvenes, y la «juventud no tiene pasado que defender de ahí su acción generadora» como decía un autor, es por esa complementación que la iniciativa debe ser nuestra (Aeisefu, 1962b, p. 1).

Se asocia la dimensión política con el enfrentar y luchar por determinados ideales e ideologías, interpellando al estudiante que forma parte de un grupo social determinado, la juventud, a sentirse identificado con ese lugar. La metáfora del avestruz como contramodelo a esta invocación, a este desafío es clave. El estudiante era interpelado en dos aspectos relevantes que lo identificaban: *ser culto* y *ser joven*. *Ser culto* remitía a su configuración en tanto estudiantes, que debían prepararse para luchar por un mundo más justo y en un lugar que era su cuna: la Universidad. La segunda característica remitía a la investida de las nuevas generaciones contra la tradición. Dos características que formaron parte del movimiento estudiantil.

El Haz invocaba al estudiante a ocupar un lugar político, de lucha y combate, pero en oposición a la política partidaria. Los polos, político y proselitismo político se tensaban y excluían el uno con el otro.⁴⁶ Con relación al término política se volvía a enfatizar.

Entonces porqué ese terror a esa palabrita, si cuanto más prostituida y agusanada se presente, más merecedora de atención y estudio se hace. Además [sic] compañeros, primero que estudiantes, cada uno de nosotros es un ciudadano, o futuro ciudadano [...]. Esto no significará, sin embargo, que nuestro Instituto se torne una cueva de politiqueros y proselitistas. [...]

Pongamos los puntos sobre las íes; un problema de la índole de la Educación tan estrechamente vinculado a una estructura social, indiscutiblemente no lo podemos alejar de la concepción de política, Aprendamos pues a manejar este tipo de términos (Aeisefu, 1962b, p. 1).

En oposición a la política partidaria, se asociaba la política al ejercicio de la ciudadanía, a entender el lugar que ocupa la educación en la estructura social, su función y papel dentro de ella.⁴⁷ El *quid* estaba en

46 Esta característica coincide en parte con la del movimiento estudiantil de secundaria, que según Romano (2010, p. 53) lo diferencian de otros movimientos sociales, como el universitario. En la misma línea sostiene Gonzalo Varela Petito (1988, p. 70) en relación con el movimiento estudiantil de secundaria, «si bien por su orientación e ideología el radicalismo de 1968 era tributario de la cultura política de izquierda, nació al margen de los partidos e incluso negando la noción misma de partido» (Varela Petito, 1988:, p.70).

47 Es importante aclarar en este punto, que esta visión de la educación como acto político y su vinculación con lo social propuesta por los estudiantes a inicio de la década, tiene su impacto en el campo pedagógico de la formación de los profesores de educación física recién hacia finales de la década, cuando se incluyen autores como Paulo Freire y categorías con afectación de la teoría marxista en el programa de Filosofía y Sociología de la Educación del Plan de 1966.

el cambio de la estructura injusta imperante, así también lo muestra la investigación del *ser militante* en los sesenta.

De modo que todo conduce a creer que, al no cuestionarse la familia, el «asalto al cielo» de estos militantes de izquierda pasó, sobre todo, por conquistar el Estado para terminar con un sistema valorado como caduco y culpable de todos los males sociales. «No se pensaba cambiar las relaciones de género, ni de pareja ... [sino] ... las formas de propiedad y el dominio del Estado», expresó una exmilitante del Partido Comunista (Ruiz y París de Oddone, 2004, p. 278).⁴⁸

En este entramado discursivo se entendía que la educación física debía ocupar otro lugar más preponderante dentro del sistema educativo y se hacía un diagnóstico crítico sobre el aislamiento de la formación del profesor de educación física de los restantes educadores, lo que llevaba a no movilizarse junto al movimiento estudiantil y los restantes gremios de la enseñanza.⁴⁹

Actualmente toda la masa del estudiantado, se ha volcado a la lucha por la laicidad de la enseñanza, uno de los principios varelianos, y uno de nuestros logros fundamentales, al que se ha intentado pisotear, por vía de algunos políticos inescrupulosos, mientras nosotros docentes por esencia ni fu ni fa. Resulta vergonzoso, que estudiantes menos allegados a la Enseñanza que nosotros, sientan más íntimamente, más en carne propia el problema. Nosotros comprendemos, que tres años de la intensidad de los nuestros, nos aíslan del exterior, captando del mismo solo tenues y cernidos reflejos (Aeisefu, 1962b, pp. 1, 4).

Se volvía a identificar al profesor de educación física con el polo o posición docente, y se apelaba a la laicidad como un valor de la sociedad uruguaya, consagrado desde la reforma vareliana.⁵⁰ La identidad nacional se tejió con el principio de secularización del estado. Así, según José Pedro Barrán, Gerardo Caetano y Teresa Porzecanski:

El hombre que antes tenía la misión de salvar a las almas, había pasado a experimentar la necesidad de salvar a la sociedad mediante el progreso económico ininterrumpido o el igualitarismo social revolucionario. Todas estas utopías de algún modo, el sacrificio o la subordinación de la vida privada; así lo exigía «la entrega» a los «ideales» (1996, p. 29).

A partir de la crítica al estado de la educación nacional *El Haz* incitaba a la militancia, a la lucha por determinados ideales, y se resaltaban valores como voluntad, trabajo, sacrificio.

Pero todo está en nosotros, compañeros⁵¹ en una abnegada voluntad y en una inagotable capacidad de trabajo, en una resignada entereza hacia el sacrificio y las circunstancias adversas, que nos ha-

48 Markarian (2012, pp. 131-136) relativiza en cierta medida esta hipótesis, al mostrar cómo a fines de los sesenta sí hubo cambios en las culturas juveniles en relación con sus modos de vivir la sexualidad y el género. Si bien, esto se podría relativizar ya que la investigación de Ruiz y París de Oddone (2004) abarca toda la década. En ese sentido, podríamos decir que a inicios de la década en *El Haz* no se muestran estos rasgos, y todas las alusiones de cambio acentúan los componentes políticos y económicos sobre los culturales. El abordaje de las relaciones entre lo cultural y lo político requeriría un estudio de mayor profundidad y con otro tipo de fuentes que exceden ampliamente este trabajo.

49 Se muestra en la siguiente cita un llamado a la militancia, a movilizarse, cuestión que no sucedía y era cuestionada por los redactores del periódico. En este sentido, se muestran las grandes dificultades que tenían. Esto, en cierta medida, nos lleva a preguntarnos por su real involucramiento con el movimiento estudiantil del momento.

50 Las disputas por la laicidad se pueden remontar al siglo XX, «y tiene que ver con la forma particular en que se articularon política y educación en el Uruguay. Pero entrando la segunda mitad del siglo XX, las disputas con el Ejecutivo van a incorporar un nuevo argumento: los intentos de incidir en materia de enseñanza están justificados por la supuesta “violación de la laicidad”, lo cual estaría permitiendo la penetración de doctrinas extranjeras. Más precisamente, del comunismo» (Romano, 2010, p. 44). Los estudiantes universitarios y de secundaria se manifestaban frente a injerencias de grupos de derecha que presionaban al gobierno conservador del momento para implementar medidas tales como la «declaración de fe democrática», cuestión que no se logró hasta la dictadura cívico-militar. Para un análisis de uno de estos grupos en la educación, la Organización de Padres Demócratas (Orpade), referirse a Broquetas (2018).

51 Nótese que el término con el que se refería a los estudiantes es el mismo que usaban los estudiantes de la FEUU. Así lo señala Van Aken: «En las reuniones se dirigen unos a otros como “compañero”, aun cuando estén enfrascados en

rán más dignos para con nuestro pueblo, para con nuestra profesión, y para con nosotros mismos (Aeisefu, 1962b, p. 4).

Estos aspectos se los puede comparar con los que Van Aken constató en los estudiantes universitarios que militaban en la FEUU, «el observador extranjero es proclive a resultar impresionado por la dedicación de los estudiantes a su Federación, un compromiso que tiene una cualidad casi monástica [...] Se requiere sacrificio, sacrificio de tiempo y energías» (1990, p. 120). Pero a diferencia de ellos donde todos estos aspectos ya formaban parte de sus prácticas instituidas, a los estudiantes del ISEF recién se los instaba a tomar esa posición militante.

Por otra parte, se articulaban aspectos misionales de la posición de educador con la militante y se destacaban valores como compromiso, responsabilidad, compañerismo, unión, acción, confianza en uno mismo y se aborrecía la apatía e indiferencia.

Nuestra incongruente e insípida apatía manifiesta en un sin número de ocasiones y actitudes de indiferencia hacia nuestro desenvolvimiento; no tiene ni encuentra explicación que conforme.

Carece de todo índice de responsabilidad, sentido del compañerismo y lo que es más interés por su mejor y más completo acontecer en el transcurso de los hechos, aquél que pone en relieve tales síntomas.

Es entonces que el confiar en nosotros mismos, asumir actitudes en las diferentes situaciones y pretender bregar por lo que creemos mejor, (bregar de hecho, accionando) para lo cual nos creemos capacitados, se alcanzará desechando factores que implican un descenso en nosotros, en aquello que decimos creer, pero en cuya oposición obramos.

En resumen: seamos nosotros mismos para luego actuar unidos (Aeisefu, s/d, p. 3).

La articulación de la militancia con los valores pastorales de la posición de educador es similar con los hallazgos encontrados por Esther Ruiz y Blanca París de Oddone: «los mismos conceptos de entrega y sacrificio se presentan en las reflexiones de dos militantes de opciones político-filosóficas tan disímiles como las de una exintegrante de la UJC y una estudiante católica» (2004, pp. 272-273). La pastoral cristiana presente en las instituciones educativas modernas desde su creación también formó parte de los movimientos sociales y estudiantiles de los sesenta. En este sentido, en una profesión imbuida de aspectos tan marcadamente normalistas como lo era la educación física en ese momento, mostraba excelentes condiciones para asociar y articular estos valores a los de la militancia estudiantil que se difundía a través de *El Haz*.

La potencia enunciativa del epígrafe de la portada: «haz de luz de inteligencias que alumbra las verdades. Haz de voluntades, fuego que forja el porvenir» (Aeisefu, 1962b, p. 1),⁵² evocaba, por un lado, la inteligencia y por el otro, la voluntad, y al cerrar con la metáfora del fuego, daba lugar a que el diario tuviera un papel privilegiado en la lucha, ejemplo a seguir y lugar donde se alumbraba el camino futuro de los estudiantes. De alguna manera estos aspectos condensan los elementos desarrollados en este apartado; ese epígrafe representaba un gran poder performativo que investía afectivamente a los sujetos sociales, interpelándolos.⁵³ Otro epígrafe decía «Las horas pasan y vosotros dareis cuenta de ellas» (Aeisefu, 1962a, p. 1). Se erige la acción como estandarte primero de la lucha.

vehementes debates. Un sentido de solidaridad sindical satura y domina todas las actividades» (1990, p. 120). La palabra compañero era típica de los ámbitos sindicales y gremiales en general.

52 Aparecía en la portada de una de las tres revistas encontradas, y según lo relatado por Ferré en el testimonio del blog *El Haz de ISEF*, y por Lodeiro (1989, p. 48), es lo que se leía en la portada del periódico, en el ángulo superior derecho de su primera página.

53 Desde el análisis de discurso de Ernesto Laclau (1996), se señala que «en función del contexto histórico los significantes vacíos podrán: condensar y articular sentidos e investir afectivamente a los sujetos sociales. Asimismo, poseen un carácter performativo particular» (Bordoli, 2017, p. 11). *El Haz* y el epígrafe *Haz de Luz* funcionaba en el periódico con esas características.

El Haz generaba una mística entre los estudiantes que los envolvía e impulsaba a asumir determinados ideales y compromisos con intensidad, llevados adelante mediante conductas de entrega y renunciamiento que articulaban la posición docente con la militante.

Consideraciones finales

Como se analizó en las páginas de *El Haz*, se plantean un sinnúmero de asuntos educativos, reivindicaciones de mejoramiento de los planes de estudio, pasaje a la Universidad, entre los más importantes. Esto tiene puntos de contacto con lo que plantea Romano (2010, p. 53) para la enseñanza secundaria, donde a inicios de la década y hasta 1968 los conflictos estudiantiles son analizados todavía en clave pedagógica, cuestión que es diluida a partir de esa fecha con el endurecimiento de la confrontación política.

A diferencia de los estudiantes universitarios, que formaban parte de una actividad gremial sistemática, reconocida institucionalmente a través del cogobierno y consolidada, los estudiantes del ISEF recién comenzaban a dar sus primeros pasos a través de la gestión del primer periódico y su organización en asambleas. Contagiados por el movimiento estudiantil, auguraban el pasaje a la Universidad. Tejían polos de identificación y de oposición con relación a la FEUU. En relación con los primeros, se destaca la militancia expresada fundamentalmente a través de un llamado a la acción, la lucha, la movilización y un sinnúmero de valores misionales (entrega, sacrificio, compromiso, responsabilidad) y el espíritu reformista relativo a luchar por los cambios de las estructuras sociales injustas nucleado en torno al término política. Sobre los segundos, rechazaban tanto las huelgas desmedidas que no eran dignas con relación a la posición docente, como asociar la actividad política del gremio estudiantil con la política partidaria.

Desde inicios de la década del sesenta y desde unos años antes, en el contexto de promulgación de la Ley Orgánica de la Universidad de la República (Uruguay, 1958), hubo múltiples intentos de que el ISEF tuviera un carácter universitario, impulsado por diversos actores. Autoridades de la CNEF desde los años cincuenta ya añoraban este proyecto, los docentes del ISEF liderados fundamentalmente por el jefe de Estudios Alberto Langlade, los egresados agremiados en la APEFU. Pero fundamentalmente fueron los estudiantes, formando parte del movimiento estudiantil y en forma militante, los que mostraron en forma más enfática, transmitido en las páginas de *El Haz*, y en la huelga y ocupación de ISEF en el año 1965, la importancia de pasar a la Universidad a través de tres ideas nucleadas en torno a la *discursividad universitaria*: el ejercicio del cogobierno, la autonomía del poder político de turno de la CNEF, y el desarrollo de la investigación. Esta se combinaba y potenciaba con una *discursividad normalista*: la centralidad en los valores misionales nucleados en torno a la militancia y la docencia, y el sentirse fundamentalmente parte de un proyecto educativo nacional de formación de docentes que debía plasmarse en un proyecto mancomunado de una facultad pedagógica. Años más tarde, esta idea fue plasmada en un proyecto por parte del rectorado de Oscar Maggiolo,⁵⁴ donde se traslucía una firme convicción en no oponer normalismo en forma despectiva a lo universitario, sino proyectar para la formación de los docentes el mejor de los niveles académicos en una única institución en la que se formaran en forma dialéctica los investigadores con los docentes, la investigación con la enseñanza. Este proyecto al día de hoy no prosperó, las tradiciones institucionales de la formación docente y universitaria se han profundizado a tal punto que la salida a esta situación pareciera venir, no sin resistencia y la oposición de los partidos de derecha, por la formación de una nueva universidad pedagógica por fuera de la Udelar.

54 Oscar Maggiolo como rector de la Universidad (1966-1972) presentó en 1967 —y se publicó en 1968— un profundo proyecto de reestructuración —*Plan de Reestructura de la Universidad*—, para ser aplicado en el quinquenio 1968-1972, sin duda uno de los más valiosos aportes a la discusión de la realidad nacional, que nunca se llegó a concretar. En él se encontraba la propuesta de creación de una Facultad de Educación y el Instituto de Ciencias de la Educación que reuniera la formación, enseñanza e investigación pedagógica del país.

Compartimos con otras investigaciones del período, que la década del sesenta, a diferencia de la anterior, tuvo un cambio radical en relación con sus «culturas políticas» y en sus estilos generales de vida (Barrán, Caetano y Porzecanski, 2004, p. 13).⁵⁵ Esto se plasmaba específicamente en este caso, en los modos de sentirse estudiantes del ISEF, de movilizarse para obtener cambios en su formación⁵⁶ y en los discursos de una cultura juvenil que buscaba diferenciarse de los adultos (Markarian, 2004), formando parte de un movimiento estudiantil que buscaba irrumpir de otro modo en el escenario social y liderar el protagonismo de los cambios a través del ejercicio de la militancia. Quizás podamos decir que fue recién en esta década cuando emergió en el ISEF el sujeto estudiantil como sujeto político, con voz y expresión propia, liderando lo que consideraban uno de los bastiones principales de lucha, el pasaje a la Universidad, acoplándose con sus mayores, los docentes del ISEF, en una mejor formación académica, con prácticas de investigación y un buen nivel pedagógico y filosófico, pero diferenciándose de ellos y uniéndose con los egresados agremiados en la exigencia de la autonomía del poder político y el ejercicio del cogobierno.

Fuentes y bibliografía

Fuentes

- ASOCIACIÓN DE PROFESORES DE EDUCACIÓN FÍSICA DEL URUGUAY (APEFU) (1962, octubre). *Orienta*. Publicación Oficial de APEFU, año III, n.º 8.
- ASOCIACIÓN DE ESTUDIANTES DEL INSTITUTO SUPERIOR DE EDUCACIÓN FÍSICA DEL URUGUAY (AEISFU) (s/d), *Revista El Haz*. Órgano de la Aeisefu. s/d (año I, n.º 2).
- (1962a, mayo 31), *Revista El Haz*. Órgano de la Aeisefu, año II, n.º 4.
- (1962b, julio 10). *Revista El Haz*. Órgano de la Aeisefu, año II, n.º 6.
- FERRÉ, R. (1960-1963). *Legajo estudiantil*. Papel-Caja 127. Fondo Centro de Memoria de Educación Física. Montevideo: ISEF.
- FRANCO, L. (1962-1966). *Legajo estudiantil*. Papel-Caja 128. Fondo Centro de Memoria de Educación Física. Montevideo: ISEF.
- LEITE, J. (2010, noviembre 24). *Blog El Haz de ISEF*. Recuperado de <<http://hazdelisef.blogspot.com.uy/2010/>>.
- LODEIRO, P. (1989). *Destellos del Curso de Profesores de Educación Física (desde los orígenes al 89)*. Montevideo: Magui.
- URUGUAY (1911). Decreto-ley n.º 3798. Creación de la Comisión Nacional de Educación Física.
- (1958). Ley n.º 12549. Ley Orgánica de la Universidad de la República. Recuperado de <<http://www.impo.com.uy/bases/leyes/12549-1958/60>>.
- (1965). Resolución del Poder Ejecutivo n.º 907 del 7 de setiembre de 1965.
- (1989). Ley n.º 16.086 Alberto Langlade. República Oriental del Uruguay. Recuperado de <<http://www.parlamento.gub.uy/leyes/ AccesoTextoLey.aspLey=16086&Anchor>>.

Referencias bibliográficas

- BAÑALES, C. y JARA, E. (1968). *La rebelión estudiantil*. Montevideo: Arca.
- BARRÁN, J. P.; CAETANO, G. y PORZECANSKI, T. (1996) (Dir.). *Historias de la vida privada en el Uruguay*. Tomo I. Entre la honra y el desorden 1780-1870. Montevideo: Taurus.
- (2004) (Dir.). *Historias de la vida privada en el Uruguay*. Tomo 3. Individuo y soledades 1920-1990. Montevideo: Taurus. 2.ª ed.

55 Es importante aclarar en este punto, como ya se explicitó en la introducción a partir de Markarian (2012) que si bien a partir de 1968 esto se da de un modo más radical al interior del movimiento estudiantil, se venía gestando desde inicios de la década.

56 Otro ejemplo gráfico de esto se expresa en el siguiente testimonio estudiantil: «Por lo que recogimos, en los cuarenta y los cincuenta la falta de agua caliente, que en ISEF nunca será asunto trivial, promovió tan solo protestas; no hubo suspensión de clases. Por supuesto, se bañaban con agua fría. Los sesenta transitaban hacia la irritación creciente comenzando por la negativa a ingresar a clases prácticas exigentes, siguiendo por el paro parcial del grupo afectado, hasta la huelga declarado hasta el retorno del agua caliente. Y también desencadenó la ocupación de 1965, como causa eficiente más conocida» (Lodeiro, 1989, p. 52).

- BEHARES, L. (2008). Notas para el abordaje de la noción de enseñanza en las políticas universitarias uruguayas. En: *Encuentro Internacional de Investigadores de Políticas Educativas* (pp. 125-131). Porto Alegre: UFRGS.
- BORDOLI, E. (2017). Aportes del análisis político del discurso a la investigación educativa. Reflexiones en torno al concepto hibridación discursiva. En *VII Jornadas de Investigación, VI Jornadas de Extensión y V Encuentro de Egresados y Maestrandos*. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Montevideo, 11 al 13 de octubre.
- BROQUETAS, M. (2014). *La trama autoritaria. Derechas y violencia en Uruguay (1958-1966)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (2016). Entre la reacción y la restauración. Derechas y violencia en Uruguay en los inicios de la crisis de la década de 1960. *Estudios Ibero-Americanos*, 42 (1) 142-166. doi 10.15448/1980-864X.2016.1.21839.
- (2018). Un caso de anticomunismo civil: los «padres demócratas» de Uruguay (1955-1973). *Páginas*, 10 (24), 34-54. Recuperado de <<http://revistapaginas.unr.edu.ar/index.php/RevPaginas/article/view/308/421>>.
- CARLI, S. (2012). *El estudiante universitario: hacia una historia del presente de la educación pública*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- DOGLIOTTI, P. (2018). *Educación/enseñanza del cuerpo en la formación del profesor de educación física en el Uruguay (1948-1970)* (Tesis de Doctorado. Doctorado en Ciencias de la Educación. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de la Plata. La Plata). Recuperado de <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/73914>>.
- FOUCAULT, M. (1989). *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- GONZÁLEZ, G. (2014). Movimiento en transición: los estudiantes universitarios uruguayos en la transición democrática. *Pensamiento Universitario*, 16 (6). Recuperado de <http://www.pensamientouniversitario.com.ar/wpcontent/uploads/2019/08/PENSAMIENTO_UNIVERSITARIO_16.pdf>.
- (2018). «Mi generación»: El aprendizaje generacional en los movimientos estudiantiles chilenos y argentinos en los albores del siglo XXI. En: V. Markarian y otros, *Movimientos estudiantiles del siglo XX en América Latina*. Rosario: HyA ediciones.
- LACLAU, E. (1996). *Emancipación y diferencia*. Buenos Aires: Ariel.
- LANDINELLI, J. (1989). *1968: La revuelta estudiantil*. Montevideo: Universidad de la República-Ediciones de la Banda Oriental.
- MARTÍNEZ, M.; MELANO, I. y AISENTEIN, A. (2016). La prensa de estudiantes como componente del dispositivo de formación de profesores de Educación Física en el INEF Gral. Belgrano (Argentina, 1940-1950). En *I Jornadas sobre Prensa y Educación*, 24 y 25 de noviembre. Universidad Nacional de La Plata. La Plata. Argentina.
- MARKARIAN, V. (2004). Al ritmo del reloj: adolescentes uruguayos de los años cincuenta. En: J. P. BARRÁN; G. CAETANO y T. PORZECANSKI (Dir.). *Historias de la vida privada en el Uruguay*. Tomo 3. Individuo y soledades 1920-1990 (pp. 239-264). Montevideo: Taurus. 2.ª ed.
- (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- NAHUM, B.; FREGA, A.; MARONNA, M. y TROCHÓN, Y. (1991). *Historia Uruguaya*. Tomo 8: El fin del Uruguay liberal 1959-1973. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- REY TRISTÁN, E. (2002). Movilización estudiantil e izquierda revolucionaria en el Uruguay (1968-1973). *Revista Complutense de Historia de América*, 28, 185-209. Recuperado de <https://scholar.google.com/scholar_url?url=https://revistas.ucm.es/index.php/RCHA/article/download/RCHA0202110185A/28673/0&hl=en&sa=T&oi=gsb-ggp&ct=res&cd=0&d=6623958471337455895&ei=q-rnXtWdG82Ey9YPrpaW6Ak&scisig=AAGBfmiD3I_v-TCYvhFqSBtpjSwEUcNcOQ>.
- ROMANO, A. (2010). *De la reforma al proceso. Una historia de la Enseñanza Secundaria (1955-1977)*. Montevideo: csic, Universidad de la República-Ediciones Trilce.
- RUIZ, E. y PARÍS DE ODDONE, B. (2004). Ser militante en los sesenta. En: J. P. BARRÁN; G. CAETANO y T. PORZECANSKI (Dir.). *Historias de la vida privada en el Uruguay*. Tomo 3. Individuo y soledades 1920-1990 (pp. 266-298). Montevideo: Taurus. 2.ª edición.
- VAN AKEN, M. (1990). *Los militantes. Una historia del movimiento estudiantil universitario uruguayo desde sus orígenes hasta 1966*. Montevideo: Fundación de Cultura Universitaria.
- VARELA, J. y ÁLVAREZ-URÍA F. (1992) *Arqueología de la escuela*. Madrid: La Piqueta.
- VARELA PETITO, G. (1988). *De la República liberal al Estado militar, Uruguay 1968-1973*. Montevideo: Ediciones del Nuevo Mundo.
- (2002). *El movimiento estudiantil de 1968. LAVA, una recapitulación personal*. Montevideo: Ediciones Trilce.

La disputa por la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora 1967-1968

The Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora in dispute 1967-1968

Denisse de Jesús Cejudo Ramos¹

Resumen

En este artículo se reconstruye un período de inflexión de la historia de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora (FEUS), una de las agrupaciones más relevantes del noroeste de México durante la década de los sesenta del siglo XX. El argumento delinea que entre 1967 y 1968 se visibilizaron hacia el exterior de la institución las disputas internas que condicionaron la formación de dos corrientes en pugna por su dirección. A partir de las fuentes confidenciales del gobierno mexicano es posible reconocer cambios en la especificidad de la organización y caracterizar esta etapa como un momento de ruptura del consenso dando lugar a una tensa relación entre la FEUS y las autoridades universitarias.

Palabras clave: FEUS; Universidad de Sonora; movimientos estudiantiles; años sesenta.

Abstract

This article reconstructs a period of inflection in the history of the Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora (FEUS), one of the most relevant groups in northwestern México during the 1960s. The argument outlines that between 1967 and 1968 the internal disputes were made visible outside the institution and conditioned the formation of two political currents that fought for its leadership. From the confidential sources of the Mexican government it is possible to recognize changes in the specificity of the organization and characterize this stage as a moment of rupture that gave rise to a tense relationship between FEUS and the university authorities.

Keywords: FEUS; University of Sonora; student movements; sixties.

Recibido: 17/1/2020

Aceptado: 15/5/2020

¹ Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación, Universidad Nacional Autónoma de México.; denisse.cejudo@gmail.com.

Introducción

La década del sesenta se ha caracterizado, de acuerdo con el historiador Vanni Petinnà (2018), como una etapa de la Guerra Fría en América Latina² en la que se generaron «múltiples rupturas a lo largo de fisuras generacionales, culturales y de clase que cuestionaron de forma dramática el sistema de alianzas políticas y sociales de las décadas anteriores» (Petinnà, 2018, p. 144) a partir de la confrontación ideológica bipolar entre el socialismo y el capitalismo. En ese contexto, México vivió una etapa de redefinición en la política estudiantil debido a la expansión de una nueva cultura que condensó una protesta pública más agresiva y al mismo tiempo contextualizada en un ambiente de violencia política (Pensado, 2013, p. 4).

A lo largo de la geografía mexicana se produjeron una variedad de movimientos estudiantiles protagonizados por actores con perfiles muy distintos, desde preparatorianos ciudadanos de tendencia liberal hasta normalistas rurales con filiaciones socialistas, en instituciones educativas con tradiciones y culturas políticas diferenciadas. Estas acciones colectivas tuvieron al menos dos elementos en común: la tradición de conformar agrupaciones gremiales para su organización y que fueron reprimidos por el ejército mexicano.³

En este escenario conflictivo de finales de la década del sesenta, en el norteño estado de Sonora, se dibujó una ruptura en los acuerdos no explícitos que durante dos décadas construyeron los estudiantes de la Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora (FEUS)⁴ con las autoridades universitarias y los distintos niveles de gobierno. Este caso nos ofrece elementos para dialogar con la propuesta de los sesentas globales en la que Eric Zolov plantea que ninguna historia es completamente local, argumentando que solo con la coincidencia de distintos factores transnacionales pudieron producirse acciones colectivas similares en lugares distintos de forma simultánea (2014, p. 354).

Las reflexiones de Zolov sobre México (2018, pp. 19-32) nos obligan a pensar en distintos registros geopolíticos, que van desde lo transnacional a lo local, como una llamada de atención para visitar eventos que parecían resueltos por lo que él llama la doble provincialización de las narrativas que tienden a oscurecer escenarios regionales y locales.⁵ Ese nublamiento analítico se visibiliza, en el caso mexicano, en una recurrencia explicativa causal de las movilizaciones estudiantiles contextualizadas en la Guerra Fría, que privilegia un registro nacional expresado en el M68 y que tiende a borrar otras especificidades locales.

Esto último es nombrado por la historiografía reciente como «el mito del 68» (Pensado y Ochoa, 2018, pp. 274-277), «el gran relato» (Jiménez Guzmán, 2018) o como «una matriz de interpretación» (Santiago y Cejudo, 2018, p. 26) que dio lugar a una constante validación de las acciones colectivas de las regiones solamente como causas o consecuencias del M68.⁶ A pesar de ello, durante la última década, han surgido matices sobre las características de los actores estudiantiles, la diversidad regional, las formas de organización o de

2 La Guerra Fría para América Latina, desde la propuesta de Petinnà (2018), es una etapa histórica en la que se vivió un cambio socioeconómico y la marcada influencia de la política exterior estadounidense que se expresó en diferentes tensiones políticas con sus especificidades nacionales y locales.

3 Como ejemplos podemos mencionar las movilizaciones estudiantiles en el Politécnico Nacional en 1956, la de 1966 en la Universidad Michoacana, el mismo año en la toma de cerro de mercado en Durango, en 1967 en la Universidad de Sonora, en 1968 en Tabasco y la toma de las instituciones educativas en el Distrito Federal durante el episodio represivo del 2 de octubre de 1968 (M68).

4 Es importante aclarar que la organización más importante de la Universidad Autónoma de Sinaloa, la Federación de Estudiantes Universitarios de Sinaloa, utilizó las mismas siglas y son confundidas constantemente en la prensa y en la documentación oficial de la época.

5 Para una discusión puntual sobre la doble provincialización de las narrativas véase Pensado y Ochoa (2018, pp. 273-296).

6 Una referencia multicitada para construir la matriz de los movimientos estudiantiles anteriores y posteriores al M68 es la primera parte del libro *La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano* de Gilberto Guevara Niebla (1988, pp. 13-102).

objetivos, entre otras dimensiones, que inician la erosión de esa narrativa dominante sin perder de vista las distintas densidades explicativas.⁷

En este marco, el objetivo que persigue este artículo es reconstruir una experiencia local a partir de una serie de disputas que condicionaron las pugnas por la dirigencia de la FEUS en la Universidad de Sonora (UniSon), entre 1967 y 1968, en un contexto de cambio político. Busco recorrer de forma intensiva esta etapa que resulta fundamental por su carácter contencioso para comprender la desestabilización de la FEUS, pasando de ser los aliados incondicionales de las autoridades a integrarse por diversas posturas críticas.

Para el análisis retomo la propuesta de Zolov que explica la densidad local con sus particularidades desde el presupuesto de una imposible desconexión de las dimensiones global y nacional. Partiendo de ello, hago un acercamiento desde el nivel organizativo para reconocer cambios en la Federación a partir de los principios de construcción de los actores colectivos, eliminando la noción de espontaneidad, y su heterogeneidad.⁸ Esto permite identificar cómo la FEUS rebasó el límite institucional, a partir de diversos repertorios transgresivos, dando lugar a la discusión de sus objetivos que pueden revisarse a la luz del contexto bipolar, aunque en este período la posición de los actores en el cuadrante político está en transición.

La reconstrucción parte de la exploración de informes de inteligencia producidos por los agentes de la Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), dependiente de la Secretaría de Gobernación,⁹ que hicieron un seguimiento diario de los eventos en la UniSon entre 1967 y 1985. La documentación contiene transcripciones de prensa, volantes, fotografías, entre otras evidencias que describen los hechos.

Como lo han explicado Delia Salazar y Laura Moreno (2011), la revisión de estas fuentes es compleja debido a que sus características de producción se basan regularmente en inferencias. Consideramos que las fuentes de vigilancia iluminan la dinámica en la que se produjeron las disputas en la organización estudiantil, ya que podemos identificar ciclos de movilización y permite visualizar perfiles de actores estudiantiles, oponentes y aliados, así como las tendencias que se produjeron en su interacción.

Es necesario tener precaución con las suposiciones u opiniones vertidas en los informes y reconocerlos como testimonios dirigidos a la toma de decisiones para la contención social, además, los agentes no siempre tuvieron información completa sobre los contextos que analizaron. Sin embargo, es importante destacar que, aunque son visiones parciales, representan una valiosa fuente documental sobre los «problemas» de orden político-social en las instituciones educativas mexicanas de los que quedan mínimos registros y que hasta ahora han sido inexplorados.

En las siguientes páginas presento elementos para comprender la trayectoria de la FEUS en la UniSon con el fin de contextualizar su participación en la coyuntura electoral de 1967 que caracterizo como un momento de tensión organizativa y transgresión de los límites institucionales. Enseguida reviso las disputas de 1968 en los que delinee el surgimiento de dos posturas dentro de la FEUS: los aguiluchos y los gallardistas. Finalmente, a manera de reflexiones finales, presento una discusión sobre esta experiencia de movilización local y su relevancia para discutir los movimientos estudiantiles mexicanos.

7 Véanse: Pensado (2013, 2015a, 2015b, 2018), Santiago (2015, 2016, 2018), Celis (2018), Sánchez-Parra (2012), Tirado (2004, 2014, 2019) y para el caso sonoreño, los trabajos del pionero Joel Verdugo (2004, 2016), Galaviz (2014, 2016) y Cejudo (2017, 2018).

8 Estas categorías se apegan a la propuesta colectiva sobre la *Dinámica de la contienda política* de McAdam, Tarrow y Tilly (2004) y sus posteriores reformulaciones en la tercera edición del libro *El poder en movimiento* de Tarrow (2012) así como la publicación póstuma *Los movimientos sociales, 1768-2008* de Tilly y Wood (2010).

9 Agradezco al historiador Luis Jiménez Segura por su apoyo en la digitalización y organización documental.

La Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora

A partir de la década del cuarenta México vivió un proceso de modernización y crecimiento económico sostenido que repercutió en su expansión educativa. La educación se consolidó como una estrategia de movilidad social y bienestar, en el marco del llamado «milagro mexicano», que acrecentó la captación de profesionistas en diversos sectores de servicios e industrias, pero que en décadas posteriores generó pugnas con las clases medias por las deudas sociales.¹⁰

En 1942 se fundó la UniSon para formar profesionistas que respondieran a las necesidades de la región y alejarlos de los antagonismos políticos que experimentaban al estudiar en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). Desde entonces y hasta la década del sesenta la mayoría de los estudiantes de licenciatura del país, que pertenecían a las clases medias urbanas, estuvieron matriculados en el Distrito Federal donde se concentraban las más prestigiosas instituciones de educación superior.

El contexto sonorenses no fue distinto, la UniSon fue un polo de atracción para los jóvenes de la región y creció con el apoyo de los empresarios norteros. La educación superior se orientó a resolver problemas locales y su símbolo identitario fue la formación de líderes en sus filas; era una institución encauzada hacia la práctica que debía escuchar las necesidades de los distintos sectores de la sociedad que, desde entonces y hasta el presente, pagan un impuesto especial para su sostenimiento.¹¹

Hacia la década del cincuenta, ya con una estructura delimitada, fueron visibles algunos roces entre los actores universitarios. Los estudiantes tuvieron diferentes experimentos organizativos como la creación del Consejo Estudiantil, nombrado tiempo después como Directorio Estudiantil, a partir del que buscaron reivindicarse como actores políticos activos y autónomos con la responsabilidad de incidir en la toma de decisiones (Moreno, 2004: 4).

Uno de sus repertorios recurrentes fueron los periódicos estudiantiles, por ejemplo, el denominado *Axios*, que fungieron como vínculo con la sociedad sonorenses y en distintos momentos como espacio para señalar inconformidades hacia las autoridades universitarias (Santa Ana, 1999, p. 32). En febrero de 1950 los estudiantes hicieron pública una burla hacia el secretario general de la universidad que desembocó en la expulsión de dos de ellos.¹² Frente a este evento, el 29 de marzo de 1950, constituyeron la FEUS (Moreno, 2004, pp. 1-8) con el objetivo de aglutinar la respuesta estudiantil y asegurar su homogeneidad frente a los problemas universitarios, siempre apegados a la idea del estudiante formado para el trabajo y la universidad para el progreso.

Según Joel Verdugo (2016, pp. 84-87) la Federación tuvo desde su fundación una estructura vertical y autoritaria, anclada a los designios de las autoridades estatales, las autoridades universitarias y los empresarios. La mesa directiva, conformada por el presidente y los representantes de las secretarías, señaló el rumbo de sus posicionamientos. Además, cada escuela contó con una sociedad de alumnos que reprodujo el organigrama y con ello garantizaron la participación consensuada en las decisiones colectivas de sus presidentes durante la asamblea plenaria, esta última fungió como la máxima autoridad de la FEUS.

Durante la siguiente década se debatieron en la región los perfiles de las autoridades en diferentes entidades de gobierno y hubo breves conflictos en los que la Federación gestionó la participación estudiantil delimitando sus actividades al campus, respaldando la posición de las autoridades universitarias y organizando eventos culturales. A mediados de la década de los sesenta, gracias a su actuación institucional, obtuvieron

10 Para la discusión sobre la configuración de la educación, modernización y clases medias véase Loaeza (1988)

11 «Ley 133». *Periódico Oficial del Estado de Sonora. Boletín Oficial*, 7 de junio de 1939, p. 1.

12 Archivo Histórico de la Universidad de Sonora (Ahuson), Fondo Universidad de Sonora (FUS), Mesa Directiva del CAUS (MCAUS), Expediente 12, Legajo 1, sin número de foja.

un reconocimiento formal, financiamiento y representación en el Consejo Universitario (CU), el máximo órgano de gobierno de la UniSon.

La FEUS funcionó en este período como pieza orgánica estatal y fue un trampolín de sus directivos, al finalizar su etapa estudiantil, (Verdugo, 2016, p. 102) que mantuvieron la disciplina y los objetivos de la organización en los límites institucionales. Fue un semillero para los políticos priístas, un espacio en el que se foguearon para pasar a la burocracia estatal anclados a la fuerza política más relevante de la entidad: el Partido Revolucionario Institucional (PRI).

Aunque pueden delinarse sus explícitas filias políticas, los feusistas fueron cautelosos y acotaron su arena de actuación en el espacio universitario, sus estatutos eran claros: no podían hacer política.¹³ A pesar de ello, durante la contienda electoral por la gubernatura de 1967, distintos sectores del PRI decidieron operar conforme a la reforma democrática que se había anunciado en el país posibilitando a la militancia proponer a sus propios candidatos.¹⁴ Fue ese momento cuando los estudiantes universitarios transgredieron sus límites y disputaron un lugar en los eventos de la política estatal.

1967: la redefinición de los límites

1967 inició en Sonora con la elección de candidatos a la gobernanza por el PRI, entre los que se postularon Fausto Acosta y Faustino Félix Serna, los dos con una sólida trayectoria política. Acosta generó empatía con los sectores magisteriales, estudiantiles y campesinos, pero la directiva priísta sonoreña y el gobierno federal apoyaron abiertamente al empresario Félix Serna. Frente a una posible designación, diferentes sectores del partido hicieron público su descontento e iniciaron protestas exigiendo respeto por las mayorías.

El 25 de febrero de 1967 se distribuyó entre los asistentes a un mitin en apoyo a Félix Serna el primer número del folleto titulado *Por Algo*, en la editorial llamaron a los estudiantes a rechazar la traición a la vocación democrática del pueblo sonoreño, ya que se les impediría elegir a sus candidatos. Después de un largo análisis de la situación, el texto sentenció el lugar de los estudiantes en esa contienda: «si te pones del lado del continuismo, habrás demostrado tu adhesión a los malnacidos en nuestro Estado [sic]».¹⁵

Al día siguiente se convocaron dos actos de proselitismo a favor de los candidatos a tan solo 500 metros de distancia. Los eventos se llevaron a cabo y, como se observó en una serie de fotografías registradas por los agentes de la DGIPS, el apoyo a Félix fue multitudinario, entre las imágenes se distinguen cientos de sombreros y decenas de mantas con consignas dándole la bienvenida.¹⁶

Pronto surgieron las provocaciones. Los simpatizantes de Acosta se enfrentaron con piedras y palos al grupo de choque que escoltaba a Félix Serna denominado «la ola verde». El punto más álgido del motín, en el que quemaron varios automóviles, sucedió cuando la policía local se internó en el campus universitario persiguiendo a adversarios de Faustino Félix y terminó con la detención de 34 personas, entre ellos varios universitarios.¹⁷

Al día siguiente los estudiantes realizaron una marcha silenciosa, desde la Universidad hasta el palacio de gobierno, en protesta por lo que consideraron la violación la autonomía universitaria y la detención arbitraria de sus compañeros. El gobernador y exrector, Luis Encinas, los recibió en su oficina y ellos le exigieron

13 En este contexto «hacer política» se refiere a participar en cuestiones de orden electoral y organización de partidos políticos.

14 Para un análisis amplio de este proceso véase Pozas-Horcasitas (2008).

15 Archivo General de la Nación (AGN), Sección Dirección General de Investigaciones Políticas y Sociales (DGIPS), Serie Miscelánea (SM), caja 1517A, expediente 1, foja 27.

16 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, fojas 15-23.

17 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, foja 5.

respeto a la autonomía, reparación de daños a la institución, libertad a los estudiantes y el cese de los jefes de la policía.¹⁸ La respuesta fue positiva y se cumplieron sus demandas de forma inmediata, la prensa catalogó la manifestación como un triunfo de la FEUS.¹⁹

Este suceso no quedó como una anécdota, la violación a la autonomía representó el objetivo de movilización de la FEUS para mantenerse en la disputa pública durante los siguientes meses. El tres de marzo se identificó en los informes de la DGIPS la aparición de un grupo de estudiantes organizados en la escuela de derecho para incentivar la participación de los estudiantes feusistas en la contienda electoral. Las agentes señalaron la influencia del comité de Fausto Acosta en estos eventos.²⁰

Pronto se confirmó el surgimiento de una organización encabezada por esos estudiantes con el nombre Frente Estudiantil Universitario Anti-Imposicionista (FEUAI).²¹ Según volantes que abundaron en las calles de Hermosillo, su objetivo no fue actuar a favor ni en contra de los candidatos, sino limitarse a evitar imposiciones en los puestos de elección popular. Se presentaron como un colectivo de universitarios independiente de la FEUS, ya que esta tenía el impedimento estatuario para participar de actividades partidistas.²²

El presidente de la FEUS, Horacio Risk, publicó el 5 de marzo un desplegado titulado «Yo acuso»²³ como respuesta a la constitución del FEUAI, evidenciando públicamente fracturas internas en la Federación. Risk argumentó que el Frente irrespetó a la UniSon y afectó la dignidad del estudiantado ya que la FEUS siempre luchó por mantenerse al margen de movimientos políticos. También acusó al presidente de la sociedad de alumnos de la escuela de derecho de fomentar esta escisión usando su nombramiento universitario.

Risk pidió no confundir a la FEUS con el FEUAI, también calificó a la novel organización como extra-universitaria argumentado que el *deber ser* de los estudiantes sonorenses se anclaba a intereses nobles y puros, alejados de la política. Ese mismo día convocó a la asamblea plenaria para desconocer al FEUAI por su relación con el comité de Fausto Acosta. Al mismo tiempo, los acusados iniciaron una campaña para remover a Risk.²⁴

Contrario a lo esperado, la plenaria apoyó a la FEUAI destituyendo a Risk y designó como presidente provisional a Marco Antonio López Ochoa.²⁵ Esta fue la primera disputa pública de una organización que había sido disciplinada y homogénea, al menos en su exterior constitutivo, desde su fundación. Los agremiados en el FEUAI denunciaron abuso de confianza hacia los presidentes de las sociedades de alumnos que firmaron, bajo amenazas, el desplegado en su contra. El límite de actuación de la FEUS en el campo universitario empezó a desvanecerse.

Días más tarde la FEUS vivió sin contratiempos la elección de su presidente, resultó ganador el carismático Hilario Valenzuela, líder estudiantil con una sólida trayectoria como representante de la Escuela de Agricultura y que construyó una fluida relación con las autoridades.²⁶ Al mismo tiempo, las manifestaciones por la llamada imposición continuaron a lo largo de Sonora y los estudiantes de la FEUS no se distinguieron

18 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, foja 30.

19 Ídem.

20 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, foja 36.

21 Aunque los testimonios lo refieren como Frente Estudiantil Antiimposicionista (FEAI) (Verdugo, 2016, p. 83) en este trabajo me apego a lo referido en volantes y fotografías compilados por la DGIPS, así como en las firmas de los desplegados publicados en la prensa.

22 «A la opinión pública». *El Sonorense*, 05 de marzo de 1967, p. 5.

23 «Yo acuso». *El Sonorense*, 05 de marzo de 1967, p. 5.

24 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, fojas 45-46.

25 «Manifiesto». *El Sonorense*, 07 de marzo de 1967, pp. 1-2.

26 Véase testimonios sobre Hilario Valenzuela en Verdugo (2016).

de los simpatizantes del FEUAI, la prensa nacional los acusó por igual de ser generadores de la violencia.²⁷ Entre el 19 y 20 de marzo sucedieron enfrentamientos entre policías, estudiantes y anti impositonistas en los que resultaron manifestantes heridos por armas de fuego, otros afectados por gases lacrimógenos y hubo un fallecido.²⁸

La FEUS, a través de su directiva, declaró haberse mantenido al margen hasta ese momento, pero afirmaron que su obligación era condenar y actuar frente a la agresión que el gobierno estatal lanzó contra el pueblo hermosillense. Volvieron a poner en el centro de sus discursos tanto la violación de la autonomía como las agresiones a los miembros del FEUAI, a quienes respaldaron y calificaron como estudiantes con actitud cívica.

Para este reposicionamiento la directiva de la FEUS publicó un pliego de dos puntos, contraviniendo sus principios estatuarios, exigiendo la disolución de ejércitos privados de Félix Serna con cero tolerancia gubernamental y la entrega de los nombres de estudiantes que se presumía eran agitadores. Además, amenazaron con tomar medidas enérgicas si no se resolvían de inmediato sus peticiones. En medio de este conflicto, el 26 de marzo, fue ratificada la candidatura de Félix Serna y se disolvió el FEUAI de forma inmediata al no poder impedir la referida imposición.

Al día siguiente la FEUS decidió en sesión plenaria un plan de acción: «1) solicitar al presidente de la república la desaparición de poderes en Sonora 2) decretar huelga a partir del 29 de marzo en todo el sistema universitario y 3) enviar comisiones a las universidades de México, Monterrey y Guadalajara para pedir respaldo al movimiento».²⁹ Las distintas escuelas se declararon en huelga y los feusistas se acantonaron en la UniSon para reclamar la renuncia del gobernador por la violación a la autonomía universitaria del 26 de febrero y las posteriores agresiones al pueblo sonoreño.

Durante el mes de abril se paralizó el sistema educativo en la entidad, hubo apoyos diferenciados a la FEUS, pero especialmente se solidarizaron otras asociaciones estudiantiles y gremios magisteriales por la destitución del gobernador. El rector insistió en que la huelga afectaba el prestigio de la Universidad y, mientras tanto, aparecieron volantes firmados por la FEUS en la UNAM acusando a su estudiantado de no prestar atención a los sucesos en la UniSon afirmando «Vietnam está en Asia y Sonora está en México»³⁰ para mostrar la poca relevancia que los estudiantes ciudadanos le otorgaban a una movilización regional.

Con el acantonamiento en la universidad se redujo el apoyo estudiantil y grupos de feusistas exigieron regresar las instalaciones, pero la respuesta de su directiva fue clara: todo desertor sería juzgado y expulsado. Además del apoyo recibido con el cierre de las instituciones educativas de todos los niveles, los feusistas innovaron en sus repertorios de protesta incentivando cierres intermitentes de los comercios a lo largo de la entidad e iniciaron una huelga de hambre. El 12 de abril se publicó en una plana completa del periódico *El Imparcial* un manifiesto de respaldo con el listado de escuelas cerradas en apoyo a la FEUS con el encabezado «Unidos vencerán los aguilucho del valor»³¹ evocando el himno universitario.

El 14 de mayo resurgieron los enfrentamientos entre policías, ciudadanos y estudiantes que terminó con decenas de heridos, el ataque a los periódicos locales y una muerte más. El Congreso local requirió la intervención federal, canceló las manifestaciones públicas en la entidad y dos días más tarde, el 16 de mayo, el ejército patrulló las calles de Hermosillo. Al día siguiente las tropas tomaron posesión del campus universitario. «A bayoneta calada y con cartucho cortado»³² un batallón de fusileros paracaidistas del ejército desalojó a los estudiantes acantonados quienes salieron entonando el himno universitario y desde entonces

27 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 63.

28 «Violencia incontrolable en Hermosillo». *El Imparcial*, 21 de marzo de 1967, p. 1.

29 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 73.

30 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 100.

31 «Unidos vencerán los aguilucho del valor». *El Imparcial*, 12 de abril de 1967, p. 2.

32 «Fue ocupada la universidad». *El Universal*, 18 de mayo de 1967, p. 2.

se les reconoció como «los aguiluchos». La directiva de la FEUS huyó exiliada a Estados Unidos y el 2 de julio se concretó la elección para gobernador que favoreció a Félix Serna.

En los informes de la DGIPS sobre los sucesos posteriores apareció una mención de dos líneas que refirió una reunión de feusistas con miembros de la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNEDE), quienes expresaron su apoyo incondicional a los sonorenses.³³ Desde 1963 la CNEDE funcionó como un polo movilizador, de ideología socialista con influencias marxistas-leninistas, que buscó la conformación de una organización nacional a partir de la reconfiguración de asociaciones estudiantiles existentes convocando a modificar su vocación oficialista por una democrática (Oikión, 2017, pp. 129-130).

En un ambiente de tensa calma, los universitarios volvieron a clases y al mismo tiempo visitó la ciudad Espiridión Payán Gallardo, miembro de la CNEDE, que buscó finalizar simbólicamente la huelga de los universitarios manifestando que «los movimientos estudiantiles [...] se deben concretar a fines estudiantiles y no políticos».³⁴ Días después regresó del exilio Hilario Valenzuela y, en sesión extraordinaria de la FEUS, aceptó que habían decidido ponerse al frente de un problema político pero que, ante la presión de autoridades federales y estatales, tuvieron que abandonar el movimiento. Los feusistas consideraron que el fruto de la intervención fue despertar el civismo del pueblo sonoreño para después regresar a su lugar en los límites del estudio y el escenario universitario.³⁵

Tras esta serie de disputas, el rector Moisés Canale presentó su renuncia y el Consejo Universitario designó a Roberto Reynoso Dávila como interino. Reynoso fue considerado por las autoridades como una figura neutral que no representó intereses de los grupos en conflicto, tuvo la consigna de regresar la calma a la institución y resolver su déficit presupuestario. En cambio, la directiva de la FEUS lo identificó como un personaje autoritario y desde que tomó el cargo iniciaron manifestaciones en su contra. Además, impulsaron al Dr. Federico Sotelo para la encomienda por considerarlo cercano y siempre a la escucha de sus problemáticas.³⁶ Pronto surgió otra vertiente.³⁶ Pronto surgió otra vertiente en la Federación que contrarió a la directiva apoyando a Reynoso a través de volantes.

Para los primeros días de noviembre, tras una serie de enfrentamientos internos por la designación del rector, Hilario Valenzuela renunció porque era momento de dedicarse a estudiar. El 8 de noviembre se publicó la convocatoria para elegir presidente interino y veinte días después tomó posesión como presidente de la FEUS Alejandro Sánchez Meza, declarando que lucharía por la destitución de rector.³⁷ Del perfil de Sánchez Meza se conoce poco, solo se refiere en los informes de la DGIPS que fue representante de la CNEDE en Sonora.

El proceso narrado identifica una disputa interna del priismo sonoreño que tuvo diversas consecuencias, entre ellas la diversificación en la representación de partidos y la aparición de nuevos actores en el escenario político estatal.³⁸ La participación de la FEUS fue relevante por su capacidad movilizadora y evidenció una contienda transgresiva que modificó la posición de la FEUS frente a las autoridades universitarias y estatales.

Los «aguiluchos» de la generación de 1967 ganaron un lugar en el espacio público, pero en lo inmediato no desafiaron el modelo de la política local y tampoco modificaron el *deber ser* de los estudiantes sonorenses que siguieron sosteniendo a la educación como una oportunidad para la transformación a través del trabajo.

33 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 102.

34 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 423.

35 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 430.

36 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 465.

37 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Fojas 491-493.

38 Durante esta elección se disputó el cargo para presidente municipal de Hermosillo y resultó ganador el candidato del Partido Acción Nacional (PAN) obteniendo este partido por primera vez un puesto de elección popular en la entidad.

Este proceso fue una condición de posibilidad para los cambios internos de la FEUS que resultó, años más tarde, en una negociación por las directrices de la organización estudiantil sonoreense.

1968: la ruptura

1968 inició con la toma de protesta oficial del rector Reynoso, quien declaró sobre los estudiantes de la UniSon:

Veo con pena que la Universidad está descompuesta [...] Los buenos estudiantes son pasivos y se dedican a estudiar mientras se adueñan de la situación una minoría de gente que en ella vegetan urdiendo intrigas, y que se apoderan con argumentos demagogizantes de un grupo que al no tener mayores obligaciones morales se dedican a perseguir ventajas que son extrañas a los más puros, nobles y elevados sentimientos universitarios. Me refiero a los estudiantes llamados «fósiles» (Moncada, 2007, pp. 109-110).

Con el inicio de la dirección interina de Sánchez Meza, que pasa inadvertida en la historiografía local, la FEUS impulsó la discusión de sus estatutos y la creación de una Confederación para unificar al estudiantado norteño. El objetivo fue diseñar el nuevo perfil de las organizaciones estudiantiles sonorenses en congresos donde participarían técnicos, normalistas y universitarios, pero la respuesta de estos últimos fue tajante: «la FEUS no sustenta una ideología similar [a la nuestra]. En virtud de que en la pasada campaña política mostraron su partidismo en pro del gobierno». ³⁹ Además, enunciaron que sería un error seguir su proyecto porque se adueñarían de la pretendida organización estatal.

Con la reputación lastimada por su apoyo a la política partidista y en búsqueda de afirmar su autonomía, la Federación decidió romper relaciones con las autoridades universitarias hasta que se declarara nula la designación del rector. En este contexto se visibilizaron protestas en distintas escuelas de la universidad que abonaron al clima de inestabilidad que se vivía en la institución. Los estudiantes de la preparatoria acusaron a su director de amenazarlos por participar en la Federación, asimismo la directiva feusista tildó a distintos profesores como «porfiristas» asegurando que usarían su fuerza para «desaparecerlos» de la UniSon. ⁴⁰

Febrero inició con una fuerte movilización de mujeres estudiantes en la Escuela de Enfermería y Obstetricia, quienes exigieron la destitución del director que ostentaba el cargo desde 1950. Alegaron un desempeño nefasto y los acusaron de debilitar su formación al retirar a docentes encargadas de prácticas y estudios experimentales que venían de la UNAM. A partir de esta fecha las estudiantes, con apoyo de la FEUS, iniciaron paros de actividades negándose a tomar clases. ⁴¹

Los preparatorianos fueron los primeros en detonar la disputa por el posicionamiento de la Federación respecto a la designación del rector y el apoyo a los estudiantes de enfermería. Hicieron un llamado en la prensa, a través de un desplegado, para recuperar el orden y la paz universitaria, señalaron que había grupos que solo pretendían agitar la casa de estudios. Insistieron en que el buen estudiante tenía el único deseo y la legítima aspiración de superarse a través del estudio. ⁴² Aunque los informes de inteligencia señalaron la influencia del director de la preparatoria en la publicación, esto generó tensiones al interior de la organización estudiantil.

La directiva de la FEUS decidió expulsar a los firmantes. Acordaron también que los preparatorianos no tendrían derecho a voto, aunque eran más numerosos, calificándolos como jóvenes inexpertos y fáciles de

39 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Fojas 505-506.

40 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Fojas 507-510.

41 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 513.

42 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Fojas 515-516.

convencer.⁴³ En la arena universitaria siguió la discusión sobre la llamada imposición del rector, los feusistas acordaron que no era viable expresarse de forma «agresiva» por lo que propusieron recurrir a una huelga general solo en caso extremo.

El 9 de febrero apareció el primer desplegado que se expresaba explícitamente contra la directiva encabezada por Sánchez Meza exponiendo que «los abajo firmantes repudiamos la agitación llevada a cabo por los actuales dirigentes de la FEUS y todo el movimiento que redunde en perjuicio de la paz universitaria».⁴⁴ A esto se unió la presentación del estudiante Luis Fernando Gallardo como dirigente de una agrupación que más tarde compitió por la presidencia de la Federación.

Según la narrativa de Gallardo, expresada en el desplegado, ese día se reunieron grupos de «buenos estudiantes» afines a la FEUS en el museo y la biblioteca de la universidad para analizar la actuación del comité encabezado por Sánchez Meza, a quien señaló como presidente ilegítimo participante de un grupo nocivo que apodaban La Maffia. Lo acusó de agravar artificialmente los problemas universitarios y de engañar sistemáticamente al estudiantado para unirse a paros y maniobras que solo daban lugar a eventos dañinos como la huelga de 1967.⁴⁵

Horas más tarde, en la descrita asamblea, este grupo votó por mayoría absoluta el desconocimiento del comité ejecutivo de la FEUS de Sánchez Meza, nombraron ahí mismo a Gallardo presidente provisional quien se presentó como un estudiante resuelto a todo con tal de salvar a la UniSon. De Luis Fernando Gallardo hay poca información en la historiografía, se evidencia a través de testimonios su filiación católica (Verdugo, 2016, p. 106) y es considerado una anomalía que no representó un verdadero problema para la Federación, pero durante seis meses sostuvo una presidencia paralela a la de Sánchez Meza y, en algunos momentos, fue reconocida por las autoridades universitarias.

Mientras tanto las estudiantes de enfermería seguían en paro y las presidencias paralelas de la FEUS tomaron posturas: para los feusistas era muestra de la ineficiencia del rector Reynoso y para los gallardistas solo era una excusa para mantener la agitación en la institución. Estos últimos se hicieron llamar los auténticos estudiantes sonorenses, presumiendo que sus actos representaban el idealismo, la audacia y la decencia. Buscaron cada día, a través de distintas estrategias de reclutamiento, hacerse de adeptos con un discurso polarizante en el que reconocían dos bandos: estudiantes y agitadores.⁴⁶

En sus primeras presentaciones públicas los gallardistas se enfrentaron a golpes con partidarios de Sánchez Meza, señalándolos de «cavernarios maffiosos». A partir de esa interacción justificaron la redefinición de sus repertorios y ya no solo llevarían «la voz de la verdad», sino que se adiestraron en defensa personal para repeler ataques contra la «universidad limpia, progresista y ordenada».⁴⁷ Con este discurso lograron el apoyo de autoridades universitarias, maestros y grupos de padres de familia.

En este contexto de cruce de desplegados y enfrentamientos, la directiva de Sánchez Meza insistió en una resolución pacífica, pronunciando al mismo tiempo que «solo hay una FEUS, la que ha luchado junto con el pueblo».⁴⁸ Hasta este momento las autoridades identificaron a los gallardistas como agentes que buscaban polarizar y continuaron su conversación institucional con la directiva de Sánchez Meza, pero por otro lado, condenaron la división surgida entre el estudiantado señalando que la Federación estaba integrada por fósiles.

43 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 519.

44 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Foja 523.

45 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 1, Fojas 525-528.

46 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Fojas 1-2.

47 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Fojas 11-13.

48 Ídem.

El 23 de febrero Gallardo presentó a su comité ejecutivo que estuvo conformado por hombres y mujeres. Según su descripción fueron requeridos en los cargos por su capacidad, trayectoria académica y promedio de calificaciones, estos atributos los refirió como muestra de la limpieza de miras, honorabilidad y amor a la universidad. Además, dejó claro que «a la universidad no se viene a hacer política, se viene a estudiar».⁴⁹

A inicios del mes de marzo, en el contexto de los preparativos para elegir a la directiva definitiva de la FEUS, surgió un grupo autonombrado Frente Estudiantil (FE) que acusó a Sánchez Meza de pertenecer al Partido Comunista Mexicano. En el desplegado acusaron a la *mafia* de tener vínculos con personajes allegados a la Cuba castrista y a la Rusia soviética, pero también se refirieron a Luis Fernando Gallardo, de quien dijeron demostró su audacia y cumplió su misión al desestabilizar a la FEUS, pero había llegado el momento de su retiro.

Siguiendo los desplegados del FE infero que se trató de una estrategia de los gallardistas para consolidarse en las elecciones como la opción mesurada. Pero al mismo tiempo introdujo un discurso que empezó a configurar el mapa político de la FEUS, que para ese momento no reconocía siquiera en sus tendencias internas izquierdas y derechas, pero al presentar al grupo de Sánchez Meza como una vertiente comunista y a los gallardistas como la verdaderamente estudiantil los dispuso en la pugna bipolar.

En medio de la contienda por la presidencia, en el CU se discutieron reformas a los reglamentos universitarios. Una de ellas buscó depurar a los que llamaron estudiantes faltistas y agitadores, pero la reforma más importante fue la de retirar el voto a los consejeros estudiantes para cualquier elección de autoridades universitarias, argumentaron que estos «actúan por interés o pasiones»,⁵⁰ la propuesta no llegó a concretarse pero generó la animadversión estudiantil.

Los candidatos para sustituir al interino Sánchez Meza fueron Ismael Mercado Andrews y Rubén Pablos Soto, este último renunció a su candidatura y acusó a su contrincante de ser «títere» de la directiva. Mercado, quien fue un destacado orador en la coyuntura de 1967, estudiante de letras y representante de la sociedad de alumnos, quedó como único candidato y asumió la dirigencia el 20 de marzo afirmando que limpiaría la escoria de la universidad. Mientras tanto, Gallardo calificó el proceso electoral como una farsa, por lo que no presentó candidatura, y se autonombró de nuevo presidente provisional. Entre las suposiciones de los agentes de la DGIPS se estableció que Pablos Soto se adhirió a la causa gallardista.⁵¹

Ismael Mercado fue un sólido aguilucho que representó una postura moderada apegada a la visión tradicional de la organización estudiantil y reivindicó la separación entre los problemas de la sociedad y del estudiantado. A pesar de ello, el grupo de Sánchez Meza vislumbró la posibilidad de ejercer influencia en la dirección de la FEUS a través de un personaje que no fue caracterizado como radical, pero finalmente Mercado abandonó las iniciativas de Sánchez Meza para impulsar la renovación de las organizaciones estudiantiles estatales.

El 26 de abril, en el centro de la ciudad de Hermosillo, se vivió un enfrentamiento que puede considerarse como el inicio de nuevos repertorios en la disputa estudiantil. Los gallardistas organizaron un baile en el casino de la ciudad al que les negaron el acceso a los feusistas encabezados por Mercado por no cumplir con la cuota de entrada: una cadena de hierro. Así empezó el intercambio violento en el que relucieron las armas de fuego, resultaron varios heridos, para finalmente saquear y quemar de mobiliario del restaurante «Las Cazuelas». Aunque hubo versiones de ambos grupos deslindándose, la policía municipal solo detuvo por los destrozos a dos estudiantes de la FEUS de Mercado.⁵²

49 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Foja 32.

50 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Foja 57.

51 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Folias 60-67.

52 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Foja 87.

Después de este episodio que sacudió a los universitarios por la violencia nunca antes suscitada entre sus mismos estudiantes, bajó la intensidad de las provocaciones. El grupo liderado por Mercado Andrews, respondiendo a su proyecto político y a sus añejos estatutos, restableció y suavizó las relaciones con las autoridades universitarias, de la misma forma reconectó el diálogo con su viejo adversario: el gobernador Faustino Félix Serna.

La primacía de los problemas domésticos

En el verano de 1968, como resultado de las propuestas del reconocido filósofo Pablo Latapí al Plan de Desarrollo para el período 1969-1973, se propuso el cobro de cuotas para estudiantes y exalumnos de la UniSon. El plan consistió en 13 reformas flexibles como base administrativa, económica y académica para reorientar a la universidad. Entre las más importantes estaban: la creación de una junta de gobierno como máxima autoridad, la redistribución de tareas del CU, la departamentalización, entre otros que tocaban la organización tanto académica como administrativa.

El Patronato presentó dos posibilidades para la recaudación: con la primera buscaban elevar la recaudación a través de cobros diferenciados dependiendo del perfil socioeconómico de los estudiantes. La segunda se enfocaban en recuperar lo invertido en los exalumnos, a los que les informarían la cantidad de su adeudo e implementarían mecanismos para la devolución. Esta propuesta fue aprobada por el CU en período vacacional y, aunque Mercado tuvo conocimiento, en ese momento no hubo una respuesta organizada de los estudiantes.

En julio, durante el regreso a clases, se dieron a conocer los detalles de lo aprobado por el Consejo. La FEUS publicó un desplegado contra las cuotas que denotó la habilidad política de Mercado quien, evitando la confrontación, inició un análisis de la situación económica del estudiantado convocando a debates sobre el tema y encabezando mítines para discutir la nueva reglamentación. Durante estos meses se puede seguir, a través de las fuentes documentales, una secuencia de reuniones, asambleas y otros repertorios utilizados frente a las decisiones que consideraron incorrectas.

Simultáneamente se mencionó por primera vez en los informes de la DGIPS una acción colectiva que se desarrollaba en el Distrito Federal (DF) reconocida como «el movimiento estudiantil nacional de 1968». Fue entonces cuando reapareció Alejandro Sánchez Meza quien, por comunicación telefónica, solicitó a Ismael Mercado apoyo de la FEUS para esa movilización y anunció el arribo de una delegación estudiantil de la UNAM y Chapingo a Hermosillo.⁵³ La respuesta de Mercado fue «que de momento no podía apoyar por la falta de estudiantes, pero [...] haría lo posible por conseguirles el apoyo, pues también tenían problemas que solventar».⁵⁴

Durante el mes de agosto se intensificó el rechazo hacia el Plan Latapí. La FEUS de Mercado publicó un pliego petitorio, organizó paros escalonados, realizó debates públicos y negoció diariamente con las autoridades. En los puntos de discusión de algunos mítines, por presión de un grupo relacionado con la CNED, se difundió información sobre lo que sucedía en el DF. En la asamblea realizada el 27 de agosto, de forma sucinta, los representantes de la FEUS expresaron que «elaborarán un escrito detallado en el cual la Federación [...] dará su apoyo a los estudiantes de la UNAM, IPN y Escuela Nacional de Agricultura de Chapingo en su movimiento de huelga general».⁵⁵

53 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Foja 178.

54 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Foja 150.

55 Ídem.

Mientras tanto, el rector de la universidad envió misivas al secretario de gobernación, Luis Echeverría, en las que informó la situación interna de la UniSon.⁵⁶ De manera insistente le solicitó que investigara las actitudes subversivas de Ismael Mercado e hizo hincapié en que se trataba de problemas domésticos y que no detectaron, hasta ese momento, una relación con el M68 o con comunistas.

La disputa en la universidad continuó y, en medio de la discusión para que no se ratificara el cobro de cuotas, los enfrentamientos entre estudiantes tuvieron otras características. Si bien se desataron episodios violentos en meses anteriores, en este período los gallardistas, además de la publicación de desplegados, utilizaron de forma sistemática cadenas como armas de combate para atacar a los feusistas y, a decir de los afectados, parecieron estar bien entrenados en su uso y en otras estrategias de ataque.

Casi un mes después, el presidente de la FEUS difundió un comunicado en apoyo al M68 en el que hizo un llamado a los estudiantes para constituir una asamblea y finalmente tomar postura, lo anterior por insistencia de un grupo de la escuela de agricultura ligado a la CNEB. Aunque la invitación fue atendida, gran parte de los representantes de las escuelas no estuvieron de acuerdo en unirse a la movilización porque «aunque apoyan a sus dirigentes, consideran que el movimiento debería de hacerse única y exclusivamente para solucionar los problemas internos de la universidad, no para avocarse a problemas de tipo nacional como lo están solicitando».⁵⁷

En la siguiente asamblea, los puntos de discusión volvieron a los problemas domésticos de las cuotas, a la exigencia de la derogación de las reformas, así como a la propuesta de un emplazamiento a huelga si no renunciaban el rector y el director de enfermería. En asuntos generales se acordó apoyar moralmente a los estudiantes del DF, así como exigir la salida del ejército de sus instituciones porque reconocieron el agravio en la experiencia local de 1967. Esto sucedió a pesar de que decenas de representantes estudiantiles consideraron innecesaria y peligrosa la adhesión.

A finales de septiembre Mercado convocó a asamblea para emplazar a huelga contra las cuotas acordando suspender clases hasta que el rector dimitiera. Los estudiantes declararon al periódico *Excelsior* que «el movimiento no tenía nada que ver con los acontecimientos de la Ciudad de México [DF]»⁵⁸ y que sus objetivos eran de carácter interno. El mismo día el rector renunció, destituyeron al director de Enfermería y el CU derogó el reglamento de cuotas dando lugar al cumplimiento del pliego petitorio de la FEUS.

Los días posteriores, aún con las renuncias exigidas, los estudiantes debatieron la continuación de la huelga. Un argumento en contra fue que se quería usar como pretexto para apoyar al movimiento del DF, pero que ya no era factible porque se conocía por diversos medios que se había finiquitado. El 2 de octubre de 1968 se publicó un manifiesto firmado por la Nueva Federación de Estudiantes de la Universidad de Sonora, adjudicado a Gallardo, en contra de las intenciones de la FEUS de Mercado para estallar la huelga y calificándolos nuevamente de agitadores.⁵⁹

El 3 de octubre, después de la violenta embestida en Tlatelolco, los asuntos universitarios estaban resueltos. Los agentes de la DGIPS recogieron la opinión de diversos sectores de la sociedad sonorenses describiendo a la universidad en calma y con la movilización finalizada. Algunos representantes de sociedades de alumnos se pronunciaron contra el Consejo Nacional de Huelga considerándolos responsables ya que no representaron la voluntad del estudiantado ciudadano al incitar la violencia. Mientras tanto, el presidente de la FEUS declaró que el apoyo a los estudiantes del DF siempre estuvo condicionado a la solución de los problemas internos de la UniSon.

56 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Foja 188.

57 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Foja 210.

58 «El rector de la Universidad de Sonora, renunció». *Excelsior*, 28 de setiembre de 1968, p. 29.

59 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Foja 231.

La situación en la universidad pareció normalizarse después de los intentos de huelga y los problemas entre los grupos estudiantiles, aunque continuaron las tendencias en disputa. Para el 10 de octubre en la mayoría de las escuelas la asistencia era regular, salvo en la de agricultura donde se concentraron profesores y estudiantes afiliados a la CNED que buscaron apoyar al M68. Entre los nombres que destacan los informes están Rita Chávez, Ana María López Rodríguez y Patricio Estevez Nenninger que siguieron las labores de proselitismo sin aparente éxito.

Mientras tanto, la FEUS alegó una necesaria retracción para continuar con la vida universitaria. El 11 de octubre, Ismael Mercado dictó la conferencia titulada «El problema actual del universitario en México». En ella se pronunció contra los dirigentes que decía trataron de desorientar al estudiantado «con sus ideologías, orillándolos a lanzarse a un movimiento de huelga innecesario». Afirmó que «al pueblo de México le falta preparación y conciencia para avocarse a situaciones como las que prevalecieron en el DF, es necesario esperar a que [...] evolucione y se eduque para que pueda gobernarse a sí mismo» y que «debe dejarse esa actitud ya que con el tiempo se superarán los problemas actuales de gobierno, lo que desde luego hará la juventud de las nuevas generaciones».⁶⁰

La universidad volvió a un corto período de tranquilidad, no se trató el tema de las cuotas en las siguientes asambleas. Se eligió a un nuevo rector, el Dr. Federico Sotelo Ortiz, pero entonces la FEUS apoyó la candidatura de César Tapia Quijada. De ahí en adelante las elecciones para la presidencia de la Federación se convirtieron en verdaderas batallas que se libraron entre las distintas tendencias que tuvieron en común visualizar a la FEUS de Mercado con suspicacia. En los primeros años de 1970 la Federación se posicionó políticamente al modificar sus estatutos, se distanció de las autoridades y encabezó un movimiento estudiantil autodenominado de izquierda con simpatías socialistas (Verdugo, 2016).

Consideraciones finales

La década de los sesenta fue un período de cambio para las movilizaciones estudiantiles en México. El espacio político se modificó con la apertura pregonada por el régimen, así como por las discusiones públicas sobre la democracia y al mismo tiempo por la sofisticación de la represión hacia las movilizaciones sociales que fueron atravesadas por un aprehensible discurso bipolar de guerra fría. En este contexto, los actores colectivos respondieron de distintas formas, algunos trataron de conservar sus estructuras y otros buscaron reorientarlas.

Una particularidad de los movimientos estudiantiles mexicanos, desde finales de la década de los cincuenta, fue su heterogeneidad manifestada en objetivos, perfiles de los actores, formas de organización y repertorios de acción, en un contexto convulso y de violencia selectiva. En este escenario el proceso que vivió la FEUS, entre 1967 y 1968, es ejemplo de una organización en transición que ya no se reconoce en sus formas tradicionales de actuación y empieza a reconocer sus tendencias en los cuadrantes ideológicos de la época, cuestión visible a través de las disputas experimentadas por sus militancias.

La tendencia gallardista, integrada por los más jóvenes de la comunidad estudiantil, emergió como un colectivo defensivo que se negó a aceptar las transgresiones de los estatutos y objetivos de la Federación. Desde un ideal de pureza concibieron a la universidad como un espacio de orden, disciplina e instrucción en el que los estudiantes debían ser agentes neutrales. Además, introdujeron a la discusión la idea de una FEUS como amenaza comunista y la enfrentaron a partir de repertorios violentos que sofisticaron durante los siguientes años. Desde esta perspectiva aglutinaron a sus oponentes en la FEUS «maffiosa» como un actor homogéneo, mostrando con ello su concepción del escenario político desde un discurso bipolar.

60 AGN, DGIPS, SM, Caja 1517A, Expediente 2, Fojas 246-247.

Por otro lado, estaba la FEUS de Mercado Andrews identificada con los aguiluchos, aquellos que se constituyeron como desafiantes del espacio de participación de la Federación durante 1967, pero que no significaron una reestructuración de sus objetivos ya que continuaron su labor como aliados de las autoridades. Se forjaron como la cara tradicional de la FEUS que consideró a la universidad como espacio delimitado de negociación en el que los estudiantes debían tomar parte de las decisiones estatuariamente, donde solo se dirimieran problemas domésticos y buscó limar todo tipo de asperezas con las distintas autoridades.

Es posible distinguir una tercera tendencia que apeló por una Federación que ampliara sus objetivos y se identificó con el grupo de Sánchez Meza. Esta vertiente intentó influir en la dirección de Mercado, pero llevó una agenda propia durante este período, pues buscaron modificar a la FEUS para que se democratizara y se alejara de su esencia oficialista; intentaron crear alianzas con otros sectores estudiantiles basándose en una visión de los estudiantes como aquellos agentes que pugnarían, junto a otros sectores sociales, por la liberación de sus pueblos.

Aunque para Gallardo las directivas de Mercado y Sánchez Meza representaron los mismos principios, en la reconstrucción de las disputas es posible evidenciar algunas distinciones. Los estudiantes que simpatizaron con la CNED vieron en Mercado a un agente nefasto para la FEUS, mientras que Gallardo señaló a Sánchez Meza de infiltrar el comunismo en la universidad y a Ismael Mercado de ser su títere. Estas posiciones, apenas visibles en la dinámica conflictiva de finales de los sesenta, abrieron la posibilidad de que en los primeros años de la siguiente década se erigiera una FEUS de izquierda con una directiva que en la etapa de transición no tuvo cabida en el proyecto estudiantil.

El ciclo conflictivo que reconstruyo en este trabajo muestra un momento de transición en el que se produjeron las condiciones de posibilidad para el cuestionamiento al *deber ser* de la FEUS. La transgresión de los límites universitarios con su participación partidista dio lugar a una evaluación del lugar de la Federación en la geometría política universitaria y reveló posiciones diferenciadas en su interior. Aunque no sucedieron cambios sustantivos durante este período, sí se generaron disputas que permiten ubicar la ruptura de un consenso y la génesis de tendencias internas que se consolidaron años después.

Retomando a Eric Zolov y parafraseando a Mariano Millán (2018), considero relevante volver al análisis de la densidad local porque nos permite comprender la construcción paralela de los movimientos estudiantiles en períodos de transición y revisarlos a la luz de las otras experiencias. La historia de la FEUS revela una actividad política local compleja que empieza se resignifica en el escenario de Guerra Fría y que fue reacia a participar del movimiento estudiantil del DF como representación de lo nacional. Lo anterior abre lugar a la discusión de sus especificidades y desvanece la certeza de que el M68 fue el eje del aprendizaje organizativo o el culmen de los movimientos estudiantiles mexicanos en los largos años sesenta.

Bibliografía y fuentes

Bibliografía consultada

- CEJUDO, D. (2017). ¿Una nueva generación de movimientos estudiantiles? El Comité Estudiantil de la Universidad de Sonora (CEUS) 1991-1992. En: R. GONZÁLEZ y G. Olivier (Coords.). *Resistencias y alternativas. Relación histórico-política de movimientos sociales en educación*. Ciudad de México: Universidad Autónoma Metropolitana Azcapotzalco
- (2018). Identidad, comunidad y acción colectiva: la participación de los Quinteños en la ocupación de predios de San Ignacio Río Muerto, Sonora, 1975. En: D. ENRÍQUEZ y J. ROMERO (Coords.). *Sonora: frontera, sociedad y medio ambiente. Siglos XIX y XX*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- CELIS, A. (2018). *Movimiento estudiantil, organización y redes: la huelga por la federalización de la Escuela Superior de Agricultura Hermanos Escobar, Ciudad Juárez, 1967*. Tesis de licenciatura. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.

- GALAVIZ, C. (2014). *Sobre el CEUS y el movimiento estudiantil de 1991 en la Universidad de Sonora. Acercamiento conceptual a través de la construcción social de la protesta*. Tesis de licenciatura. Hermosillo: División de Ciencias Sociales, Universidad de Sonora.
- (2016). *La dimensión simbólica de la protesta: el caso de las movilizaciones estudiantiles de 1970-1973 en la Universidad de Sonora*. Tesis de maestría. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- GUEVARA, G. (1988). *La democracia en la calle. Crónica del movimiento estudiantil mexicano*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- JIMÉNEZ GUZMÁN, H. (2018). *El 68 y sus rutas de interpretación*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- LOAEZA, S. (1988). *Clases medias y política en México: la querrela escolar 1959-1963*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- MCADAM, D.; TARROW S. y TILLY Ch. (2005). *Dinámica de la contienda política*. Barcelona: Hacer editorial.
- MILLÁN, M. (2018). Las resistencias estudiantiles frente a la intervención universitaria de 1966. Un análisis comparado de la UBA y la UNC. *Contemporánea*, 9 (9), 51-73. Recuperado de <<http://revistacontemporanea.fhuce.edu.uy/index.php/Contemporanea/article/view/64>>.
- MONCADA, C. (2007). *Historia general de la Universidad de Sonora: crecimiento, política y crisis 1953-1973*. Hermosillo: Editorial Uni-Son.
- MORENO, A. (2004). Cinco ventanas a la actividad política de los estudiantes de la UniSon. En J. CASTRO (Comp.). *Memoria del XXIX Simposio de Historia y Antropología de Sonora*. Hermosillo: Departamento de Historia y Antropología, Universidad de Sonora.
- (2016). A cincuenta años del movimiento estudiantil y popular de 1967 en Sonora. *Revista Doxa Digital*, 6 (11), 87-121. Recuperado de <<http://journals.sfu.ca/doxa/index.php/doxa/article/view/4>>.
- OIKIÓN, V. (2017). La Central Nacional de Estudiantes Democráticos, una historia de militancia juvenil. En: J. RIVAS, A. SÁNCHEZ y G. TIRADO (Coords.). *Historia y memoria de los movimientos estudiantiles: a 45 años del 68. Volumen 2. Los movimientos estudiantiles regionales en México*. Ciudad de México: UNAM-Gernika.
- PENSADO, J. (2013). *Rebel Mexico. Student Unrest and Authoritarian Political Culture During the Long Sixties*. Stanford: Stanford University Press.
- (2015a). El movimiento politécnico de 1956: la primera revuelta estudiantil en México de los sesenta. En: R. MARSISKE (Coord.). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina Volumen IV*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Sobre la Universidad y la Educación, UNAM.
- (2015b). El Movimiento Estudiantil Profesional (MEP). Una mirada a la radicalización de la juventud católica mexicana durante la Guerra Fría». *Estudios Mexicanos*, 31 (1) 156-192. Recuperado de <https://online.ucpress.edu/msem/article-pdf/31/1/156/188437/msem_2015_31_1_156.pdf>.
- y OCHOA, E. (Eds.) (2018). *México Beyond 1968. Revolutionaries, Radicals, and Repression during the Global Sixties and Subversive Seventies*. Tucson: The University of Arizona Press.
- PETTINÀ, V. (2018). *Historia mínima de la Guerra Fría en América Latina*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- POZAS-HORCASITAS, R. (2008). La democracia fallida: la batalla de Carlos A. Madrazo por cambiar al PRI. *Revista Mexicana de Sociología*, 70 (1), 47-85. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S0188-25032008000100002>.
- SALAZAR, D. y MORENO, L. (2011). Vigilar al proletariado: los archivos de la DGIPS. En *II Encuentro/Taller Cultura obrera: formas de hacer la historia de los trabajadores*. Ciudad de México [inédito].
- SÁNCHEZ-PARRA, S. (2012). *Estudiantes en armas. Una historia política y cultural del movimiento de los enfermos (1972-1978)*. Culiacán: Universidad Autónoma de Sinaloa.
- SANTA ANA, Z. (1999). *Cronología histórica de la prensa oficial de la Universidad de Sonora, Unidad Regional Centro, 1947-1997*. Tesis de licenciatura. Hermosillo: División de Ciencias Sociales, Universidad de Sonora.
- SANTIAGO, M. (2015). Anticomunismo católico. Origen y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975. En C. COLLADO (Coord.). *Las derechas en el México contemporáneo*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- (2016). *Entre el secreto y las calles. Nacionalistas y católicos contra la conspiración de la modernidad: El Yunque de México y Tacuara de Argentina (1953-1964)*. Tesis de doctorado. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones Dr. José María Luis Mora.
- (2018). El Yunque, FUA y MURO (1954-1975). Entre la reserva, el secreto y lo público. En: Y. SOLIS (Coord.). *Sociedades secretas clericales y no clericales en México en el siglo XX*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana.

- SANTIAGO, M. y CEJUDO, D. (2018). Prólogo. La historia contemporánea y de tiempo presente en México, hipótesis para discutir. En: M. SANTIAGO y D. CEJUDO (Coords.). *Revisitando el movimiento estudiantil de 1968*. Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- TARROW, S. (2012). *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política*. Madrid: Alianza.
- TILLY, Ch. y WOOD, L. (2010). *Los movimientos sociales, 1768-2008. Desde sus orígenes a Facebook*. Barcelona: Crítica.
- TIRADO, G. (2004). *La otra historia. Voces de mujeres del 68*. Puebla. Puebla: BUAP-IPM.
- (2014). Puebla1961, género y movimiento estudiantil. *La Ventana. Revista de Estudios de Género*, (39), 179-207. Recuperado de <http://www.scielo.org.mx/scielo.php?pid=S1405-94362014000100008&script=sci_abstract&tlng=en>.
- (2019). *El 68 en Puebla y su universidad*. Puebla: BUAP.
- VERDUGO, J. (2004). *El movimiento estudiantil en la Universidad de Sonora de 1970 a 1974. Un enfoque sociohistórico a partir del testimonio oral*. Hermosillo: El Colegio de Sonora.
- (2016). *Estudiantes en lucha. Los documentos personales como herramientas analíticas en el estudio de los movimientos sociales: el caso de la Universidad de Sonora*. Hermosillo: Universidad de Sonora.
- ZOLOV, E. (2014). Introduction: Latin America in the Global Sixties. *The Americas*, 70 (3), 349-362.
- (2018). Integrating Mexico into the Global Sixties. En: J. PENSADO y E. OCHOA (Eds.). *México beyond 1968. Revolutionaries, radicals, and repression during the global sixties and subversive seventies*. Tucson: The University of Arizona Press.

Fuentes

Periódicos

Periódico Oficial del Estado de Sonora. Boletín Oficial

El Imparcial

El Sonorense

Excélsior

El Universal

Archivos

Archivo Histórico de la Universidad de Sonora (Ahuson)

Archivo General de la Nación (AGN)

Política, universidad y peronismo. Lecturas desde el caso de la FURN de La Plata 1967-1972

Politics, university and Peronism. Readings from the case of FURN La Plata 1967-1972

Nayla Pis Diez¹

Resumen

Este artículo se propone reconstruir la historia de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), organización peronista de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP) que surgió como tal en 1966 aunque sus orígenes podemos rastrearlos en los tempranos años sesentas. Se reconstruirán sus acciones y discursos entre 1967 y 1972, considerando dos líneas de indagación: primero, la forma cómo entendió su presencia en la universidad, observando cómo combinó y jerarquizó en sus prácticas y discursos las luchas gremiales, universitarias y políticas; segundo, aquel análisis tendrá en cuenta, tanto el contexto social y político de la ciudad, como la presencia de otros actores en el escenario donde se tramaban aquellas «batallas».

Palabras clave: Movimiento estudiantil; Peronismo; FURN; Historia reciente; Argentina.

Abstract

This article aims to reconstruct the history of the Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN), a Peronist organization of the University of La Plata, that emerged in 1966, although its origins can be traced back to the Early Sixties. Their actions and speeches will be rebuilt between 1967 and 1972, considering two lines of inquiry. First, the way they understood their presence at the university. We will observe how they combined in his practices and discourses the trade union, university and political struggles. Secondly, that analysis will take into account both the social and political context of the city and the presence of other forces: the stage where those «battles» were plotted.

Keywords: Student Movement; Peronism; FURN; Recent history; Argentina.

Recibido: 27/12/2020
Aceptado: 7/4/2020

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas, Instituto de Investigaciones en Humanidades y Ciencias Sociales, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad Nacional de La Plata; nayla.pdiez@gmail.com.

Introducción

Este artículo se propone reconstruir una parte de la historia de la Federación Universitaria de la Revolución Nacional (FURN),² organización estudiantil peronista de la Universidad Nacional de La Plata (UNLP). El caso tiene relevancia porque nos permite observar problemáticas típicas de la historia reciente argentina. Por un lado, y en términos generales, fue una expresión de la politización de la juventud en los años sesenta y setenta, y de procesos más específicos como la radicalización hacia la izquierda y la identificación con el peronismo de una parte de ese sector social. De aquí, desprendemos una primera serie de interrogantes que ordena estas páginas y que orbita alrededor de la relación entre la militancia política y la militancia universitaria en las acciones y discursos de la FURN.

Segundo, y más específicamente, la trayectoria de la FURN nos ilumina sobre una cuestión clave para la historia de las universidades argentinas como es el lugar del peronismo en ellas y la relación de este con la Reforma Universitaria, la tradición preponderante en ellas desde 1918.³ La complejidad de dicha relación nos sirve para comprender el contexto de llegada de la FURN a la UNLP: en 1955 un golpe de Estado había derrocado al gobierno de Juan D. Perón y con ello, en las universidades, grupos de estudiantes y docentes identificados con el reformismo, desalojaron a otros/as estudiantes y docentes peronistas, llevando a cabo lo que se denominó *desperonización* de las universidades. En La Plata, si bien a fines de la década del cincuenta, grupos reformistas de izquierdas comenzaron una autocrítica y acercamiento, no fue sino hasta los primeros años sesentas que estudiantes de diversas Facultades comenzaron a agruparse bajo la identidad peronista. En 1966, y tras casi una década de aquella *expulsión*, la FURN se definió públicamente como tal. Justamente, en junio de 1966 había sucedido un nuevo golpe de Estado. Autodenominado como Revolución Argentina, modificó rotundamente el funcionamiento de las Universidades nacionales, que fueron intervenidas y el modelo reformista de ordenamiento interno desterrado. Estas consideraciones nos permiten introducirnos en un debate con el campo de estudios, en consonancia con los interrogantes arriba planteados.

En el campo de estudios sobre movimiento estudiantil y universidades en la historia reciente argentina se han realizado dos tipos de lecturas que definen 1966 como un *parteaguas*, otorgándole asimismo, dos significados. Obras clásicas como las de Beatriz Sarlo (2007) y Silvia Sigal (1991) han visto allí los comienzos de la politización y partidización de la universidad, en oposición al período 1955-1966, en el cual los temas universitarios, los canales institucionales y la defensa del modelo reformista habrían primado en los debates, tanto de la comunidad toda como del estudiantado.⁴ En la década siguiente todo ello se habría perdido en desmedro de un debate político omnipresente (Sarlo, 2007, p. 91). Los brazos estudiantiles del peronismo y de las organizaciones revolucionarias habrían sido los encargados de politizar y partidizar la institución y su militancia. Por otra parte, la bibliografía testimonial y la abocada al caso de la FURN, ha abonado esta lectura

2 Sabemos que hay trabajos y testimonios que la denominan como Federación Universitaria para la Revolución Nacional. Aquí hemos optado por seguir sus documentos oficiales (como *Patria y Pueblo* y *Base para una Nueva Universidad*), donde siempre se utiliza Federación Universitaria de la Revolución Nacional.

3 Diversos trabajos de referencia, nos hablan de la existencia de «modelos» de universidad, correspondientes a aquellas dos tradiciones. La Reforma Universitaria fue un acontecimiento que transformó las Universidades argentinas en función de un modelo basado en la democratización de la participación política, en la libertad de cátedra y en la renovación pedagógica. En Argentina, mediando la década del cuarenta aquel modelo fue cuestionado por otro, diseñado desde el peronismo en el gobierno y caracterizado por el abandono de los principios liberales aplicados a la universidad (esto es, la democracia interna) y por su democratización social, mediante políticas oficiales como la gratuidad en el acceso o el sistema de becas. Ver: Sigal (1991), Pereyra (2010) y Pronko (2000).

4 Para Silvia Sigal, el intento de Onganía de prohibir la vida política de las universidades, habría producido la partidización de la comunidad académica. Los estudiantes habrían dejado de definirse a partir de la pertenencia a la Reforma, para hacerlo en función de una determinada organización político-partidaria: «Durante los años de politización universitaria, desde mediados de los sesenta hasta 1976, ni la institución ni la Reforma serán ya productora de identidad, y los partidos se encargarán de canalizar los conflictos estudiantiles» (Sigal, 1991, p. 71).

aunque con un tono más reivindicativo del período abierto en 1966.⁵ Desde aquí se entiende que a partir de esta fecha, la política habría entrado a las universidades, provocando una fuerte crisis en un reformismo considerado obsoleto. El peronismo universitario habría surgido en este contexto, acumulando a partir de esa crisis y creciendo fuertemente con un discurso antirreformista y banderas extra universitarias (Ramírez, 1999; Simonetti, 2002; Alessandro, 2011).

Insertos en este campo, nuevos trabajos han debatido aquellas lecturas enfocándose en reconstruir la «revalorización de la cuestión universitaria» que los grupos peronistas de la Universidad de Buenos Aires (UBA) habrían realizado (Friedemann, 2017; Dip, 2017). Contra la tesis de la politización absoluta, se resaltan experiencias y espacios de producción que, a partir de 1966, configuraron un proyecto de universidad que se plasmaría en 1973. Aquí, los debates no se reducían a temas de política y coyuntura (las elecciones, la vía armada o la «revolución»), también giraban en torno a la función social de la universidad y el rol de los intelectuales, profesionales y técnicos en las estructuras estatales.⁶ Ahora bien, aunque estos trabajos nos aportan, están centrados en la UBA y poco nos dicen sobre el resto del país. Por su parte, aquellos centrados en La Plata y la FURN reparan en ello solo tangencialmente. Es que, o bien se resalta el aspecto político de la militancia de FURN y su vínculo con las organizaciones armadas (Amato y Boyanovsky Bazán, 2008; Nava, 2013); o bien, se repara solo en el año 1973 y la ocupación de cargos en la UNLP (Alessandro, 2011). Las excepciones aparecen en el caso del pionero trabajo de Simonetti (2002) y el reciente escrito de Ana Barletta (2018). Debatido con la tesis del fin de la *cuestión universitaria* pero sin profundizar, Barletta encuentra en el año 1972 un cambio radical en la percepción de la FURN: se habría visualizado el valor estratégico de la intervención en el campo de la cultura y la educación.

Desde la reconstrucción de un caso, nos proponemos debatir con la tesis del fin de la cuestión universitaria con el propósito de aportar elementos para una comprensión integral de los procesos de politización de la sociedad argentina en su historia reciente. Esto supone iluminar trayectorias nada lineales, ensayos y errores en las formas de hacer política. Nos centraremos en la FURN, observando dos cosas. Primero, la forma como entendió y justificó su presencia en la universidad, observando cómo pensó y jerarquizó en sus prácticas y discursos las luchas gremiales, universitarias y políticas. Segundo, aquel análisis tendrá en cuenta, tanto el contexto social y político de la ciudad, como la presencia de otros actores en el escenario donde se tramaban aquellas *batallas*. Esto nos permitirá dar cierto anclaje a los discursos y las acciones analizados. Nuestro recorte temporal toma los años que van desde 1967 hasta 1972, un año después de su creación y un año antes de una fecha clave para la historia reciente argentina como fuera 1973. Tal recorte no es azaroso, sino que se corresponde con la tesis de este trabajo. Investigaciones previas (Pis Diez, 2018) nos permiten dar con una mirada de largo plazo sobre la FURN y delimitar tres etapas: de los orígenes hasta 1966; la instalación de la FURN entre 1967 y 1970, con un discurso fuertemente antiuniversitario y antirreformista; los años 1971-1972, donde su intervención cambia y se orienta a la universidad. Los tres apartados de este trabajo siguen dicha cronología, aunque son el segundo y el tercero los más desarrollados.

Finalmente, todo aquello estará basado en las fuentes documentales escritas, particularmente, el acceso a los documentos de espionaje elaborados por la Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos

5 Ana Barletta en su trabajo sobre peronización de los universitarios recoge algunos testimonios de la época: «Algunos lo alentaron y apoyaron directamente [...] Se decía: La “mano dura” de Onganía, que quiso sacar la política de la Universidad, no hizo más que producir el efecto contrario. Metió la política en serio. Pues el estudiante empezó a sentir ese rigor que el pueblo peronista venía soportando y enfrentando desde 1955...» (Barletta, 2000, pp. 6-7). Aquí, la politización es un rasgo positivo, no buscado, del golpe de Estado de 1966.

6 No fue Argentina el único país del continente donde estas cuestiones se debatieron. Al contrario, son conocidos los procesos de transformación que Chile, Uruguay o Venezuela llevaron adelante en sus universidades entre 1967 y 1973, intentando combinar perspectivas modernizantes, críticas y democratizadoras. Qué tipo de estructura universitaria necesitaban las sociedades latinoamericanas, atravesadas por la colonización y la dependencia, era un interrogante que estaba a la orden del día para movimientos estudiantiles, autoridades y docentes. Ver: Garretón (2011), Kaplún y Markarian (2017) y Aveiro (2018).

Aires (DIPBA), hoy desclasificados por la Comisión por la Memoria (CPM). Ha sido de enorme utilidad la cronología nacional de hechos protagonizados por el movimiento estudiantil, elaborada por Pablo Bonavena, gentilmente cedida a la autora.

1966 y antes: los antecedentes del origen y un relato para la universidad

A comienzos de la década del sesenta, una red de grupos universitarios que adscribían a la identidad peronista comenzó a hacerse visible en la universidad de La Plata. Su particularidad es que emergieron tempranamente, es decir, hacia 1963 y con una relación las más de las veces de alianza con diversas expresiones del reformismo de izquierdas (Pis Diez, 2018). Tales grupos eran el Movimiento Universitario Reformista de Derecho, con Rodolfo Achem y Everardo Fraccini como referentes iniciales; el Movimiento de Avanzada de Veterinarias, con Hugo Bacci y Carlos Miguel a la cabeza; el grupo de estudiantes peruanos Amauta, que incluía jóvenes de diversas Facultades, sobre todo, Medicina y Bellas Artes; y Vanguardia de Bellas Artes. Los cruces entre los cuatro eran tan profusos como también lo era su relación con otras organizaciones del peronismo revolucionario, políticas, culturales o sindicales de la ciudad; en particular, la Juventud Peronista (JP) y el Movimiento Revolucionario Peronista (MRP).⁷ Asimismo, John W. Cooke fue una de las referencias ideológicas fundamentales.

Entre 1963 y 1966, tal red adquirió importante visibilidad a partir de acciones realizadas en conjunto con espacios reformistas de izquierdas (comunistas y de *nueva izquierda*), como la toma del Rectorado platense en apoyo al Plan de Lucha de la CGT en 1964 o en rechazo al envío de tropas a Santo Domingo, en 1965. Además de estas cuestiones, lo que unía estos espacios era una oposición común a los reformistas autodenominados «auténticos», ubicados en el antiperonismo, en una férrea defensa de la no politización de la actividad universitaria y con la Federación Universitaria de La Plata (FULP) bajo su conducción. Pero el año 1966 nos muestra un cambio: mediando el año se conformó la FURN, una articulación más clara de aquellos cuatro grupos en torno a la identidad peronista y un apoyo expectante al golpe de Estado que desalojó al radical Arturo Illia de la presidencia.⁸

El 28 de junio de 1966, Arturo Illia fue desalojado del gobierno, erigiéndose un régimen militar sin plazos pero con objetivos claros: transformar la estructura económica y el orden político del país. Una de sus medidas iniciales fue la supresión de toda actividad política, por lo cual fueron prohibidos los partidos, cerrado el Congreso e intervenidas las universidades. Tal como describe Alain Rouquié (1982), el golpe militar se dio en un contexto de nula resistencia y reacciones sumamente débiles. Casi la única manifestación inmediata de hostilidad se dio en las universidades, ya colocadas en la mira de la opinión pública debido a las denuncias de «infiltración marxista». En este marco, fue sancionado el Decreto-Ley n.º 16.912. La normativa disponía que los rectores y decanos de las universidades nacionales pasarían a ejercer funciones puramente administrativas, dejando el resto de las atribuciones académicas y políticas a cargo de la Secretaría de Educación; consecuentemente, prohibía a los centros o agrupaciones estudiantiles realizar actividades políticas, so pena

7 El MRP fue fundado en agosto de 1964 convirtiéndose en un grupo referente del peronismo revolucionario. Entre sus referencias encontramos a Gustavo Rearte, Héctor Villalón y en La Plata a Gonzalo Chaves, entre otros. De acuerdo con Juan Bozza (2001), se trataba de un conjunto de militantes gremiales combativos y antiburocráticos, que articulaba con algunas de las vertientes de las JP. Hacia 1967 fundó las Fuerzas Armadas Peronistas, junto a otras organizaciones que lideraban nombres de eso como Envar El Kadri y John W. Cooke.

8 Se entendía, por un lado, que un gobierno «ilegítimo» como el de Illia había alcanzado justamente su fin; y, por otro lado, que las universidades y el movimiento estudiantil irían a encontrarse en igualdad de condiciones con el peronismo y una parte del movimiento obrero, esto es, atravesados por la ilegalidad, la proscrición y la prohibición de participar abiertamente en política (por esta razón es que el gobierno de Illia, aunque elegido mediante elecciones, era considerado ilegítimo).

de disolución (Mendonça, 2015, p. 235). En Buenos Aires, la facultad de Exactas, tomada por estudiantes y profesores, fue desalojada violentamente, dejando como saldo un grupo considerable de detenidos y fuertes imágenes del hecho luego conocido como la *Noche de los bastones largos*. En La Plata, el mismo día del golpe, la Universidad fue clausurada e intervenida militarmente.⁹ El desacuerdo masivo con el régimen militar no tardó en aparecer bajo diversas formas. Por un lado, renunciaciones de autoridades importantes, el rector y todos los decanos de las nueve facultades. Luego, con la excepción de la Facultad de Arquitectura, no hubo renunciaciones masivas en el claustro docente, aunque sí se establecieron asambleas interclaustrales permanentes en la mayor parte de las facultades, que mediante masivas declaraciones convocaban a permanecer en las aulas (Pis Diez, 2019b, pp. 99-101). En este marco, la oposición estudiantil fue inmediata pero heterogénea, siendo los grupos comunistas los más radicales en sus acciones. El cambio de régimen político y la prohibición de actividad estudiantil, no solo transformaron las condiciones de militancia y actuación de los y las jóvenes universitarias. También, generaron el espacio para un nuevo discurso que los grupos universitarios peronistas no tardaron en encarnar: aquel que decretaba la crisis y caducidad de la Reforma Universitaria.

En este marco, llegó el 12 de setiembre la noticia de la muerte del estudiante y obrero cordobés Santiago Pampillón. Las actividades en su repudio se repitieron en todas las Facultades; un grupo de estudiantes organizó una ceremonia religiosa en San Ponciano, al tiempo que la UNLP suspendió las actividades por duelo. Coincidimos con Pablo Bonavena (2006) en que la muerte de Pampillón modificó las posiciones en el mapa estudiantil. Es decir que una parte de las fuerzas que habían apoyado el gobierno militar, o habían tomado posturas realmente ambiguas al respecto, pasaron a estar entre quienes lo repudiaban. El caso quizás más resonante, está dado por los grupos identificados con el peronismo y agrupados en la FURN. Esta había pasado, de articular con la izquierda reformista en 1963-1965 a criticarla abiertamente en 1966 y, más aún, colocarse en una posición de apoyo expectante al golpe militar. El correr del año y el asesinato de Pampillón modificaron esa última cuestión y profundizaron la primera.

La FURN entre 1967-1972: las definiciones en torno a la universidad y la política.

Dos etapas

1967-1970, peronistas que estudian entre el afuera y el adentro universitario

Los años que siguen a 1966 y a la creación oficial de la FURN fueron más de consolidación lenta que de crecimiento acelerado, que sí ocurrió, pero un poco después. Así, se reconstruye en este apartado la instalación del peronismo en la UNLP. Además del desarrollo de un discurso antirreformista y con intervenciones novedosas para el movimiento estudiantil, veremos que fueron tres las líneas de acción que hicieron a dicha consolidación: primero, la constitución de una estructura orgánica, propia y ligada al peronismo de la ciudad; segundo, el armado de una red de alianzas locales y nacionales (con la participación en reuniones con agrupaciones peronistas de todo el país); tercero, en 1968 y más masivamente en 1969, su aparición pública y organizada, en la ciudad y la universidad. Vamos por partes.

Luego del Decreto-Ley n.º 16912, en abril de 1967 se aprobaría la más definitiva Ley Orgánica de Universidades Nacionales n.º 17245, que quitaba el voto a la representación estudiantil en el cogobierno, establecía los exámenes de ingreso y colocaba a la gratuidad como un régimen al que se accedía cumpliendo ciertos requisitos (Mignone, 1998, pp. 44-49). La Federación Universitaria Argentina (FUA) en un plano nacional, la FULP y la mayor parte de los Centros de Estudiantes a ella adheridos, dieron inicio a un con-

9 La reconstrucción del impacto del golpe de Estado y la intervención de 1966 en la UNLP la hemos realizado a partir de la consulta de *El Día*, diario local. No es este el espacio para reproducirla en su totalidad, para mayor detalle sobre tal impacto, sobre los diversos posicionamientos y las medidas de resistencia o apoyo, ver Pis Diez (2019b).

tinuo de acciones de oposición a la normativa que, con mayor o menor intensidad, se mantuvieron hasta entrecruzarse con el aniversario del asesinato de Santiago Pampillón, en septiembre. Las críticas de aquellos organismos reparaban en el carácter dictatorial del régimen y el tono antirreformista de la Ley. Fueron ejes centrales de la movilización la anulación de la participación estudiantil y su carácter limitacionista y excluyente para con el acceso y la permanencia.¹⁰ Las acciones de oposición a la Ley fueron encabezadas por una FULP conducida por la corriente «auténtica» del reformismo, la misma que a mediados de este 1967 crearía la Unión Nacional Reformista-Franja Morada. Dicha corriente conducía importantes centros, como Derecho, Ingeniería y Económicas.¹¹ La actividad de la FURN, en este contexto de defensa de las banderas del reformismo universitario, fue nula. Por entonces, la organización no solo estaba en pleno armado, sino que, también, a raíz de su vínculo cada vez más cercano con la JP, priorizaba el trabajo político en los barrios periféricos de la ciudad.¹²

En 1968 el formato principal de intervención de la FURN comenzó a modificarse, y en buena medida, el contexto ayudó a ello. Durante junio y julio, pero con resonancias que llegaron a septiembre, tuvo lugar el *Invierno caliente* platense. Así se llamó al ciclo de movilizaciones, tomas y enfrentamientos en el que confluyeron los dos actores centrales de la oposición al régimen: el movimiento obrero y el estudiantil (Bozza, 2010). La aprobación del Estatuto adecuado a la nueva Ley envolvió a la UNLP en una espiral de violentas acciones que tuvieron como epicentros a las facultades de Humanidades, Ingeniería, Medicina y Arquitectura. En junio, las acciones estudiantiles se potenciaron con las de un sindicalismo que iba contra las políticas económicas del régimen. En abril de 1968, una decena de gremios platenses había creado la Intersindical, una suerte de antecedente de la Confederación General del Trabajo de los Argentinos (CGTA).¹³ En junio, la FULP y la Intersindical convocaron a un acto conjunto que debió suspenderse debido a la represión policial. Se sucedieron nuevos paros, actos relámpago, el cierre de la UNLP por diez días y la clausura plena de todos los Centros de Estudiantes. Tal dinámica se mantuvo hasta septiembre, dando forma al *Invierno caliente* y obteniendo como saldo alrededor de 540 detenidos en un solo día y una fuerte coordinación con la CGTA. Continuando el ritmo, entre septiembre y noviembre, tuvo lugar una huelga petrolera en la Destilería de YPF, ubicada en Ensenada (localidad lindera a La Plata), que duró dos meses y fue realizada por siete mil trabajadores. Este fue el marco de los comienzos de la actividad pública de la FURN: la bibliografía testimo-

10 Finalizando abril, la FULP emitió una extensa solicitud dirigida a los universitarios y a la opinión pública, en defensa de la Universidad Nacional, que nos ilustra el clima y las demandas de esos días: «Afirmamos que la ley sancionada es contraria a los intereses universitarios y nacionales [...] Que la presencia de los estudiantes en los Consejos es una farsa al no compartirse la responsabilidad por la falta de voto; que las condiciones a reunir por los delegados son propias de un régimen de becas, pero que no tienen nada que ver con el carácter de representantes que deben investir; que el principio de gratuidad de la enseñanza se ve amenazado por aranceles progresivos que incidirán sobre quienes más necesitan de aquél; que se establecen claros objetivos limitacionistas a través de cursos de ingreso eliminatorios y topes de materias aplazadas; que se pretende adoctrinar a la juventud mediante la designación de profesores serviles ideológicamente a los dictados del poder público» (*El Día*, 28 de abril de 1967, extraído de Bonavena, 1992).

11 Los datos provienen de Reunión de FULP en En: Documento Federación Universitaria de La Plata, [CPM-Fondo DIPBA].

12 Este aspecto es uno bien trabajado por María Fernanda Simonetti (2002), quien además transcribe las palabras de Hugo Bacci: «Al poco tiempo nos fuimos incorporando la mayoría de los militantes de la FURN a la JP. Empezamos a tener un trabajo y una experiencia barrial y fundamentalmente, nos acercamos a los trabajadores concurrendo a sus movilizaciones y respaldando sus reclamos [...] pensábamos que teníamos que salir de la universidad, trabajar fuera de ella porque cualquier lucha reivindicativa universitaria no modificaba para nada la situación nacional» (Simonetti, 2002, p. 33). Sobre la inserción de la JP en La Plata, ver Robles (2011).

13 Sucintamente, diremos que la CGTA fue una ruptura de la CGT que surgió en 1968. Como anota Daniel James (2010), uno de los elementos claves de su armado fue la aplicación del programa económico gubernamental, que suponía tanto la suspensión de las negociaciones salariales como la intervención y la represión hacia los sindicatos movilizadas. Representando a sectores más afectados (trabajadores de empresas estatales, regionales de provincias), la CGTA asumió una postura combativa e intransigente con el gobierno que le permitió articular con partidos e intelectuales de izquierda y con el movimiento estudiantil.

nial recupera la presencia de sus integrantes en las asambleas de junio de 1968 y en los enfrentamientos que dejarían en prisión a varios de ellos. Esto, sin embargo, no supuso colocar públicamente a la FURN en apoyo a un conflicto que se entendía propio del reformismo y ajeno a las prioridades propias (Amato y Boyanavsky Bazán, 2008, p. 55). Más claro fue el posicionamiento en el marco de la huelga petrolera, donde la FURN hizo sus primeras pintadas públicas en muros, apoyando al sindicato protagonista de la medida.¹⁴

Hasta este momento, la FURN tenía presencia consolidada en Derecho, Veterinarias y Bellas Artes; y grupos pequeños en Humanidades, Económicas, Medicina, Arquitectura y Naturales. Sin embargo, no tenía aún una orgánica definida ni funcionaba como federación de grupos por Facultades.¹⁵ Esto ocurrió a comienzos de 1969. Pero antes, tuvo lugar un hecho clave como fue su participación en el encuentro de organizaciones peronistas y cristianas, realizado en Rosario el 24 de agosto de 1968, donde logró acordar una convocatoria a una semana de luchas en articulación con la CGTA, del 7 al 12 de setiembre. El documento acompañaba el llamamiento, caracterizaba el panorama nacional y realizaba una fuerte crítica al reformismo al declarar que:

La línea nacional que nace repudiando el universitarismo, las luchas específicas, el reformismo, remarca la necesidad de continuar la lucha con el Pueblo, constantemente expresado en el peronismo combativo, con la certeza de que será imposible lograr una Universidad popular hasta que el pueblo tome el poder.¹⁶

A comienzos de 1969 quedó conformada la primera mesa de conducción, con Carlos Miguel (como secretario general) y Nora Peralta de Veterinarias, Daniel Balbuena de Económicas y Carlos Negri de Derecho; a esta le seguía otro espacio con responsables por Facultades. A partir de la articulación que venía sucediéndose, se definió que la mitad de la mesa de la FURN debía pertenecer a la JP, así como la mitad de la mesa de conducción de esta a un MRP que en La Plata era la referencia del peronismo revolucionario.

1969 no fue un año más en la historia argentina. Al descontento de los gremios con el correr de la economía; a la oposición estudiantil en las universidades, se sumó la oposición civil hacia el autoritarismo gubernamental. Solo de esta conjunción podemos entender la «ola de desobediencia social generalizada» (James, 2010, p. 294) que durante 1969 provocó fuertes movilizaciones y enfrentamientos con las Fuerzas Armadas en Corrientes, Rosario, Tucumán o Córdoba. Dichas insurrecciones, entre las que sobresale el *Cordobazo*, cuestionaron públicamente al régimen, resaltando su incapacidad para canalizar los conflictos y demandas que se tramaban en la escena nacional. Y aunque en La Plata no tuvo lugar un *azo*, la ciudad no pasó sin más de los hechos nacionales (Pis Diez, 2019a). Mediando mayo, el asesinato de tres estudiantes de Rosario y Corrientes tuvo repercusiones inmediatas. En nuestra ciudad, inauguró un ciclo de masivas protestas, acciones de todo tipo y violentos enfrentamientos con las fuerzas represivas, que se mantuvo hasta octubre. A diferencia del año anterior, aquí sí la FURN participó activa y públicamente, aunque son sus particularidades. Las dos organizaciones más importantes, Franja Morada y el novedoso Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda

14 Aparece en el número de octubre, como foto de tapa y debajo de un título que reza «Apoyo total a los obreros en huelga». Semanario CGT n.º 23, 3 de octubre de 1968.

15 Esto, de acuerdo a un documento con fecha en octubre de 1968. De acuerdo al mismo, los ocho grupos que conformaban la FURN eran: MUR en Derecho, Tendencia Nacional en Bellas Artes, Agrupación Nacional de Humanidades, Agrupación Nacional de Ciencias Económicas, Agrupación Nacional de Estudiantes de Medicina, Agrupación Nacional de Estudiantes de Veterinarias y Agrupación Nacional de Ciencias Naturales. En: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA]. En un escrito testimonial, Oscar Mito Costa (2012: 41) cuenta que el grupo de Económicas se incorporó a la FURN en 1967, fecha en la cual contaba con menos de diez integrantes.

16 La reunión habría tenido lugar el 24 de agosto en Rosario, juntado a la FURN, la UNE y el FEN. Declaración del encuentro de organizaciones peronistas, en: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA]. Una reunión previa se menciona en el Semanario de la CGTA, con más organizaciones que las que firman ese documento. Allí se habría definido constituir una Mesa Nacional Provisoria de Peronistas Universitarios. En: Pampillón, hoy como hace dos años, *Semanario de la CGT* n.º 20, 12 de setiembre de 1968.

(FAUDI),¹⁷ realizaban acciones clásicas de los repertorios estudiantiles (huelgas, actos en el comedor y las facultades, movilizaciones callejeras, todas masivas cabe decir). Por su parte, la FURN además de participar de esas movilizaciones y actos (sea con una simple adhesión o con oradores propios que le permitían visibilizarse críticamente), sobresalió por realizar misas. La más importante de ellas fue en la Catedral de La Plata, en memoria de los estudiantes asesinados y un día antes del Cordobazo.¹⁸

A diferencia de 1968, 1969 dejó algunos saldos para la FURN. Uno de ellos fue un crecimiento cuantitativo que, en buena medida, se explica por su fuerte inserción en el ciclo local de protestas que transcurrió por casi un semestre entero del año. Allí, la FURN no quedó aislada ni al margen de los hechos como había sucedido en 1968. Al contrario, las nuevas agrupaciones peronistas fueron así parte activa de ese «movimiento social de 1969 que les permitió actuar dentro del reclamo antidictatorial masivo, en la ciudad y en la universidad.

En concreto, a fines de 1969 la FURN duplicó el número de sus integrantes, llegando a ser más de cuarenta (Amato y Boyanovsky Bazán, 2009, p. 70). Surgió además el órgano *Patria y Pueblo*, dirigido por Carlos Negri de Derecho, que hacía de material de formación para la propia militancia, aunque con el tiempo, fue clave para la difusión de la línea de la FURN. En cuanto a su presencia en las Facultades, Derecho seguía siendo la más numerosa, seguida por Veterinarias y Económicas, luego Humanidades y Bellas Artes. A fines de 1969, Hugo Bacci, fundador del MAV de Veterinarias y la FURN, ocupó el lugar de responsable de la JP platense.

Siguiendo la cronología propuesta, el año 1970 también fue uno sumamente dinámico y de afianzamiento para la FURN. Tres hechos son importantes a considerar. Primero, en la ciudad, las protestas contra el régimen militar fueron prácticamente un dato cotidiano de la primera parte del año.¹⁹ Mientras de febrero a abril, las luchas se centraron en la oposición al examen de ingreso, los últimos días de mayo tuvieron nuevamente diversas escenas violentas, a raíz de los actos preparados para recordar el aniversario del *Cordobazo*. Una nueva misa convocada por la FURN (esta vez en una Parroquia entre las calles 57 y 1) finalizó con una movilización hacia la zona del comedor y la Facultad de Ingeniería, donde la FULP estaba realizando un acto. Ambas acciones confluyeron, más por la represión recibida que por un acuerdo previo. Dadas las cosas, el rector de la UNLP declaró su cierre, así como un asueto de tres días, los detenidos llegaban a diez y la represión era, según la FULP, indiscriminada. El clima callejero no fue más tranquilo durante junio, pues el aniversario de la Reforma Universitaria (al cual la FURN no adhirió), mantuvo la inercia callejera.

En junio, tuvo lugar el secuestro de Pedro E. Aramburu, una de las cabezas del golpe militar de 1955. A los días se supo también que había sido asesinado a modo de ajusticiamiento, por una organización de jóvenes peronistas de Buenos Aires y Córdoba llamada Montoneros. El 7 agosto, la FURN organizó una nueva misa, esta vez en memoria del militante Emilio Maza. Este había muerto a comienzos de julio, en el segundo

17 Entre 1967 y 1969 tuvo lugar una fractura en el Partido Comunista (PC) que dio lugar al PC Revolucionario (PCR) y en las universidades, al FAUDI. En la UNLP, todas las agrupaciones conducidas por el PC pasaron a integrar la nueva corriente. Hacia 1968, el FAUDI conducía los Centros de Estudiantes de Humanidades, Medicina, Naturales, Bellas Artes y Arquitectura y desde 1969 hizo lo mismo con la FULP.

18 Dicha misa tuvo lugar el día 28 de mayo, y fue realmente masiva (era la tercera vez que la FURN realizaba desde mediados del mes). A su fin, quinientos estudiantes marcharon por el centro de la ciudad y se enfrentaron con la policía, con barricadas, bombas caseras y cánticos como *Bello, Cabral, los vamos a vengar*. Los combates duraron poco más de una hora y se trasladaron por diversos puntos de la ciudad; y, mientras la FURN denunció unas 15 detenciones, las fuerzas policiales anunciaban que tal número era de tres. Nos basamos en Pis Diez (2019a, pp. 6-7).

19 A partir de la cronología elaborada en Bonavena (1992). La reconstrucción de hechos de este apartado ha sido realizada con esa base de datos.

operativo de Montoneros en la ocupación de la localidad cordobesa de La Calera.²⁰ La aparición de la organización político-militar tendrá un fuerte impacto, tanto dentro del peronismo, como para la FURN.

En tercer lugar, mientras la FURN crecía, los espacios clásicos del reformismo se agrietaban. En noviembre de 1970, en la Facultad de Ciencias Exactas de la UNLP, los grupos universitarios comunistas dieron vida a una dirección de la FUA que confrontaría con la existente. Esta se encontraba conducida por el FAUDI, militantes de la izquierda nacional y radicales, socialistas y anarquistas de Franja Morada, entre otros. A partir de entonces, debía aclararse a qué FUA se aludía pues cada una se llamó de acuerdo a la ciudad donde se originó: FUA La Plata, la disidente, y FUA Córdoba. Como ha dicho Juan Califa (2017), el episodio nos muestra varias cosas. Por un lado, el debate que salía a la superficie era de tipo procedimental, pues los comunistas acusaban al FAUDI de construir su mayoría mediante un acuerdo entre organizaciones; la segunda acusación de los comunistas afirmaba que la dirección «sectaria» negaba las tradiciones de la Reforma. Pero la verdad es que la posición del FAUDI era más bien ambigua, pues si bien había dado pasos críticos, nunca formó parte del espacio que sostenía la muerte de la Reforma Universitaria.

1971-1972: cambios sobre «lo central en la universidad» y una ruptura

Mediando 1970, las Fuerzas Armadas destituyeron a Onganía y colocaron en su lugar al general Marcelo Levingston. Pero la intensificación de la protesta social y el surgimiento de nuevos actores radicalizados, como las organizaciones armadas y el sindicalismo clasista, volvieron evidente la inestabilidad e ilegitimidad del régimen. En marzo de 1971, tras una nueva insurrección en Córdoba (conocida como *Viborazo*), Levingston fue destituido para asumir en su lugar el comandante en jefe del Ejército, Alejandro Lanusse. Sostiene la bibliografía, que el proyecto de Lanusse tenía una prioridad política al considerar el desmantelamiento de lo más autoritario de la Revolución Argentina y la transición ordenada hacia un gobierno civil elegido mediante elecciones (Tortti, 1999; Gordillo, 2003). Así, en julio, fue lanzado el Gran Acuerdo Nacional (GAN) de enormes repercusiones para las coordenadas del escenario político y sobre todo, del peronismo. El GAN consistía en, por un lado, el reestablecimiento de la legalidad política y la actividad partidaria; y por otro, el llamado a elecciones sin proscripciones, pero con una serie de pautas. Estas ordenaban que ningún candidato podía estar ocupando un cargo público (lo cual descalificaba al propio Lanusse) pero tampoco ninguno podía permanecer fuera del país después del 25 de agosto (dejando afuera al propio Perón). Para María Cristina Tortti (1999), la audacia del GAN consistió en proyectar la reinsertión del peronismo en el sistema político con un doble objetivo. Por un lado, aislar a los elementos más radicalizados; por otro, devolver la legitimidad al área estatal encauzando la conflictividad social dentro de los márgenes de la democracia parlamentaria. Luego de casi dos décadas, en las que ni los gobiernos civiles ni militares habían logrado resolver las contradicciones que generaba la proscripción del movimiento peronista, la apertura política permitiría su vuelta a través de elecciones abiertas.

De acuerdo con Bonavena (2006, pp. 176-179), 1971 fue el que más acciones de protesta estudiantiles registró, si consideramos los años de la Revolución Argentina en su totalidad. En su comienzo, el rechazo al sistema de ingresos tuvo importantes triunfos al quedar abolidos los cursos; luego, a partir de junio, el apoyo a una huelga en la Petroquímica Sudamericana provocó un nuevo ciclo de luchas obreras y estudiantiles, con un clímax de más de dos mil estudiantes movilizados. Todas las fuerzas de la UNLP, incluida la FURN, participaron activamente de ello. Este contexto, y el cambio de escenario en la arena política tuvo un impacto

20 Con la aparición del grupo Montoneros, tanto la FURN como otras agrupaciones peronistas comenzaron a debatir si debían respaldar o no la política del grupo guerrillero. Al respecto, Hugo Bacci expresó que «En los comienzos, en los setenta, cuando apareció Montoneros, nosotros nos sentíamos identificados con ellos sin conocerlos. En La Plata, la FURN y la JP discutimos mucho cuál tenía que ser nuestra participación y posición como organismo de superficie. Nosotros hicimos volantes reivindicando el ajusticiamiento de Aramburu. Con el transcurso del tiempo, los grupos Montoneros crecieron enormemente. Las reuniones se fueron sucediendo a través de compañeros de la JP hasta que la FURN realizó acuerdos políticos con Montoneros» (entrevista citada en Simonetti, 2002, p. 38).

directo sobre la FURN, que podemos ordenar en dos movimientos. El primero de ellos, y quizás más importante para nuestro trabajo, tuvo que ver con un cambio en su concepción de la militancia universitaria. Esto no supuso, sin embargo, una reconsideración respecto de la tradición reformista. Al contrario, la crítica a la Reforma y a las agrupaciones que de una forma u otra llevaban su bandera, continuó siendo la pieza central de su discurso.

Ahora bien, basándonos en las fuentes escritas cabe profundizar en los puntos de aquella crítica. El fuerte distanciamiento respecto de los grupos reformistas pareciera estar basado en su accionar sumamente «gremialista», caracterizado como inofensivo e intrascendente frente a un régimen militar como el instaurado en 1966. Ni las banderas gremiales ni las de defensa del modelo reformista de universidad parecían tener razón de ser para la FURN. Por esta razón, un reproche fundamental iba orientado hacia el sostenimiento de las demandas en torno al cogobierno y la participación estudiantil: no solo carecía de sentido, sino que, con las universidades intervenidas, las fuerzas estudiantiles que quisieran participar de la gestión institucional se convertirían en cómplices. Directamente, esto derivaba para la FURN en una suerte de *participacionismo* por parte de algunos sectores del reformismo. En una nota de comienzos de 1971 dedicada a las luchas presupuestarias, se afirmaba:

La dictadura a través de su camarilla universitaria, y avalada en muchos casos por ciertos sectores estudiantiles, pretendidos enemigos «temibles» de la intervención, intenta lavar el error del 66 y desviar la natural rebeldía estudiantil hacia formas totalmente inofensivas e intrascendentes [...] Es mucho más cómodo un movimiento estudiantil domesticado, discutiendo en los Consejos, que miles de estudiantes consubstanciados con su pueblo, levantando las mismas banderas y peleando en la calle [...] Es mucho más holgado que los estudiantes se entretengan pidiendo mayor presupuesto, en última instancia, problema secundario ante la realidad de una Universidad colonizada, creyente devota de la cultura universal. ¿O es que pensamos que el gran problema universitario reside en la falta de bancos, pizarrones y microscopios? ¿O que hay limitación en el ingreso por falta de dinero?²¹

Ahora bien, en esta etapa la crítica al «gremialismo» ya no significaba un abandono de las luchas universitarias ni de la institución educativa como terreno de militancia. A partir de 1971-1972 la FURN elaboró sus propias banderas, que sustituían aquellas (las gremialistas y reformistas) por otras de tinte ideológico y cultural.

Una publicación para ingresantes del año 1972, dedicaba cinco hojas a aclarar «por qué somos peronistas y no hacemos gremialismo estudiantil». Respondiendo la cuestión planteada, se afirmaba: «Aclaremos que creemos que las reivindicaciones estudiantiles pueden ser justas, pero no son importantes e históricamente han llevado al estudiante a desviarse del verdadero problema: la Universidad es parte del poder político...», por ende, de acuerdo al texto, las transformaciones reales solo irían a lograrse cuando ese poder político estuviera en manos del pueblo.²² Pero, como decíamos antes, no se trataba entonces de abandonar la universidad, pues había una disputa fundamental que la tenía como territorio: la del imperialismo y la colonización de la cultura y el conocimiento. De acuerdo a sus publicaciones, «lo central en la universidad» pasaría a estar organizado en dos puntos: primero, el enfrentamiento concreto con la dictadura y la confluencia con otras luchas. Como subeje de este primer punto se desprendía una tarea a desarrollar en la universidad como fuera la lucha contra el «dialoguismo» y el «participacionismo», «enquistados en el movimiento estudiantil bajo la forma del Reformismo más contumaz».

Ahora sí, segundo, se imponía el «desenmascaramiento a la cultura importada y colonizante con que el imperialismo y la oligarquía intentan relegar a los estudiantes a su antiguo y triste papel de sector social

21 ¿Más presupuesto o más lucha?, *Patria y Pueblo* n.º 6, marzo de 1971, La Plata, p. 5. En: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA].

22 En: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA].

«barullero y rebelde, totalmente desarraigado de su pueblo...».²³ Por fuera de la tarea política del momento, la segunda pasaba a ser el objetivo específico de las agrupaciones peronistas universitarias: la disputa ideológica contra la colonización de la cultura, entendiendo a la universidad y los contenidos allí impartidos como uno de los espacios claves de su difusión.

No eran solo los y las estudiantes de la FURN quienes se propusieron esta tarea. Existen diversos trabajos que nos muestran cómo las publicaciones *Antropología del Tercer Mundo* (1968-1973) o *Envido* (1970-1973) y la experiencia de las Cátedras Nacionales (impartidas en la carrera de Sociología de la UBA entre 1967-1971), abrieron debates que problematizaban el rol de las universidades y el contenido de sus carreras (Dip, 2017; Friedemann, 2017; Ghilini, 2019). Si bien esto no se plasmaría en cambios concretos sino hasta 1973, esa trama de producción contribuyó a constituir un «nuevo peronismo universitario» (Dip, 2017). Esto es, una nueva forma de habitar el territorio universitario por parte de quienes se reconocían militantes peronistas. Visualizar estas experiencias y definiciones nos permite colocar grises sobre el «fin de la cuestión universitaria» en los años setenta, y sobre el lugar del peronismo en ello. No queremos mostrar un proceso lineal (que nos conduce sin más a 1973) ni sobredimensionar al respecto, pero sí visibilizar y resaltar estos elementos de valorización de los temas universitarios y culturales que, al convivir con los políticos y partidarios (cuya importancia en la coyuntura no negamos), colocan grises sobre las afirmaciones tajantes.

Antes de continuar con el derrotero de la FURN en estos años, quisiéramos detenernos en una cuestión que hoy se ha convertido en importante tema de estudio: las diversas formas de ser joven en los sesenta. El mismo número de *Patria y Pueblo* arriba citado contenía una nota titulada *Melenudos y Dependencia* y estructurada alrededor de una fuerte crítica al *hippismo*. Este era caracterizado como una moda que «viene de afuera» y que expresaría el pacifismo, la respuesta de los jóvenes norteamericanos a la guerra de Vietnam. Lo que en una sociedad como Estados Unidos podría tener un rol político positivo, en Argentina resultaría una especie de retroceso. Pues, de acuerdo a la nota, en «un país semicolonial con su pueblo explotado, pedir la paz es querer consolidar el actual régimen de violencia. Aquí no hay razones para estar angustiado, sino que las hay, y de sobra, para tener bronca».²⁴ En los estudios recientes en torno a la juventud, uno de los elementos que se remarca es el de la heterogeneidad, de clase, de género, étnica o geográfica. Pero también, podemos agregar, política. De acuerdo con la especialista Valeria Manzano (2017), una de las tensiones que recorrió a la juventud argentina de los años sesenta y setenta tuvo que ver con los hábitos culturales que hacían a la juventud «global». Justamente, en un contexto de revueltas globales, una parte importante de las organizaciones juveniles argentinas negaban cualquier punto en común con sus pares europeos y norteamericanos. De acuerdo con la misma autora, fueron centralmente las identificadas con el movimiento peronista las que enunciaron enfáticamente, como la FURN arriba, que sus motivaciones no tenían relación con la de sus pares europeos sino con su realidad y el «pueblo» argentino.²⁵

Un segundo impacto de este cambio de coyuntura sucedió en julio de 1971. En el marco de un plenario para debatir en torno a las elecciones y al GAN, una fracción decidió salir de la organización. Eran alrededor de una docena, con base entre los estudiantes de Arquitectura y con presencia más pequeña en Económicas, Humanidades, Veterinarias y Medicina. El 26 de julio de 1971, la nueva organización hizo su

23 ¿Más presupuesto o más lucha?, cit. p. 8. En: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA].

24 Melenudos y Dependencia, *Patria y Pueblo*, cit. p. 9. En: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA].

25 No era esta una postura exclusiva de la FURN. Por ejemplo, sostiene Julio Bárbaro (dirigente nacional de la Unión Nacional de Estudiantes, organización católica y peronista con presencia en las universidades de Buenos Aires, Córdoba, Litoral y Nordeste desde 1968) a propósito del Cordobazo: «Para la muchachada que hoy sale a la calle, sus padres históricos son el federalismo, el rigoyenismo y el peronismo. Nos importan un bledo Marcuse y Marx, solo el pueblo es el eje histórico de la emancipación.» (Manzano, 2017, p. 255).

presentación oficial en una misa organizada por la JP en la Catedral platense por el aniversario de la muerte de Eva Perón. El nombre desplegado en una bandera era Federación de Agrupaciones Eva Perón (FAEP). Fue en agosto, no obstante, que FAEP comenzó a actuar, organizando un acto en el Comedor Universitario en homenaje al obrero y militante desaparecido en 1962, Felipe Vallese.

Los testimonios trabajados, coinciden en las divergencias tuvieron que ver con un acercamiento del grupo rupturista a las Fuerzas Armadas Revolucionarias (FAR) y la posibilidad de apoyar o realizar acciones armadas.²⁶ Las FAR salieron a la luz en 1970 a partir de la ocupación de Garín, una pequeña localidad de la Provincia de Buenos Aires; definían al peronismo como su identidad política, al marxismo como método de análisis de la historia y la realidad argentina, y a la clase obrera como líder del Movimiento Peronista. De acuerdo además a la tradición militante de sus fundadores y cuadros (que en buena medida provenían del PC y otras organizaciones de «nueva izquierda» como MIR-Praxis), su objetivo era el socialismo y la estrategia para conseguirlo tenía entre sus elementos casi prioritarios el accionar armado.²⁷

Para octubre de 1971, el FAEP contaba ya con una orgánica constituida por una Mesa Ejecutiva de cuatro integrantes y un Consejo integrado por representantes de las facultades en que tenían presencia. Estas eran, sobre todo, Arquitectura, Derecho y Humanidades; también en Económicas, Ciencias Naturales y Museo y Medicina, aunque más molecular. Un documento de la Dirección de Inteligencia de la Policía de Buenos Aires, cita las siguientes palabras de un militante de FAEP, quien asegura que la separación de FURN se dio por razones de «necesidad política, por exhibir divergencias en el sistema de operar», pero —sigue la cita— «del peronismo no se fue nadie, es una experiencia político histórica, por lo tanto es peronista aquel que desarrolla una acción política por los intereses del peronismo y del pueblo, lo haga como lo haga».²⁸ Lo cierto es que más allá de las diferencias y el encono entre sus integrantes (que algunas veces llegó a los golpes), las dos organizaciones pasaron a representar al peronismo en la UNLP, a articular con la JP y a, eventualmente y hacia 1972, realizar actividades en conjunto.

En julio de ese año, el diario nacional *La Opinión* publicó una entrevista a un dirigente de la FURN donde se afirmaba que se había consolidado el peronismo en la UNLP, a través de la FURN y FAEP. De acuerdo a la nota, la primera había logrado que el peronismo fuera la tendencia política numéricamente más considerable y con mayor capacidad de convocatoria, incluso que Franja Morada y el FAUDI, consideradas individualmente.²⁹ 1972 es señalado por la bibliografía como el año de la peronización, esto es, del crecimiento masivo de la militancia juvenil peronista. De acuerdo con Horacio Robles (2011), para comprender dicha masificación es preciso volver al lanzamiento del GAN y a la serie de reacomodos que generó dentro del peronismo. El proceso de reorganización de la estructura partidaria justicialista, el armado de listas para competir en las elecciones y la afiliación masiva en la ciudad pusieron a la juventud en un lugar de enorme visibilidad y, al

26 Simonetti reconstruye algo de este proceso siguiendo las palabras de Hugo Bacci: «Hay compañeros que tenían un planteo diferente, de militarizar y que hacía tiempo que estaban trabajando con las FAR y nosotros no lo sabíamos. Si bien es cierto que la FURN se reunía con Montoneros no realizábamos accionar armado alguno, cosa que sí ocurría con los militantes del FAEP». Luego, cabe recuperar las palabras de un militante de FAEP: «Me acerco al FAEP que tomaba como instrumento teórico al marxismo, a través del cual reconocían que la práctica revolucionaria en la Argentina la había realizado la clase obrera y que esta tenía una identificación precisa que era el peronismo. Mi sensación era que el FAEP tenía una posición más de izquierda que la FURN.» (Simonetti, 2002, p. 45).

27 Para profundizar, ver: González Canosa (2017).

28 El documento es uno de caracterización del FAEP y se encuentra fechado al 13 de octubre de 1971. Toda la información de este párrafo la hemos obtenido en: Documento Frente de Agrupaciones Eva Perón, [CPM-Fondo DIPBA], Leg. 199. Ver también: Alessandro (2011, pp. 128-129).

29 Ha logrado constituirse una agrupación estudiantil peronista, *La Opinión*, 14/07/1972, p.15. En: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA].

mismo tiempo, de disputa con la rama sindical del peronismo.³⁰ En este contexto, el importante crecimiento de los espacios peronistas en la Universidad, sumado a un clima de elecciones presidenciales inminentes y de enormes expectativas por un casi asegurado triunfo peronista, fueron el marco para profundizar las acciones y los discursos en torno a la «cuestión universitaria». Para 1972, y con la posibilidad de asumir el gobierno, eso significó dos cosas: por un lado, continuar con actividades e intervenciones que difundieran la crítica a la colonización de la cultura y el conocimiento; por otro, comenzar a plasmar todo ello en un proyecto de gestión propio, que debería incluir a todos los actores peronistas de la UNLP.

De acuerdo con la reconstrucción de Eduardo Godoy, en abril de 1972, FURN, FAEP, Franja Morada, la Agrupación Peronista de Trabajadores Docentes de la UNLP y ATULP firmaron un documento mediante el cual se comprometían a «mancomunar nuestro esfuerzo [...] para transformar la Universidad poniéndola al servicio del pueblo y romper los lazos de la dependencia». (Godoy, 1995, p. 114). El mismo trabajo afirma que desde fines de 1972, la JP y la FURN habían hecho llegar a ATULP un documento mimeografiado que contenía diversas pautas a introducirse en la Universidad, con el objetivo de que el sector no docente aportara modificaciones y nuevos elementos. Al mes, en mayo de 1972, fue llevado a cabo el sexto plenario de FURN, con alrededor de cuatrocientos estudiantes en el aula magna de la Facultad de Derecho. Durante la instancia se proyectó un fragmento del film *Perón: actualización política y doctrinaria par la toma del poder*, disertaron integrantes del Consejo Superior del Movimiento Justicialista y se elaboraron algunas conclusiones en torno a la militancia en la Universidad:

En un país neocolonial se estructuran todas las formas que tienden a asegurar dicho estado de dependencia. Así las diferentes instituciones, no son más que el soporte superestructural con el cual el imperialismo instrumenta y controla los resortes de la vida del país. En ese marco y como una de sus instituciones es que visualizamos a la universidad; aparato de colonización por excelencia cuyos objetivos se sintetizan en la deformación de la conciencia de los intelectuales, impidiendo así el pensar la solución de nuestros problemas, (desde nuestro punto de vista), encaminado hacia nuestro propio y autónomo desarrollo. No hay universidad nacional en un país colonizado.³¹

Para 1972 encontramos diversas actividades organizadas por FURN que combinaban el debate político con el del sentido de diversas disciplinas. Por ejemplo, en abril de ese año, se proyectó nuevamente *Perón: actualización política y doctrinaria par la toma del poder*, frente a un público de quinientas personas en la Facultad de Ciencias Económicas. Para la segunda parte del año, encontramos la realización de una serie de conferencias que ponían en debate la orientación de algunas disciplinas. Estas fueron *Hacia una psicología nacional* con Antonio Caparrós y *Hacia un derecho nacional* con Mario Hernández, llevadas a cabo en setiembre; en octubre, con el escritor y docente Ernesto Goldar se organizó *Peronismo y Literatura* en la Facultad de Humanidades; el 5 del mismo mes, en Derecho y con la presencia de noventa estudiantes, *Imperialismo Neo Colonial* con Roberto Sinigaglia.³² También en octubre de 1972 se realizó el Congreso Nacional de

30 Dos actos masivos nos muestran la contundencia de la participación juvenil en esto: en enero, tres mil jóvenes se juntaron en el Club Cambaceres en un acto convocado por la JP platense y el Consejo Provisorio de la JP nacional; luego, en octubre, la campaña Luche y Vuelve cerró en el club platense Atenas, con Héctor Cámpora y Carlos Negri como oradores y alrededor de tres mil asistentes, de los cuales un 75 % eran jóvenes. Negri centralizó su discurso en el retorno de Perón y fustigó a la «burocracia sindical» en la figura de Rucci. En la primavera de 1972 tuvo lugar la unificación de la JP con Montoneros. Era este un contexto de gran apoyo e identificación con las organizaciones armadas a raíz del impacto de los asesinatos de 16 militantes en Trelew, en agosto. Para mayor detalle sobre la masificación y la reorganización del peronismo en La Plata, ver Robles (2011), especialmente el capítulo 2, el que hemos usado para esta reconstrucción.

31 Citado en Simonetti, (2002, p. 40). El plenario llevó el nombre de Daniel Balbuena, quien fuera uno de los fundadores de la FURN y de su grupo en la Facultad de Ciencias Económicas; en enero de 1972 murió en un accidente luego de una operación de las Fuerzas Armadas Peronistas, organización a la que pertenecía clandestinamente. En: Información relacionada con el Sexto Plenario organizado por la FURN en el aula magna de Derecho de la UNLP, en: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA].

32 En Actividad universitaria y Conferencia en el aula magna de Derecho, en: Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, [CPM-Fondo DIPBA]. Sinigaglia y Hernández eran reconocidos integrantes (junto a Eduardo

Estudiantes Peronistas. Allí, una veintena de agrupaciones de todo el país nombraba como decisiva la intervención en las Universidades con política específica y un proyecto propio:

Es decisiva la elaboración de la una Política Universitaria Peronista y Combativa para hacer frente a la situación especial de la Universidad y de los estudiantes, de manera tal que la lucha liberadora y descolonizante del peronismo se concrete en la Universidad (...) atacando y denunciando la forma particular como se expresa la Colonización y la penetración imperialista en la enseñanza.³³

Según el mismo documento, en una coyuntura definida como de enfrentamiento directo con la dictadura y de preparación para las elecciones, los frentes abiertos para la militancia peronista eran de dos tipos: el político militar y el de las organizaciones de base (fabriles, culturales, barriales, estudiantiles). Ambas constituían una respuesta integral al GAN. La acción específica en las universidades adquiriría un peso propio, al tiempo que iría a convivir con esos otro tipo de militancia (política y no sectorial ni corporativa). En consecuencia, los grupos universitarios peronistas ocuparían esa última parte de 1972 en la elaboración de proyectos de gestión, investigación y enseñanza que llegarían a implementarse, con diversos traspiés, entre 1973 y 1974.

Palabras finales

El escrito ya citado de Barletta (2018) propone el desafío de repasar la historia de las universidades argentinas sin la compulsión a nombrar etapas que reproduzcan estereotipos: la *noche del peronismo*, la *edad de oro*, los *años de la politización*. Algo de esa perspectiva intentamos plasmar aquí, problematizando la articulación entre lo universitario y lo político en un actor del movimiento estudiantil de la UNLP. Una visión procesual, atenta a los matices y con sustento empírico nos obliga a repensar aquella articulación, corriéndonos incluso de visiones casi celebratorias de una época y peyorativas hacia otra.

Hemos intentado analizar una parte de la historia del movimiento estudiantil de La Plata centrándonos en la FURN, protagonista y constitutiva del surgimiento del peronismo universitario en La Plata de los años sesenta y setenta. A lo largo del escrito, se presentó una reconstrucción empírica de sus acciones e interpretaciones entre 1967 y 1972. Dicho quinquenio fue dividido en dos etapas. Entre 1967 y 1970 ubicamos un momento de consolidación y crecimiento lento, impulsado este sobre todo a partir de 1969, con una atinada actuación de la FURN durante el ciclo de protesta que rodeó al Cordobazo. A partir de 1971, pero sobre todo de 1972, ubicamos los años de mayores definiciones en torno a cuál era su intervención específica en la universidad. La revalorización del espacio universitario supuso dos elementos: por un lado, un fuerte distanciamiento tanto de las políticas «gremialistas» como de las reivindicaciones que respondían a la Reforma Universitaria, con la cual no pocos grupos se identificaban. Para la FURN, ambas eran tan inconducentes como inofensivas frente a un gobierno dictatorial. Dejadas las banderas clásicas de lado, la FURN definió su militancia universitaria a partir de la batalla ideológica contra la colonización sobre la cultura, sobre la educación e incluso, sobre las formas de ser jóvenes. Esto no suplantó al debate político, electoral, tampoco a las acciones, campañas o internas partidarias, sino que convivió con ellas. Este caso nos lleva a proponer que los procesos de politización deben pensarse con un contenido específico, en coyunturas particulares y desde variadas formas de articulación entre las prácticas y banderas políticas y las de los campos en que tienen lugar (el universitario, cultural o sindical).

L. Duhalde y Rodolfo Ortega Peña) de la Asociación Gremial de Abogados y de la Agrupación de Abogados Peronistas; ambos fueron abogados de algunos de los presos políticos asesinados en Trelew, en agosto de 1972. Hernández fue además codirector de la revista *Militancia* y director de *El Descamisado*.

33 Declaración del Congreso Nacional de Estudiantes Peronistas, *Envido* n.º 7, octubre 1972, p. 79.

Bibliografía y fuentes

Bibliografía

- ALESSANDRO, J. (2011). *La colina táctica del enemigo*. La Plata: De la campana.
- AMATO, F. y BOYANOVSKY BAZÁN, C. (2008). *Setentistas. De La Plata a la Casa Rosada*. Buenos Aires: Sudamericana.
- AVEIRO, M. (2018). Darcy Ribeiro, reformas universitarias en tránsito. *IV Jornadas de Trabajo sobre Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX*. Bahía Blanca, Argentina.
- BARLETTA, A. (2002). Una izquierda universitaria peronista: Entre la demanda académica y la demanda política (1968-1973)». *Prismas*, 6, p. 275-286.
- (2018). Apuntes sobre un legado invisibilizado: Universidad y peronismo en la UNLP, 1972-1974. *Colección Nuevas Bases para la Reforma Universitaria*, 4. Recuperado de <https://www.iec.conadu.org.ar/files/publicaciones/1540399737_cuaderno4web.pdf>.
- BONAVENA, P. (2006). El movimiento estudiantil de la ciudad de La Plata (1966-1973). *Cuestiones de Sociología*, (3), 169-192. Recuperado de <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/13095>>.
- BOZZA, A. (2001). El peronismo revolucionario. Itinerario y vertientes de la radicalización, 1959-1969. *Sociohistórica*, (9-10), 135-169. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.2942/pr.2942.pdf>.
- (2010). Espías, disturbios y barricadas. La radicalización estudiantil y los servicios de información. La Plata, 1968. En: M. INFESTA (Coord.). *El centenario de los estudios históricos en La Plata*. La Plata.: UNLP-FAHCE.
- CALIFA, J. S. (2017). Dos Fuas en los años setenta. El movimiento estudiantil en las postrimerías de la Revolución Argentina. *Anuario de la Escuela de Historia Virtual*, 12, 130-150.
- DIP, N. (2017) *Libros y Alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA, 1966-1974*. Rosario: Prohistoria
- FRIEDEMANN, S. (2017). De las Cátedras Nacionales (1967-1971) a la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires (1973-1974). Experiencias configuradoras de institucionalidad universitaria. *Sociohistórica*, 39. Recuperado de <<https://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/view/SHeo26>>.
- GARRETÓN, M. (2011). Universidad y política en los procesos de transformación en Chile, 1967-1973. *Pensamiento Universitario*, 14, 71-90.
- GHILINI, A. (2019). Sociología y compromiso político en los años sesenta: la conformación de las Cátedras Nacionales (1967-1971). *Revista Pilquen*, 22 (3), 1-12. Recuperado de <<http://revele.uncoma.edu.ar/htdoc/revele/index.php/Sociales/issue/view/215>>.
- GODOY, E. (1995). *La Historia de ATULP*. La Plata: EDULP.
- GONZÁLEZ CANOSA, M. (2017). «Libres o muertos, jamás esclavos». Marxismo, peronismo y lucha armada: las FAR en la Argentina de los primeros setenta. *Tempo e Argumento*, 9, 364-395. Recuperado de <<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/52296>>.
- GORDILLO, M. (2003). Protesta, rebelión y movilización: de la resistencia a la lucha armada, 1955-1973. En: D. JAMES (Ed.). *Nueva Historia Argentina. Tomo IX*. Buenos Aires: Sudamericana.
- JAMES D. (1990). *Resistencia e integración*. Buenos Aires: Sudamericana.
- KAPLÚN, G. y MARKARIAN V. (Coords.) (2017). El Plan Maggiolo: la reforma que no fue y su vigencia. *Integración y Conocimiento*, 2. Recuperado de <<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/integracionyconocimiento/article/view/18687>>.
- LANTERI, M. (2009) «Los pasos previos. El largo proceso de conformación de la JUP en la UNLP (1960-1973)» en *XII Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia*. Jornadas llevadas a cabo en ciudad de Bariloche, Argentina.
- MANZANO, V. (2017). *La era de la juventud en Argentina. Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- MENDONÇA, M. (2015). “Cómo resolver el problema universitario: nuevos diagnósticos y cambios en la agenda política durante el Onganiato (1966-1970)”. *Revista História da Educação*, 47, 229-248. doi: 10.1590/2236-3459/51311.
- MIGNONE, E. (1998). *Política y Universidad. El Estado legislador*. Buenos Aires: Lugar Editorial.
- NAVA, A. (2013). Radicalización y politización del movimiento estudiantil: el caso platense durante la Revolución Argentina. 1966-1972. *Conflicto Social*, 6 (9). Recuperado de <<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/CS/article/view/255>>.
- PEREYRA, D. (2010). La reforma universitaria en argentina. Antecedentes, problemas y desafíos. En: D. TORIBIO (Comp.). *La universidad en la argentina*. Buenos Aires: Universidad Nacional de Lanús.

- Pis DIEZ, N. (2018). Reforma Universitaria y Liberación Nacional. Las primeras agrupaciones peronistas y los orígenes de la FURN en La Plata (1962-1966). *Estudios*, 40, 57-73. Recuperado de <<https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/20951>>.
- (2019a). El reformismo universitario, la juventud y la política en los «explosivos» sesentas: el caso del movimiento estudiantil de La Plata en la coyuntura del Cordobazo. *Aletheia*, 18. doi: 10.24215/18533701e005
- (2019b). 1966, universidades y anticomunismo: antecedentes y actores de una Guerra Fría también propia. El caso de la Universidad de La Plata. *Cuadernos de Marte*, (17), 83-III. Recuperado de <<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/cuadernosdemarte/article/view/5136>>.
- PRONKO, M. (2000). *El peronismo en la universidad*. Buenos Aires: Libros del Rojas.
- RAMÍREZ, A. (1999). Radicalización y peronización de los estudiantes universitarios. El caso de la UNLP. *Cuadernos del CISH*, 5, 189-198. Recuperado de <<http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/13542>>.
- ROBLES, H. (2011). *Radicalización política y sectores populares en la Argentina de los 70: La JP y su articulación con Montoneros en los barrios periféricos de la ciudad de La Plata* (Tesis de posgrado). La Plata: UNLP.
- ROUQUIÉ, A. (1982). *Poder militar y sociedad política en la Argentina*. Buenos Aires: Emecé.
- SARLO, B. (2007) *La batalla de las ideas (1943-1973)*. Buenos Aires: Ariel.
- SIGAL, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- SIMONETTI, M. F. (2002). *Tocar el cielo con las manos: La actividad política de la FURN en la UNLP durante 1966-1973* (Tesis de grado). La Plata: UNLP. Recuperado de <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=tesis&d=jte659>>.
- TORTTI, M. C. (1999). Protesta social y 'nueva izquierda' en la Argentina del GAN. EN: A. PUCCIARELLI (Ed.) *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva Izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.

Fuentes

- BONAVERA, P. (1992). en *Las luchas estudiantiles en Argentina 1966/1976. Base de datos*. Informe de Beca de Perfeccionamiento, Secretaría de Ciencia y Técnica, Universidad de Buenos Aires.
- COSTA, O. (2012). *Copetín al paso. Lupín, uno de nosotros*. Río Negro.
- Diario *El Día*, La Plata. Consultado de enero a diciembre de 1969.
- Documento FURN/Centro de Estudiantes Universitarios de Lincoln, en: Comisión Provincial por la Memoria-Fondo DIPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo. Mesa A, Factor Estudiantil, Legajo 46.
- Documento Frente de Agrupaciones Eva Perón (FAEP), en: Comisión Provincial por la Memoria-Fondo DIPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo. Mesa A, Factor Estudiantil, Legajo 199.
- Documento Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI), en: Comisión Provincial por la Memoria-Fondo DIPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo. Mesa A, Factor Estudiantil, Legajo 198.
- Documento Federación Universitaria de La Plata (FULP), en: Comisión Provincial por la Memoria-Fondo DIPBA, División Central de Documentación, Registro y Archivo. Mesa A, Factor Estudiantil, Legajo 1.
- Entrevista a José Edgardo Pereyra. Archivo Oral, Colección Cineastas. Archivo Nacional de la Memoria. Recuperado de: <https://www.argentina.gob.ar/anm/oral/documentalistas-y-cineastas>
- Entrevista realizada a Hugo Bacci por Uzcudún M., Laffite R. y Di Meglio M. La Plata, 2013. La Fragua. Recuperado de: <https://www.facebook.com/fraguanoticias/videos/393166307704215/>
- Entrevistas realizadas a Hugo Bacci por Horacio Robles. La Plata, septiembre 2005 y julio 2008.
- Semanario de la CGT*, n.º 20, Buenos Aires, 12 de septiembre de 1968. «Pampillón, hoy como hace dos años».
- Revista Envido*, n.º 7, Buenos Aires, 1972. «Declaración del Congreso Nacional de Estudiantes Peronistas».

Desarrollo, planificación y política universitaria. Proyecto y creación de la Universidad Nacional de Luján 1969-1972

Development, Planning and University Policy. Project and Creation of the National University of Luján 1969-1972

Analia Gómez¹

Resumen

El estudio de las universidades argentinas y sus actores durante las décadas del sesenta y del setenta constituye hoy un campo en expansión. Aquí nos dedicaremos a la política universitaria de la auto-llamada «Revolución Argentina», específicamente entre fines y comienzos de aquellas décadas por enmarcarse allí la creación de la Universidad Nacional de Luján, caso que analizaremos. Su creación formó parte de un proceso de expansión del sistema universitario, resultado de la planificación por parte de diversos actores tanto del espacio académico-universitario como del burocrático-estatal. Pero también fue relevante la participación de actores locales organizados en comisiones pro universidad, siendo una de ellas la que se formó en Luján en 1969. Comisión que realizó diversas actividades para la creación de la UNLU, que se concretó el 20 de diciembre de 1972. Su estudio permite analizar el entramado de relaciones entre políticas y funcionarios públicos, especialistas en educación superior y actores locales.

Palabras clave: Planificación; Desarrollo; Comisiones; Universidad Nacional de Luján.

Abstract

The study of Argentine universities and their actors during the 1960s and 1970s constitutes, nowadays, an expanding field. We will focus on university policy of the self-called “Revolución Argentina”, particularly at the end and beginning of those decades, since we will analyze the creation of the University of Lujan which occurred during that time. Its creation occurred as a result of an expansion process of the university system carried out by different actors from the academic as well as from the bureaucratic/state sphere. The participation of local actors, organized in commissions pro-university was also relevant. An important commission, created in Luján in 1969, carried out diverse activities in favour of the foundation of the UNLU, which was formalized on 20th December 1972. Its study allows us to analyze the network of relationships among policies, public officials, specialists in higher education and local actors.

Keywords: Planning; Development; Commissions; National University of Lujan.

Recibido: 29/12/2020. **Aceptado:** 9/1/2020

¹ Universidad Nacional de Luján; anago_r13@yahoo.com.ar.

Repensar la universidad

Hacia fines de la década del sesenta una ola de rebeliones sacudió a países capitalistas, comunistas y a los del por entonces llamado Tercer Mundo (Hobsbawm, 1998, p. 442). Solo a modo de ejemplo podemos mencionar aquellas rebeliones que protagonizaron los estudiantes en Estados Unidos y Berlín contra la guerra de Vietnam; el mayo francés; la movilización de miles de estudiantes en Praga y la protesta de los estudiantes mexicanos. A pesar de las diferencias entre todas ellas podemos señalar una característica común: sus protagonistas fueron jóvenes universitarios. Desde los años sesenta, el número de estudiantes universitarios a nivel mundial creció de 13.000 millones a cerca de 82.000 millones en 1995 (García Guadilla, 2008, p. 24).

La masificación de la educación superior y el activismo de los estudiantes también tuvieron lugar en América Latina desde mediados del siglo XX. En 1950 las universidades de la región contaban con cerca de 266.000 estudiantes y 25 años después el número había aumentado más de 24 veces (Mendonça, 2018a, p. 84). Este crecimiento coincidió con la etapa del modelo desarrollista implementado en la región (García Guadilla, 2008, p. 48). Atendiendo a lo anterior, la universidad comenzó a ser repensada tanto por actores políticos como académicos que veían con preocupación la creciente movilización y politización de los estudiantes y que también pretendían cumplir con los objetivos de desarrollo tecnológico y científico. Se inició una planificación destinada a la educación superior (Krostch, 2009, pp. 113-115) que conjugó ambos fines tal como puede observarse tanto en los proyectos elaborados por actores provenientes de sectores conservadores como en las políticas universitarias que tuvieron lugar en los países de la región bajo gobiernos de facto o provenientes de partidos de derecha². Por ejemplo, en Uruguay bajo el gobierno autoritario de Jorge Pacheco Areco (Jung, 2019); en Brasil a partir del golpe de Estado de 1964 y en Argentina durante los gobiernos de facto que tuvieron lugar entre 1966 y 1973.

En adelante nos referiremos a este último país atendiendo a las políticas implementadas durante la autollamada *Revolución Argentina*, sobre todo durante el último de sus gobiernos de facto a cargo de Alejandro Agustín Lanusse (1971-1973). Más específicamente nos dedicaremos a reconstruir como fue el proceso que condujo a la creación de una de las universidades abiertas en aquel contexto: la Universidad Nacional de Luján (UNLU).

Atendiendo al recorte temporal y al problema abordado pretendemos hacer un aporte a la llamada *historia reciente* y contribuir desde un punto de vista histórico al campo de estudios sobre la universidad y la política universitaria durante la «Revolución Argentina». Para ello dialogamos con la *nueva historia política*, que entre otros temas se dedica al estudio de las burocracias estatales, los especialistas, profesionales e intelectuales de estado, los espacios en los que estos y sus ideas circularon, etcétera.

Teniendo en cuenta lo anterior hemos seleccionado una serie de fuentes tales como comunicaciones, boletines y resoluciones emanadas del Poder Ejecutivo Nacional y legislación de la época, así como también distintos proyectos y planes elaborados por actores universitarios y burocráticos. Para abordar el caso que nos interesa, la UNLU, hemos consultado el periódico local *El Civismo* ya que en él se encuentra un detallado registro de las actividades que se desarrollaron para proyectar y planificar la futura universidad. Otras de las fuentes consultadas forman parte de dos *Fondos Documentales* que se encuentran en la UNLU. Uno de ellos es el *Fondo Documental de la Memoria de la UNLU* (FDM-UNLU), constituido por numerosos recortes de periódicos y revistas, documentos administrativos, comunicados de prensa, expedientes, reglamentos, etc.

2 Otro tipo de experiencias y de proyectos universitarios también tuvieron lugar por aquellos años. Se caracterizaron por su impronta progresista o por estar vinculados al universo de las izquierdas. Algunos ejemplos fueron los proyectos modernizadores en la Universidad de Buenos Aires entre 1955 y 1966 (Buchbinder, 2005, pp. 178-184); el proyecto de creación de la Universidad de Brasilia en 1962, concebido por Anísio Teixeira y Darcy Ribeiro, siendo este último su primer rector (Guadilla, 2008, pp. 587-591) y para el caso uruguayo el programa de reforma institucional a cargo Óscar Maggiolo, rector de la Universidad de la República (Markarian, Jung y Wschebor, 2008, pp. 13-28).

Allí se encuentra el *Estudio de Factibilidad* elaborado para lograr la creación de la universidad. Otras fuentes consultadas son las que conforman el *Fondo Documental Emilio Mignone* (FDEM), que contiene proyectos, boletines, libros, folletos, revistas, prensa nacional y local, documentos, memorándums, etcétera.

La Revolución Argentina y la política universitaria: informes, propuestas y planes

Hacia fines de la década del sesenta distintos actores pertenecientes tanto al espacio burocrático-estatal como al académico-universitario argentino,³ elaboraron informes referidos a la situación de las casas de altos de estudios, así como también planes para implementar en estas. Partieron de un diagnóstico común en el que se identificaron problemáticas tales como el aumento de la población estudiantil y su politización, la escasa correspondencia entre las carreras universitarias con las necesidades para el desarrollo económico nacional y regional, la migración de muchos jóvenes desde sus lugares de origen hacia los grandes centros universitarios, etc. Como se desprende de lo antedicho una de las preocupaciones era dar respuestas a una juventud universitaria que por aquellos tiempos no solo crecía en número, sino que se radicalizaba políticamente. Ante esto último los gobiernos de la «Revolución Argentina» implementaron diferentes estrategias que fueron desde el autoritarismo durante el onganato hasta su interpelación en el marco del Gran Acuerdo Nacional durante el gobierno de Lanusse (Mendonça, 2018b y 2019).

Muchos de los planes e informes elaborados fueron hechos o presentados en 1968 y estuvieron vinculados con las ideas del desarrollo. Recordemos que el desarrollismo estuvo en la agenda económica argentina desde el gobierno de Arturo Frondizi. En octubre de 1961 creó el Consejo Nacional de Desarrollo (Conade), que en los años siguientes amplió sus incumbencias con el fin de generar un sistema de planificación y programas que debía servir para orientar el desarrollo, tal como lo sugería la Comisión Económica para América Latina (Jáuregui, 2014-2015, pp. 144-146). El modelo de planificación se profundizó durante el onganato y en 1966 se creó por decreto-ley el Sistema Nacional de Planeamiento y Desarrollo que tuvo entre otras finalidades «Determinar las políticas y estrategias directamente vinculadas con el desarrollo nacional [...] Formular los planes nacionales de largo y mediano plazo, los planes regionales y sectoriales; compatibilizarlo; coordinar su ejecución y evaluar y controlar los esfuerzos nacionales para el desarrollo».⁴ Una de las partes integrantes de este Sistema fue el Conade, que había creado el sector Educación en 1964, por considerar a esta rama como un factor necesario para el desarrollo económico (Suasnábar, 2004, p. 39). En aquel sector tuvo una participación relevante como especialista en políticas universitarias el Dr. Emilio Mignone, quien luego tendría una destacada participación en el proceso de creación y en los primeros años de funcionamiento de la UNLU, universidad que aquí analizaremos. En 1968 Mignone formó parte de la conducción de un grupo de trabajo constituido por la Secretaría de Estado de Cultura y Educación, la Secretaría de Estado del Conade y el por entonces recientemente creado Consejo de Rectores de las Universidades Nacionales (CRUN).⁵ Dicho grupo debía presentar un diagnóstico sobre la situación del sistema de enseñanza superior, proponer políticas de desarrollo y programar su ejecución. El resultado fue la publicación de dos documentos: *Educación, Recursos Humanos y Desarrollo Económico Social*, elaborado por el Conade-Sector Educación,

3 Laura Rovelli (2008a, p. 6) utiliza ambas categorías para identificar y relacionar los espacios en los cuales mediaron las ideas, los saberes y los expertos que elaboraron planes de creación de nuevas universidades durante los años setenta.

4 Sistema Nacional de Planeamiento y Acción para el Desarrollo, *Boletín Oficial de la República Argentina*, 4/10/1966, p. 3.

5 Este Consejo fue creado por el Decreto-Ley n.º 17245 de 1967 (Ley Orgánica de las Universidades Nacionales. Recuperado de <https://www.argentina.gob.ar/normativa/nacional/ley-17245-189246>). Estuvo constituido por los rectores de todas las universidades nacionales, los cuales anualmente elegían entre ellos un presidente. El CRUN organizó una Secretaría Permanente en la que cada universidad estuvo representada a través de un delegado. Entre sus funciones estaba la de programar la enseñanza universitaria oficial de acuerdo con el planeamiento general del sistema educativo argentino..

y *Bases para un Plan Integral de Educación Superior y Universitaria*, elaborado por el CRUN. Ambos informes compartieron el diagnóstico sobre la situación de las universidades nacionales destacando como problemas el ingreso masivo, la deserción estudiantil, la excesiva duración de las carreras y la escasa vinculación entre la enseñanza media y superior entre otros (Mendonça, 2015, p. 238). Algunas de las propuestas para resolver los problemas diagnosticados fueron: la realización de cursos de ingreso y de orientación vocacional para los estudiantes, el abandono de clases caracterizadas como *magistrales*, la promoción sin examen final, la creación de carreras cortas, la centralización administrativa y académica, el fomento a la investigación científica y tecnológica y la organización departamental. Todas estas propuestas tuvieron como objetivo modernizar la enseñanza superior y satisfacer los fines y las exigencias del desarrollo nacional, regional y sectorial.⁶

Durante el año 1968, otros documentos, propuestas y planes elaborados por distintos actores del espacio académico-universitario estuvieron dedicados a pensar y proyectar la educación superior. Uno de ellos fue presentado por Carlos Ray, doctor en Medicina, docente de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y delegado por esta última ante la Secretaría Permanente del CRUN. Elaboró un documento en el cual la problemática del desarrollo era presentada de manera integral, es decir, comprendiendo su aspecto económico y también sus dimensiones culturales y sociales. Propuso la adecuación de los programas de enseñanza a las necesidades no solo nacionales sino también regionales. Otro plan pensado para la UBA fue el que elaborara su entonces rector Raúl Devoto. En *Plan de Acción de la Universidad de Buenos Aires*, señaló la necesidad de generar cambios que permitieran contribuir a la modernización y el desarrollo, constituyendo este último una idea-fuerza que aparece a lo largo de toda la propuesta y que puede considerarse un antecedente del llamado «Plan Taquini» (Mendonça, s/f a). Este último quizá sea el más conocido. Fue presentado en un Coloquio de Intelectuales Argentinos sobre Modernización de las Instituciones Políticas en la Argentina que se realizó en Chilecito (La Rioja) en noviembre de 1968. Su autor, Alberto Taquini (h), era por entonces decano de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA. Bajo el nombre de *Programa de Adecuamiento de la Enseñanza Universitaria Argentina a las Necesidades del Desarrollo*,⁷ Taquini ofreció un diagnóstico común al indicado en otros planes y propuso la creación de nuevas universidades nacionales para que estas atendieran, por un lado, a las necesidades demográficas y, por otro, a las del desarrollo regional.⁸ Por razones tanto demográficas como de desarrollo debían crearse dos universidades: una en Zárate (provincia de Buenos Aires) y otra en Río Cuarto (Córdoba). Para atender tan solo al desarrollo debía crearse una universidad en la zona patagónica-austral y con el fin de dar respuesta a las necesidades demográficas debían crearse universidades en la zona sur del Gran Buenos Aires y en Luján.⁹

Estas propuestas fueron presentadas ante autoridades nacionales y distintos actores universitarios, por ejemplo, ante el CRUN en 1970. Paralelamente, Taquini se dedicó a impulsar su plan a través de conferencias, publicaciones, artículos periodísticos, programas televisivos y sobre todo entre distintos actores de algunas

6 El desarrollismo formó parte de la agenda de varios gobiernos de la región. Tal como sucedió en Argentina, otros países crearon sus propios órganos con el fin de planificar políticas vinculadas al desarrollo. Por ejemplo, en Uruguay se creó en 1961 la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico, que se dedicó al análisis de la situación económica nacional. Sus diagnósticos, propuestas e informes fueron consideradas por distintos actores políticos. Publicó en 1965-66 el Informe sobre el Estado de la Educación, en el cual se señaló la necesidad de vincular la educación con la estrategia nacional de desarrollo y propuso para la educación superior una serie de medidas tales como nuevas normas para la regularización de los estudios, becas para estudiantes con menos recursos, etcétera (Jung, 2013, pp. 104-106).

7 Este programa fue resultado de una serie de estudios que Taquini venía realizando junto con Enrique Urgoiti y Sadi Rifé, ambos docentes de la Facultad de Farmacia y Bioquímica de la UBA.

8 Recordemos que su propuesta, a tono con otras, se enmarcó en un momento en el cual la política estatal pretendía controlar «el problema» de la radicalización política de la juventud universitaria y la creación de nuevas universidades fue considerada como una posible solución (Krotsch, 2008, pp. 133-134).

9 Luján es uno de los partidos de la provincia de Buenos Aires (Argentina). La ciudad cabecera lleva el mismo nombre y se encuentra a 70 km al oeste de la actual Ciudad Autónoma de Buenos Aires.

de las ciudades propuestas para crear nuevas universidades. Aun así, su plan no fue inmediatamente aceptado. Entre quienes se opusieron estaban el ministro de educación José Luis Cantini quien creía que debían presentarse exhaustivos estudios que justificaran la apertura de las casas de altos estudios, así como también el Conade y el CRUN ya que, si bien reconocían la existencia de universidades con un alto número de estudiantes, señalaban que otras aún tenían una escasa cantidad (Mendonça, 2016, p. 295).

Ante estos reparos la formación de comisiones pro universidad parece haber cumplido un rol relevante para que el plan diseñado por Taquini fuera aceptado por las autoridades nacionales. Veamos entonces como fue el funcionamiento de dichas comisiones a través del caso de la UNLU.

Una comisión para crear una universidad nacional en Luján

¿Por qué crear una universidad en Luján? La respuesta se encuentra en la propuesta que hiciera Taquini: ante el aumento de la matrícula universitaria era necesario crear nuevas universidades y una de ellas debía estar en esta ciudad.

Las primeras reuniones locales tuvieron lugar a mediados del año 1969. El viernes 4 de julio en un hotel céntrico se realizó la primera reunión. Participaron los intendentes de Luján y de General Rodríguez, algunos vecinos de la ciudad y el Dr. Taquini. Este último argumentó porque era necesario crear una universidad en la zona Luján-Pilar destacando que su ubicación geográfica favorecía y facilitaba la comunicación con otras localidades y posibilitaba la oferta de carreras vinculadas con las características de la región, por ejemplo, ciencias biológicas, agronómicas y en alimentación. A diferencia de su propuesta inicial, comenzaba a aparecer la idea de una universidad que atendiera al desarrollo de la región y no tan solo al crecimiento de la matrícula universitaria.

De esta primera reunión informativa derivó el acuerdo de

- a) Crear en toda la zona un movimiento de opinión pública tendiente a obtener de las autoridades la sanción de la ley correspondiente.
- b) Invitar a autoridades, representantes de entidades culturales y educativas y de bien público de los partidos de la zona a una próxima reunión a los efectos de constituir una comisión encargada de encauzar las gestiones.¹⁰

Dicha comisión se constituyó el 9 de agosto de 1969 bajo el nombre de Comisión Pro Universidad Zonal. Fijó su domicilio en la sede municipal y quedó constituida por un presidente y vicepresidente, un secretario y cinco secretariados. Su objetivo inicial fue promover la propuesta de creación de una universidad e impulsarla a partir de adhesiones de vecinos e instituciones de la zona.

Ahora bien, ¿quiénes constituyeron la Comisión Pro Universidad (CPU)? Un análisis detallado merecería varias páginas. A modo de síntesis podemos decir que sus miembros estuvieron estrechamente vinculados con el quehacer político, económico, sanitario y educativo de la localidad. Profesionales encontramos una mayoría de docentes, seguidos por ingenieros y médicos. Muchos habían desempeñado, o estaban desempeñando, funciones en dependencias gubernativas nacionales, provinciales o locales. Los espacios desde los cuales provenían, ocupaban o participaban, por ejemplo, el Rotary Club Luján y cargos en el gobierno municipal, permitieron no solo la sociabilidad entre estos sino también y, sobre todo, establecer conexiones con la burocracia local, provincial y nacional. Respecto al poder político local puede considerarse como un factor extrauniversitario relevante al momento de considerar el perfil de la universidad a crearse, sus misiones, etc., tal como lo ha señalado Laura Rovelli (2005) al analizar otros casos de creación de universidades.¹¹

10 *El Civismo* (1969). «Proyéctase la creación de una Universidad en nuestra zona». 12 de mayo de 1969.

11 Respecto a las comisiones y/o movimientos pro universidad es importante considerar otras experiencias, tanto argentinas como de otros países, ya que permiten observar elementos comunes, así como particularidades de cada caso. Tomemos

Quisiéramos mencionar especialmente a quien luego fue rector de la universidad entre los años 1973 y 1976: Emilio Mignone. Cuando la CPU se conformó y desarrolló sus primeras actividades, detentaba el cargo de Subsecretario Técnico del Ministerio de Cultura y Educación de la Nación. Como tal no podía formar parte de la CPU ya que tenía que evaluar sus gestiones e informes. Sin embargo, tal como el mismo Mignone (2014, p. 39) lo recordara, esto no le impidió extraoficialmente acompañar las actividades que desarrollaron muchos de quienes habían sido sus vecinos y amigos mientras vivió en Luján.¹² Sus vínculos con la ciudad también fueron resultado de sus funciones específicas como Subsecretario, a las cuales estuvo atenta la prensa local. Desde fines del año 1969 encontramos en el periódico *El Civismo* diversas notas sobre sus actividades: disertaciones sobre política educacional, presentación de proyectos para escuelas secundarias, participación en mesas redondas acerca de la formación de maestros en institutos terciarios y en muestras organizadas por estudiantes secundarios, etc. En agosto de 1971, Mignone mantuvo una entrevista con los miembros de la CPU en la cual le fueron informadas las gestiones hechas. Puede observarse entonces que, desde su función como subsecretario, Mignone estuvo en permanente contacto con el campo educativo local. En 1971 cuando renunció a su cargo pudo formar parte oficialmente de la que en aquel año ya era una Comisión Nacional Pro Universidad. Contaba con experiencia en el área y en calidad de especialista colaboró como consultor en la elaboración del *Estudio de Factibilidad* que se presentó ante autoridades del Ministerio de Cultura y Educación.

Actividades y propuestas de la Comisión Pro Universidad

Una vez conformada la CPU sus miembros comenzaron a desarrollar diferentes actividades con el fin de promocionar la idea de crear una universidad en Luján, así como también buscar los apoyos necesarios para respaldar el futuro proyecto que debía entregarse a las autoridades nacionales.

Entre otras actividades se realizaron una serie de reuniones informativas en las que estuvieron presentes autoridades nacionales, locales y del mismo impulsor del proyecto de creación de nuevas universidades. A pocas semanas de conformarse, la CPU convocó a una reunión que se hizo el 24 de agosto en la Escuela Normal de Luján a la cual asistió Taquini. En este punto es interesante señalar quienes fueron convocados y estuvieron presentes. Encontramos no solo vecinos de la ciudad sino también representantes de instituciones de otras ciudades tales como General Rodríguez, Capilla del Señor, Chacabuco, San Antonio de Areco, Carmen de Areco, Chivilcoy, Mercedes, Merlo, Junín, Marcos Paz, Las Heras, Los Polvorines, Moreno y Capital Federal. La mayoría de los concurrentes desempeñaban tareas educativas (docentes, directores e inspectores de enseñanza) pero fueron convocados también médicos, varios gerentes de fábricas y empresas

como ejemplo el análisis que ha hecho María Eugenia Jung (2015) sobre el movimiento iniciado en 1968 en Salto (Uruguay). Si comparamos con el caso argentino, y más específicamente con Luján, el proceso en Salto fue a la inversa en cuanto a su origen. El Movimiento pro Universidad del Norte se formó a partir de la demanda de distintos actores locales y no como resultado de la propuesta de un plan proveniente de actores universitarios, tal como sucedió en Argentina a partir de la presentación del Plan Taquini. Respecto a la composición de aquel Movimiento encontramos similitudes con el caso aquí analizado, así como también con el de otras comisiones en Argentina como la que se formó en Río Cuarto (provincia de Córdoba) y que logró la creación de la universidad en 1971 (Mendonça, s/f b y 2014). Profesionales, docentes, comerciantes, industriales representantes del Rotary Club y del Club de Leones estuvieron entre sus miembros y muchos de ellos, como el caso de Luján, también desempeñaban cargos en el gobierno municipal de Salto e incluso en el Parlamento nacional (Jung, 2015, p. 400). Una diferencia a señalar, y no menor, es que el Movimiento originado en Salto no logró su objetivo, es decir, no se creó la universidad. Según Jung (2015, p. 418) la atención del gobierno uruguayo a comienzos de los años setenta estuvo puesta en la «... lucha contra la guerrilla y la dura campaña electoral [...] La instalación de otra universidad pública pasó a ocupar un segundo plano...» Esto último es una diferencia con el caso argentino ya que la política de creación de nuevas universidades significó para el último de los gobiernos de la «Revolución Argentina» no solo una estrategia ante la creciente movilización estudiantil sino también una forma de obtener apoyos políticos locales.

12 Emilio Fermín Mignone nació el 23/7/1922 en Luján, ciudad en la que vivió hasta comienzos de los años sesenta.

locales, escribanos, contadores, abogados, comerciantes, ingenieros agrónomos, trabajadores agremiados, etc. También asistieron el intendente de Luján y los intendentes de las ciudades de Moreno, San Andrés de Giles, Carmen de Areco, Chivilcoy, Pilar y San Antonio de Areco.¹³ En lo que respecta a las instituciones a las que pertenecían los invitados se destacaron aquellas vinculadas a tareas educativas, asociaciones de profesionales y comerciantes, así como también fábricas locales (Linaer Bonaerense, Fibraco, Fabril Linaer, Hilandería Luján, Lorenzo Michelena e Hijos e Inafor)¹⁴ y gremios (Sindicato de Luz y Fuerza, Unión Obrera Metalúrgica, Asociación Obrera Textil, Federación de Obreros y Empleados y Telefónicos). Algunos invitados registraron su pertenencia a clubes rotarios de distintas ciudades. Esta presencia puede asociarse con el hecho de que varios integrantes de la CPU eran miembros del Rotary Club de Luján, funcionando entonces los clubes rotarios como espacios de vinculación entre ciudades.

Ante dicha concurrencia Taquini describió el funcionamiento del sistema de enseñanza universitario argentino y señaló el problema de la superpoblación estudiantil. Sostuvo que la solución para este era la creación de nuevas universidades nacionales que debían ser concebidas con criterio moderno y ajustarse a las previsiones del Conade. Tal como lo había hecho en otras oportunidades justificó la creación de una universidad en Luján.¹⁵ En una siguiente reunión, la delegación de Pilar comunicó sobre la formación de una Comisión local Pro Universidad con el fin de realizar en aquel partido actividades de difusión.¹⁶ La permanente vinculación con las ciudades vecinas también puede observarse en una encuesta que la CPU preparó en noviembre de 1969 y cuyos destinatarios fueron los estudiantes de cuartos y quintos años (los últimos de la educación secundaria) de distintos establecimientos tanto públicos como privados.¹⁷ En la encuesta se pidió a los estudiantes responder si pensaban seguir una carrera universitaria, qué carrera elegirían y en qué lugar pensaban cursarla. En caso de no haber respondido afirmativamente se indicaron una serie de opciones a señalar sobre las posibles razones que impedían iniciar estudios universitarios (distancia, gastos, etc.). También se preguntó si estudiarían en una universidad estatal en la zona próxima a su domicilio en caso de que se esta se creara, qué carreras preferían que se dictaran, etc. El resultado de la encuesta arrojó que el 88,5 % de los estudiantes pensaba seguir estudios universitarios mientras que el resto manifestó su imposibilidad para hacerlo debido a razones socioeconómicas y de distancia entre el lugar de residencia y el de estudio. Casi el 91 % pensaba que la creación de una universidad en la zona resolvería estos problemas. En este punto es importante señalar cual era la oferta educativa postsecundaria que se ofrecía en Luján y sus alrededores. En lo que respecta a la enseñanza superior no universitaria existían en el área 25 establecimientos distribuidos en 11 partidos. La mayoría eran institutos de formación docente y solo tres estaban dedicados a otras profesiones, siendo estos un instituto técnico en la ciudad de Castelar, una escuela de artes visuales en el partido de Chivilcoy y una escuela de servicio social en el partido de Mercedes. Respecto a la enseñanza universitaria existían cinco universidades o facultades en otros partidos cercanos a Luján y solo una de ellas era estatal: la delegación de una Facultad Regional de la Universidad Tecnológica Nacional en el partido de Morón. El resto eran universidades privadas: la Universidad de Morón, dos Facultades de la Universidad del Salvador y la escuela Diocesana de Servicio Social de la Universidad Católica Argentina. Los datos arrojados por la encuesta, sumados a la escasa oferta de carreras en los institutos terciarios y la casi nula oferta de educación universitaria pública en la región, sirvieron para justificar la necesidad de crear una universidad en Luján.

Durante 1970, en una de las fuentes que hemos consultado, el periódico *El Civismo*, no se publicaron notas referidas específicamente a las gestiones de la CPU para crear la universidad. Sin embargo, una lectura

13 *El Civismo* (1969). La Universidad Zonal: reunión informativa. 30 de agosto de 1969.

14 Algunos miembros de la CPU eran (o habían sido) directores de industrias locales (algunas de las cuales estuvieron representadas en la reunión).

15 *El Civismo* (1969). La Universidad Zonal: reunión informativa. 30 de agosto de 1969.

16 *El Civismo* (1969). Reunión Pro Universidad Zonal. 20 de setiembre de 1969.

17 El material elaborado para la realización de las encuestas se encuentra en el FDM-UNLU.

atenta del periódico nos permite observar que la Comisión fue participe en una serie de conflictos locales y proyectos provinciales. Participó en reuniones de apoyo al intendente municipal ante denuncias por fraudes, apoyo que denota la vinculación entre la CPU y el gobierno local.¹⁸ Otras intervenciones estuvieron vinculadas con la Comisión Coordinadora del Área del Paraná, integraba por diferentes partidos e impulsada por el gobierno de la provincia de Buenos Aires con el fin de diseñar y coordinar planes reguladores para la realización de obras públicas con el objetivo de «... reglar de manera conveniente y racional el crecimiento de las zonas que se desarrollan por dinámica propia» (Decreto 8727/68¹⁹). Se integraron aquellas iniciativas tanto privadas como públicas, siendo el caso de la CPU un ejemplo de estas últimas. Durante una reunión intervino el Secretario de Obras y Servicios Públicos del municipio de Luján, Gerardo Amado, que era también el secretario de la CPU. En representación de esta última lo hizo uno de los miembros del Secretariado de Promoción, el Dr. Alberto Jech. La CPU participó en la elaboración de un orden de prioridades para la realización de obras y entre aquellas de carácter nacional encabezaba la lista la creación de una universidad en Luján para dar respuesta a «La aspiración creciente de la juventud por acceder al nivel terciario de la educación; la expansión numérica de la población estudiantil [...] la necesidad de nuevas carreras universitarias acordes con las características regionales...».²⁰ Algunos meses después la Comisión Coordinadora del Área del Paraná se reunió en Luján, contando con la presencia del gobernador e intendentes de la zona. En dicha reunión la CPU formó parte de la delegación que acompañó al intendente local a través de su presidente el Dr. Alceo Barrios. Como puede observarse estas actividades de la CPU denotan, por un lado, su tarea de coordinación con distintas esferas y dependencias gubernamentales y, por otro, sus vínculos con las autoridades de la ciudad.

Durante el año 1971 las actividades de la CPU vuelven a tener mayor visibilidad en *El Civismo*. Promediando el año se informaba sobre las reuniones que algunos de sus miembros mantuvieron con autoridades nacionales.²¹ Alceo Barrios, el presidente de la CPU, se reunió con el presidente de facto Alejandro A. Lanusse mientras que otros miembros dedicados a los estudios técnicos se entrevistaron con el ministro de Educación José Luis Cantini. Las reuniones con funcionarios del ámbito nacional alcanzaron también al ministro de Bienestar Social, Francisco Manrique, y tuvieron por fin solicitar un acuerdo para utilizar tierras del Instituto Ángel T. de Alvear ya que estas dependían de su ministerio. Este fue el lugar elegido por la CPU para instalar la futura universidad y contar con él requería de una serie de gestiones ante las autoridades ministeriales. Tras otras reuniones, a las que también asistió Taquini,²² aquel ministerio anunció la cesión del Instituto Alvear al Ministerio de Cultura y Educación tras haber resuelto un conflicto que había impedido hasta el momento tener completa disposición sobre sus bienes.²³

Otra de las tareas de la CPU fue la realización de dos planes: *Plan de creación de nuevas universidades. Proyecto de la Universidad Zonal de Luján* (1971) y *Fundamentos para la creación de una Universidad Nacional en Luján* (1971). La elaboración de ambos indica la necesidad por parte de las comisiones pro universidad de preparar informes, planes y escritos con el fin de justificar la creación de casas de altos estudios en un momento en el cual existían diversas peticiones ante el Ministerio de Cultura y Educación. Su preparación, sumada a las tareas y acciones antes explicadas, denotan a través del caso de Luján el «... alto grado de movilización de los movimientos prouniversidad encaminados a contar con sus respectivas casas de estudio» (Rovelli, 2006, p. 301). De uno de aquellos informes, Fundamentos se recuperó buena parte del material

18 *El Civismo* (1970). Entidades de Luján se entrevistarán con el gobernador de la Provincia. 22 de agosto de 1970.

19 En: <<http://www.gob.gba.gov.ar/legislacion/legislacion/68-8727.html>>.

20 *El Civismo* (1970). Una importante asamblea pública se llevó a cabo en la Municipalidad. 12 de setiembre de 1970.

21 *El Civismo* (1971). Universidad Zonal de Luján: importantes novedades. 15 de mayo de 1971.

22 *El Civismo* (1971). UNLU. Bienestar Social apoya decididamente la creación de esta Universidad. 29 de mayo de 1971.

23 El trámite que dejó al Instituto bajo jurisdicción del Ministerio de Bienestar Social fue aquel que estableció su traspaso desde la Sociedad de Beneficencia de la Capital Federal a dicho ministerio.

para la elaboración del estudio de factibilidad que se elaboró posteriormente como parte de los requerimientos del Ministerio de Cultura y Educación (Mignone, 2014: 43). Allí estaban presentes los principales argumentos que justificaban la creación de una universidad en la línea propuesta por Taquini, siendo estos el aumento sostenido de la población y de la matrícula universitaria. La creación de la UNLU se presentaba como una solución para evitar «... la emigración de jóvenes hacia la Capital Federal en búsqueda de posibilidades de estudios universitarios [...], se amplían las posibilidades educativas para la población de las zonas más alejadas».²⁴ Al fundamento anterior se agregó otro vinculado con la situación económica de Luján y su área de influencia, enfatizando el hecho de que la ciudad se encuentra en el límite entre los partidos vecinos al conurbano bonaerense, que habían registrado un crecimiento en la actividad industrial, y aquellos más alejados del Gran Buenos Aires, caracterizados por un mayor porcentaje de la producción agroganadera. En consecuencia, la CPU proponía formar personal técnico altamente capacitado a través de la creación de carreras que sirvieran al desarrollo de la región, tales como agronomía, veterinaria, ingeniería textil, ciencias exactas, entre otras.

Se forma la Comisión Nacional Pro Universidad Nacional de Luján

Hasta aquí hemos visto las diversas actividades de la CPU. Ahora bien, mientras la Comisión se encontraba en pleno trabajo, se produjo un recambio en el gobierno de la «Revolución Argentina», que desde 1971 quedó a cargo de Alejandro A. Lanusse. Recambio que trajo aparejado una serie de modificaciones en la política universitaria. Los proyectos que venían desarrollando las distintas comisiones pro universidad se vieron impulsados por la necesidad de dar respuesta a una compleja coyuntura política que tenía entre sus principales actores a los jóvenes en general y a los estudiantes universitarios en particular (Buchbinder, 2005, p. 200; Mendonça, 2016, p. 312). Si bien la creación de nuevas universidades comenzó a ser pensada como una respuesta a la masificación y concentración estudiantil, se buscó regular la expansión del sistema universitario. Así puede observarse a partir de la fijación de nuevas pautas, que quedaron expresadas en la Resolución n.º 3192 (1971). A partir de esta, las comisiones pro universidad existentes debieron reorganizarse con una renovada conformación en la que se privilegió el rol de los especialistas en educación superior. Además, debían presentar en el término de 120 días un estudio de factibilidad ante el Ministerio de Cultura y Educación. Tal como lo ha señalado Mariana Mendonça (2018a, p. 90) «Consecuencia de ello fue la disparidad entre los trabajos presentados por las diferentes comisiones, ya que, si bien algunas pudieron cumplir con todos los requisitos, otras solo pudieron elaborar un primer informe». Algunos de estos informes fueron cuestionados por su rápida elaboración y por la metodología empleada, tal fue el caso de la Universidad de Lomas de Zamora (Rovelli, 2006, p. 302). Respecto al presentado por la Comisión de Luján se destacó el carácter novedoso de su proyecto, destinado a servir a la comunidad y promover el desarrollo económico, siendo uno de los informes de mayor interés (Pérez Lindo, 1985, p. 160; Mignone, 2014, pp. 43-44).

Para su elaboración fue el nuevo ministro de Cultura y Educación, Gustavo Malek, quien informó a la CPU en una entrevista que mantuvo con su presidente y otros miembros sobre las nuevas pautas a seguir. En ella manifestó que «Se exigiría un trabajo sobre necesidad y factibilidad, indicándose a su vez si su creación daría respuesta a intereses regionales y nacionales que contemplarían la existencia de nuevas carreras preferiblemente de orientación científica y técnica».²⁵ También el ministerio, a través de la Resolución N° 3508, creó con fecha 15 de diciembre de 1971, una Comisión Especial para hacer el estudio de factibilidad y fijó el plazo de expedición en 120 días. La ahora llamada Comisión Nacional (CN) decidió cuales miembros de la CPU iban a integrarla (nueve en total, entre ellos, su presidente y secretario). Tal como lo solicitaba la Resolución también integraron la CN dos miembros del Ministerio de Cultura y Educación, cinco miembros en repre-

24 *Fundamentos para la creación de una Universidad Nacional en Luján*, 1971, p. 43. EN: FDEM.

25 *El Civismo* (1971). Pro UNLU. Importante entrevista con el ministro de Educación. 31 de julio de 1971.

sentación del CRUN, dos miembros por el Ministerio de Hacienda, tres por el Ministerio de Bienestar Social y uno por la provincia de Buenos Aires. También siete especialistas, un equipo técnico de tres miembros encargos de la supervisión y un coordinador general del trabajo.

Como hemos señalado, miembros de la ex-CPU participaron en la CN, pero algunos de ellos lo hicieron en su condición de funcionarios de ministerios nacionales. Fueron los casos de Ruth Monjardín de Masci y Jaime de la Plaza, ambos funcionarios del Ministerio de Bienestar Social. El caso contrario, es decir, la circulación desde un ministerio a la CN fue el de Emilio Mignone, demostrándose así lo señalado por Rovelli (2008a: 87) respecto a que esta circulación «...ocultaba la naturaleza también política de los actores involucrados en el proceso. En este período, el pasaje de distintas personalidades desde la esfera ministerial hacia las comisiones pro-universidad, y desde estas hacia otros ámbitos políticos fueron un hecho recurrente».²⁶

El Estudio de Factibilidad

La tarea de la nueva Comisión fue elaborar un estudio de factibilidad que a través de una densa investigación sobre Luján y el área de influencia de la futura universidad permitiera justificar porque era necesario crear una casa de altos estudios en este partido bonaerense. Como hemos visto, esta Comisión contaba con dos proyectos que ya había elaborado la CPU: el *Plan de creación de nuevas universidades. Proyecto de la Universidad Zonal de Luján* y los *Fundamentos para la creación de una Universidad Nacional en Luján*. Sin embargo, no eran suficientes para cumplir con todos los requisitos que demandaba el Ministerio de Cultura y Educación a través de la Resolución n.º 3192. En consecuencia, se elaboró el *Estudio de Factibilidad (E. de F.)*, que consta de siete tomos en cada uno de los cuales se encuentran la especificación y el desarrollo de todos los puntos solicitados por la Resolución. En el tomo 1 se presentó el objeto del pedido para la creación de la universidad, se identificó al grupo peticionante, se presentó la localización geográfica de la institución a crearse y se delimitó y caracterizó lo que sería su zona de influencia, punto que continúa ampliamente en los tomos 2, 3 y 4. El tomo 5 estuvo dedicado a la caracterización de la universidad a crearse así como también los tomos 6 y 7, incluyendo este último el plan de implementación y desarrollo para el período 1972-1977.

En este amplio estudio se retomó buena parte de lo que se había elaborado en los proyectos anteriores, sobre todo en *Fundamentos*. Emilio Mignone, quien participó en la elaboración del *E. de F.* presentando trabajos específicos a pedido de la Comisión, envió un memorándum a su presidente en el que señalaba que aquel documento era suficientemente completo en lo referido al análisis del área de influencia y que solo era necesario agregar la información requerida por la Resolución n.º 3192.²⁷ Pero también manifestó que era escasa la información respecto al diseño de la futura universidad y en consecuencia este era uno de los puntos que más debía trabajarse. Con tal fin desde el mes de febrero de 1972 comenzaron a realizarse reuniones y sesiones plenarias. En la segunda reunión hecha se discutieron aquellos puntos que según Mignone aún requerían mayor investigación y precisión, siendo estos los fines, la orientación y la estructura de la nueva universidad.²⁸ Por tal motivo se crearon cuatro equipos de trabajo bajo las siguientes categorías: Organización Académica, Investigación, Ciencia y Técnicas del Agro y Sociología. Mignone formó parte

26 La incorporación oficial de Mignone a la ahora CN fue posible porque había renunciado al cargo de Subsecretario de Educación en mayo de 1971. Desde entonces quedó entonces en condiciones de asesorar en su calidad de especialista a distintas comisiones pro universidad, así como a universidades ya constituidas. Además de participar en la Comisión de Luján, fue miembro de una Comisión Especial formada por resolución ministerial el 24/11/1971, que tuvo por fin estudiar la factibilidad de creación de una universidad nacional en la provincia de Salta. La designación de Mignone resultó de la propuesta que realizara el CRUN. El mismo año colaboró en la elaboración del Plan de Desarrollo de la Universidad Nacional de Río Cuarto y al año siguiente el rector de la misma universidad, Sadi Ubaldo Rife, le envió una carta solicitando su opinión sobre las observaciones que el Tribunal de Cuentas de la Nación formuló al Estatuto de la universidad.

27 Mignone, E. *Memorándum. Informe de la Comisión Nacional de Factibilidad de la Universidad de Luján*, 7/2/1972. EN: FDEM.

28 *El Cívismo* (1972). Comisión Especial Pro Universidad. Realizó una importante reunión plenaria. 4 de mayo de 1972.

del primer equipo y tuvo a su cargo la elaboración y redacción de la nota de elevación al Ministerio de Cultura y Educación, así como también los siguientes puntos: objeto del pedido; fines, objetivo y funciones de la institución a crearse; características de la institución (bases legales, órganos de gobierno, estructura académica, funciones docentes de investigación y extensión, organización administrativa y recursos) y el plan de implementación y desarrollo.²⁹

Las reuniones tuvieron lugar en los salones de la Municipalidad, evidenciándose nuevamente la vinculación entre la ahora CN y el gobierno local. El caso de Luján corrobora lo señalado por Rovelli (2008b, p. párrafo 36) respecto a que en un contexto complejo el régimen militar buscó el apoyo de los gobiernos y las élites locales, siendo la política universitaria una de las bases para este. Esta vinculación permite reconocer objetivos comunes que se ven reflejados en los estudios de factibilidad. Tal es el caso del que se elaborara para la UNLU, en el que se evidencian las preocupaciones y orientaciones político-económicas propias de los gobiernos de la «Revolución Argentina». Entre ellas, como ya lo hemos señalado, la necesidad de contener la movilización juvenil. Esta preocupación quedó claramente expresada en el *E. de F.* Allí se decía:

Las crisis estudiantiles, las protestas de los jóvenes contra la configuración de la sociedad y los intentos de producir cambios en la misma es un desajuste generacional de todos los tiempos. Sin embargo, en los últimos años esta actitud juvenil ha alcanzado una virulencia insospechable en muchas partes del mundo. Nuestras universidades no escapan a esa situación. El incremento de la protesta estudiantil no se da porque sí y, sin duda alguna, son muchas las causas generadoras de tal situación. Sabemos que nuestra sociedad se halla en plena crisis y es caldo de cultivo para todo tipo de conflictos. Nos cabe ahora la responsabilidad de intentar soluciones a los problemas si no queremos presenciar, en un futuro no muy lejano el derrumbe de nuestra sociedad como consecuencia de la explosión de la crisis a la que hacemos referencia. Por ello urge introducir una serie de cambios de fondo que se constituyen en soluciones deseadas antes de que los acontecimientos nos lleven a un cambio indeseable de nuestro sistema de vida [...] El estudiante protesta para no ser olvidado, pide participación, solicita ser escuchado para formular sus inquietudes. Si realmente se lo escucha, si se acepta seriamente su participación, si los esfuerzos de la universidad se centran en satisfacer sus más urgentes necesidades y si el joven puede llegar a vivenciar que se lo tiene en cuenta, en ese momento estará en el principio de una solución y el rendimiento de las altas casas de estudio será notablemente incrementado.³⁰

A pesar de la extensión de la cita creímos pertinente incorporarla ya que no deja lugar a dudas sobre el rol que las nuevas universidades debían cumplir respecto a la contención de la creciente movilización juvenil que caracterizó a las décadas del sesenta y del setenta.³¹ Y para lograr este objetivo se propuso que la futura

29 Mignone, E. *Memorandum dirigido al Sr. Presidente de la Comisión de Estudio de Factibilidad de la Universidad Nacional de Luján, Dr. Alceo Barrios, 15/3/1972*. En: FDEM.

30 *Estudio de Factibilidad*, Universidad Nacional de Luján, Tomo 6, pp. 24-25. En: FDM-UNLU. Hemos elegido esta cita por creer que es en la cual se expresa con mayor contundencia la preocupación por los jóvenes. Sin embargo, una lectura atenta del *Estudio de Factibilidad* permite observar otras referencias al tema. En el Tomo 1 se dice «La Universidad no debe esperar el conflicto. Tiene que adelantarse para evitarlo. Debe orientar a la juventud antes que esta abandone las aulas secundarias y en esa forma se convertirá en un elemento eficaz en orden a la formación de recursos humanos y al desarrollo nacional» (pp. 9-10). Más adelante se dice: «Cabe observar [...] otra circunstancia concurrente. Se trata de la inquietud estudiantil y juvenil. Esta por una parte se traduce en una desilusión y una negación del mundo heredado, como se ha puesto de manifiesto en el movimiento hippie, y por otra en la preocupación absorbente por lo político y social, traducido muchas veces en menosprecio de la ciencia y en la aparición de núcleos politizados que recurren a la violencia como medio para transformar una sociedad injusta» (p. 43).

31 La necesidad de contener la movilización y organización de los jóvenes fue un argumento también utilizado en otros estudios de factibilidad, por ejemplo, el que se realizó para la creación de la Universidad Nacional de Catamarca. Allí se dice: «Y no son de olvidar tampoco los peligros que amenazan a la juventud, y a la patria, en virtud de esas enormes y abigarradas aglomeraciones: la difusión de ideas disolventes, las agitaciones de una rebeldía a veces sin causa, y movida a menudo desde las sombras por intereses inconfesables, los desarreglos en la vida física y sexual, el consumo de drogas, etc. Especialmente cuando, como es el caso de Córdoba, a las muchedumbres estudiantiles —fácil pasto de extremismos

universidad iniciara y mantuviera un contacto directo con los establecimientos secundarios de la zona y de la región con el objetivo de convertirse «... en un elemento eficaz en orden a la formación de recursos humanos y al desarrollo nacional». ³² De esto último se desprenden, a su vez, dos ideas que recorren todo el *E. de F.*: región y desarrollo. Las mismas estuvieron presentes en el *Proyecto de la Universidad Zonal de Luján* y en *Fundamentos*, pero en el nuevo estudio adquirieron mayor dimensión argumentativa.

Tal como señalara Rovelli (2008b, p. párrafo 21), desde la creación del Conade la idea de «región de desarrollo» se convirtió en parte del vocabulario no solo de la planificación estatal sino también en el de técnicos, especialistas y consultores consustanciados con estos fines. Así puede observarse en el *E. de F.* cuando al explicitarse el objeto del pedido se decía: «El primer criterio básico que la Comisión Nacional tuvo en cuenta en relación con la nueva Universidad, se refiere a su incidencia en el proceso de desarrollo de la región a la que deberá servir». ³³ Y no es casual que este vocabulario aparezca con tal claridad ya que como hemos señalado anteriormente el punto del *E. de F.* del cual hemos extraído esta cita fue elaborado y redactado por Emilio Mignone, quien tan solo tres años antes había estado a cargo del Sector de Educación Superior y Universitaria del Conade. Se observa así la circulación de ideas entre las dependencias estatales y las comisiones dedicadas a promover la creación de nuevas universidades, en este caso a través de la mediación de Mignone.

Una universidad para la región y el desarrollo

¿Cuál es la definición de región que aparece en el *E. de F.*? Al referirse a la región de enclave de la futura universidad se decía:

Se trata de un perímetro [...] ubicado en el linde de la región metropolitana [...] Su hinterland incluye además una parte de la pampa húmeda, con alto nivel de producción agropecuaria; con una industria liviana de relativa importancia particularmente en los rubros de alimentación, tejeduría y metalurgia; y con numerosas ciudades poseedoras de una infraestructura básica social, educativa y cultural destacada. ³⁴

Tal delimitación de la región se basó sobre todo en un criterio geográfico-económico. En tal sentido, y retomando lo ya presentado en *Fundamentos*, se delimitó y dividió la zona de influencia de la universidad en dos grandes áreas. Una restringida, inmediatamente cercana al lugar en el que se localizaría la sede universitaria, y una extendida, que incluía a partidos más alejados. La primera de estas áreas fue extensamente descripta en buena parte del tomo 1 y en los tomos 2, 3 y 4 del *E. de F.* teniendo en cuenta su clima, suelo, aspectos demográficos y poblacionales, estructura económica, de servicios, habitacional y educativa, medios de transportes y de comunicación. Descripción que fue acompañada por mapas y numerosos cuadros que denotan el trabajo de técnicos y especialistas. La densa descripción de la región en la que se emplazaría la universidad parece haber tenido por fin brindar la información suficiente para poder argumentar luego el porqué de la elección de precisas áreas de estudio. Tres fueron las áreas diseñadas:

- Asistencia del Menor, la Familia y la Comunidad
- Producción, Transformación y Comercialización de Alimentos
- Educación

antinacionales— se agregan las concentraciones industriales y, por ende, obreras. Que, en conjunción con aquellas, configuran un explosivo potencial, que ya ha demostrado desgraciadamente al país el riesgo de sus estallidos» (Mendonça, 2016, p. 296).

32 *Estudio de Factibilidad*, Universidad Nacional de Luján, Tomo 1, p. 10. En: FDM-UNLU.

33 *Ibidem*, Tomo 1, p. 6. En: FDM-UNLU.

34 *Ibidem*, Tomo 1, pp. 30-31. En: FDM-UNLU.

La elección de la primera de estas áreas fue justificaba por dos razones. La primera refería a la ausencia en las universidades nacionales de carreras que prepararan profesionales capacitados para atender problemas vinculados con los menores y sus familias. Una segunda razón era que en la región en la que se asentaría la universidad existían varios establecimientos estatales que funcionaban como internados para niños y jóvenes, entre ellos el Instituto Alvear, dependencia del Ministerio de Bienestar Social de la Nación, que cedería parte de su predio para construir allí la universidad.³⁵

En el caso del área de Producción, Transformación y Comercialización de Alimentos fue el detallado análisis de los partidos del área de influencia restringida el que sirvió de argumento para la creación de nuevas carreras. En el tomo 3 del *E. de F.* se delimitaron las zonas agrarias y ganaderas dentro del área de influencia, señalando cuales eran los cultivos predominantes y también se identificaron aquellos partidos en los cuales existía un relevante porcentaje de actividad ganadera (los cuales no se encontraban localizados en el área de influencia restringida). La relevancia dada a ambas actividades justificaba la creación de carreras vinculadas a la tecnificación y comercialización de los productos del agro, así como también el procesamiento de alimentos.

Respecto al área de Educación encontramos un amplio diagnóstico sobre esta en casi la totalidad del tomo 4 del *E. de F.* Allí se indicaron pormenorizadamente la matrícula, el rendimiento, el egreso y el número de establecimientos de enseñanza primaria y secundaria. En cuanto a los últimos se registró para el área de influencia de la futura UNLU un crecimiento tanto en el número de establecimientos como de matrícula. Mientras en 1964³⁶ el número de establecimientos de enseñanza secundaria era de 194, en 1971 había ascendido a 234 y la matrícula creció, tomando como referencia los mismos años, de 36.135 estudiantes a 57.191³⁷ También se indicó el número y localización de establecimientos de enseñanza superior no universitaria señalando para ellos la matrícula y la cantidad de egresados. Por último, se presentaron los datos referidos a la enseñanza superior universitaria en el área de influencia.³⁸ El crecimiento de la matrícula de todos los niveles en la mayor parte de los partidos de la región fue el argumento utilizado para proponer que la futura universidad formara profesionales especializados para desempeñarse en los distintos niveles educativos, promoviendo así un mayor acceso a los estudios de nivel superior.

Como puede observarse hasta aquí la idea de región fue uno de los sustentos del *E. de F.* para proponer las áreas de estudio y las carreras que las integrarían. Tal como allí se dice «... las carreras previstas constituyen respuestas inéditas a problemas emergentes de la situación de cambio social y económico que vive la región y el país».³⁹ Quizá por eso en el inicio del tomo 1 del *E. de F.*, al fijarse el domicilio de la institución a crearse, se indicó que este estaría en la ciudad de Luján pero a la vez se aclaró que «... si su evolución así lo aconseja, podrá instalar Centros Experimentales, Plantas Pilotos u otras dependencias dentro del territorio que delimita su zona de influencia inmediata».⁴⁰

35 Otros dos institutos dependientes de la Subsecretaría de Minoridad y Familia eran el Instituto Ramayón, ubicado en la localidad de Jáuregui, y el Instituto Capitán Sarmiento en Olivera, que cumplían funciones asistenciales no solo en el partido de Luján sino en otros que formaban parte de la zona de influencia. Así se señaló en *Fundamentos* y luego se amplió en el *E. de F.*

36 Se tomó el año 1964 como referencia ya que la información global básica desagregada por partidos de la provincia de Buenos Aires solo consta desde esa fecha.

37 *Estudio de Factibilidad*. Tomo IV, p. 68. En: FDM-UNLU.

38 Tal como hemos señalado en páginas anteriores cinco eran las universidades y/o facultades que se encontraban en el área, siendo solo una de ellas estatal: la delegación de una Facultad Regional de la Universidad Tecnológica Nacional en el partido de Morón (ver p. 10).

39 *Estudio de Factibilidad*, Universidad Nacional de Luján, Tomo I, p. 64. En: FDM-UNLU.

40 *Ibidem*, Tomo I, p. 11. En: FDM-UNLU.

Ahora bien, la idea de región es inseparable de la idea de desarrollo. Una idea que partía de un diagnóstico positivo sobre la zona en la que se ubicaría la universidad ya que en términos relativos podía considerarse «... desarrollada, industrializada y urbanizada...»⁴¹ En consecuencia, la misión de la universidad sería «impulsar ese desarrollo» que ya se encontraba en marcha según el diagnóstico de la Comisión. Esta idea se reforzó en el punto dedicado a los objetivos específicos e institucionales de la futura universidad siendo el primero de ellos contribuir al desarrollo integral de la zona, destacando que «...el tipo de desarrollo que pretende impulsar se encuentra íntimamente relacionado con la región de enclave de la Universidad».⁴² De este objetivo se desprende el resto. Dos de ellos fueron la formación de profesionales, investigadores y técnicos y la realización de investigaciones aplicadas. Todo ello en las áreas de estudio antes mencionadas.

Otros dos objetivos presentados en el tomo I del *E. de F.* fueron: proporcionar formación sociopolítica y humanística y efectuar una labor de extensión en el medio. Ambos estaban relacionados con una concepción de desarrollo que excedía la dimensión económica. Al referirse a la idea de desarrollo, en varios tramos del *E. de F.*, se aclaraba que por tal también se entendían sus dimensiones humana y social. Así quedó manifestado entre los objetivos ya citados donde se aclaraba que se incluirían «... los aspectos político, económico, social, educativo y cultural...» ya que la universidad estaría «...al servicio del hombre y de la sociedad».⁴³ Este objetivo se encontraba relacionado con otros. Uno de ellos consistía en proporcionar formación sociopolítica y humanística sobre todo para dar respuesta a las «inquietudes estudiantiles y juveniles». Aquí nuevamente aparecen *los jóvenes* como *problema* al cual la universidad debía dar respuesta. Por otra parte, la labor de extensión tendría por fin asesorar no solo a los sectores productivos sino también a las organizaciones sindicales, a los gobiernos municipal y provincial e instituciones de bien público, todo ello a través del dictado de cursos, seminarios, conferencias, etc. Por último, la propuesta de articulación con las escuelas de nivel medio era presentada como una acción para el desarrollo de la región.

Estructura para una nueva universidad

Hasta aquí hemos visto como región y desarrollo fueron los ejes que articularon el *E. de F.* Ahora bien, para que la universidad pudiera contribuir al desarrollo regional se propuso una estructura académica organizada en departamentos por considerar que era la más adecuada para la concreción de los fines, objetivos y funciones propuestas.

Tal como hemos señalado anteriormente, fue Emilio Mignone quien estuvo a cargo de la elaboración del punto referido a las características de la institución a crearse, entre ellas la estructura académica. Y recordemos también que Mignone había participado en 1968 en la elaboración del documento *Educación, Recursos Humanos y Desarrollo Económico Social*, a cargo del Sector Educación del Conade, en el cual ya se proponía la organización departamental. Organización que también estuvo presente en otros documentos y publicaciones de la época ya que era uno de los lineamientos que proponían actores tanto del espacio académico como burocrático.⁴⁴

Mignone dirigió a la CN dos documentos de trabajo en los que señalaba los antecedentes y descripción de la organización departamental,⁴⁵ sus ventajas y las condiciones que la futura universidad ofrecería para su

41 Ibidem, Tomo I, p. 7. En: FDM-UNLU.

42 *Estudio de Factibilidad*, Universidad Nacional de Luján, Tomo I, p. 30. En: FDM-UNLU.

43 Ibidem, Tomo I, p. 30. En: FDM-UNLU.

44 A modo de ejemplo podemos mencionar el ya citado *Plan de Acción de la Universidad de Buenos Aires* (1968) de Raúl Devoto en el que sostenía que la organización departamental era la que permitiría una mejor distribución del personal y del presupuesto universitario.

45 Mignone, E. *Documento de Trabajo n.º 1. Diseño tentativo de la estructura académica y administrativa de la Universidad Nacional de Luján*, marzo de 1972. En: FDEM.

implementación.⁴⁶ Entre los antecedentes mencionaba la Universidad Nacional del Sur, creada en 1956, y entre las universidades recientemente creadas se encontraban las de Río Cuarto y Comahue. En los documentos de trabajo que enviara a la Comisión indicaba cuales eran las ventajas del sistema departamental. Entre otras señalaba: la concentración de docentes e investigadores de una misma disciplina favorecería el trabajo en equipo, ahorraría costos en instalaciones, mejoraría el nivel de enseñanza, permitiría la organización de carreras a partir de la combinación de servicios ya existentes y posibilitaría la identificación del estudiante con la universidad en su conjunto y no tan solo con una facultad. Estas ventajas fueron incluidas en el *E. de F.* Allí se definió al departamento como

... un ámbito físico, académico y administrativo, dentro de la Universidad, donde se llevan a cabo las tareas de docencia e investigación en una disciplina o mejor, en un grupo de disciplinas científicas o de tecnologías [...] Como se advierte, el común denominador no está constituido por una carrera profesional central como en las Universidades clásicas [...] cada una de las cuales da lugar a una Facultad, sino por una o un grupo de materias.⁴⁷

En relación con las áreas de estudio propuestas los departamentos previstos para la futura universidad fueron: Ciencias Exactas; Ciencias Biológicas; Producción de Alimentos; Transformación de Alimentos; Economía, Organización y Ciencias Jurídicas; Admisión y Orientación Estudiantil; Ciencias Sociales y Educación. El departamento de Admisión y Orientación Estudiantil cumpliría una importante función vinculada con la propuesta para la admisión a la universidad. Esta se encuentra ampliamente desarrollada en el tomo 6 del *E. de F.* en el cual se señalaron los factores a tener en cuenta para elaborar un plan de admisión con los fines de «Canalizar hacia la universidad a todos aquellos jóvenes que reúnan las mejores condiciones para llevar a cabo con éxito sus estudios...» y «Lograr que aquellos jóvenes que no estén en condiciones de ingresar [...] tomen la resolución de autolimitarse como resultado de la modalidad orientadora del proceso».⁴⁸

Los factores a tener en cuenta por el departamento encargado de la orientación y admisión de quienes quisieran ingresar a la universidad debían ser: las motivaciones; la adecuada ubicación en el área de estudios de acuerdo a las aptitudes, intereses, aspiraciones, etc.; el grado de salud psicofísica; el nivel socioeconómico del grupo familiar; la cantidad y calidad de aprendizajes previos y finalmente el lugar de residencia.⁴⁹

A dichos departamentos se sumó la creación de un Instituto de Actividades Culturales y Extensión Universitaria, que tendría por fin servir como nexo entre la universidad y la comunidad. Las actividades de extensión se presentaban como una de las funciones de la universidad a crearse para hacer de estas un «lugar de puertas abiertas».⁵⁰

Solo faltaba entonces abrir aquellas puertas. Y para lograrlo el 18 de julio de 1972 la CN presentó el *E. de F.* ante el Ministerio de Cultura y Educación. Finalmente, el 20 de diciembre del mismo año, se sancionó el decreto-ley 20.031 que creó la Universidad Nacional de Luján. Una universidad que debía ser organizada. Y para ello el ministro Malek eligió como rector-organizador al Dr. Ramón Rosell, investigador y profesor de la Universidad Nacional del Sur. Era febrero de 1973. Luego de poco más tres años desde la gestación y elaboración de aquel proyecto inicial se concretaba la creación de una universidad en Luján.

46 Mignone, E. *Documento de Trabajo N° 2. Mecánica de funcionamiento de una universidad organizada en forma departamental*, marzo de 1972. En: FDEM.

47 *Estudio de Factibilidad*, Universidad Nacional de Luján, Tomo 5, p. 20. En: FDM-UNLU.

48 *Ibidem*, Tomo 6, p. 39. En: FDM-UNLU.

49 *Ibidem*, Tomo 6, pp. 14-15. En: FDM-UNLU.

50 *Ibidem*, Tomo 5, p. 28. En: FDM-UNLU.

Consideraciones finales

En el marco de la política universitaria del último gobierno de la autollamada «Revolución Argentina» se inició un proceso de creación de nuevas universidades nacionales, entre ellas la UNLU. En la ciudad de Luján se creó primero la CPU y luego la Comisión Nacional. La organización y las actividades de ambas comisiones nos permite decir que la política de creación de nuevas universidades no fue resultado tan solo de la planificación por parte de las burocracias estatales y especialistas en educación superior sino también de la relación entre estos con las poblaciones locales. El caso de Luján demuestra que distintos espacios políticos, económicos, sociales y educativos de la ciudad estuvieron representados en la CPU a través de muchos de sus miembros, siendo algunos de ellos funcionarios municipales. Incluso algunos de ellos detentaron cargos en distintos ministerios nacionales evidenciando el entramado de relaciones con las autoridades nacionales tanto en los tiempos de la CPU como en los de la Comisión Nacional.

Las muchas y variadas actividades que la CPU realizó, y que luego continuó la Comisión Nacional, tuvieron entre otras finalidades difundir la idea de creación de una universidad en Luján y justificar su apertura. El análisis de los argumentos y justificación permite observar parte del vocabulario político de la época, sobre todo las ideas-fuerza de región y desarrollo. Entre los argumentos también aparecían la necesidad de atender el crecimiento de la matrícula universitaria y contener la movilización de los jóvenes.

En lo que respecta a las carreras que debía ofrecer la futura universidad y a su estructura organizativa el *E. de F.* estuvo en sintonía con las propuestas que hemos encontrado en documentos elaborados tanto por dependencias estatales como por actores universitarios. La creación de carreras que otorgaran títulos intermedios fue una de las propuestas para servir al desarrollo regional y la organización departamental fue la estructura elegida creyendo que era la más adecuada para la concreción de los fines, objetivos y funciones establecidos.

La presentación de aquel *E. de F.*, caracterizado por su exhaustividad y cumplimiento de todo lo requerido por la resolución fijada por el Ministerio de Cultura y Educación, hicieron posible la creación de la UNLU hacia fines de 1972. A poco de abrir sus puertas cambió la coyuntura política del país a partir de la asunción del gobierno constitucional de Héctor Cámpora el 25 de mayo de 1973. Queda planteada una pregunta: la asunción de nuevas autoridades nacionales ¿produjo modificaciones en el proyecto original de la UNLU? Pregunta, entre otras, que pretendemos responder en una investigación que se encuentra en curso.

Referencias bibliográficas

- BUCHBINDER, P. (2005). *Historia de las Universidades Argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- GARCÍA GUADILLA, C. (2008) (Ed.). *Pensamiento universitario latinoamericano: Pensadores y forjadores de la universidad latinoamericana*. Caracas: CENDES, Iesalc-Unesco.
- HOBBSBAWN, E. (1998). *Historia del siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- JÁUREGUI, A. (2014-2015). El Conade: organización y resultados (1961-1971). *Anuario IEHS*, 29-30, 141-158. Recuperado de <<http://anuarioiehs.unicen.edu.ar/Files/2014-15/08%20Anuario%20IEHS%2029&30.Dr.Jauregui.pdf>>.
- JUNG, M. E. (2013). De la Universidad del Norte a la Universidad para el desarrollo (1968-1970). Las posiciones de «las derechas» sobre el futuro de la educación superior. *Contemporánea. Historia y problemas del siglo XX*, 4 (4) 99-124. Recuperado de <<http://www.geipar.udelar.edu.uy/index.php/2017/05/06/maria-eugenia/>>.
- (2015). El Movimiento pro Universidad del Norte de Salto. Del reclamo localista a la ofensiva de las derechas (1968-1973). *Passagens. Revista Internacional de História Política e Cultura Jurídica*, 2, 391-426. Recuperado de <<https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/5104843.pdf>>.
- JUNG, M. E. (2019). Derecha y universidad en los sesenta. Lecturas inspiradoras y modelos universitarios: tres estudios de caso en Uruguay y Argentina. *Cuadernos de Marte*, 10 (17), 151-181. Recuperado de <<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/cuadernosdemarte/article/viewFile/5138/4262>>.

- KROTSCH, P. (2008). Argentina. En C. GARCÍA GUADILLA (Ed.). *Pensamiento universitario latinoamericano: Pensadores y forjadores de la universidad latinoamericana*. Caracas: CENDES, Iesalc-Unesco.
- (2009). *Educación superior y reformas comparadas*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- MARKARIAN, V.; JUNG, M. E. y WSCHEBOR I. (2008). *1968. La insurgencia estudiantil*. Montevideo: Universidad de la República.
- MENDONÇA, M. (s/f a). *La Universidad de Buenos Aires en tiempos de modernización y autoritarismo: el rectorado del Dr. Raúl A. Devoto*. Recuperado de <http://www.uba.ar/historia/archivos/EstudiopreliminarDEVOTO_Mendonca.pdf>.
- (s/f b). Políticas de Estado, segregación espacial y creación de universidades nacionales en los años setenta. El caso de la Universidad Nacional de Río Cuarto. Recuperado de <<http://conflictosocialiigg.sociales.uba.ar/wp-content/uploads/sites/72/2018/05/3-mendoca.pdf>>.
- (2014). La incidencia de las «fuerzas vivas» en el proceso de creación de nuevas universidades nacionales en la década del setenta. *XI Congreso Argentino de Antropología Social*; Rosario. Recuperado de <<http://cdsa.academica.org/000-081/519.pdf>>.
- (2015). Cómo resolver el problema universitario: nuevos diagnósticos y cambios en la agenda política durante el ongiato (1966-1970). *Revista Historia da Educacao*, 47, 229-248. Recuperado de <http://www.scielo.br/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S2236-34592015000300229>.
- (2016). Nuevas universidades en la década del setenta. Apuntes para un análisis crítico del proceso de expansión del sistema de educación superior en la argentina (1971-1973). *PolHis*, 18, 286-323. Recuperado de <<http://polhis.com.ar/index.php/PolHis/article/view/183>>.
- (2018a). Creación, nacionalización y escisión: ¿reestructuración? Una aproximación al proceso de transformación del sistema universitario argentino (1971-1973). *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 9 (24), 82-105. doi: 10.22201/iisue.20072872e.2018.24.263
- (2018b). La política universitaria en la coyuntura del gran acuerdo nacional (1971-1973). *Estudios Sociales*, 54, 93-117. Recuperado de <<https://bibliotecavirtual.unl.edu.ar/publicaciones/index.php/EstudiosSociales/article/view/6302/11005>>.
- (2019). ¿Qué hacer con los universitarios? La política universitaria en transición. Entre el autoritarismo y la construcción del diálogo (1966-1971). *Quinto Sol. Revista de Historia*, 1, 1-20. Recuperado de <<https://cerac.unlpam.edu.ar/index.php/quintosol/article/view/2102>>.
- MIGNONE, E. (2014). *Universidad Nacional de Luján. Origen y evolución*. Luján: Dirección de Publicaciones e Imprenta de la UNLU.
- PÉREZ LINDO, A. (1985). *Universidad, política y sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.
- ROVELLI, L (2005). La cuestión «local» en la etapa fundacional de las nuevas universidades del conurbano bonaerense. Los casos de la Universidad Nacional de Quilmes y General Sarmiento. *Jornadas de Jóvenes Investigadores- Instituto de Investigaciones Gino Germani Universidad de Buenos Aires*. Recuperado de <http://webiigg.sociales.uba.ar/iigg/jovenes_investigadores/3JornadasJovenes/Templates/Eje%20%20instituciones/ROVELLI%20Instituciones.pdf>.
- (2006). La universidad para el desarrollo: un recorrido por la idea de creación de nuevas universidades nacionales en los años '70. *Historia de la Educación. Anuario*, 7, 291-308. Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9808/pr.9808.pdf>.
- (2008a). *La mediación de ideas, saberes expertos y estructuras institucionales en la creación de universidades nacionales en los años 70* (Tesis de maestría). Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, Maestría en Ciencias Sociales con Orientación en Educación.
- (2008b). Usos de la idea de universidad regional. *V Jornadas de Sociología de la UNLP. Universidad Nacional de La Plata. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Departamento de Sociología, La Plata*. Recuperado de <<https://www.academica.org/000-096/281.pdf>>.
- SUASNÁBAR, C. (2004). *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1966)*. Buenos Aires: Flacso.

La universidad como «campo de batalla». Tres escenarios de participación política de jóvenes católicos radicales anticomunistas en México 1934-1975

The University as a “Battleground”. Three Political Participation Stages of Young Radical Catholic Anti-Communists in Mexico 1934-1975

Mario Virgilio Santiago Jiménez^{1,2}

Resumen

El trabajo se centra en la participación política de jóvenes católicos radicales que concibieron la universidad en México como un «campo de batalla» contra el comunismo. En particular, se abordan tres escenarios —Guadalajara, Puebla y Ciudad de México— en momentos distintos —1934-1935, 1956-1961, 1961-1975— para contrastar las diferentes experiencias de los jóvenes quienes, sin embargo, compartieron una matriz ideológica: el pensamiento integral intransigente con un fuerte componente conspirativo.

Palabras clave: Anticomunismo católico; catolicismo intransigente; movimientos estudiantiles; politización estudiantil.

Abstract

The text focuses on the political participation of young radical Catholics who conceived the university in Mexico as a “battleground” against communism. In particular, three stages are discussed – Guadalajara, Puebla and Mexico City – at different times – 1934-1935, 1956-1961, 1961-1975 – to contrast the experiences of young people who, however, shared an ideological matrix: Intransigent Catholicism with a strong conspiracy component.

Keywords: Catholic Anti-Communism; Intransigent Catholicism; Student movements; Student politicization.

Recibido: 16/1/2020
Aceptado: 3/4/2020

¹ Colegio de Historia, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México; mariovsjimenez@gmail.com.

² Parte de esta investigación fue desarrollada gracias al proyecto PAPIIT IA401618 «Historia e historiografía sobre las derechas en el México del siglo XX» financiado por la DGAPA-UNAM.

Introducción

En 2007 Miranda Lida señaló que las historiografías mexicana y argentina —aunque bien podríamos pensar que en casi toda América Latina— sobre la Iglesia católica del siglo XX se concentraban fundamentalmente en la secularización y la romanización, pero poco se sabía sobre las relaciones entre la institución eclesiástica y la diversidad de creyentes (1411-1417). A más de una década de distancia, el vacío señalado por la historiadora se ha poblado de trabajos de diverso calado, mostrando cada vez más la complejidad y heterogeneidad del universo católico durante la centuria pasada.

Por otra parte, al cerrar el Segundo Coloquio Internacional «Pensar las derechas en América Latina en el siglo XX», Daniel Lvovich destacaba la emergencia del campo de estudio y, en particular, la conformación de una novedosa agenda de investigación que incluía actores otrora desatendidos —mujeres, jóvenes, intelectuales—, así como la circulación de ideas y sujetos y, por ende, el desarrollo de una historia transnacional de las derechas (2017).

Desde otra línea de investigación, Renate Marsiske ha insistido en el cambio que significó en la historiografía latinoamericana el paso de una historia social de la educación —enfocada fundamentalmente en grandes procesos estructurales— a una historia de los movimientos estudiantiles cada vez más centrada en los actores, sus dinámicas específicas y sus vínculos con actores externos a las universidades (2015, pp. 11-12). Este interés, sin embargo, ha excluido sistemáticamente a los actores identificados como «las derechas universitarias» pues, en buena medida, los productores de relatos y análisis simpatizan o incluso formaron parte de las izquierdas estudiantiles.

El tema de este trabajo —las agrupaciones secreto-reservadas mexicanas— cruza transversalmente esos tres universos historiográficos y, al mismo tiempo, conforma una línea de investigación por sí misma (Ortoll, 1990; Delgado, 2003; González, 2003, 2005, 2007). En particular, el texto se centra en la participación política de los jóvenes católicos integrantes de agrupaciones secreto-reservadas y sus versiones públicas en México, así como de su concepción sobre la universidad como un «campo de batalla». Se abordan tres escenarios —Guadalajara, Puebla y Ciudad de México— en momentos distintos —1934-1935, 1956-1961, 1961-1975— para contrastar las diferentes experiencias de los jóvenes quienes, sin embargo, compartieron una matriz ideológica. Las coordenadas espacio-temporales responden a la propia historicidad del fenómeno analizado, pues constituyen tres momentos críticos en la historia de los grupos secreto-reservados: el conflicto que dio origen a la Universidad Autónoma de Guadalajara (UAG), casa de Los Tecos, los enfrentamientos por la autonomía universitaria en Puebla que enmarcaron la fundación de El Yunque y el Frente Universitario Anticomunista (FUA), y la pelea por los espacios políticos en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) donde participó el Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), otro grupo público de El Yunque, culminando con la fundación de la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla por militantes yunquistas.

El argumento central del artículo es que el código ideológico integral intransigente con un fuerte componente conspirativo —difundido a través de encíclicas papales entre el final del siglo XIX y la primera mitad del siglo XX— cimentó una forma de entender la universidad como escenario de una lucha milenaria y, por ende, condicionó la participación política de los jóvenes integrantes de grupos secreto-reservados quienes, sin embargo, debieron adaptarse a contextos locales distintos. Como hemos señalado en otras partes, esto no fue privativo de México, sino que en prácticamente todo el mundo católico se manifestaron expresiones muy diversas del integralismo intransigente, siempre en función de los diferentes contextos nacionales y locales. En ese sentido, no fue extraño que algunas agrupaciones establecieran contactos a través de publicaciones e incluso que algunos actores específicos se convirtieran en puentes ideológicos como el caso del sacerdote argentino Julio Meinvielle, Tacuara y Los Tecos (Santiago, 2015b). Sin embargo, en este trabajo solo se pondrá la mirada en la galaxia de agrupaciones mexicanas con el afán de evidenciar algunas similitudes y diferencias.

El trabajo se sustenta en bibliografía de distinta índole —periodismo de investigación, memorias, trabajos académicos publicados, tesis, artículos—, prensa de época, así como documentación desclasificada de archivos estatales y eclesiásticos, y se divide en tres partes: en la primera se ofrecen algunos elementos generales para ubicar el pensamiento integral intransigente dentro de la Doctrina Social de la Iglesia, así como el tema específico de la educación cristiana; en la segunda se describen los tres escenarios referidos; y cierra con algunas consideraciones finales.

I. Integralismo intransigente y educación

Luego del pontificado de Pío IX (1846-1878) caracterizado por un beligerante rechazo a lo que se interpretaba como la modernidad (capitalismo, comunismo, liberalismo, secularización, etc.), en 1891 el Papa León XIII (1878-1903) promulgó la encíclica *Rerum Novarum* en la que, lejos de renunciar a la lucha contra la modernidad que amenazaba a la civilización cristiana, se hacía un llamado a desarrollar otras formas de organización y resistencia en las que los miembros del clero dirigieran a seglares en labores espirituales abandonando la política y abarcando lo social. Por tanto, los cristianos debían dirigirse a los sectores más vulnerables como obreros y campesinos para protegerlos de ideologías ajenas a la doctrina cristiana (León XIII, 1891), reforzando la presencia católica en lo público sin intervenir en la política. Ahí comenzó lo que después se conocería como Doctrina Social de la Iglesia (DSI) o la lucha por restaurar el orden social cristiano. Cuarenta años más tarde, en 1931, el Papa Pío XI (1922-1939) conmemoró *Rerum Novarum* con la promulgación de la encíclica *Quadragesimo Anno* en la que identificó a la educación como un campo esencial en el que el socialismo había avanzado y, por tanto, se le debía contraponer la educación cristiana (Pío XI, 1931).

Esto significaba que, como sugiere Lila Caimari siguiendo a Émile Poulat, El Vaticano pasó del rechazo radical a la ofensiva por la vía social sin dejar de condenar a la «amenaza moderna» y sus varias caras (2010, p. 40). En ese arco temporal se consolidó el integralismo intransigente como la tendencia hegemónica del pensamiento católico: la *intransigencia* hace referencia al rechazo del liberalismo como ideología dominante y, por ende, establece una imposibilidad de hacer concesiones doctrinarias³ y el *integralismo* se refiere a la cualidad del catolicismo de estar presente en todos los aspectos de la vida y no solo en prácticas culturales.⁴

La educación se fue consolidando como uno de los temas centrales en la DSI y, por ende, como un campo de disputa frente a los «enemigos de la civilización cristiana». Esto quedó claro en 1929 cuando el Papa Pío XI (1922-1939) promulgó la encíclica *Divini Illius Magistri* en la que abordó específicamente el tema de la educación de la juventud. Ahí se estableció que la educación «consiste esencialmente en la formación del hombre tal cual debe ser y debe portarse en esta vida terrena para conseguir el fin sublime para el cual ha sido creado» (Pío XI, 1929), además de ser producto del orden de tres sociedades: la familia y el Estado, que son de orden natural, y la Iglesia que es sobrenatural. La primera, al no tener todos los medios para sus fines, debe ceder su lugar de preponderancia al Estado, mientras que la Iglesia sí tiene todos los medios y por tanto es perfecta.

De esta formulación se deriva el derecho irrestricto de la institución eclesiástica a participar en la educación de los fieles y los infieles. Y más aún, al haber cumplido con esta función a lo largo del tiempo ha superado al Estado que es una figura temporal y terrenal, de ahí que la Iglesia tenga preeminencia en el

3 En ese sentido, reivindica lo que considera las tres notas distintivas del catolicismo: inmutabilidad, intangibilidad e integralidad. Por lo anterior, su legitimidad no depende de argumentos teóricos o de una base social, sino de la doctrina misma. (Poulat, 1969, p. 9; Aspe, 2008, p. 25).

4 De acuerdo con Roberto Blancarte quien sigue a Poulat, el integralismo tiene un carácter social porque forma parte de la vida pública, tiene cierto signo popular y exige una gran movilización de fuerzas católicas, y es romano porque asume al papa como la cabeza y el corazón del catolicismo (Blancarte, 1996, pp. 26-27).

tema educativo junto a la forma social creada por Dios: la familia. En consecuencia, del equilibrio de estas tres sociedades —especialmente entre las dos perfectas— se produciría una educación cristiana armónica que «comprende todo el ámbito de la vida humana, la sensible y la espiritual, la intelectual y la moral, la individual, la doméstica y la civil, no para disminuirla o recortarla sino para elevarla, regularla y perfeccionarla según los ejemplos y la doctrina de Jesucristo» (Pío XI, 1929).

Esta aparente conciliación se fundaría en el reconocimiento del dogma: «nunca se debe perder de vista que el sujeto de la educación cristiana es el hombre todo entero, espíritu unido al cuerpo en unidad de naturaleza, con todas sus facultades naturales y sobrenaturales» (Pío XI, 1929). En consecuencia, toda forma de educación que negara esta condición dual sería errónea y falsa. En esta misma línea se inscribían la educación sexual pues incide en los temas de la moralidad y la castidad que serían privilegio de los padres de familia y los miembros de la Iglesia, así como las escuelas mixtas o *coeducación*, pues la convivencia entre sexos solo podría darse dentro del matrimonio legítimo.

Visto de esta forma, de los tres ambientes en los que se desarrolla la educación del individuo —familia, iglesia y escuela— los dos primeros serían los privilegiados y el tercero sería subsidiario. Entonces, en lugar de una escuela con pequeños agregados familiares y religiosos, se debería propiciar una educación cristiana integral en espacios igualmente complementarios.

Pero lejos de la conciliación o la defensa pasiva del cristianismo, lo cierto es que el contexto internacional para los católicos cambió considerablemente entre 1891 y 1931, radicalizando a los católicos políticamente activos frente a un «enemigo» que se expandía en el mundo a pasos acelerados: en 1917 triunfó la revolución rusa, mismo año que en México se aprobaba la Constitución revolucionaria y anticlerical producto de una guerra civil que muchos católicos veían como la versión latinoamericana del proceso soviético (Santiago, 2017), sin mencionar el reacomodo de las potencias luego de la Gran Guerra y la crisis de 1929.

En México, el conflicto armado desarrollado entre 1910 y 1920 y el posterior período de reconstrucción incluyó un proceso de secularización heredado del siglo XIX. En efecto, algunas facciones revolucionarias —a pesar de sus diferencias en otros temas— coincidían en la conformación de un Estado por encima de la Iglesia católica a la que se veía como un enemigo que debía ser derrotado y luego desterrado. Por eso en varios momentos del período se activó con fuerza la «persecución revolucionaria» como era recordada por numerosos católicos. Este ideario anticlerical quedó plasmado en varios artículos de la Constitución promulgada en 1917.

Considerando el código ideológico detallado por las encíclicas, el cambio del contexto nacional y mundial, así como el peso de la revolución, no resulta extraño que numerosos católicos reconocieran en los gobiernos revolucionarios —o autoproclamados revolucionarios—, sus seguidores y en la Constitución a un enemigo homogéneo y coherente cuyo objetivo primordial era acabar con la civilización cristiana. Por tanto, esta batalla debía ser librada en todos los frentes posibles, excluyendo el político institucional (partidos políticos confesionales) como lo había señalado la encíclica de 1891.

Esta confrontación llegó a su clímax en 1926 cuando, ante las presiones del gobierno encabezado por el general Plutarco Elías Calles —incluyendo la creación de una Iglesia cismática—, los jerarcas católicos decidieron cerrar los templos y suspender el culto provocando el enojo de los fieles y desatando una rebelión que escaló a grados insospechados hasta que en 1929 se logró un acuerdo para cesar la confrontación. A este período se le llamó despectivamente «rebelión cristera».⁵

5 Sobre la rebelión cristera han escrito numerosos autores que ya son referencia obligada como Jean Meyer, María Alicia Puente Lutteroth, Alicia Olivera, Fernando M. González, Moisés González Navarro y Francis Patrick Dooley, por mencionar algunos. Por supuesto, el debate historiográfico sobre este período y desde distintas aristas sigue vigente (López, 2011).

Dado que el acuerdo fue hecho entre algunos jerarcas católicos y el gobierno de Emilio Portes Gil sucesor del general Calles, una parte importante de los católicos movilizados se sintió traicionado, por lo que lejos de abandonar la lucha se radicalizó. De estos, muy pocos lograron mantener la vía armada, mientras que un sector considerable optó por la conspiración como medio para enfrentar al enemigo. Por su parte, el grueso de católicos fue canalizado hacia la Acción Católica Mexicana (ACM), creada con dos fines muy claros: integrar todos los esfuerzos de los católicos en materia social en torno a una estructura jerárquica y desactivar cualquier intento de violentar la negociación con el Estado (Blancarte, 1992, pp. 32-33; Aspe, 2008, 14-15).

En este complejo escenario para los católicos mexicanos destacaron los miembros de la Compañía de Jesús, quienes desde fines del siglo XIX habían desplegado labores de organización en distintas partes del país y con sectores variados de seglares: obreros, campesinos, profesionistas, mujeres, jóvenes, etc. Por esto, durante la persecución y la guerra, los jesuitas aparecieron con frecuencia entre los católicos políticamente activos en organizaciones públicas o reservadas.

De forma muy particular, los sacerdotes jesuitas destacaron en materia educativa cumpliendo a cabalidad con lo señalado por los papas en las encíclicas referidas anteriormente. Por ejemplo, en la capital del estado de Puebla —al oriente del país y bastión del catolicismo— desde el último tercio del siglo XIX habían instaurado y consolidado el Colegio Católico del Sagrado Corazón de Jesús que se mantuvo abierto hasta 1914 cuando las tropas carrancistas lo clausuraron. Siete años más tarde, en 1921, lo reabrieron y apenas sostuvieron con el apoyo de la élite local, pasando por el paréntesis de la persecución durante la «guerra cristera», hasta que en 1938 adoptó el nombre de Instituto Oriente (Palomera, 1999).

Paralelamente, en 1906 fundaron el Instituto San José en Guadalajara —capital del estado de Jalisco y otro bastión católico nacional— que muy pronto se hizo de fama entre las élites locales, hasta que en 1914 corrió la misma suerte de su par poblano y fue clausurado por las tropas revolucionarias, mientras que los sacerdotes extranjeros fueron expulsados del país. Para 1920 el escenario parecía cambiar y los jesuitas, con apoyo de familias adineradas de la ciudad, reabrieron el colegio pero debieron nombrarlo Instituto de Ciencias por la nueva Constitución. A partir de entonces, también con problemas para obtener el registro oficial y recursos económicos, así como cambios de sedes y la reanudación de la persecución durante la guerra cristera, el colegio sobrevivió dando servicios a los hijos de la élite tapatía (Palomera, 1997, pp. 229-261, 267-309).

Por otra parte, en la Ciudad de México durante los años veinte y treinta, a pesar del contexto, la Congregación de los Hermanos Maristas, la Pía Sociedad de San Francisco de Sales (salesianos) y la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas (lasallistas) refundaron algunos colegios pequeños que cubrieron parcialmente la demanda de educación católica para clases medias y élites capitalinas.

Podemos afirmar, entonces, que en este complejo escenario nacional e internacional de radicalización ideológica de los católicos políticamente activos y por tanto de consolidación del integralismo intransigente, la educación —que ya era un tema central para la Iglesia— se convirtió paulatinamente, con la penetración del Estado posrevolucionario, en un campo de batalla donde se disputaban las conciencias de los niños y jóvenes y, en consecuencia, de confrontación entre proyectos de Nación.

Tres escenarios de participación política estudiantil católica

Guadalajara

Desde principios de los años treinta, una facción radical al interior de la élite gobernante del país impulsó una reforma educativa de gran calado cuyo objetivo central era que el Estado posrevolucionario tomara el control de la formación de las nuevas generaciones y le impregnara un sello «socialista». Aunque el término

no implicaba necesariamente que dicha élite tuviera una ideología definida (Urías, 2005), lo cierto es que la reforma era radical y así lo comprendieron los católicos.

Hacia 1933 el debate sobre la «educación socialista» fue subiendo de tono en distintos espacios, especialmente en las universidades e institutos de estudios profesionales del país donde las facciones se delimitaron pronto: los que respaldaban al gobierno federal y en ocasiones a su versión local en la imposición del proyecto educativo y aquellos que se oponían bajo la bandera de la autonomía y la libertad de cátedra. Estos últimos, cabe señalar, formaban un conglomerado heterogéneo entre liberales, católicos e incluso comunistas que se oponían al Estado posrevolucionario. Ejemplo paradigmático de este ambiente efervescente fue el debate Caso-Lombardo.

Entre el 7 y el 14 de setiembre de 1933 se llevó a cabo el Primer Congreso de Universitarios Mexicanos en cuyas conclusiones destacó la referente a «La posición ideológica de la Universidad» donde se señalaba que «La historia se enseñará como una evolución de las instituciones sociales, dando preferencia al hecho económico [...] y la ética, como valoración de la vida que señale [...] el esfuerzo constante dirigido hacia el advenimiento de una sociedad sin clases...». Esto provocó la respuesta del profesor Antonio Caso, distinguido filósofo y ex rector de la Universidad Nacional de México (1920, 1921-1923), quien envió una carta al rector en funciones de la Universidad para rechazar la conclusión. Caso fue invitado a debatir el punto con el profesor Vicente Lombardo, uno de sus mejores alumnos, marxista y líder sindical, en un auditorio repleto durante el último día del congreso. En el evento se discutieron los conceptos de «naturaleza» y «cultura», los métodos de enseñanza de la historia y la ética, así como la orientación ideológica de la universidad, teniendo como fondo los problemas de la autonomía y la libertad de cátedra (Caso y Lombardo Toledano, 1973).

A ese congreso también asistió Enrique Díaz de León, rector de la Universidad de Guadalajara,⁶ quien abiertamente respaldó el proyecto de educación socialista. A su regreso, la institución tapatía se encontraba en plena efervescencia pues un amplio sector de los estudiantes, aglutinados en torno a la Federación de Estudiantes de Jalisco (FEJ) se manifestó en contra del proyecto federal. Además, en ese contexto el sector católico de la Federación asumió la dirección, radicalizando aún más la movilización hasta la toma de las instalaciones. En respuesta, el gobernador Sebastián Allende simplemente clausuró la Universidad que, sin embargo, representaba un espacio importante para el gobierno y la sociedad locales, por lo que fue reabierta en febrero de 1934 con una nueva Ley Orgánica en la que los estudiantes habían perdido gran peso en la toma de decisiones (Martínez y Moreno, 1988, pp. 89, 266-305; Dorantes, 1993, pp. 165-181; Muriá, 1994, p. 167).

Esto último no desactivó el conflicto que repuntó hacia mediados del año, específicamente en julio de 1934 cuando, apenas unos días después de la elección presidencial en la que resultó ganador el general Lázaro Cárdenas, el expresidente Calles hizo una declaración que a la postre fue conocida como el Grito de Guadalajara:

Es necesario que entremos al nuevo período de la Revolución, que yo llamo el período revolucionario psicológico; debemos apoderarnos de las conciencias de la niñez, de las conciencias de la juventud [...]. Es absolutamente necesario sacar al enemigo de esa trinchera donde está la clerecía, donde están los conservadores; me refiero a la educación, me refiero a la escuela (*El Informador*, 1934).

Con este tipo de expresiones fue relativamente sencillo que los ánimos y disputas del «conflicto cristero» concluido apenas en 1929 se trasladaran a la Universidad como campo de disputa. De tal forma que, casi desde el principio, el conflicto por la educación socialista en Guadalajara incluyó a numerosos actores externos a la institución educativa —jerarquía eclesíástica, organizaciones de padres de familia, élites locales, organizaciones del partido oficial, etc.—, que no solo disputaban un espacio o un modelo de enseñanza, sino el proyecto de Nación (Martínez y Moreno, 1988, pp. 269-271; Dorantes, 1993, pp. 165-171; Romero,

6 La educación superior tenía gran arraigo en Guadalajara, pero los cambios políticos nacionales habían impactado fuertemente en este ámbito. Por eso la Universidad había sido clausurada y refundada en 1925.

1991, pp. 209-210; González, 2003, pp. 154-155; Lerner, 1979, pp. 31-57; Yankelevich, 1985, pp. 51-54; Blancarte, 1992, p. 42).

Como señalamos, la FEJ —renombrada Federación Estudiantil Universitaria de Jalisco (FEUJ) en junio de 1934— era dirigida por el sector católico conformado por egresados del Instituto de Ciencias, por lo que mantuvo permanentemente el respaldo implícito de la jerarquía católica local y de los jesuitas. Esto le dio una inusitada base social a la movilización, logrando rechazar en octubre la orden del gobernador que consistía en cerrar de nuevo la Universidad para refundarla como Instituto Socialista de Altos Estudios (*El Informador*, 1934).

El 1.º de diciembre tomó posesión de la presidencia de la república el general Lázaro Cárdenas y el 13 se aprobó la reforma al artículo constitucional 3 que, entre otros puntos, señalaba que: «La educación que imparta el Estado será socialista, y, además de excluir toda doctrina religiosa, combatirá al fanatismo y los prejuicios...» (*Diario Oficial*, 1934). Para entonces, las fricciones al interior de la FEUJ habían aumentado, por lo que liberales y comunistas se alejaron rápidamente de la facción católica, beneficiándola paradójicamente porque pudo establecer una agenda sin negociaciones ni matices. De esta forma, en enero de 1935, la FEUJ cambió su nombre a Federación de Estudiantes de Jalisco (FEJ) y comenzó a evidenciar vínculos con colegios católicos, grupos de padres de familia y élites económicas de la región (Lerner, 1979, pp. 31-57; Yankelevich, 1985, pp. 51-54).

La confrontación, entonces, se daría entre el gobierno local revolucionario y los católicos tapatíos por la Universidad, teniendo como telón de fondo la reciente guerra. Por eso el asunto escaló muy rápido y en marzo, una manifestación convocada desde el exilio por el arzobispo Orozco y Jiménez culminó con disparos de las fuerzas del orden y un saldo de tres muertos, seis heridos y decenas de detenidos (Mendoza, 1989, pp. 248-250; González, 2003, pp. 160-164; Rivera, 2007, p. 65).

El escenario no pudo ser mejor para los católicos de la FEJ quienes reivindicaron a sus «mártires de la autonomía», enardeciendo aún más a los actores que los respaldaban. En este punto tomaron una decisión que marcaría el rumbo del conflicto definitivamente, pues renunciaron a la disputa por la universidad y solicitaron permiso para fundar su propia institución. Por supuesto, en principio fue denegada, pero el gobierno federal temía un nuevo levantamiento católico en la región, así que pronto se les dio el visto bueno.

Esto definió el nacimiento de la Universidad Autónoma de Occidente (UAO), primera universidad privada en México⁷ que, de inmediato, se enfrentó al mismo problema que vivieron los colegios católicos cuando reabrieron sus puertas: falta de registro y recursos económicos. Lo primero se saldó con el apoyo de abogados universitarios, destacando Efraín González Luna y Manuel Gómez Morín,⁸ mientras que lo segundo se fue resolviendo lentamente con donativos de empresarios, hacendados y clérigos.

Al poco tiempo, la UAO cambió su nombre por Universidad Autónoma de Guadalajara para disputar el título a la institución oficial socialista. Además, su matrícula inicial estuvo conformada por estudiantes católicos de la élite tapatía que habían participado en las recientes movilizaciones, de ahí que la oferta primaria de carreras fuera el trío de profesiones liberales clásicas: ingeniería, leyes, medicina; sin embargo, con la intención de disputarle el mercado a la institución gubernamental, muy pronto se abrieron las de farmacia, odontología y comercio.

7 Cabe aclarar que ya existía una institución privada de educación superior fundada en 1912: la Escuela Libre de Derecho. Sin embargo, como su nombre lo indica, solo se centraba en la enseñanza del derecho, mientras que la UAO incluía varias escuelas.

8 Manuel Gómez Morín fue un importante abogado que participó en el diseño del Banco de México y posteriormente fue rector de la UNAM. Hacia 1939 encabezaría la fundación del Partido Acción Nacional para oponerse a los gobiernos del partido oficial.

El grupo de la FEJ tomó la dirección de la UAG y en su interior fundaron un grupo secreto-reservado juramentado conocido como Los Tecos con asesoría y respaldo de algunos sacerdotes jesuitas. Este grupo integral intransigente era heredero del imaginario construido por los católicos perseguidos, así como de las ideas plasmadas en *Los Protocolos de los Sabios de Sión*⁹ sobre una conspiración judeo-masónico-comunista en contra de la civilización cristiana, de ahí que retomaran los dictados papales a rajatabla y concibieran el espacio educativo como un refugio aislado de la influencia dañina del exterior y en la que privaría el dogma religioso. Muy pronto, esta postura derivó en integrista¹⁰ y comenzaron las expulsiones y persecuciones contra otros católicos que formaban parte de la comunidad universitaria como el referido Efraín González Luna, con el fin de salvaguardar la «pureza ideológica» y mantener una estructura jerárquica rígida.

En este punto es interesante que, una vez abandonada la disputa por el espacio universitario, los jóvenes que debieron gestionar su propia institución matizaron —que no modificaron sustancialmente— su visión sobre la universidad como «campo de batalla» para dar mayor peso a la noción de «epicentro de la cultura». Así, la feroz retórica ofensiva comenzó a ceder terreno ante un discurso mucho más centrado en las virtudes propias y el sacrificio de sus integrantes:

... la Universidad Autónoma de Guadalajara fué [sic] y es una Institución [sic] que gracias al esfuerzo generoso de maestros y estudiantes se mantiene como ejemplo gallardo al país, simbolizando la libertad de cátedra e investigación y siendo la continuadora de la obra cultural de la clausurada Universidad de Guadalajara (Patronato, 1944, p. 3).

Es interesante la genealogía trazada entre el centro de enseñanza clausurado y la UAG, teniendo como puente la «obra cultural» que, si nos atenemos al entramado ideológico del que provienen Los Tecos, puede ser entendido como el conocimiento y las prácticas ancladas al pensamiento católico. De ahí la reivindicación de la UAG como símbolo de la libertad de cátedra, esta última entendida como freno al comunismo en la educación, no solo a nivel local sino nacional, lo que significaría un triunfo en la lucha milenaria, materializado en la institución educativa puesta con el énfasis de la letra mayúscula.

Este nuevo tono triunfalista, sin embargo, no anuló el componente beligerante cuyo crecimiento llevó al paulatino alejamiento de la Compañía de Jesús —con algunas excepciones— a lo largo de los años cuarenta y cincuenta, hasta que en 1957 un importante sector católico de la ciudad, apoyado por los jesuitas, promovió la fundación del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente (ITESO), lo que fue visto por los integrantes de la UAG como una amenaza. Los reclamos de los Tecos a la jerarquía católica no tuvieron respuesta y llegaron al límite el 24 de mayo de 1958 cuando atacaron con armas de fuego el local del ITESO, marcando una ruptura definitiva con la mayoría católica de Guadalajara y evidenciando la faceta más radical del integralismo intransigente (González, 2005, pp. 11-12, 14, 17-18; 2007, p. 66).

Puebla

El proyecto de los Tecos rebasó la frontera del estado y en 1953 fundaron un núcleo en la ciudad de Puebla al que se conocería como El Yunque, teniendo como puente la labor de algunos jesuitas que mantuvieron su vínculo con la organización y que eran profesores en el Instituto de Ciencias y el Instituto Oriente, donde inculcaron a un grupo selecto de estudiantes el pensamiento integral intransigente y las ideas conspirativas antes referidas (Delgado, 2003).

9 Libro apócrifo probablemente escrito a fines del siglo XIX y atribuido a la policía zarista. Posteriormente fue adaptado y distribuido por Europa y América. El texto simula ser el conjunto de actas de los grandes rabinos que se reunieron para exponer sus avances sobre la destrucción de la civilización católica (Lvovich, 2003; Cohn, 2010).

10 Aproximadamente en 1890 surgió en España un movimiento denominado *integrista* —que tuvo como principal inspiración el *Syllabus*—, término que retomó el Papa Pío X (1903-1914) para hacer referencia a los «católicos integristas» que combatían por cualquier medio la apertura política y social del catolicismo ante la modernidad (Poulat, 1969, pp. 78-79).

Este grupo ideológicamente radical ingresó a la Universidad de Puebla y, a pesar de las claras diferencias, identificó el contexto que se había vivido en la Universidad de Guadalajara de los años treinta, por ende, concibieron a la universidad como el mismo «campo de batalla» en el que se debía enfrentar a la amenaza comunista.

Desde el siglo XIX la institución de educación superior de Puebla fue el Colegio del Estado —que tenía una importante impronta católica—, hasta que en 1937 desapareció para dar lugar a la Universidad de Puebla bajo control del gobierno estatal. Esta combinación de influencias —Iglesia y gobierno local— le había otorgado a la institución un sello autoritario y jerárquico que, sin embargo, comenzó a fisurarse hacia los años cuarenta y cincuenta, cuando intentos sucesivos del gobierno para militarizar la institución se convirtieron en el catalizador de la oposición estudiantil.

En ese contexto, a mediados de los años cincuenta, se insertó el grupo católico proveniente del Instituto Oriente que primero reaccionó ante las agresiones de otros grupos estudiantiles anticlericales y luego se adhirió al heterogéneo conglomerado estudiantil en la lucha por la autonomía universitaria. Todo esto con el nombre y cara públicos de Frente Universitario Anticomunista (FUA) cuya presentación oficial se realizó en abril de 1955 (*El Sol de Puebla*, 1955; Louvier, Díaz y Arrubarrena, 1991, p. 22; Dávila, 2003, pp. 100-101).

El FUA participó activamente en la política estudiantil poblana durante casi dos décadas, destacando su participación en el conflictivo período 1956-1961 cuando se disputó la autonomía universitaria. Esta larga presencia de los *fuas* contrastó con la participación de los Tecos en Guadalajara, por lo que la visión de los poblanos en torno al *campo de batalla* se modificó.

En 1956, la decisión oficial de separar el bachillerato y cancelar el pase directo a la universidad movilizaron a las organizaciones estudiantiles aglutinadas en la Federación Estudiantil Poblana (FEP), entre las que estaba el FUA, logrando revertir la medida.¹¹ Con ese impulso, la Federación exigió la autonomía universitaria, pero era evidente que sus integrantes no tenían el mismo referente para esa demanda: para algunos representaba la posibilidad de constituir un polo político ajeno al grupo en el poder, para otros era un paso más en la lucha de clases, mientras que a ojos de los católicos constituía la posibilidad de restaurar la educación cristiana. Esta divergencia anunciaba conflictos posteriores y marcó el acercamiento paulatino de actores externos convirtiendo el conflicto universitario en un asunto político de escala estatal.

Ahí comenzaron las disputas al interior del bando estudiantil materializándose en dos proyectos de autonomía: uno encabezado por la FEP y otro diseñado por el FUA. Luego de un período de rumores y disputas con el gobierno y el congreso locales, en noviembre de 1956 se aprobó la Ley Orgánica que otorgaba cierta autonomía a la universidad, pero la dejaba en manos de autoridades vinculadas al gobierno y a la jerarquía católica. A partir de entonces el FUA creció considerablemente al interior de la Universidad Autónoma de Puebla (UAP) con el respaldo de autoridades y profesores afines (Louvier, Díaz y Arrubarrena, 1991, p. 25; Pansters, 1998, p. 199; Pérez, 1999, p. 44).

Una vez más, un grupo de jóvenes católicos introducidos en el pensamiento integral intransigente por sacerdotes jesuitas identificaron el espacio universitario —su *espacio natural*— como un «campo de batalla», una especie de primera línea en la lucha contra la amenaza comunista-moderna. Sin embargo, a diferencia de la experiencia de Los Tecos que lograron hacerse de un espacio propio, los integrantes del El Yunque-FUA debieron mantenerse en la universidad y aprender a convivir con los otros grupos estudiantiles. Además, el

11 Es importante señalar que en ese momento se desarrollaba una importante movilización estudiantil en el Instituto Politécnico Nacional (IPN), fundado por el gobierno del general Lázaro Cárdenas en 1936 con el fin de formar mano de obra calificada que se integrara rápidamente al proceso productivo, además, tendría un sello ideológico cercano al nacionalismo revolucionario popular del régimen que contrastaría con el elitismo de la UNAM. El movimiento de 1956 comenzó por la disputa en torno al control de los dormitorios y escaló rápidamente por la solidaridad de otros núcleos estudiantiles del país. Culminó con la entrada del ejército al IPN. De ahí que la élite gobernante y los directivos de la Universidad de Puebla decidieran evitar que el conflicto local escalara y emulara los eventos de la capital del país (Pensado, 2013).

conflicto cristero, la revolución rusa y la revolución mexicana en su versión de *persecución contra los católicos* ya no figuraban como experiencias propias, sino como memorias apropiadas, pero es viable pensar que su anticomunismo todavía no se inscribía completamente en la lógica de la Guerra Fría, sino que claramente tenía una naturaleza de preguerra más vinculada al pensamiento integral intransigente antimoderno. Esto permite suponer que la idea de educación que defendían estos jóvenes también estaba vinculada a las encíclicas referidas anteriormente, así como el espacio educativo —en este caso la universidad— que debía ser re-cristianizada. En este sentido, las banderas de *autonomía* y *libertad de cátedra* como oposición al comunismo se mantuvieron.

Para los sesenta, el crecimiento demográfico y el desarrollo urbano e industrial de Puebla impactaron en la matrícula universitaria cuyas aulas comenzaron a llenarse, por lo que su peso como espacio de formación de profesionistas y élites locales creció y, por ende, su valor político. A esto se sumó el desgaste del grupo local que había gobernado el estado durante las últimas décadas, así como el impacto de la revolución cubana, especialmente hacia 1961 cuando se estableció el régimen socialista en la isla. En ese contexto, nuevas generaciones reforzaron sus vínculos con actores externos a la universidad politizando aún más la dinámica universitaria.

Esto último es relevante pues cuando el gobierno local estableció nuevos cobros por el servicio telefónico, uno de los actores movilizados en contra de la medida era precisamente el estudiantado. Sin embargo, los bandos estudiantiles canalizaron las movilizaciones hacia el enfrentamiento entre «derecha» e «izquierda» por la universidad, teniendo episodios con agresiones a opositores e inmuebles como el ataque al Colegio Benavente (Louvier, Díaz y Arrubarrena, 1991, pp. 35-36), semillero del FUA, que evidenciaba el rencor derivado de los sucesos de 1956.

En ese escenario, el diagnóstico de los integrantes del FUA era elocuente:

Por todos es conocida la situación de la Universidad de Puebla [...] podemos decir que estaba en manos de las izquierdas: Comunismo, Masonería, Juventudes Masónicas y liberales [...]. A la fecha la situación para las derechas dentro de la Universidad de Puebla ha cambiado notablemente... (Memorandum, p. 1)

Al respecto, no deja de sorprender el autorreconocimiento como *derecha* en la Universidad que probablemente responde al carácter confidencial del documento o bien, a un sentido de superioridad derivado del triunfo político en 1956.

Se formó entonces el Comité Estudiantil Poblano (CEP) para aglutinar a un heterogéneo conglomerado de agrupaciones que demandaban una reforma universitaria y la expulsión del FUA (Pansters, 1998, p. 202; Pérez, 1999, p. 64; Dávila, 2003, p. 126). Varios años después, los integrantes del Frente recordarían este episodio de la siguiente forma: «La estrategia planeada conjuntamente por masones y comunistas, señaló como su primer gran objetivo, la captura de la Universidad Autónoma de Puebla, para desde ahí, generar el clima revolucionario hacia todo México» (Louvier, Díaz y Arrubarrena, 1991, pp. 32-34). Es decir que, de nuevo, para los estudiantes católicos la universidad se convertía en un *campo de batalla* pues desde ahí se gestaría una revolución, convirtiéndose en una especie de bisagra simbólica entre el anticomunismo católico de larga data y el de Guerra Fría.

Muy pronto el grupo estudiantil activó los vínculos con aliados como agrupaciones de padres de familia y empresarios locales —que en ocasiones eran la misma persona— quienes organizaron cierres de comercios y escuelas privadas, así como campañas para no pagar impuestos. En respuesta, el CEP desconoció al rector y tomó el edificio central de la UAP el 1.º de mayo haciendo público un pliego petitorio que incluía el respeto al carácter laico de la educación, la expulsión del FUA y la eliminación del Consejo de Honor instaurado por la Ley Orgánica de 1956 (Pansters, 1998, p. 202; Pérez, 1999, p. 65; Dávila, 2003, p. 129). Los católicos, por su parte, decidieron organizar cursos en espacios alternos.

Las manifestaciones callejeras y los reclamos de distintos sectores sociales poblanos continuaron, llegando a un punto álgido el 15 de mayo cuando el arzobispo Octaviano Márquez y Toriz circuló una carta pastoral en la que explicitó la posición de la jerarquía en torno al asunto: «Los verdaderos dirigentes de estas convulsiones sociales son instrumentos del comunismo materialista y ateo, que parte de Rusia y pretende adueñarse de todo el mundo» (Márquez y Toriz, 1961, p. 5).

Con este impulso de la jerarquía, los católicos dieron muestra de respaldo social y capacidad de organización el 4 de junio cuando se realizó una masiva concentración de fieles en torno a la catedral de Puebla para repudiar al enemigo con la consigna: «¡cristianismo sí, comunismo no!» Pero el gobierno local no respondió a la fuerte presión de la Iglesia y los empresarios poblanos y comenzó negociaciones con el bando contrario, para luego retractarse crispando aún más los ánimos y extendiendo el conflicto hasta principios de agosto cuando el gobierno federal decidió intervenir enviando al ejército. Al final, la reforma se llevó a cabo y los católicos fueron derrotados («GRAN», 1961; Pansters, 1998, p. 206).

En los siguientes años, aquellos que habían formado parte de la primera generación del FUA y que ya eran profesionistas habían decidido continuar con el trabajo político de la organización secreta, manteniendo el espacio estudiantil en la UAP como un primer filtro de reclutamiento y como un punto estratégico que debía ser defendido. Sin embargo, a principios de los setenta, cuando los conflictos en la universidad habían escalado a niveles de violencia superiores, los yunquistas-fuas decidieron emular a sus antecesores tecos y salir.¹² Esto, por supuesto, no fue una decisión improvisada, sino que respondió por una parte al crecimiento de las izquierdas en la institución educativa y, por otra, al respaldo de empresarios locales y la jerarquía católica.

Así, el grupo católico fundó en 1973 la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla (UPAEP) cuyas dos primeras carreras —arquitectura y administración de empresas— estarían a cargo de los egresados de la UAP que pertenecían a la agrupación. Pero muy pronto se abrieron las de contaduría, ciencias políticas, derecho, economía, ingenierías civil y textil, así como medicina.

Aunque, en lo general, se repetía la experiencia del paso de la disputa por un espacio universitario a la constitución de uno propio, los contextos y los procesos de cada agrupación fueron distintos. No solo por la distancia con respecto a los procesos que dieron sentido al integralismo intransigente primigenio y el tiempo que tardaron los poblanos en abandonar el primer «campo de batalla», sino porque el marco político y social también se había modificado sustancialmente, en buena medida por la consolidación de un proyecto encabezado por el Estado con partido hegemónico y por el impacto que había representado el régimen socialista cubano en la región latinoamericana. En ese sentido, la constitución de una nueva institución educativa, en este caso la UPAEP, debió considerar una nueva serie de variables mucho más pragmáticas, pero sin abandonar el estricto control ideológico y la jerarquía propia de la agrupación secreto-reservada.

Ciudad de México

A principios de los sesenta, dado el éxito en Puebla, el grupo secreto decidió establecer un nuevo núcleo en la capital del país, específicamente en la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM) con la clara intención de convertir a la principal institución de educación superior del país en una incubadora de agrupaciones. Entre 1961 y 1962 se presentó en público una organización llamada Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO).

En este punto es importante señalar que la UNAM, desde su fundación en 1910 como Universidad de México, se caracterizó por una importante dinámica política interna siempre marcada por el pulso nacional

¹² Cabe señalar que para esta época tecos y yunquistas habían roto relaciones e incluso se confrontaron pues los primeros desconocieron al Papa como autoridad en el contexto del Concilio Vaticano II, mientras que los segundos refrendaron su obediencia.

e internacional. Por ende, durante las fases de la revolución mexicana, la Universidad representó un escenario de disputa de los proyectos políticos tanto al interior de sus aulas como fuera de sus muros en el centro de la capital, llegando a la década del cuarenta con una fuerte presencia de grupos católicos que lograron ocupar buena parte de los espacios directivos.¹³ Esta impronta conflictiva, sumada a la influencia modernizadora del momento, llevó al gobierno de Miguel Alemán (1946-1952)¹⁴ a promover la construcción de una Ciudad Universitaria en el sur de la capital y alejada del centro urbano donde se formaría la élite dirigente del país. El magno proyecto se inauguró en 1952, pero el arribo de la comunidad universitaria se dio hasta 1954.

Poco tiempo después, a inicios de los años sesenta, la UNAM vivió el inicio de un incremento poblacional considerable producto del crecimiento económico nacional, las migraciones provenientes de otros estados y la promesa de ascenso social que implicaba la educación superior. Esto, sumado al impacto que significó el triunfo de la revolución cubana, dio un fuerte impulso a la politización dentro de la institución lo que se tradujo en la emergencia de agrupaciones estudiantiles autoubicadas en el espectro de las izquierdas.

En ese contexto se insertó el núcleo católico radical que mantuvo la lectura integral intransigente. Pero a diferencia del espacio poblano en el que simultáneamente se desenvolvía el FUA, el espacio político de la UNAM era mucho más grande y variopinto, lo que definió la práctica política violenta del MURO.

El 26 de julio de 1961, cuando aún no se presentaba públicamente, el grupo católico irrumpió en una conmemoración de estudiantes de economía que simpatizaban con la revolución cubana, desatando una trifulca que derivó en la expulsión de dos estudiantes agresores. Ahí arrancó una campaña en defensa de los católicos que mostró fuertes vínculos con personajes de la prensa nacional, el empresariado y la jerarquía católica. Ante tal presión, los directivos universitarios recularon y los estudiantes fueron reintegrados a la UNAM. Al poco tiempo el grupo se presentó públicamente como el MURO (*El Herald*, 1962; González Ruiz, 2003).

A partir de entonces, los integrantes del Movimiento ocuparon un lugar en el espectro político de la universidad a través de repetidas irrupciones violentas y la repartición de un periódico cuyo nombre no dejaba mucho lugar a matices: *Puño ¡Para golpear con la verdad!* Esta publicación en formato tabloide, que aseguraba tener un tiraje de cinco mil ejemplares, incluía textos redactados por los muristas sobre temas diversos de la institución educativa y otras del país, así como sobre política nacional e internacional, traducciones y textos retomados de otras publicaciones, además de algunas caricaturas y fotografías, todo con un claro sesgo ideológico anticomunista.

En octubre de 1962 *Puño* publicó los cinco fines de la organización que, según los autores, eran parte de sus estatutos, destacando el punto 2: «Sanear el ambiente universitario de elementos marxistas, que se encuentran infiltrados en la cátedra, la administración y las organizaciones estudiantiles» (*Puño*, 1962). Al respecto, es importante destacar el uso del verbo «sanear» que apelaría a una situación precedente afectada por una «enfermedad». En otras palabras, la UNAM habría disfrutado de una época positiva probablemente cuando había mayor presencia de católicos en la dirección de la institución, pero los «elementos marxistas» alteraron ese orden.

Al igual que en las otras experiencias, el MURO estableció vínculos con actores externos a la universidad. En efecto, ya desde la campaña para defender a los estudiantes expulsados se habían evidenciado los lazos con algunos periodistas y durante los primeros años de la agrupación recibieron financiamiento de empresarios, sin embargo, la relación con el arzobispo Miguel Darío Miranda resultó tirante pues los muristas solían realizar acciones que contravenían los límites establecidos por el jerarca. Por otro lado, los jóvenes católicos también

13 En este grupo destacaron los llamados «conejos» que provenían de colegios lasallistas, maristas y salesianos (Contreras, 2002).

14 Abogado egresado de la UNAM, fue el primer presidente que no había participado en la revolución mexicana. Su sexenio se caracterizó por un fuerte impulso a la modernización en detrimento de sectores populares y una importante vinculación económica y cultural con los Estados Unidos.

establecieron buenas relaciones con cuerpos policíacos y algunos jueces como quedaba en evidencia cuando los muristas eran detenidos y liberados unas horas después. (Santiago, 2015; González Ruiz, 2003)

A la par, la organización creció hasta las tres centenas de militantes y simpatizantes —según sus propias cifras— y llegó a tener presencia en diversas escuelas, facultades y preparatorias, donde realizaban actos como pintas, agresiones verbales y físicas a estudiantes identificados como comunistas o *afeminados*, así como a profesores que eran asociados con el judaísmo o el Partido Comunista.

Empero, la densidad del entramado político en la UNAM —mucho mayor que en los entornos de Guadalajara y Puebla— y la emergencia de agrupaciones en el espectro izquierdista opacaron el activismo del MURO. Además, a diferencia de los dos casos anteriores, las banderas de *autonomía* y *libertad de cátedra* ya habían sido conquistadas e institucionalizadas en la universidad de la capital del país, por lo que la agenda política del MURO se veía restringida a una lucha apasionada contra lo que identificaban como enemigo, ya fuera militante de alguna agrupación o autoridad universitaria. Por lo anterior, la agrupación católica no tuvo presencia de primera línea en grandes coyunturas como la renuncia del rector Dr. Ignacio Chávez en 1966 o el movimiento estudiantil de 1968, aunque siempre se mantuvo como un referente de la derecha en el imaginario de las izquierdas universitarias de la época gracias a sus pequeñas pero persistentes acciones violentas.

En la década siguiente, sin embargo, luego de varios episodios de represión gubernamental contra movilizaciones estudiantiles, se abrieron espacios en el escenario político que fueron aprovechados por agrupaciones como el MURO. Así, por ejemplo, en agosto de 1975 se realizó el Pacto de los Remedios en Naucalpan, estado de México, evento que convocó a miles de estudiantes católicos pertenecientes a agrupaciones como las descritas en este texto, provenientes de varias partes del país y que refrendaron la defensa cristiana de la educación en contra de la amenaza comunista. Dada su fama de grupo católico juvenil de la capital, el MURO figuró como uno de los referentes del evento. (Santiago, 2015)

En cualquier caso, a cambio de la poca participación en los grandes procesos políticos de la UNAM o de una proyección mediática importante, el MURO se mantuvo constante en el activismo universitario hasta entrados los años ochenta, mientras que algunos de sus militantes conformaron organizaciones emparentadas ideológicamente en otros ámbitos profesionales (Alcántara, 2016; Delgado, 2003)

Por supuesto, no deja de llamar la atención que, a diferencia de las dos anteriores, esta experiencia no haya culminado en la conformación de una institución educativa propia. Al respecto, podríamos deslizar algunas hipótesis. Por una parte, la mayor beligerancia de la agrupación, debido a un entorno mucho más hostil, cambió cualitativamente el perfil de los militantes quienes no rebasaron la idea del *campo de batalla*. A esto, probablemente se haya sumado una vinculación diferente con actores externos a la universidad y, en consecuencia, una menor o nula existencia de redes de apoyo para concretar un proyecto tan complejo como una universidad.

Consideraciones finales

En el arco temporal que va del inicio de la reconstrucción o posrevolución al final del llamado *milagro mexicano* —1920 a 1975 aproximadamente—, varias ciudades del país vivieron un acelerado proceso de modernización que implicó una incipiente industrialización, el aumento de comercio, el crecimiento poblacional y mayores conflictos sociales. En ese escenario, las instituciones de educación superior —institutos de ciencias y universidades— se convirtieron rápidamente en polos de poder político y económico pues ahí se formaban las élites y la mano de obra calificada. Por ende, el control de estos espacios formativos derivó en disputas al interior y exterior de sus fronteras.

Numerosos católicos —miembros de la institución eclesiástica y sobre todo seculares— participaron activamente en ese proceso pues concebían la educación como uno de los temas en disputa con el

Estado moderno. Esta idea enmarcada por la Doctrina Social de la Iglesia vio su versión más radical en la tendencia integral intransigente del catolicismo decimonónico cuyo componente conspirativo llevó a numerosos clérigos y seglares, especialmente jóvenes, a concebir las universidades —sus *espacios naturales* de acción— como «campos de batalla» en una lucha milenaria de la civilización cristiana contra el comunismo-modernidad.

Lejos de representar una mera anécdota sobre algunos grupos radicales, esta posición en torno a la educación superior se mantuvo y consolidó gracias a la fundación de instituciones. Así, por ejemplo, en 1991, algunos integrantes de la primera generación de El Yunque-FUA publicaron su versión sobre los eventos en la UAP hasta la fundación de la UPAEP a la que concibieron como la «segunda autonomía de la Universidad como institución libre» (Louvier, Díaz y Arrubarrena, 1991, p. 3). El primer capítulo de ese libro es de relevancia pues condensa la posición de los autores —y podríamos pensar como voceros de la organización católica— sobre la Universidad. En ese sentido, no extraña leer que, al ser producto de la Iglesia católica hace más de novecientos años, la Universidad contiene en sí misma un principio religioso que no puede ser negado y que, además, no contraviene la autonomía. Esta última, como «principio esencial» de la institución educativa incluye todas las «libertades esenciales para la vida de la Universidad», destacando la libertad de cátedra entendida como «el derecho de enseñar la verdad» (Louvier, Díaz y Arrubarrena, 1991, pp. 7-14).

Casi una década después, en el año 2000, el profesor de la UAG Rafael Rodríguez López presentó una ponencia en el Congreso Nacional sobre Historia de la Educación en México en la que sintetizó el contexto de fundación de la Universidad. Al respecto no deja de llamar la atención la persistencia del pensamiento anticomunista fuertemente sostenido por el conspiracionismo:

La naciente institucionalización de la Revolución Mexicana, al principio de los años treinta, se vio asistida muy de cerca por agentes de la Komintern, establecidos en los seis años de relaciones diplomáticas con la Unión Soviética, que [...] habían sentado las bases para reencauzarla hacia el marxismo-leninismo, comenzando por sustituir la educación libre y laica establecida en la Constitución de 1917 por la educación socialista obligatoria (Rodríguez, 2000, p. 1).

Sin embargo, la evidente persistencia del código ideológico resguardado por la memoria colectiva de los militantes, no estuvo blindada ante los cambios de contextos o el desarrollo mismo de sus promotores. Así, mientras que en Guadalajara de los años treinta los jóvenes católicos radicales pudieron fundar su propia institución educativa casi de inmediato, en Puebla de medio siglo los yunquistas tardaron dos décadas en hacer lo propio y en la capital del país los integrantes del MURO ni siquiera aspiraron a eso.

Por otra parte, para los estudiantes católicos radicales la repetida concepción de la universidad como «campo de batalla» no requería una elaboración más allá de la «libertad de cátedra» y la «autonomía» contra el comunismo, pero esto debió cambiar una vez que se enfrentaron a la conformación y dirección de sus propias instituciones educativas como se evidencia en las primeras ofertas educativas. Mientras que en la UAG privaban las carreras liberales clásicas, pues sus fundadores y sus primeros estudiantes formaban parte de las élites católicas profesionistas, prescindiendo de carreras humanísticas, en la UPAEP a las profesiones liberales se sumaron otras carreras vinculadas con el entorno laboral de la región, así como ciencias sociales. Las dos ofertas primarias dan cuenta del cambio en los contextos y, por supuesto, en la concepción de las profesiones que debían impulsar las instituciones educativas, así como la necesidad de un pragmatismo enfocado en formar profesionales capaces de insertarse con éxito en sus entornos laborales. En otras palabras, el sentido pragmático se impuso al ideológico y esto último quedó implícito en su proyecto educativo y en las páginas de sus memorias escritas.

Referencias bibliográficas

- ALCÁNTARA NAVARRO, M. (2016). *Cúcara mácara, el muro fue. Del pacto de los remedios a la virgen del siquitibum* (Tesis de licenciatura). Ciudad de México: Facultad de Filosofía y Letras, UNAM.
- ASPE ARMELLA, M. L. (2008). *La formación social y política de los católicos mexicanos. La Acción Católica Mexicana y la Unión Nacional de Estudiantes Católicos, 1929-1958*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana-Instituto Mexicano de Doctrina Social Cristiana.
- BLANCARTE, R. (1992). *Historia de la Iglesia católica en México, 1929-1982*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica-El Colegio Mexiquense.
- (1996). La Doctrina Social del Episcopado católico mexicano. En R. BLANCARTE (Comp.). *El pensamiento social de los católicos mexicanos*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- CAIMARI, L. (2010). *Perón y la Iglesia católica. Religión, Estado y sociedad en la Argentina (1943-1955)*. Buenos Aires: Emecé.
- COHN, N. (2010). *El mito de la conspiración judía mundial. Los Protocolos de los Sabios de Sión*. Madrid: Alianza Editorial.
- CONTRERAS PÉREZ, G. (2002). *Los grupos católicos en la Universidad Autónoma de México (1933-1944)*. Ciudad de México: División de Ciencias Sociales y Humanidades-Universidad Autónoma Metropolitana Unidad Xochimilco.
- DÁVILA PERALTA, N. (2003). *Las santas batallas. La derecha anticomunista en Puebla*. Guadalajara: Gobierno del Estado Puebla-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- DELGADO, Á. (2003). *El Yunque. La ultraderecha en el poder*. Ciudad de México: Grijalbo.
- Diario Oficial. Órgano del Gobierno Constitucional de los Estados Unidos Mexicanos* (1934), jueves 13 de diciembre de 1934. Recuperado de <http://www.diputados.gob.mx/LeyesBiblio/ref/dof/CPEUM_ref_02o_13dic34_ima.pdf>.
- DORANTES, A. (1993). *El conflicto universitario en Guadalajara 1933-1937*. Guadalajara: Secretaría de Cultura del Gobierno de Jalisco-INAH.
- El Heraldo de Chihuahua* (1962, marzo 19) Nace una nueva organización estudiantil y anuncia que combatirá la traición anticomunista, p. 1.
- El Informador. Diario Independiente* (1934, octubre 14). Definitivamente será clausurada la Universidad de Guadalajara, p. 1.
- El Informador. Diario Independiente* (1934, julio 21). Entusiastamente fue recibido ayer en esta ciudad el Sr. General Calles, pp. 1-2.
- El Sol de Puebla* (1955, abril 21). Nace nueva agrupación, p. 1.
- GONZÁLEZ, F. M. (2003). Los orígenes y el comienzo de una universidad católica: sociedades secretas y jesuitas. *Historia y Grafía*, 20, 151-205.
- (2005). Un conflicto universitario entre católicos: La fundación del Instituto Tecnológico de Estudios Superiores de Occidente (ITESO). *Vetas. Revista de El Colegio de San Luis*, 20-21, 9-37.
- (2007). Algunos grupos radicales de izquierda y de derecha con influencia católica en México (1965-1975). *Historia y Grafía*, 29, 57-93. Recuperado de <<https://www.redalyc.org/pdf/589/58922909003.pdf>>
- GONZÁLEZ RUIZ, É. (2003). *Muro, memorias y testimonios: 1961-2002*. Puebla: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- GRAN CONCENTRACIÓN (1961, junio 4). Caja 523. Instituto Oriente (Puebla). Archivo Histórico de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, 5 de junio de 1961.
- LEÓN XIII (1891). *Carta Encíclica Rerum Novarum del Sumo Pontífice León XIII sobre la Situación de los Obreros*. Recuperado de <http://www.vatican.va/holy_father/leo_xiii/encyclicals/documents/hf_l-xiii_enc_15051891_rerum-novarum_sp.html>.
- LERNER, V. (1979). *La educación socialista*. Ciudad de México: El Colegio de México.
- LÓPEZ, D. (2011). La guerra cristera (México, 1926-1929). Una aproximación historiográfica. *Historiografías. Revista de Historia y Teoría*, (1), 35-52. Recuperado de <<https://despapiro.unizar.es/ojs/index.php/historiografias/article/view/2523>>.
- LOUVIER CALDERÓN, J.; DÍAZ CID, M. y ARRUBARRENA ARAGÓN, J. A. (1991). *Autonomía universitaria. Luchas de 1956 a 1991. Génesis de la UPAEP*. Guadalajara: Instituto de Investigaciones Humanísticas-Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla.
- LVOVICH, D. (2003). *Nacionalismo y Antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: Ediciones B.
- (2017). Comentarios finales al Segundo Coloquio Internacional «Pensar las derechas en América Latina en el siglo XX». *Nuevo Mundo Mundos Nuevos*. Recuperado de <<https://journals.openedition.org/nuevomundo/71356>>.
- MARSISKE, R. (2015). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina IV*. Ciudad de México: Instituto de Investigaciones sobre la Universidad y la Educación, UNAM.

- MARTÍNEZ MONTOYA, A. y MORENO CASTAÑEDA M. (1988). *Jalisco desde la revolución. La escuela de la Revolución. Tomo VII*. Guadalajara: Gobierno del Estado de Jalisco-Universidad de Guadalajara.
- MÁRQUEZ Y TORIZ, O. (1961). *Décima quinta carta pastoral que el arzobispo de Puebla Dr. Octaviano Márquez dirige al clero diocesano y regular y a todos los fieles de la Arquidiócesis sobre el comunismo*. Guadalajara.
- Memorandum. completamente confidencial* (s/f). Caja 523. Instituto Oriente (Puebla). Archivo Histórico de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, 7 fojas.
- MENDOZA CORNEJO, A. (1989). *Organizaciones y movimientos estudiantiles en Jalisco de 1900 a 1937*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- MURIÀ, J. M. (1997). *Breve historia de Jalisco*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- ORTOLL, S. (1990). Las Legiones, La Base y el Sinarquismo. ¿Tres organizaciones distintas y un solo fin verdadero? (1929-1948). En R. MORÁN (Comp.). *La política y el cielo. Movimientos religiosos en el México contemporáneo*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara.
- PALOMERA, E. J. (1997). *La obra educativa de los jesuitas en Guadalajara, 1586-1986*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana-Instituto de Ciencias-ITESO.
- (1999). *La obra educativa de los jesuitas en Puebla, 1578-1945*. Ciudad de México: Universidad Iberoamericana-Instituto Oriente-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- PANSTERS, W. G. (1998). *Política y poder en Puebla. Formación y ocaso del cacicazgo avilacamachista, 1937-1987*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- PATRONATO DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE GUADALAJARA (1944). Fólter I. V. Universidad Autónoma de Guadalajara. Archivo Histórico de la Provincia Mexicana de la Compañía de Jesús, 15 de junio de 1944.
- PENSADO, J. M. (2013). *Rebel Mexico. Student unrest and authoritarian political culture during the long sixties*. Stanford: Stanford University Press.
- PÉREZ ESPINOSA, J. F. (1999). *Crónicas de familia: la universidad y los universitarios poblanos 1956-1961*. Puebla: Gobierno del Estado Puebla-Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.
- PÍO XI (1929). *Carta Encíclica Divini Illius Magistri de su Santidad Pío XI sobre la Educación Cristiana de la Juventud*. Recuperado de <http://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_31121929_divini-illius-magistri.html>.
- (1931). *Carta Encíclica Quadragesimo Anno de su Santidad Pío XI sobre la Restauración del Orden Social en Perfecta Conformidad con la Ley Evangélica al Celebrarse el 40.º Aniversario de la Encíclica Rerum Novarum de León XIII*. Recuperado de <http://www.vatican.va/content/pius-xi/es/encyclicals/documents/hf_p-xi_enc_19310515_quadragesimo-anno.html>.
- POULAT, É. (1969). *Intégrisme et catholicisme intégral. Un réseau secret international antimoderniste: la "Sapinière" (1909-1921)*. París: Casterman.
- Puño ¿Para golpear con la verdad!* (1962, octubre-noviembre) «M.U.R.O. orienta. ¿Qué es el M.U.R.O.?»», p. 2.
- RIVERA ORTIZ, M. H. (2007). *El estudiantado, una nueva clase social. Acontecimientos cardinales en la historia del estudiantado de la Universidad de Guadalajara en el período 1933-1991*. Ciudad de México: Edición del autor.
- RODRÍGUEZ LÓPEZ, R. (2000). Semblanza histórica de la Universidad Autónoma de Guadalajara. Ponencia presentada en el *Congreso Nacional sobre Historia de la Educación Superior en México*, Tijuana, 8 de noviembre de 2000.
- ROMERO, L. P. (1991). Los sectores medios universitarios y la política en Guadalajara. *Revista Mexicana de Sociología*, 53 (2), 207-221.
- CASO, A. y LOMBARDO TOLEDANO, V. (1973). *Rumbo de la universidad. Testimonio de la polémica Antonio Caso-Lombardo Toledano*. Ciudad de México: Departamento del Distrito Federal. Recuperado de <<https://pirateaydifunder.wixsite.com/librosenpdf/rumbo-de-la-universidad>>.
- SANTIAGO JIMÉNEZ, M. V. (2015a). Anticomunismo católico. Origen y desarrollo del Movimiento Universitario de Renovadora Orientación (MURO), 1962-1975. En C. COLLADO (Coord.). *Las derechas en el México contemporáneo*. Ciudad de México: Instituto Mora.
- (2015b). Julio Meinvielle, tacuaras, los Tecos y El Yunque contra la «infiltración roja». *Cahiers des Amériques latines*, 79. Recuperado de <<https://journals.openedition.org/cal/3630>>.
- (2017). Las revoluciones rusa y mexicana en la visión conspirativa de grupos secreto-reservados mexicanos: Tecos y El Yunque (1934-1964). *Claves. Revista de Historia*, 5. Recuperado de <<http://www.revistaclaves.fhuce.edu.uy/index.php/Claves-FHCE/article/view/155>>.

URÍAS HORCASITAS, B. (2005). Retórica, ficción y espejismo: tres imágenes de un México bolchevique (1920-1940). *Relaciones. Estudios de Historia y Sociedad*, XXVI (101), 261-300. Recuperado de <<https://www.redalyc.org/pdf/137/13710108.pdf>>.

YANKELEVICH, P. (1985). *La educación socialista*. Guadalajara: Departamento de Educación Pública del Estado de Jalisco.

La lucha estudiantil por el ingreso a la Universidad de Buenos Aires durante la última dictadura en Argentina 1976-1983

The Student Struggle for University Admission at Buenos Aires during the last Dictatorship in Argentina 1976-1983

Guadalupe A. Seia¹

Resumen

En el presente artículo analizamos la movilización estudiantil contra las limitaciones impuestas al acceso a la educación universitaria estatal durante la última dictadura en Argentina (1976-1983). Describimos los repertorios de acción colectiva y las modalidades organizativas desplegadas por el estudiantado de la Universidad de Buenos Aires ante una política sistemática de achicamiento de la matrícula en el marco de un plan represivo sin antecedentes contra la militancia política. En este texto reconstruimos el proceso de reactivación estudiantil a lo largo de toda la etapa dictatorial a partir de la organización y movilización por problemáticas como el acceso y la permanencia en la universidad. De este modo, afirmamos la centralidad de las reivindicaciones gremiales en la reorganización del movimiento estudiantil de la UBA, así como también en la construcción de un posicionamiento antidictatorial por parte de los universitarios.

Palabras clave: movimiento estudiantil; dictadura; ingreso; cupos.

Abstract

In this article we analyze the student mobilization against the limitations imposed on access to state university education during the last dictatorship in Argentina (1976-1983). We describe the repertoire of collective action and organization by students at the Universidad de Buenos Aires (University of Buenos Aires) against a reduction enrolment policy developed while political militancy was repressed.

We describe how students restarted organizing and protesting demanding for access to university during the 1976 dictatorship. We underscore the importance of university local problems in the process of student movement reorganization and also, in order to generate anti-dictatorship positions.

Keywords: Student movement; Dictatorship; Access; Restrictions on admission

Recibido: 13/12/2019

Aceptado: 26/3/2020

¹ Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (Conicet); Instituto de Altos Estudios Sociales de la Universidad Nacional de San Martín; guadalupeseia@gmail.com.

Introducción²

Las universidades públicas argentinas comparten, más allá de aquellos aspectos que las diferencian, algunos rasgos fundamentales: la gratuidad, el libre acceso, el cogobierno y la autonomía (Buchbinder y Marquina, 2008). Este modelo de institución de educación superior comenzó a cristalizarse institucionalmente durante la etapa democrática iniciada en 1983. No se trató de una innovación alejada de la tradición histórica de la universidad en nuestro país ni una apuesta de los sectores que se hicieron cargo del poder ejecutivo en ese momento. Por el contrario, estos elementos fundantes de la universidad se constituyeron como tales, en gran medida gracias a la acción del movimiento estudiantil en Argentina (Millán y Seia, 2019).

En Argentina, la gratuidad universitaria fue dispuesta en 1949,³ mientras que el Decreto n.º 29337 de 1949 eliminó el examen de ingreso universitario y dos años después, mediante el Decreto n.º 4493 (Argentina, 1952), se impuso el ingreso irrestricto (Pis Diez, 2019; Mendonça, 2020). Estas medidas tuvieron una notable repercusión en la matrícula universitaria que pasó de 48.284 alumnos en 1946 a 139.000 en 1955 (Buchbinder, 2005). Para 1956, la Argentina tenía ya la mayor matrícula universitaria de América Latina con una tasa de crecimiento anual del 10 %.⁴ Solamente la UBA contaba con 71.823 estudiantes.

A pesar de las transformaciones que tuvieron lugar en las casas de altos estudios a partir del golpe de estado autodenominado como *Revolución Libertadora* (1955), la gratuidad no fue cuestionada a nivel de la legislación hasta 1967 cuando la dictadura de la autodenominada *Revolución Argentina* (1966-1973) sancionó la Ley Orgánica de Universidades Nacionales n.º 17245 (Argentina, 1967). Dicha legislación eliminó el voto de la representación estudiantil en el cogobierno, estableció exámenes y cupos de ingreso y definió a la «gratuidad» como un régimen al que se accedía tras aprobar un número de materias determinado (Pis Diez, 2019). Con ello se procuró regular el crecimiento de la matrícula (Califa y Seia, 2017). Estas medidas se combinaron con una política tardía que buscaba reorientar dicha matrícula entre diversas (algunas nuevas) casas de estudio para descomprimir a las universidades más grandes del país (Mendonça, 2017). A pesar de los objetivos de detener o al menos ralentizar la expansión universitaria en Argentina, el sistema se expandió y la matrícula estudiantil creció, particularmente en casas de estudio como la de Buenos Aires.⁵ Esto ha sido explicado, entre otros factores, debido a la notoriedad y radicalidad que logró la movilización estudiantil contra el llamado *limitacionismo*⁶ (Seia, 2014; Califa y Seia, 2017; Bonavena y Millán, 2008a; 2008b, 2010; Bonavena, 2012), que luego en los años 1973 y 1974 conquistó el ingreso libre para las universidades nacionales (Friedemann, 2019). Así, se alcanzaron cifras récord de matrícula, superando los 400.000 estudiantes a nivel nacional, mientras que en la UBA el estudiantado llegó a ser 166.215 en 1974. En 1976, las Fuerzas Armadas (en adelante FFAA) consideraban que esta tendencia era un «riesgo» para la «seguridad nacional» y debía ser revertida con urgencia.⁷

2 Agradecemos las observaciones y sugerencias realizadas por las/los evaluadores del manuscrito. Las interpretaciones aquí propuestas corren exclusivamente por nuestra cuenta.

3 Ley Universitaria n.º 14.297 (1954) reafirmó la gratuidad (Friedemann, 2019). Para un análisis en profundidad de las implicancias de estas medidas en el sistema universitario argentino, véase el libro compilado por Mauro Benente (2019). Dicho volumen cuenta además con estudios sobre la gratuidad universitaria en Chile, Ecuador y Uruguay.

4 Uruguay tenía una tasa del 8 %, mientras que Costa Rica, Venezuela, Panamá y Chile se ubicaban en torno al 4 % y el 3 % (Mendonça, 2020).

5 La matrícula de la UBA, según la información censal, era de 65.328 en 1964, 79.640 en 1968, 88.628 en 1971, y 94.568 en 1972. Información recuperada de: <<http://www.uba.ar/institucional/censos/series/cuadro.htm>>.

6 Denominación adoptada por las agrupaciones estudiantiles para las restricciones en el acceso y la permanencia a la Universidad.

7 Vale destacar que desde 1975, desde el Ministerio de Educación se habían reinstituído limitaciones al ingreso universitario a través de cupos y otras medidas. El crecimiento «excesivo» del sistema universitario era una preocupación central para las autoridades educativas del gobierno de María Estela Martínez de Perón. El movimiento estudiantil condenó el retro-

En el presente artículo analizamos la respuesta estudiantil a la denominada política de *redimensionamiento* aplicada en la Universidad de Buenos Aires durante la última dictadura (1976-1983). Como hemos señalado sintéticamente, el movimiento estudiantil argentino poseía una importante experiencia y tradición de lucha contra las limitaciones al ingreso universitario. Con ese antecedente nos interrogamos acerca de los posicionamientos y las acciones de las diversas organizaciones estudiantiles y el alumnado en general respecto de la política de restricciones al acceso.

El estudio del proceso de movilización por el ingreso a la UBA nos permite analizar las modalidades de acción y la agenda de reivindicaciones del movimiento estudiantil porteño durante la última dictadura, colaborando en la reconstrucción de su historia reciente. De este modo, avanzamos en complejizar y cuestionar algunos sentidos cristalizados en la memoria colectiva⁸ y también presentes en los estudios académicos de la posdictadura⁹ acerca de la presunta *desaparición* o *inexistencia* de espacios de militancia estudiantil universitaria hasta después de la finalización de la guerra de Malvinas y el inicio de la transición democrática a mediados de 1982. Asimismo, reflexionamos sobre el lugar de las reivindicaciones gremiales en el proceso de rearticulación del movimiento estudiantil y también, su reconfiguración al abordar los modos en que la tradición de lucha por el ingreso fue recuperada en la década de 1980, identificando novedades y continuidades respecto de las experiencias previas de movilización. A partir de este análisis, entonces, matizamos la idea de la reorganización del movimiento estudiantil como un proceso correlacionado exclusivamente con elementos de la esfera política nacional (exógenos a la vida universitaria) durante la llamada transición democrática entre 1982 y 1983.¹⁰ Por último, analizar esta movilización nos brinda herramientas clave para historizar los consensos elementales acerca de la educación pública en la Argentina democrática, entendida como un derecho (Benente, 2019), poniendo en el foco del análisis el papel de uno de los actores fundamentales para su conquista: el movimiento estudiantil.

Este estudio es parte de nuestra tesis doctoral acerca de las reconfiguraciones del movimiento estudiantil de la UBA durante la última dictadura (Seia, 2019). Es producto de un trabajo de triangulación intermetodológica por el que analizamos complementariamente diferentes tipos de fuentes. Por un lado, material estadístico procesado por diferentes reparticiones universitarias y educativas, junto a datos brindados en la prensa periódica de la etapa y sistematizados por nosotros. Por otro lado, el análisis cualitativo de fuentes documentales heterogéneas como publicaciones juveniles de los partidos políticos de izquierda, centros de estudiantes y federaciones, la prensa nacional, normativa universitaria y educativa, etc. y también fuentes orales constituidas por testimonios de estudiantes de la UBA con y sin militancia durante los años de la dictadura.¹¹ Asimismo retomamos y reflexionamos sobre la bibliografía especializada, tanto clásica como reciente.

ceso hacia la «universidad elitista» y se conformó la Comisión Permanente por el Libre Ingreso a la Universidad (Seia, 2018a; Friedemann, 2019).

- 8 Los textos elaborados desde los centros de estudiantes y la Federación Universitaria de Buenos Aires sobre la etapa sostuvieron la idea de un terror generalizado que impuso oscuridad, silencio y disciplinamiento impuesto en los claustros universitarios (Levenberg y Merolla, 1988; Toer, 1988; Gómez, 1995; Dalmazzo, 1997).
- 9 José Joaquín Brunner (1985) declaró la «muerte del Movimiento Estudiantil» producto de la represión perpetrada en el marco de las dictaduras del Cono Sur y de los cambios desplegados en la estructura y funcionamientos de los sistemas universitarios de la región. Pablo Vila (1985) sostuvo que el rock nacional se constituyó como el movimiento social sobre el cual se habían volcado las actitudes críticas o no conformistas hacia el régimen dictatorial ante la supresión de espacios de militancia política, estudiantil y gremial juvenil. Recientemente, Laura Luciani (2017) y Valeria Manzano (2017) han reconstruido los heterogéneos espacios de participación política juvenil en esos mismos años aunque el espacio universitario ha permanecido soslayado en las investigaciones académicas.
- 10 Laura Polak y Juan Carlos Gorbier (1994) han sostenido la refundación del movimiento estudiantil argentino producto del accionar de la agrupación radical Franja Morada en la Universidad de Buenos Aires.
- 11 Los testimonios fueron construidos a partir de entrevistas en profundidad, en su mayoría realizadas por nosotros o bien disponibles en acervos orales de las facultades. La muestra general reúne 58 testimonios de varones (41) y mujeres (17) que cursaron carreras de grado en las facultades de la UBA entre 1974 y 1983, con militancia política universitaria (37 casos)

La Universidad *depurada* y *redimensionada* de Buenos Aires (1976-1983)

En el marco del golpe de estado de 1976, las FFAA y el Ministerio de Cultura y Educación identificaron dos facetas principales del llamado *problema universitario*.¹² Por un lado, la «infiltración comunista» de los claustros, proceso iniciado con la Reforma Universitaria de 1918 y agudizado durante las décadas del sesenta y setenta. Por otro, el *sobredimensionamiento* de las instituciones universitarias, particularmente sus matrículas estudiantiles, y en especial, la de la UBA.

En función de dichas ideas-eje, se desplegaron políticas de carácter abiertamente represivo hacia las universidades ahora intervenidas por las FFAA. Entre las principales estrategias se destacaron la postergación de aquellos artículos de la Ley Universitaria n.º 20654 (Argentina, 1974) que prohibía todo tipo de actividad política o gremial por parte de estudiantes y trabajadores de las casas de estudio; el proceso de *depuración* de las plantas docentes al aplicar legislaciones como las llamadas leyes de *prescindibilidad* y de *seguridad nacional*, y la ilegalización de las agrupaciones universitarias, los centros y las federaciones estudiantiles. Asimismo, las universidades y el estudiantado en particular fueron objeto del plan sistemático represivo organizado y perpetrado por las mismas FFAA, en coordinación con las demás fuerzas represivas del país. Según el Registro Unificado de Víctimas del Terrorismo de Estado (RUVTE), solo para las facultades, 907 personas que trabajaban o estudiaban en la UBA fueron asesinadas o desaparecidas entre el 24 de marzo de 1976 y el 10 de diciembre de 1983.¹³

La política universitaria también tuvo en cuenta el diagnóstico originario. Uno de los principales objetivos del proyecto universitario dictatorial fue el achicamiento de la matrícula estudiantil. Para ello se continuó y agudizó la política de cupos al ingreso re-impuesta en la UBA para el ciclo lectivo de 1975 (Seia, 2018a). A esta política denominada como de «re-dimensionamiento» se sumó el arancelamiento de los estudios de grado a partir de la sanción de la Ley Orgánica de las Universidades Nacionales n.º 22207 en 1980. Dicha legislación, además, buscó institucionalizar el modelo universitario del autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional*: una universidad pequeña, vigilada, despolitizada y disciplinada, a la vez subordinada al Poder Ejecutivo Nacional.

La combinación de estas medidas restrictivas incidió significativamente en la evolución de la matrícula universitaria.¹⁴ En términos generales, la re-instauración de pruebas de ingreso que rechazaban en promedio al 50 % de los aspirantes (a nivel nacional) junto al clima general de deterioro de la labor docente y de investigación contribuyeron a un brusco descenso primero, y a un estancamiento luego de la matrícula, en tanto que paralelamente creció el número absoluto y relativo de inscriptos en las universidades privadas y en los institutos terciarios no universitarios (Cano y Bertoni, 1990). En la UBA, como muestra la Tabla 1, la

y sin militancia (21 casos). Los y las entrevistadas autorizaron a utilizar su nombre y apellido, opción que sostenemos en función de la relevancia de sus trayectorias de militancia. Cuando no brindamos apellido, se trata de un pseudónimo a pedido de la/el entrevistada/o. Para mayores precisiones sobre la muestra y el proceso de construcción de las fuentes orales, véase Seia (2019).

- 12 Para un abordaje en detalle de cada una de las líneas de acción desarrolladas en la UBA por la dictadura, véase Seia (2018a; 2018b; 2017). Laura Rodríguez (2015) propone un abordaje general de la política universitaria de la dictadura, incorporando el estudio de diversas casas de estudio.
- 13 Esta cifra omite las reiteraciones de los nombres de las personas producto de su múltiple pertenencia institucional, para ello consideramos la Identificación Única otorgada en el RUVTE. Agradecemos la colaboración del ingeniero Joaquín Seia en el análisis de los datos.
- 14 La matrícula total del sistema universitario argentino cayó de 518.000 alumnos en 1976 a 394.000 en 1980, para luego recuperarse lentamente y llegar a 416.00 estudiantes en 1983 (Pérez Lindo, 1985, p. 216).

matrícula estudiantil cayó de 146.909 estudiantes en 1976 a 102.766 en 1982.¹⁵ A estas observaciones generales acerca de las consecuencias de la implementación de la política universitaria debemos sumar el análisis de las respuestas del estudiantado.

Tabla 1.

Matrícula, ingresantes, cupos y aspirantes de la Universidad de Buenos Aires (1973-1984)

Año	Matrícula*	Ingresantes**	Cupos***	Aspirantes***
1973	133.272	36.239	Irrestringido	-
1974	166.215	40.535	Irrestringido	-
1975	152.863	30.028	29.000	33.456
1976	146.909	20.789	10.500	27.869
1977	134.224	11.647	13.845	24.983
1978	117.360	11.956	12.380	40.075
1979	114.550	11.163	11.050	46.312
1980	108.387	10.866	9.830	38.473
1981	110.286	11.422	9.830	39.473
1982	102.766	14.526	10.145	41.065
1983	106.793	15.815	9.780	44.884
1984	150.938	40.096	Irrestringido	-

Fuente: elaboración propia.

* Datos brindados por el Dpto. de Información Universitaria, Sec. de Políticas Universitarias, Ministerio de Educación (2018). El censo de la UBA informa que la matrícula de 1980 era de 95.255 estudiantes.

** Datos brindados por la UBA (2018). <<http://www.uba.ar/institucional/censos/series/cuadros.html>>

*** Datos brindados por el diario *La Nación* (1975-1983)

Entre la crítica a los cupos y la organización estudiantil en la Universidad de Buenos Aires (1976-1980)¹⁶

La dictadura del autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional* demonizó a la política en la universidad, identificándola como la causa del «caos y la violencia» que allí se había extendido. La presencia permanente de agentes de la Policía Federal y de las Fuerzas Armadas en las facultades procuró instalar el temor entre el estudiantado.¹⁷ En sus testimonios, los y las militantes universitarios recuerdan las dificultades para generar vínculos de confianza y solidaridad entre compañeros, así como también conversar de temas por fuera de la malla curricular.¹⁸

En ese contexto hostil, el movimiento estudiantil de la UBA, golpeado por la represión, intentó darle cierta continuidad a su actividad aunque las diferentes tendencias políticas atravesaron situaciones hete-

15 Según los datos censales brindados por el rectorado, mientras que en 1972 la UBA tenía 94.568 estudiantes, para 1980 contabilizaban 95.255.

16 En adelante cuando nos referimos a las agrupaciones y los Centros de Estudiantes nos estamos refiriendo a aquellas organizaciones político-gremiales con actividad en la UBA. Del mismo modo cuando nombramos ciertas facultades hacemos referencia a la casa de estudios porteña.

17 Sobre la represión sobre la comunidad de la UBA y las reconfiguraciones de la vida universitaria bajo la intervención durante la última dictadura, véase Seia (2019).

18 Entrevistas a J. P. Paz (FJC), I. Celotto (UJS), V. Cipolla (FM), P. Alabarces (MTU), I. Medina (JUP), realizadas por G. Seia, entre 2015 y 2017.

rogéneas. Mientras que la Juventud Universitaria Peronista (JUP) había sido completamente desarticulada para 1977, las agrupaciones universitarias de la izquierda trotskista y maoísta¹⁹ mantenían su militancia en la clandestinidad. En cambio, las agrupaciones comunistas, socialistas y radicales contaban, a pesar de que algunas de ellas como el Movimiento de Orientación Reformista (MOR)²⁰ también habían sido también ilegalizadas, con cierto aval institucional debido a que sus partidos políticos solo se encontraban suspendidos. Estas últimas agrupaciones estuvieron en mejores condiciones para continuar reuniéndose y también para mantener activos a los Centros de Estudiantes que presidían según los resultados electorales de 1975.²¹ Así, en las Facultades de Ciencias Económicas, Arquitectura, Medicina, Ciencias Exactas y Naturales, Farmacia y Bioquímica, comunistas y radicales desarrollaron actividades de carácter gremial (venta de apuntes, presentación de petitorios) y recreativo (organización de pic-nics, peñas y torneos deportivos).²² Las comisiones directivas se reunían por fuera de los claustros en bares, sedes de los consejos o colegios profesionales o de los partidos políticos no ilegalizados.²³ Según la FJC, en 1977 funcionaban sesenta centros de estudiantes universitarios en Argentina.²⁴

Asimismo, el MOR/FJC y la Franja Morada avanzaron en acuerdos para reorganizar en 1977 la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA). De este espacio también participaron otras tendencias políticas como la Juventud Socialista del Partido Socialista de los Trabajadores (JS/PST), la Juventud Comunista Revolucionaria del Partido Comunista Revolucionario (JCR/PCR), la primera Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista y luego la Unión de Juventudes por el Socialismo del Partido Obrero (TERS-UJS/PO) y el Movimiento Nacional Reformista del Partido Socialista.²⁵ Dichas fuerzas políticas, aunque con distinta presencia en cada facultad, participaron desde 1977 de la conformación de las Comisiones Reorganizadoras de los Centros de Estudiantes allí donde no había habido elecciones en 1975 o bien no había sido posible sostener su funcionamiento luego del golpe de Estado.²⁶ Así se fue entretejiendo una red colaborativa de militantes de las agrupaciones en busca de la legalización del Centro de Estudiantes, el fin de la presencia policial y un número de reivindicaciones gremiales como la ampliación de la oferta horaria de cursada, el incremento del presupuesto para educación, entre otras.²⁷

La cuestión del ingreso fue especialmente denunciada desde dichos espacios debido a que, como se observa en la Tabla 1 y en el Gráfico 1, en Buenos Aires, año a año, miles de jóvenes quedaban afuera de la universidad. Cada comienzo de ciclo lectivo, las agrupaciones de izquierda denunciaban la cantidad de

19 Ente ellas la Tendencia Estudiantil Revolucionaria Socialista (TERS) de Política Obrera, el Frente de Agrupaciones Universitarias de Izquierda (FAUDI) del Partido Comunista Revolucionario, la Juventud Guevarista del Partido Revolucionario de los Trabajadores y las agrupaciones de Vanguardia Comunista y el Partido Socialista de los Trabajadores. Para un análisis de la izquierda estudiantil entre 1982 y 1985, véase Cristal y Seia (2018).

20 Las agrupaciones comunistas abandonaron dicho nombre debido a su ilegalización y también a su «asociación con el pasado». Entrevistas a P. Geli (2015) y D. Campione (2017), militantes comunistas, realizadas por G. Seia.

21 Para un análisis de dicho proceso electoral en la UBA, véase Millán (2018).

22 Entrevistas a J.P. Paz, P. Geli (FJC), 2015; V. Cipolla, F. Storani, L. Luchilo, J. Demichelis (FM), 2017.

23 Por ejemplo, el Colegio Profesional de Ciencias Económicas albergó durante toda la etapa a la Comisión Directiva del CECE (Beltrán, 2013; entrevista a M. Buckley (FM), 2017).

24 En una universidad en crisis, ¿qué hacen los estudiantes?, *Imagen*, 1977, s.p.

25 Vuelve la FUBA, *Opción*, n.º 4, junio de 1978.

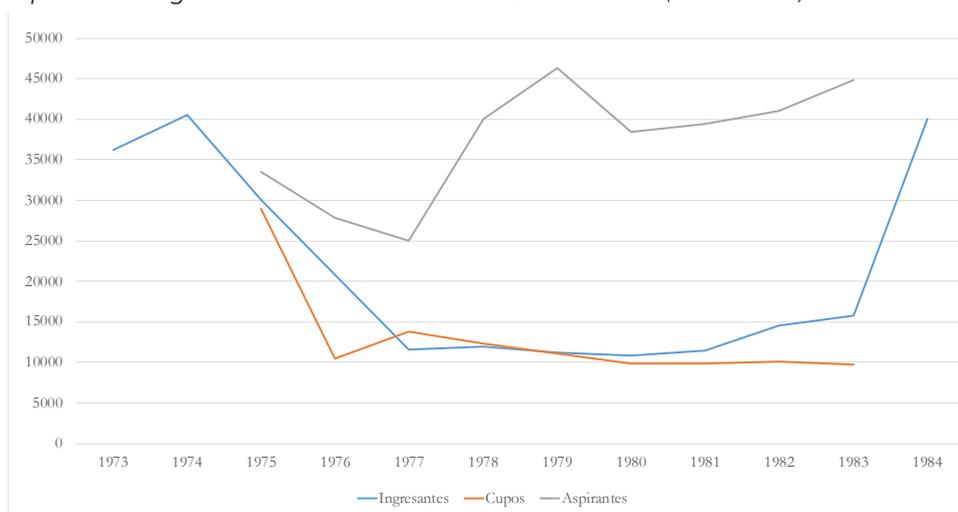
26 En Derecho, la Comisión se constituyó durante el año 1977 con la participación de la FJC, la FM y los sectores universitarios del Partido Intransigente y el PST. En Ingeniería y Filosofía y Letras convivieron dos comisiones por facultad. En la primera estaba la Crecei, orientada por FJC/MOR y la Crecei, vinculada a FM. En la segunda facultad, existía la Crecefyl, orientada por agrupaciones trotskistas, y la Pro-CEFYL, promovida y orientada por la FJC con la participación del peronismo y el radicalismo (*Clarín*, 6/10/1982, s.p.; Gómez, 1995; Dalmazzo, 1995; Polak y Gorbier, 1994).

27 Los olvidos de un ministro, *Imagen*, n.º 14, 21/4-4/5/1978, p. 4; La opinión estudiantil, *Imagen*, n.º 14, 21/4-4/5/1978, p. 4; Catalán: el Martínez de Hoz de la enseñanza, *Opción*, cit.

jóvenes excluidos por los cupos y las dificultades que debían atravesar tanto quienes lograban ingresar como quienes finalmente eran eliminados.²⁸ Al respecto, la Federación Universitaria Argentina (FUA)²⁹ sostenía que argumentar escasez presupuestaria, falta de espacio físico o deficiente formación secundaria de los aspirantes era insuficiente, ya que nada hacían las autoridades educativas para modificar esas situaciones. Esta organización proponía un programa de tres puntos básicos: el ingreso de todos los que aprobaran el examen, la eliminación de los cupos arbitrarios y la publicación de los sistemas de evaluación. Además, planteaba la necesidad de expandir el número y el monto de las becas para garantizar el acceso y la permanencia de los estudiantes, junto al funcionamiento de los comedores, la ampliación de las bibliotecas y la disponibilidad de horarios de cursada adecuados para quienes trabajaban.³⁰

Gráfico 1.

Cupos, aspirantes e ingresantes a la Universidad de Buenos Aires (1973-1984)



Fuente: elaboración propia a partir de datos de diverso origen (Tabla 1).

La situación de los aspirantes era retratada con la imagen del juego de la silla en donde solo había una silla disponible cada cinco aspirantes a ingresar,³¹ estimulando en palabras del comunismo «... la guerra de todos contra todos, fomentando la falsa idea de la salvación individual a través del bruto desembolso al que obligan las academias e institutos privados de preparación».³² Las agrupaciones de izquierda coincidían en

28 Cursos de apoyo y desaliento, *Imagen*, n.º 11, 17/2/1978, p. 4; Vía libre a los que aprueben, *Imagen*, n.º 12, 3/1978, p. 4; Igual que el PRODE, *Imagen*, n.º 13, 6-20/4/1978, p. 5; Universidad: cada vez menos, *Imagen*, n.º 14, 21/4-4/5/1978, pp. 4-5; Vuelve la FUBA, *Opción*, n.º 4, junio de 1978; Por la defensa del movimiento estudiantil, n.º 8, octubre de 1978, s. p.

29 Las organizaciones activas a nivel nacional acordaron reunificar la Federación (se encontraba partida en dos fracciones desde 1971), designar como presidente a Marcelo Marcó de la Franja Morada y conformar una Junta Representativa Unificada de la que también formaban parte el comunismo y el socialismo (Gómez, 1995; Beltrán, 2013). Sobre los debates respecto de la orientación política de la FUA durante la dictadura, véase Seia (2019). A grandes rasgos, la izquierda trotskista denunciaba el *participacionismo* y *dialoguismo* promovido por el comunismo y el radicalismo que dirigían la FUA. A pesar del contexto dictatorial, dichas agrupaciones exigían *romper con la parálisis* para enfrentar la política represiva y *limitacionista* del régimen.

30 Vía libre a los que aprueben, cit. Según el censo de 1980 realizado en la UBA, el 70,6 % de los estudiantes trabajaban. Un 38 % del total de la matrícula estudiantil trabajaba tiempo completo, mientras que el 32,6 % solo lo hacía a tiempo parcial, siendo el horario matutino era la franja horaria con mayor cantidad de estudiantes porteños trabajadores.

31 Cinco por uno, *Aquí y Ahora*, n.º 3, I, 19/3-1/4/1981, p. 10.

32 Esto es elitismo, *Imagen*, n.º 56, 22/2-6/3/1980, pp. 4-5.

denunciar la reducción sistemática de la matrícula estudiantil, con la finalidad de achicar la injerencia presupuestaria, social y política de las universidades públicas. Consideraban que se trataba de un *limitacionismo puro*. Había consenso en caracterizar a la denominada *política limitacionista* como una faceta más de las políticas económicas diseñadas por el ministro Martínez de Hoz: «El ingreso restrictivo no es un ataque contra el ingresante, sino un punto de suma importancia en la adecuación de la universidad al plan económico y por esa vía un ataque a la educación en general».³³

En paralelo, también eran denunciados los problemas específicos de la puesta en marcha de los sistemas ingreso (extensión de los programas, bajo nivel de los cursos, pruebas confusas y tramposas).³⁴ Los cursos, sostenía la Unión de Juventudes por el Socialismo, estaban diseñados con el objetivo de eliminar aspirantes a partir de horarios inaccesibles para quienes trabajaban, doble y triple examen, malos profesores, materias sin relación con las carreras. Denunciaban que las autoridades habían montado «... un monstruoso aparato destinado a desalentar y a quebrar la voluntad del estudiantado».³⁵ En esa línea, la FUBA cuestionaba la política limitacionista que había expulsado de las aulas por medio de «... trabas administrativas, académicas, económicas, políticas y también con la intimidación policial a miles de jóvenes que vieron frustrados sus anhelos de capacitarse y servir al país...».³⁶

Las agrupaciones acordaban en que no había que esperar «milagros ni puertas abiertas», había que «alzar la voz» como única manera para ser escuchados y conquistar el derecho a peticionar para lograr el derecho a estudiar.³⁷ Es por eso que afirmaban la necesidad de promover la acción colectiva del estudiantado a través de la conformación de Comisiones de Aspirantes y la presentación de petitorios a las autoridades educativas.³⁸ Al comenzar la década del ochenta, se fueron multiplicando y consolidando dichos esfuerzos de organización de los ingresantes a la UBA.³⁹ La mayor duración del curso de ingreso en las facultades de Arquitectura, Derecho e Ingeniería⁴⁰ potenció el surgimiento de las comisiones articuladas con el Centro de Estudiantes y las Comisiones Reorganizadoras.⁴¹ Estas comisiones elaboraron petitorios y cartas dirigidos a las autoridades de las facultades:

Sr. Decano: Los jóvenes que queremos ingresar a la universidad nos encontramos ante el problema de la limitación que nos imponen. Esta se manifiesta en el reducido número de cupos que hay para el ingreso [...] Por otro lado los jóvenes que trabajan por razones económicas que podemos considerar ajenas al estudio se ven en inferioridad de condiciones para el ingreso. [...] Y dado que el avance cultural es fundamental para el desarrollo de nuestro país, consideramos que el limitar el acceso a las facultades provocaría una paralización del mismo. Creemos que estudiar es un derecho. Lo que pedimos es justo...⁴²

Otra experiencia destacada de organización para superar las restricciones al ingreso fue el dictado de cursos de preparación para los exámenes paralelos a los oficiales y además gratuitos. Algunos eran impulsados por los Centros de Estudiantes y por las Comisiones Reorganizadoras, pero se destacaron par-

33 Ingreso: prohibido estudiar, *Boletín Universitario*, n.º 2, marzo de 1980, pp. 10-11.

34 Los «chiches» del ingreso, *Imagen*, n.º 72, 11/9-24/9/1980, p. 14.

35 Ingresos 81: organicemos la lucha, *Nueva Generación*, n.º 8, 6/12/1980, p. 7.

36 Democracia en la Universidad, *Aquí y Ahora*, n.º 12, 30/7-12/8/1981, p. 2.

37 La bolilla que faltaba, *Aquí y Ahora*, n.º 2, I, 5/3-18/3/1981, p. 9, Ingresos 81..., cit.; El antiingreso a la universidad, *Opción*, n.º 26, marzo de 1981, p. 8;

38 Petitorio en Psicología, *Opción*, n.º 5, julio de 1978, s.p.

39 Los «chiches» del ingreso, cit., p. 14; Que no se aplique el arancel!, Volante del PST, s/f.

40 Para precisiones sobre el sistema implementado en dichas facultades, véase Seia (2018a).

41 Créalo o no, *Boletín Universitario*, n.º 2, marzo 1980, p. 12.

42 Carta presentada al decano de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo, s/f. También: Cara de la Comisión de Ingresantes de la Facultad de Arquitectura y Urbanismo al decano, 31/3/1981.

ticularmente los ofrecidos por la Comisión Permanente por la Defensa de la Educación (Copede).⁴³ Los estudiantes que concurren a dichos cursos constituyeron la Coordinadora de Ingresantes a la UBA, con cierta primacía en la orientación política, hasta donde hemos podido reconstruir, del Partido Socialista de los Trabajadores (PST).⁴⁴

La movilización estudiantil contra el limitacionismo (1981-1983)

Cuando a fines de 1980 se conoció la sanción de la nueva ley universitaria, la amenaza del arancelamiento se sintió de inmediato entre el estudiantado, y las diversas agrupaciones condenaron esa posibilidad e iniciaron su militancia contra la medida. Al respecto, el Centro de Estudiantes de Arquitectura dirigido por la Franja Morada, sostenía que «La implantación del arancelamiento corresponde al espíritu de la ley universitaria sancionada hace un año, que legaliza el limitacionismo y la falta de democracia en la universidad».⁴⁵ Las organizaciones de la izquierda coincidían en que dicha medida expresaba el carácter «antipopular y antidemocrático» del régimen: si a los crecientes costos de estudiar se sumaba el arancel, el resultado inevitable sería el aumento de la deserción, particularmente entre los sectores de menores recursos. Así, afirmaban, quedaba en jaque la gratuidad de la enseñanza, un derecho garantizado por la constitución nacional.⁴⁶

En la UBA, los aranceles se aplicaron en 1981 y esto potenció la organización estudiantil.⁴⁷ Las agrupaciones, Comisiones y Centros buscaban canalizar el descontento del alumnado y coordinarlo hacia la movilización contra todas las medidas que confluían en una política universitaria limitacionista (Seia, 2020). Dichos esfuerzos tuvieron resultados y el proceso de organización colectiva alcanzó un mayor desarrollo durante ese año. Así, el 17 de setiembre de 1981 se registró una concentración de aproximadamente 150 estudiantes en la calle Lavalle del centro porteño convocada por las comisiones reorganizadoras de las facultades de Ingeniería, Filosofía y Letras, los Centros de Medicina, Ciencias Exactas y Naturales, y Farmacia y Bioquímica, con la adhesión de la FUA y la FUBA. Los cánticos entonados se pronunciaron contra el rector Lucas Lennon, los cupos de ingreso y el arancel.⁴⁸ En octubre, la FUBA convocó a una movilización desde Plaza Houssay (zona de facultades) al Palacio Pizzurno donde se ubicaba el Ministerio de Cultura y Educación para presentarles a las autoridades un petitorio junto con las miles de firmas que lo respaldaban.⁴⁹

43 Copede, Gacetilla de Prensa, 25/10/1981; «Curso gratis de apoyo para el ingreso a la universidad», 1981. Este espacio cuestionó las modalidades y los contenidos evaluados en los exámenes de ingreso así como el arancelamiento de los estudios y el modelo de universidad antidemocrática y sin presupuesto propuesto por la dictadura.

44 A los ingresantes de la UBA, Volante de la Coordinadora de Ingresantes a la UBA, 20/11/1981; Balance sobre el ingreso, Informe PST, noviembre/diciembre de 1981.

45 Volante CEA, 31/3/1981.

46 PST: *Opción*, Se vienen los aranceles, n.º 20, III, junio de 1980, p. 9; Aranceles, ¿educación para todos?, n.º 22, agosto de 1980, p. 9; Plan de lucha FUA, un primer paso, n.º 23, agosto de 1980, p. 9; Universidad 1980: ruido en las aulas, n.º 25, diciembre de 1980, p. 12. FJC: *Imagen*, Ahora a la facultad se va a pagar, n.º 71, 28/8-10/9/1980; ¿Qué se oculta detrás del arancel?, n.º 72, 11/9-24/9/1980; Aspiren nomás, que total el aire es gratis, n.º 77, 20/11-3/12/1981; 75 a 82, n.º 78, 4-16/12/1980. UJS/PO: *Nueva Generación*, Fuera la ley universitaria, n.º 6, junio de 1980; 4 preguntas y respuestas sobre los aranceles, n.º 7, 12/10/1980; La FUA y la lucha contra los aranceles, n.º 8, 6/12/1980.

47 Para un análisis en profundidad de la movilización estudiantil porteña contra el arancel instaurado durante la dictadura, véase Seia (s/f).

48 Estudiantes en las calles, *Aquí y Ahora*, n.º 16, 24/9-7/10/1981.

49 En julio de 1980, la FUA había aprobado un plan de lucha nacional cuyo eje principal era la recolección de firmas para respaldar un petitorio contra el arancel. En la UBA se estimaba haber reunido 4000 firmas, mientras que a nivel nacional, se contabilizaba entre 10.000 y 20.000 firmas. (Otra cosa es con plan de acción, *Imagen*, n.º 69, 31/7-12/8/1980; La FUA en acción, *Imagen*, n.º 74, octubre de 1980; El plan de lucha va, *Imagen*, n.º 77, 20/11-3/12/1981; Balance de estudiantil, Minuta universitaria PST, diciembre de 1980; Informe Estudiantil PST, noviembre de 1981; Informe PCR, diciembre de 1981).

Se trataba de la primera movilización callejera estudiantil en Buenos Aires bajo la dictadura, aunque ya habían tenido lugar otras en Rosario y Córdoba.⁵⁰

El 22 de octubre de 1981, previo a la marcha, se realizó el primer acto público estudiantil en la Facultad de Ciencias Económicas. Se repartieron volantes, se desplegó un cartel y los militantes de las agrupaciones tomaron la palabra.⁵¹ La movilización partió luego desde la Plaza Houssay con una concentración inicial de entre 200 y 300 estudiantes, a los que se fueron sumando otros durante el recorrido. El cartel que encabezaba la columna decía: «Queremos democracia en la universidad. No al arancel. Por la participación». Entre los cánticos se escuchaban «Los centros de estudiantes, unidos y adelante», «Atención, atención, el único camino es la movilización», «FUA-FUBA, la lucha continúa». Estos eran acompañados por aplausos de los observadores y por la vigilancia de la policía.⁵² Una vez en el ministerio, mientras una delegación entregaba el petitorio, se desató la represión policial. Allí, fueron detenidos varios estudiantes, entre ellos Víctor Vicente y Alejandro Mosquera, miembros de la Comisión Reorganizadora del Centro de Estudiantes de Derecho. Los fotógrafos de los medios gráficos también fueron presa de las fuerzas de seguridad.⁵³ Asimismo, hubo detenciones en las inmediaciones de las facultades, entre ellos Juan Pablo Paz, militante comunista en la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales.⁵⁴

La militancia destacó a esta movilización como un momento de suma importancia para la rearticulación del movimiento estudiantil porteño, así como también para su irrupción en la escena pública:

Quando volví a la facultad el bar era un hervidero. La gente preguntaba y participaba en las hablabas por los cursos. Es que la movilización demostró que se puede. Que estuvimos juntos radicales, comunistas, peronistas y de otras corrientes. Que la gente nos rodeó de solidaridad, durante y después de la marcha.⁵⁵

Luego de esta se dieron concentraciones, conferencias de prensa, reuniones que potenciaron los niveles de organización, aunque no se desarrollaron nuevas movilizaciones callejeras.⁵⁶ Esta forma de acción disidente fue una de las primeras acciones de protesta desarrollada por el movimiento estudiantil en Buenos Aires durante la dictadura que adquirió notoriedad pública. Con la movilización, las organizaciones estudiantiles expresaron su rechazo a la política universitaria de la dictadura, cristalizada en la cuestionada ley universitaria.

También es importante considerar que, como podemos observar en la Tabla 1 y el Gráfico 1, en 1980 y 1981 el número de estudiantes que ingresó a las carreras superó en algunos cientos a los cupos previamente establecidos. Por ejemplo, en la Facultad de Filosofía y Letras y en la carrera de Psicología, las Comisiones de Ingresantes celebraron un triunfo contra la «archirreaccionaria y limitativa política de cupos» a través del «viejo y eficaz método de la acción organizada».⁵⁷ Luego de desarrollar una peña y una concentración en la facultad de 150 ingresantes que exigían la revisión de los «bochazos», lograron superar el cupo establecido de

50 Por una gran movilización nacional, *Nueva Generación*, n.º 11, 8/11/1981, p. 2.

51 La movilización del 22 en Capital, *Nueva Generación*, n.º 11, 8/11/1981, p. 3.

52 Grave incidente en un acto estudiantil, *La Nación*, 23/10/1981; Al vasco Burundarena, la vaca le salió toro, *Opción*, n.º 33, IV, noviembre de 1981.

53 La Policía informó sobre la agresión a un fotógrafo, *La Nación*, 24/10/1981.

54 Al vasco Burundarena..., cit.; Declaración de la UJS: Repudiamos la represión policial, Los periodistas se movilizan, *Nueva Generación*, n.º 11, 8/11/1981, p. 2.

55 Habla el estudiante de la foto, *Aquí y Ahora*, n.º 19, octubre/noviembre de 1981.

56 Esto debe ser analizado también considerando que el ciclo lectivo estaba finalizando e, históricamente, eso generaba una merma en la actividad pública del movimiento estudiantil.

57 *Se rompieron los cupos!! Rompamos el arancel!!!*, Volante de las Comisiones contra el arancelamiento de la Comisión Reorganizadora del CEFYL, 1981.

700 e ingresaron 900 estudiantes. Asimismo, se autorizó a quienes habían reprobado el examen de ingreso a cursar como oyentes con la opción de rendir bajo la condición de libres luego.

Es por esto que no es casual que Burundarena-Viola «resuelvan» ampliar los cupos para este año. No es regalo que nos hacen para permitir que más jóvenes podamos estudiar, sino que es el acuse de recibo del golpe dado por cientos de ingresantes contra la política educativa de la dictadura.⁵⁸

En la Facultad de Ciencias Económicas, los ingresantes también conquistaron la revisión de los exámenes y que aquellos que habían aprobado pudieran cursar como oyentes.⁵⁹ A pesar de que las Comisiones de Aspirantes junto con los centros y comisiones reorganizadoras no lograron conquistar el ingreso irrestricto, fueron sobrepasando de hecho los cupos impuestos por las autoridades. Así, estos datos iluminan la trascendencia de la movilización estudiantil por el ingreso en la UBA.

Resulta pertinente insertar a la creciente movilización y organización estudiantil, así como también a dichas conquistas parciales en un contexto político e institucional más amplio. Marina Franco (2018) describe que las nuevas condiciones de mayor distensión política propiciadas por el presidente de facto Roberto Viola durante 1981 implicaron la aparición de cierta opinión pública y una notable activación social.⁶⁰ Así, sostiene, que ese año es recordado como el «renacer» político y cultural posibilitado por la ampliación de libertades y la relajación de la censura. Dicha reactivación política se materializó en el surgimiento de la Multipartidaria⁶¹ y de una creciente movilización sindical opositora, estimulando «... iniciativas, actividades y formas de encuentro social y cultural de ánimo desafiante, cuando no claramente antidictatoriales» (2018, p. 90).⁶² Ante este escenario, la autora propone que en el marco de un proceso de deslegitimación del auto-denominado *Proceso de Reorganización Nacional* iniciado en 1979, 1981 fue el inicio del giro opositor, en el que debemos localizar al activismo estudiantil de la UBA.

Durante los dos años finales de la dictadura, el número de aspirantes a ingresar a la UBA creció notablemente, sobrepasando ampliamente los 40.000 en 1982 y 1983. Los cupos, en cambio, se achicaron.⁶³ Había miles de jóvenes con la inquietud y la voluntad de desarrollar sus estudios universitarios en una institución que se los impedía. A la vez, existía un conjunto de agrupaciones estudiantiles que venía denunciando y apostando a la organización de los aspirantes contra el *limitacionismo* que en el nuevo escenario abierto con la Guerra de Malvinas contó con un mayor margen para la convocatoria y la movilización (Seia, 2020).

El clima de efervescencia y movilización social que generó el inicio de las acciones bélicas también penetró en los claustros a pesar de la presencia de las fuerzas de seguridad y las disposiciones de las autoridades

58 Volante de las Comisiones de la Comisión Reorganizadora del CEFYL, 1981.

59 Lo hecho hasta ahora, *Hoja Estudiantil*, n.º 1, abril de 1981; Por la derogación de los cupos. ¡Por el ingreso irrestricto!, *Nueva Generación*, n.º 11, 8 de noviembre de 1981.

60 En ese marco, las autoridades educativas y universitarias adoptaron una actitud de relativa «liberalización» y «apertura» respecto de la participación estudiantil. En particular, la Secretaría de Asuntos Estudiantiles de la UBA fue comenzó a estimular el surgimiento de espacios de organización estudiantiles bajo su regulación, paralelos a las comisiones, agrupaciones y centros existentes. Asimismo, el clima de «apertura» generó expectativas entre ciertos sectores del movimiento estudiantil y amplió el margen de maniobra en las facultades (Seia, 2019).

61 Espacio de articulación política conformado por diversos partidos políticos (Unión Cívica Radical, Justicialista, Intransigente, Demócrata Cristiano, Movimiento de Integración y Desarrollo) entre 1981 y 1983. Exigía el retorno al Estado de derecho, plena vigencia de la constitución, normalización actividad partidaria y gremial, cronograma de institucionalización, recuperación del salario, establecimiento de convenciones colectivas.

62 Existe un amplio consenso historiográfico al respecto de esta periodización, véase Marcos Novaro y Vicente Palermo (2003), Gabriela Águila (2008). En ese momento cobraron visibilidad expresiones culturales y artísticas por fuera de los límites impuestos desde el Ejecutivo nacional. Se reactivó la realización de recitales de rock) y tuvieron lugar diversos ciclos artísticos como Teatro, Danza y Poesía Abierta o Música Siempre en el espacio público.

63 Véanse la Tabla 1 y el Gráfico 1. Las organizaciones políticas calculaban que a lo largo de la dictadura habían quedado afuera entre 200.000 y 250.000 estudiantes (Es posible ganar: ¡abajo los cupos!, *Prensa Obrera*, n.º 8, marzo de 1983, p. 11; Se entra peleando, *Aquí y Ahora*, n.º 10, marzo de 1983).

universitarias que velaban por el cumplimiento absoluto de los estatutos donde la actividad política estaba prohibida. En las Facultades de Ciencias Económicas, Derecho, Ingeniería, Agronomía, Medicina, Ciencias Exactas y Naturales, Arquitectura los y las militantes aprovecharon la conmoción social para instalarse físicamente con sus mesas y algunos materiales bajo la fachada de recolectar donantes de sangre y donaciones para los combatientes. De este modo, numerosos estudiantes se acercaban a las mesas y les dejaban sus datos de contacto para luego ser convocados a participar de diversas actividades. Coincidimos con Polak y Gorbier (1994) y Pedrosa (2002) que la guerra resultó un disparador para la política en la universidad más allá de la posición que se adoptara frente a ella. Las comisiones, los centros y las agrupaciones utilizaron la coyuntura para legitimar de hecho su existencia y funcionamiento, ampliando el contacto con los estudiantes y ganando referencia entre ellos. El espacio público volvió a incluir reuniones y debates. Con el anuncio de la rendición incondicional de Argentina frente a las tropas británicas el 14 de junio de 1982, este proceso no se interrumpió, sino que se profundizó. Se inició así una nueva etapa para la dictadura, la de la transición institucional signada por una crisis en múltiples niveles y una ascendente movilización, que amplió las posibilidades de los grupos opositores (Águila, 2008).

En septiembre de 1982 la FUA definió un nuevo plan de lucha a nivel nacional en busca del ingreso irrestricto (sin exámenes ni cupos), la gratuidad de la enseñanza universitaria y por la derogación de la Ley n.º 22207 (Argentina, 1980).⁶⁴ El plan incluyó la recolección de firmas en un petitorio que fue presentado ante el Ministerio de Cultura y Educación durante la movilización del 22 de octubre de ese año. La marcha convocada con la consigna «la educación es un derecho, no un privilegio» reunió a 2000 personas.⁶⁵ El año siguiente, la FUA volvió a impulsar un plan de lucha nacional que tuvo una importante repercusión en Rosario, Córdoba, La Plata y Buenos Aires.⁶⁶ El Comité Reorganizador de la FUBA, los Centros de Estudiantes, las agrupaciones, los Cuerpos de Delegados, las Comisiones y la Junta Coordinadora de Ingresantes se movilizaron en dos ocasiones (10 y 22 de marzo) para presentar nuevos petitorios solicitando a las autoridades educativas «ingreso de todos los aspirantes, derogación del sistema cupos y mayor presupuesto». ⁶⁷ Estas movilizaciones contaron con una participación de alrededor de 1.000 personas. Además, los estudiantes fueron acompañados con una delegación de Madres de Plaza de Mayo que exigía la «aparición con vida de los estudiantes desaparecidos». Los cánticos condenaban al ingreso por cupos y se afirmaba «se va a acabar, se va a acabar la dictadura militar», entre otras consignas como «No a los cupos de la dictadura», «unidos por una universidad nacional y popular», «ingreso irrestricto», «Ni olvido ni amnistía, aparición con vida», «Hay que luchar por un ingreso popular», «Examen de ingreso, se va con el proceso», «FUA, FUA, FUA, la lucha continúa». ⁶⁸

64 Enérgico reclamo del movimiento estudiantil, *La Voz*, 7/9/1982.

65 Exposición de la Asesoría de Comunicación Social acerca del accionar de la oposición política y del oponente subversivo sobre el sector estratégico educativo, CRUN, 1982; Parte de Inteligencia 20/82. Asunto: activismo en el ámbito universitario, MCE, 1982; Ratifica la FUA el acto estudiantil del día 22, *La Voz*, 9/10/1982; Comienza una agitada semana por la movilización estudiantil, *La Voz*, 18/10/1982; Primera Concentración de la FUA desde 1976, *La Voz*, 18/9/1982; Petitorio Universitario, *La Voz*, 20/9/1982; Manifestación estudiantil por la derogación de la Ley Universitaria, *La Voz*, 23/10/1982; Entusiasta marcha de estudiantes universitarios, *La Nación*, 23/10/1982.

66 Movilización de la FUA. Ingreso a las universidades, *Clarín*, 15/2/1983.

67 La FUBA convoca a los aspirantes, *Clarín*, 6/3/1983; Masiva solicitud de los aspirantes al ingreso, *Clarín*, 11/3/1983; Marcha de protesta estudiantil, *Clarín*, 23/3/1983; Concentración de universitarios, *Clarín*, 20/3/1983; Aspirantes al ingreso en la UBA realizaron una marcha, *La Nación*, 11/3/1983; El ingreso en la UBA, *La Nación*, 23/3/1983. También: Volante de la JUP, convocatoria a la marcha del 22/3/1983; Volante de firmado por Centros de Estudiantes, Cuerpos de Delegados e Ingresantes de la UBA, marzo de 1983.

68 Propuesta estudiantil, *Clarín*, 15/2/1983; Estudiantes y docentes formulan críticas al ingreso universitario, *La Voz*, 13/1/1983; Exigen el ingreso irrestricto: protesta en Psicología, *La Voz*, 10/4/1983; Se cumplió la marcha de protesta estudiantil, *Tiempo Argentino*, 11/3/1983.

Observamos cómo las consignas estudiantiles se articularon con la lucha anti-dictatorial. Así, las reivindicaciones estudiantiles fueron articulándose en una crítica general a la política universitaria de la dictadura:

En la hora del ocaso definitivo del régimen militar [...] la lucha por el ingreso irrestricto supone la lucha por la democratización general de la universidad y el país.⁶⁹

... democratizar el ingreso a la universidad y la universidad misma no es una reivindicación puramente sectorial. Es un pilar fundamental en la transformación hacia la democracia.⁷⁰

La situación universitaria era entendida como un producto de las orientaciones impuestas en los últimos años. La condena a los cupos y regímenes restrictivos de ingreso y cursada implicaba una crítica a una universidad «elitista», «anti-popular» y «pequeña», «de espaldas al pueblo». En cambio, el movimiento estudiantil reafirmaba el derecho a la educación pública y gratuita, exigiendo el ingreso irrestricto para todos los aspirantes. Con matices, las agrupaciones iban delineando que la «universidad democrática» no debía tener aranceles, cupos ni limitaciones para el ingreso y la permanencia de los jóvenes.

El ingreso universitario, un tema en debate a la salida de la dictadura

El tema del ingreso tomó relevancia también en los medios de comunicación nacionales. La prensa buscó retratar el parecer de aspirantes que no tenían militancia. Entre los jóvenes entrevistados el examen de ingreso era experimentado como un obstáculo difícil de pasar, varios habían rendido más de una vez, generando enorme «frustración». A pesar de ello, estos jóvenes consideraban que el ingreso irrestricto que solicitaban las agrupaciones estudiantiles solo podía ser una solución «de emergencia» para 1983 ya que consideraban que era necesario algún tipo de prueba para medir la capacidad y la voluntad de las personas para completar una carrera: «Debe ser limitado. No todos están para la universidad. Que vaya el que realmente quiere estudiar.» y «El ingreso irrestricto sería un puente al facilismo [...] que se gane lo que se quiere, que haya examen y el que quiera ingresar que lo demuestre».⁷¹ También se encontraban argumentos referidos a que la escasez presupuestaria volvía «imposible» el ingreso irrestricto. Otros jóvenes consideraban que liberalizar el acceso a la educación superior generaría problemas posteriores para conseguir trabajo y que daría «... la oportunidad a los partidos políticos para que descarguen toda su artillería» en las facultades.⁷²

En dichas argumentaciones es posible identificar marcas del discurso de las autoridades educativas y universitarias sobre el problema universitario y el sobredimensionamiento de la matrícula: el crecimiento desmedido generaba politización en los claustros y la falta de trabajo, a la vez que existían limitaciones objetivas para que todos estudien y se volvía necesario «seleccionar a los más capacitados» para no desperdiciar recursos (Seia, 2018a). A pesar de esas coincidencias, los entrevistados no mostraban una identificación con el modelo universitario existente y señalaban fallas en el sistema de ingreso vigente, fundamentalmente aquellas relativas a la duración de los cursos, las materias a evaluar y a la calidad del desempeño docente.

Las notas periodísticas también incluían posicionamientos más matizados respecto de la compleja problemática del acceso a la universidad. Había quienes se expresaban a favor del ingreso irrestricto, pero afirmaban que en ese momento no querían «pensar en política», solo en estudiar para poder entrar. Observamos una actitud compleja: había acuerdo en que todos debían acceder a la universidad, pero en su caso, para hacerlo, debía rendir y aprobar el examen. Así, identificamos el desacuerdo y el cuestionamiento a la política

69 Por el ingreso irrestricto, *Prensa Obrera*, n.º 2, 8/12/1982, p. 10.

70 Se entra peleando, cit.

71 El aplastante camino del ingreso a la universidad, *Tiempo Argentino*, 7/3/1983.

72 El controvertido tema del ingreso a la universidad. ¿Limitado o irrestricto?, *Esquiú*, 5/9/1982.

de ingreso en abstracto y, a la vez, el acatamiento de las «reglas del juego»: «solo ingresan los que estudian, es el único camino».⁷³

Las agrupaciones buscaban dialogar con estas posiciones a favor de las limitaciones en el ingreso para sumar más estudiantes a la movilización. En ese camino, la publicación juvenil del comunismo publicó el relato de un aspirante que marcaba el cambio de opinión a partir del contacto con aspirantes y militantes en la facultad:

La primera vez que vine al curso tenía otra actitud: había que darle poca bola a los demás; era cuestión de matar o morir. Para entrar tenía que sacarme de encima a cuatro. Y te digo que venía bien. Pero de a poco te vas dando cuenta. El enemigo a batir no es ella, ni aquel. Es el que nos impuso esta bestialidad.⁷⁴

Observamos, más allá de los matices, un acuerdo extendido entre el movimiento estudiantil respecto de la necesidad de modificar las pautas de selección vigentes. A la hora de buscar modelos superadores, había un sector estudiantil nucleado en las llamadas agrupaciones «independientes de derecha», conocidas por su cercanía con las autoridades universitarias, que se oponía abiertamente al establecimiento de un ingreso irrestricto:

Pedir en este momento el ingreso irrestricto no sería aportar soluciones sino presentar nuevos problemas a los ya existentes. ¿Qué va a pasar si el día de mañana entran a primer año 7000 alumnos? ¿Cómo los ubicamos en la facultad? ¿Cómo nos aseguramos que tengan una enseñanza adecuada? ¿Quién más que nosotros conoce lo poco rendidor que es estudiar en una facultad sin los medios adecuados?⁷⁵

Por su parte, la liberal Unión para la Apertura Universitaria (UPAU)⁷⁶ también se manifestaba en desacuerdo con el ingreso irrestricto, pero proponía la eliminación de los cupos y el dictado de un curso de nivelación seguido de un examen con contenidos mínimos que en caso de ser aprobado habilitaba al aspirante a cursar la carrera elegida. En su argumentación, ni el Estado, ni la universidad, ni nadie debía imponer a los jóvenes qué y dónde estudiar.⁷⁷

En una postura intermedia, las llamadas agrupaciones «independientes de izquierda» junto con el comunismo tampoco acordaban en la consigna de ingreso irrestricto, pero consideraban que era necesario romper con el sistema vigente para, en democracia, construir nuevos mecanismos para el ingreso y la permanencia en las casas de altos estudios.⁷⁸ En cambio, la FUA conducida por el radicalismo, las agrupaciones trotskistas y las peronistas pregonaban el ingreso irrestricto como la consigna de máxima en pos de la democratización de la universidad. A ellas se sumaban los cuerpos de delegados y comisiones de aspirantes que incorporaban consignas de mínima y por facultad (ingreso para los aprobados, revisión pública de los exámenes).

En función de lo expuesto, es posible pensar que entre el estudiantado sin militancia activa, aquellos aspirantes que no participaban de las comisiones o del cuerpo de delegados, las coincidencias parecen haber sido mayores con las posturas de las agrupaciones «independientes de derecha», como la condena

73 El aplastante camino del ingreso a la universidad, cit.

74 Testimonio de aspirante a la Facultad de Ciencias Exactas y Naturales en Se entra peleando, cit.

75 Fragmento de la plataforma electoral de *Quantum* (Ingeniería, 1982) en Por el ingreso irrestricto, *Prensa Obrera*, n.º 2, 28/12/1982, p. 10. También: Independientes de 7 facultades debate propuestas en *La Nación*, *La Nación*, 18/6/1983; Los independientes convocan a formar un movimiento, *La Nación*, 23/8/1983; Respuestas concretas de una agrupación con un futuro concreto, *Plataforma de Iustum* (Derecho), 1983. Sobre el surgimiento y desarrollo de las llamadas agrupaciones «independientes», véase Seia (2019).

76 Sobre las agrupaciones liberales, véanse Manzano (2018) y Arriondo (2016).

77 Bases programáticas, *Plataforma UPAU*, 1983, pp. 10-11.

78 Por el ingreso irrestricto, cit.; Se entra peleando, cit.; Consigna para triunfar, *Aquí y Ahora*, n.º 11, marzo de 1983.

al «facilismo», la escasez de recursos y la voluntad de mantenerse ajenos a la acción política hasta, por lo menos, alcanzar individualmente la meta del ingreso. Tengamos en cuenta que los aspirantes superaban las cuarenta mil personas, de este modo es factible encontrar una importante proporción volcada hacia este tipo de actitudes. Sin embargo, esta correlación no era lineal y como mostraba la publicación comunista había quienes cambiaban su actitud frente al ingreso. Hubo un sector, importante cualitativamente, que se sumó a las Comisiones, eligió delegados, presentó notas y concurrió a las movilizaciones. Estos esfuerzos tal vez minoritarios cuantitativamente, lograron —como muestran la Tabla 1 y el Gráfico 1— que los cupos se flexibilizaran e ingresaran más estudiantes de lo pautado. Asimismo, esta consigna junto al cuestionamiento al arancel y otras reivindicaciones de tipo gremial posibilitaron la articulación de las acciones colectivas estudiantiles en las facultades y en las calles de Buenos Aires.

La lucha por el ingreso a la universidad: cambios y continuidades

Se ha señalado que la movilización en busca del ingreso a la universidad es un aspecto importante de la experiencia y la tradición político-ideológica del movimiento estudiantil argentino (Millán y Seia, 2019). Ahora bien, ¿cuáles fueron las particularidades de este proceso bajo la última dictadura? ¿Es posible identificar continuidades aún en un contexto signado por el terrorismo de Estado? ¿Cuál es el lugar de los reclamos gremiales con contextos diferentes como estos? Para ensayar algunas respuestas, recuperamos los análisis sobre el caso de la UBA bajo las dictaduras de la autodenominada *Revolución Argentina* (1966-1973) y el llamado *Proceso de Reorganización Nacional* (1976-1983).

En trabajos anteriores (Seia, 2014; Califa y Seia, 2017), hemos sostenido la relevancia de la lucha estudiantil contra el «limitacionismo» y por el «ingreso directo» hacia fines de la década del sesenta y principios de la del setenta, es decir, en el marco de un proceso de radicalización política hacia la izquierda del estudiantado y de un ciclo de movilización estudiantil de carácter global (Barker, 2008). Por un lado, planteamos que dicha movilización fue uno de los factores determinantes para explicar el crecimiento de la matrícula estudiantil porteña entre 1968 y 1974, aún cuando la dictadura impuesta en 1966 se había propuesto la reducción y la desconcentración del alumnado universitario, sobre todo en las grandes casas de estudios como la de Buenos Aires. Por otro, afirmamos que la lucha contra el limitacionismo constituyó un camino fundamental de la militancia reformista y de izquierda para ampliar su inserción entre los universitarios y masificar al movimiento estudiantil como un actor político opositor a la dictadura (Califa y Seia, 2017; Bonavena, Califa y Millán, 2018). Así, las luchas «académico-corporativas de carácter profesional», según la tipología de González Calleja (2005), con reivindicaciones gremiales puntuales por el acceso y la permanencia en las universidades por parte de los estudiantes se fueron articulando en un discurso general contra la dictadura.

La dictadura instaurada por las FFAA en 1976, como vimos, también propugnó reducir cuantitativa y cualitativamente la importancia del estudiantado universitario.⁷⁹ A diferencia de su predecesora, el autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional* fue exitoso en el achicamiento de la matrícula universitaria porteña que cayó sostenidamente entre 1976 y 1982 en el marco de un plan sistemático represivo que interrumpió la movilización social que en las décadas previas había logrado notables niveles de radicalidad.⁸⁰ Hemos descripto cómo la comunidad universitaria y el estudiantado en particular fueron objeto de dicha

79 Para un análisis comparativo entre las políticas universitarias de ambas dictaduras, véase Mendonça y Seia (2015). Millán y Seia (2019) han sostenido que la denominada *Revolución Argentina* impuso un «régimen universitario no democrático de capacidad alta» que fue perdiendo sus capacidades producto de la movilización estudiantil hacia fines de la década de 1960. En cambio, durante los años de la última dictadura el régimen universitario no democrático tuvo éxito en sostener su alta capacidad a lo largo de prácticamente toda la etapa.

80 Colin Barker (2008) describe a partir de mediados de la década del setenta, un ciclo de desmovilización social general y estudiantil en particular, así como también la expansión de posicionamientos conservadores y de abandono de posicionamientos de izquierda.

violencia y disciplinamiento, pero asimismo hemos dado cuenta de que la derrota perpetrada sobre el movimiento estudiantil no fue total ni permanente. En ese sentido, analizado cómo la crítica primero y luego la organización y la movilización contra los cupos en el ingreso universitario fueron claves para la rearticulación y reactivación pública del movimiento estudiantil porteño.

Como primera observación, entonces, debemos señalar la continuidad en la reivindicación estudiantil por el acceso a los estudios superiores. Esta reivindicación gremial también tomó centralidad en las estrategias de las agrupaciones estudiantiles en la búsqueda de reactivar la movilización en las facultades.⁸¹ Como una década atrás las demandas académico-corporativas de carácter profesional por el acceso y la permanencia en las universidades se fueron articulando en un discurso general contra la dictadura. Incluso, se constituyeron como una pieza clave en la construcción de una crítica general a la política universitaria en marcha y hacia el final de la etapa, en el cuestionamiento global al modelo dictatorial de la universidad y para la construcción de un modelo universitario de la democracia. En este sentido, asimismo, es factible observar modalidades a partir de las cuales la participación de los estudiantes en la movilización social (antidictatorial en este caso) no se dio únicamente como producto de tensiones generales sino también por elementos particulares de la vida universitaria.

Sin embargo, la movilización contra el llamado *limitacionismo* durante la última dictadura se trató de una experiencia particular respecto del anterior ciclo de lucha por el ingreso. Respecto de las formas de organización, desde 1980 en la FUBA, los centros, las comisiones reorganizadoras y las agrupaciones estudiantiles,⁸² se estimuló la conformación de comisiones de ingresantes, esta modalidad ya había sido ensayada durante los años de la *Revolución Argentina* cuando había logrado una sólida vinculación entre los ingresantes y el conjunto del movimiento estudiantil, favoreciendo como describe Pablo Bonavena (2012), la politización de los primeros.⁸³ Entre los tipos de acción colectiva desplegados durante la última dictadura por el estudiantado, hasta 1981 primó la presentación ante las autoridades educativas de petitorios acompañados por firmas del estudiantado. Las acciones directas como concentraciones y recitales en las facultades o movilizaciones callejeras comenzaron a desarrollarse a partir de 1981 y se volvieron recurrentes luego de la Guerra de Malvinas.⁸⁴ Como mostramos, las movilizaciones y convocatorias de esa etapa final articularon las reivindicaciones corporativo-escolares con consignas antidictatoriales y con la denuncia de la represión contra los universitarios.

Por último, vale detenerse sobre los modos en que la experiencia de lucha por el ingreso durante la dictadura anterior fue recuperada por las agrupaciones estudiantiles entre 1976 y 1983. Un primer punto, evidente a partir de la reconstrucción empírica realizada, es la recuperación de la denuncia a la llamada *política limitacionista* como consigna y como síntesis de los efectos de la implementación de exámenes y cupos de ingreso, condiciones de regularidad y el arancelamiento. Sin embargo, en las notas publicadas en las publicaciones de la izquierda o la prensa estudiantil no se registra sino hasta la segunda mitad de 1982 la reivindicación de la lucha del movimiento estudiantil contra las limitaciones al acceso universitario de la década anterior:

81 Mediante un análisis cuantitativo, Bonavena, Califa y Millán (2018, p. 85) describen que los reclamos del movimiento estudiantil de la UBA sobre aspectos de la política universitaria fueron los más asiduos entre 1966 y 1975. Desde una perspectiva cualitativa, Califa y Seia (2017) coinciden con dicha preeminencia.

82 Es interesante también marcar la continuidad respecto de la década anterior (1966-1976) de los actores de la vida político-gremial a nivel estudiantil, con una fuerte impronta del reformismo universitario (Seia, 2018b).

83 En los años que analizamos en este artículo no se ha registrado, como sí en la década anterior, la participación de los padres y las madres de los aspirantes en dichas comisiones. Hasta 1982, tampoco hemos registrado asambleas públicas convocadas en las facultades por el tema del ingreso aunque es factible sostener que hubo reuniones y convocatorias para sostener el funcionamiento de las comisiones de ingresantes.

84 No hemos registrado la ocupación estudiantil de los edificios de la UBA entre 1976 y 1983.

De las memorables luchas de ingreso de los años 70, 71, 72, resultaron las modificaciones más significativas en el acceso a las casas de estudio. Fueron el resultado directo de la reorganización y reactivación de los Centros de Estudiantes y Federaciones en esos años y que continuaron en el 73/74. Los antecedentes señalados y los avances logrados por el movimiento estudiantil en el '81 permiten afirmar que la actual lucha de ingreso tiene nuevas y mejores condiciones para alcanzar éxitos.⁸⁵

Observamos que dicha recuperación era enmarcada en el proceso de reorganización de los Centros Estudiantiles que acontecía durante los meses finales de la dictadura. Hasta ese momento, las menciones a las experiencias de movilización estudiantil durante los años sesenta y setenta eran nulas, evidenciando una opción de las diversas tendencias políticas por omitir las referencias a la etapa de radicalización política hacia la izquierda del estudiantado. Siguiendo a Elizabeth Jelin y Diego Sempol, es pertinente considerar para el movimiento estudiantil las «... “condensaciones históricas” de períodos importantes del pasado reciente en el proceso de definir sus estrategias de futuro...» (2006, p. 12) en tanto apropiación simbólica y política de un pasado del que no fueron protagonistas directos y que incluyó tanto recuerdo como olvido desde el presente. Este proceso, describen los autores, en ocasiones implicó el cuestionamiento sobre lo actuado por las generaciones anteriores con efectos para la renovación de las prácticas sociopolíticas. Las organizaciones del movimiento estudiantil porteño, durante la dictadura y la transición democrática, buscaron distanciarse de las experiencias de radicalización estudiantil de los años previos, proponiendo además una crítica a la violencia como metodología de lucha. Dicha argumentación incluyó ya durante el tercer gobierno peronista, la condena a los «terrorismos de ambos signos» por parte de las agrupaciones comunistas y radicales (Cristal, 2017; Millán, 2018; Cristal y Seia, 2018). En ese marco, la lucha por el ingreso durante la dictadura de la *Revolución Argentina* fue recuperada tardíamente y sin alusión al repertorio de protesta ni a posicionamientos ideológicos radicalizados. En cambio, las agrupaciones estudiantiles optaron por reivindicar a la Reforma Universitaria de 1918 bajo una matriz democrático-institucional para configurar los principales rasgos de su renovada identidad político-ideológica (Seia, 2018b) que se articuló con una reivindicación general de la democracia (Cristal, 2018; Vommaro y Blanco, 2018).⁸⁶

A modo de cierre

En este artículo describimos en detalle las diferentes modalidades y etapas de la movilización estudiantil por el ingreso a la UBA durante la última dictadura en Argentina. Asimismo, hemos precisado las críticas y las propuestas para el acceso a la educación superior expresadas por los diferentes sectores políticos del movimiento estudiantil porteño. Esta reconstrucción constituye un aporte en el estudio de la historia reciente de este actor colectivo en tanto permite completar y problematizar los relatos en donde aparecía un *corte* o un *vacío* entre 1976 y 1982, cuando se observa un movimiento estudiantil con presencia pública y con relevancia política en la escena nacional. En efecto, luego del golpe de Estado, las agrupaciones de la UBA buscaron continuar desarrollando su actividad y sus militantes abordaron las diversas problemáticas de la vida estudiantil bajo la intervención. A partir de la acción de esas fuerzas políticas, las organizaciones gremiales (centros y federaciones) tomaron dicha agenda, postulando cuestionamientos hacia el ingreso universitario, uno de los ejes fundamentales de la política educativa del autodenominado *Proceso de Reorganización Nacional*.

85 Ingreso: luchando lo conseguirás, *Aquí y Ahora*, n.º 24, 28/1-17/2/1982.

86 En su trabajo, Yann Cristal (2018) boceta una comparación entre las conmemoraciones del 68 desarrolladas por los movimientos estudiantiles de Argentina, México y Uruguay a fines de la década del ochenta. En esa línea, es interesante considerar las conmemoraciones de los estudiantes asesinados realizadas por la militancia uruguaya (Sempol, 2006) y brasileña (Langland, 2006; Müller, 2016). El estudio desde una perspectiva comparativa de procesos es una de las tareas pendientes del campo de estudios sobre el movimiento estudiantil latinoamericano.

En función de estos señalamientos, nos interesa destacar algunas cuestiones. En primer lugar, hemos dado cuenta cómo la movilización contra las limitaciones al acceso de los estudiantes en la universidad resultó fundamental en el proceso de reorganización estudiantil y para la construcción de un discurso crítico hacia la dictadura. En ese sentido, postulamos la importancia de considerar el estudio de los procesos propios de la dinámica universitaria para comprender el proceso de rearticulación del movimiento estudiantil y construir periodizaciones que contemplen y complementen tanto a los factores políticos nacionales como a los procesos institucionales y propios de la vida universitaria. En segundo lugar, y en relación con lo anterior, sostenemos que el movimiento estudiantil de la UBA se fue rearticulando y reconfigurando a lo largo de toda la etapa dictatorial, y no exclusivamente durante la transición democrática. Limitar el recorte temporal nos hace perder de vista la militancia estudiantil sostenida aún cuando la represión y la vigilancia en los claustros estuvieron en auge, fundamental para la construcción de una agenda de reivindicaciones que cristalizarían como las banderas del movimiento estudiantil en democracia.

Al respecto, el presente artículo colabora en historizar algunas de las principales banderas del movimiento estudiantil argentino. Hemos dado cuenta de la continuidad en la tradición de lucha por el ingreso universitario, a pesar de la búsqueda por parte de la última dictadura de erradicar definitivamente la militancia política estudiantil de las casas de altos estudios de Argentina. El acceso y la permanencia en la educación superior ha sido una problemática constante a lo largo del siglo XX que generó activismo, organización y posibilitó la politización de un segmento del estudiantado. Durante la dictadura y la transición democrática, dicha experiencia de lucha fue recuperada y resignificada por las agrupaciones, apostando a diferenciarse de la militancia de las décadas anteriores. Aun así, el movimiento estudiantil fue «... un actor clave de la política y la vida universitaria al orientar, resistir, condicionar o limitar la puesta en marcha de determinadas políticas/modelos de universidad/educación. Se constituyó como un animador de la educación pública, donde se destaca su contribución a la tradición reformista, a la defensa del libre acceso y la gratuidad» (Millán y Seia, 2019, p. 155).

Para finalizar, nos interesa dejar planteada la necesidad de avanzar en el desarrollo de investigaciones en clave comparativa de los procesos de reorganización de los movimientos estudiantiles de los países del Cono Sur durante las dictaduras inspiradas por la Doctrina de la Seguridad Nacional. Los estudios sobre los diversos casos nacionales nos brindan claves fundamentales para reflexionar acerca de, entre otros aspectos, los ejes en común de las políticas universitarias implementadas, de las problemáticas compartidas por el estudiantado sudamericano, así como también respecto de las particulares tradiciones político-ideológicas de la militancia estudiantil. Mediante esta labor, que necesariamente debemos afrontar colectivamente, será posible delinear aportes analíticos de mayor abstracción acerca de los rasgos del movimiento estudiantil latinoamericano en la segunda mitad del siglo XX.

Bibliografía y fuentes

Referencias bibliográficas

- ÁGUILA, G. (2008). *Dictadura, represión y sociedad en Rosario, 1976/1983. Un estudio sobre la represión y los comportamientos y actitudes sociales en dictadura*. Buenos Aires: Prometeo.
- ARRIONDO, L. (2016). De la UCeDe al PRO. Un recorrido por la trayectoria de los militantes de centro-derecha de la ciudad de Buenos Aires. En: G. VOMMARO y S. MORRESI (Eds.). *Hagamos equipo: PRO y la construcción de la nueva derecha en Argentina*. Los Polvorines: UNGS.
- BARKER, C. (2008). Some Reflections on Student Movements of the 1960s and Early 1970s. *Revista Crítica de Ciências Sociais*, (81). Recuperado de <<https://journals.openedition.org/rccs/646>>.
- BELTRÁN, M. (2013). *La Franja. De la experiencia universitaria al desafío del poder*. Buenos Aires: Aguilar.

- BENENTE, M. (Comp.) (2019). *Donde antes estaba solamente admitido el oligarca: la gratuidad de la educación superior a 70 años*. José C. Paz: Edunpaz.
- BONAVENA, P. (2012). ¿Centros de estudiantes o cuerpos de delegados? La génesis del «doble poder» estudiantil en Buenos Aires durante la década del 70. *V Jornadas de Estudio y Reflexión sobre el Movimiento Estudiantil Argentino y Latinoamericano*. Luján: UNLU.
- y MILLÁN, M. (2008a). Las luchas estudiantiles contra las restricciones en el ingreso a la universidad. Los casos de Buenos Aires, La Plata, Mar del Plata, Santa Fe, Corrientes y San Juan en 1971. *VII Jornadas Nacionales Hacer la Historia*. Córdoba: UNC.
- (2008b). Las luchas estudiantiles por el ingreso irrestricto al sistema Universitario en 1971. *IV Jornadas de Trabajo sobre Historia Reciente*. Rosario: UNR.
- (2010). La lucha del movimiento estudiantil cordobés por el ingreso irrestricto a la Universidad en 1970 y 1971. En: *Estudios sobre la Historia de Córdoba en el siglo XX*. Córdoba: Ferreyra.
- BONAVENA, P.; CALIFA, J. y MILLÁN, M. (2018). ¿Ha muerto la reforma? La acción del movimiento estudiantil porteño durante la larga década de 1966 a 1976. *Archivos de la Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, 6 (12). Recuperado de <<https://www.archivosrevista.com.ar/numeros/index.php/archivos/article/view/39>>.
- BRUNNER, J. (1985). *El movimiento estudiantil ha muerto. Nacen los movimientos estudiantiles*. Material de discusión Flacso, 71. Santiago de Chile: Flacso. Recuperado de <<http://flacsochile.org/biblioteca/pub/memoria/1985/000910.pdf>>.
- BUCHBINDER, P. (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- y MARQUINA, M. (2008). *Masividad, heterogeneidad y fragmentación: el sistema universitario argentino 1983-2008*. Buenos Aires: UNGS-Biblioteca Nacional.
- CALIFA, J. y SEIA, G. (2017). La ampliación del sistema universitario argentino durante la «Revolución Argentina». Un estudio de sus causas a través del caso de la Universidad de Buenos Aires (1969-1973). *A Contracorriente*, 15 (1). Recuperado de <<https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/65793>>.
- CANO, D. y BERTONI, M. (1990). La Educación Superior en la Argentina en los últimos veinte años: tendencias y políticas. *Propuesta Educativa*, 2 (2).
- CRISTAL, Y. (2017). El movimiento estudiantil de la Universidad de Buenos Aires en el final de la última dictadura (1982-83). *Sociohistórica*, (40). Recuperado de <<http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/library?a=d&c=arti&cd=Jpr8075>>.
- (2018). ¿Veinte años no es nada?: Memorias, vínculos y representaciones del 68 en el movimiento estudiantil de la década del 80. En: M. MILLÁN y P. BONAVENA. *Los 68 latinoamericanos. Movimientos estudiantiles, política y cultura en México, Brasil, Uruguay, Chile, Argentina y Colombia*. Buenos Aires: Clacso-IIGG.
- y SEIA, G. (2018). La izquierda estudiantil de la Universidad de Buenos Aires en la transición democrática (1982-1985). *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, (12). doi: 10.46688/ahmoi.n12.40
- DALMAZZO, G. (1997). Línea recta: estudiantes en lucha. *Todo es Historia*, 360, 79-92.
- FRANCO, M. (2018) *El final del silencio, Dictadura, sociedad y derechos humanos en la transición (Argentina, 1979-1983)*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- FRIEDEMANN, S. (2019). Historia de la gratuidad y el ingreso irrestricto en la universidad argentina. El caso de la Universidad Nacional y Popular de Buenos Aires (1973-1974). En: M. BENENTE (Comp.). *Donde antes estaba solamente admitido el oligarca: la gratuidad de la educación superior a 70 años*. José C. Paz: Edunpaz.
- GÓMEZ, A. (1995). *No nos han vencido... Historia del Centro de Estudiantes de Derecho-UBA*. Buenos Aires: Eudeba.
- GONZÁLEZ CALLEJA, E. (2005). Rebelión en las aulas: un siglo de movilizaciones estudiantiles en España 1865-1968, *Ayer*, (59). Recuperado de <<http://www.juntadeandalucia.es/educacion/vscripts/wginer/w/rec/3252.pdf>>.
- JELIN, E. y SEMPOL, D. (Comps.) *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- LANGLAND, V. (2006). “Neste luto começa a luta”: La muerte de estudiantes y la memoria. En: E. JELIN y D. SEMPOL (Comps.). *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- LEVENBERG, R. y MEROLLA, D. (1988). *Un solo grito. Crónica del movimiento estudiantil universitario de 1918 a 1988*. Buenos Aires: FUBA.
- LUCIANI, L. (2017). *Juventud en dictadura: representaciones, políticas y experiencias juveniles en Rosario: 1976-1983*. La Plata: UNLP-UNAM-UNGS.
- MANZANO, V. (2017). *La era de la juventud, Cultura, política y sexualidad desde Perón hasta Videla*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

- MANZANO, V. (2018). Por una universidad agradable y eficiente»: las agrupaciones estudiantiles liberales en la década de 1980. En: D. MAURO y J. ZANCA. *La reforma universitaria cuestionada*. Rosario: HyA ediciones.
- MENDONÇA, M. (2017). *Entre botas y votos. Las políticas universitarias durante la «Revolución Argentina»*. *Del golpe de Estado de 1966 a las elecciones de 1973*. (Tesis Doctoral). Buenos Aires: IDES-UNGS.
- (2020). Apuntes sobre estadísticas de la universidad pública argentina: construcción de series de matrícula, ingresos y egresos, y observaciones sobre su evolución en las últimas cinco décadas. *Revista de Estudios Teóricos y Epistemológicos en Política Educativa*, 5, 1-36. Recuperado de <<https://www.revistas2.uepg.br/index.php/retepe>>.
- y SEIA, G. (2015). Las políticas universitarias en la historia reciente. Continuidades y rupturas durante las dictaduras de 1966-1973 y 1976-1983. *XV Jornadas de Investigación y Docencia de la Escuela de Historia*. Salta: Ieihs.
- MILLÁN, M. (2018). En las últimas casamatas. El movimiento estudiantil de la UBA en 1975. *Estudios*, (40), 93-112. Recuperado de <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6532796>>.
- y SEIA, G. (2019). El movimiento estudiantil como sujeto de conflicto social en Argentina (1871-2019). Apuntes para una mirada de larga duración. *Entramados y Perspectivas*, 9. Recuperado de <<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/entramadosyperspectivas/article/view/4680>>.
- MÜLLER, A. (2016). *O movimento estudantil na Resistência a ditadura militar (1969-1979)*. Río de Janeiro: Garamond.
- NOVARO, M. y PALERMO, V. (2003). *La dictadura militar. (1976-1983). Del golpe de Estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- PEDROSA, F. (2002). La universidad y los estudiantes frente a la dictadura militar. En: R. MARSISKE (Coord.). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*. Ciudad de México: UNAM.
- PÉREZ LINDO, A. (1986). *Universidad, política y sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.
- PIE DIEZ, N. (2019). La supresión del cobro de aranceles universitarios en Argentina (1949/1952/1954). Posiciones y oposiciones en torno a una pieza clave del «modelo peronista de universidad». En M. BENENTE (Comp.). *Donde antes estaba solamente admitido el oligarca: la gratuidad de la educación superior a 70 años*. José C. Paz: Edunpaz.
- POLAK, L. y GORBIER, J. J. (1994). *El movimiento estudiantil argentino (Franja Morada 1976-1986)*. Buenos Aires: CEAL.
- RODRÍGUEZ, L. (2015). *Universidad, peronismo y dictadura. 1973-1983*. Buenos Aires: Prometeo.
- SEIA, G. (2014). La lucha del Movimiento Estudiantil por el ingreso directo: una aproximación al caso de la Universidad de Buenos Aires entre 1969 y 1973. En M. MILLÁN. *Universidad, política y movimiento estudiantil en Argentina, entre la «Revolución Libertadora» y la democracia del '83*. Buenos Aires: Final Abierto.
- (2017). Los intentos de institucionalización y «normalización universitaria» de la última dictadura. Ley universitaria, nuevo estatuto y concursos docentes en el caso de la Universidad de Buenos Aires (1980-1983). *Debate Universitario*, 6 (10). Recuperado de <<http://portalreviesien.uai.edu.ar/ojs/index.php/debate-universitario/article/view/106>>.
- (2018a). La aplicación de la política de «re-dimensionamiento» en la Universidad de Buenos Aires (UBA) durante la última dictadura (1976-1983). *Revista Iberoamericana de Educación Superior*, 9 (25). doi: 10.22201/iisue.20072872e.2019.25.344
- (2018b). La dictadura contra la Reforma Universitaria. Orientación de la política universitaria en la Universidad de Buenos Aires (1976-1983). *Revista Historia de la Educación Latinoamericana*, 20 (30), 193-216. Recuperado de <https://revistas.uptc.edu.co/index.php/historia_educacion_latinoamericana/article/view/8023>.
- (2019). *De la revolución a la reforma. Reconfiguraciones de las formas de militancia estudiantil en la Universidad de Buenos Aires entre 1976 y 1983*. (Tesis de Doctorado). Buenos Aires: UBA.
- (2020). El movimiento estudiantil contra la política universitaria de la última dictadura en Argentina. El caso de la Universidad de Buenos Aires. *Izquierdas*, (49). Recuperado de <http://www.izquierdas.cl/images/pdf/2020/n49/art107_2213_2247.pdf>.
- (s/f). «La educación es un derecho, no un privilegio»: la lucha estudiantil contra el arancel universitario durante la última dictadura en Argentina (1980-1983). *Páginas* [en prensa].
- SEMPOL, D. (2006). De Líber Arce a liberarse. El movimiento estudiantil uruguayo y las conmemoraciones del 14 de agosto (1968-2001). En: E. JELIN y D. SEMPOL (Comps.). *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- TOER, M. (1988). *El movimiento estudiantil de Perón a Alfonsín*. Buenos Aires: CEAL.
- VILA, P. (1985). Rock nacional: crónicas de la resistencia juvenil. En: E. JELIN. *Los nuevos movimientos sociales*. Tomo I. Buenos Aires: CEAL.

VOMMARO, P. y BLANCO, R. (2018). Activismo juvenil en los años ochenta en Argentina. Dos generaciones políticas entre el partido y la universidad. *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 16 (2), 839-852. Recuperado de <http://www.scielo.org.co/scielo.php?pid=S1692-715X2018000200839&script=sci_abstract&tlng=en>.

Fuentes documentales

- ARGENTINA (1949). Decreto n.° 29337. Recuperado de <<https://www.undav.edu.ar/general/recursos/adjuntos/13382.pdf>>.
- (1952). Decreto n.° 4493. Recuperado de <<http://www.bnm.me.gov.ar/gigai/normas/3533.pdf>>.
- (1954). Ley Universitaria n.° 14297. Recuperado de <<http://www.bnm.me.gov.ar/gigai/documentos/EL002752.pdf>>.
- (1967). Ley Orgánica de las Universidades n.° 17245. Recuperado de <<http://www.bnm.me.gov.ar/gigai/documentos/EL002753.pdf>>.
- (1974). Ley Orgánica de las Universidades Nacionales n.° 20654. Recuperado de <<http://www.bnm.me.gov.ar/gigai/normas/3855.pdf>>.
- (1980). Ley Orgánica de las Universidades Nacionales n.° 22207. Recuperado de <<http://www.bnm.me.gov.ar/gigai/documentos/EL002641.pdf>>.
- Diarios *La Prensa*, *La Voz*, *Clarín*, *La Razón*, *Tiempo Argentino*, *La Nación*, años 1982-1983. Recortes seleccionados y agrupados por la Secretaría de Prensa de la UBA.
- Informe del Registro Unificado de Víctimas del Terrorismo de Estado (RUVTE), 2018.
- Informe Universitario del Partido Comunista Revolucionario (PCR), 1981.
- Informes Universitarios del PST, 1981-1983.
- Informes y gacetillas de la Comisión Permanente para la Defensa de la Educación (Copede), 1981-1983.
- Revista *Aquí y Ahora*, órgano de comunicación de la Federación Juvenil Comunista (FJC-PC), 1981-1982.
- Revista *Imagen*, órgano de comunicación de la FJC-PC, 1977-1981.
- Revista *Interacción*, 1978-1983.
- Revista *Nueva Generación*, órgano de comunicación de la Unión de Juventudes por el Socialismo (UJS), 1977-1981.
- Revista *Nueva Juventud*, órgano de comunicación de la Juventud Comunista Revolucionaria (JCR-PCR), 1976-1982.
- Revista *Opción*, órgano de comunicación de la Juventud del PST, 1978-1982.
- Series estadísticas elaboradas por la Secretaría de Políticas Universitarias del Ministerio de Educación de la Nación, 2015.
- Volantes y plataformas estudiantiles UBA, 1976-1983.

Fuentes orales

Entrevistas a Juan Pablo Paz, Ileana Celotto, Víctor Cipolla, Pablo Alabarces, Irma Medina, Patricio Geli, Daniel Campione, Federico Storani, Lucas Luchilo, Jorge Demichelis, Marcelo Buckley. Realizadas por Guadalupe Seia en las ciudades de La Plata y Buenos Aires durante los años 2015 y 2017.

Cuatro caminos de interpretación. Política, izquierda y cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana

Four ways of interpretation. Politics, left and university issue in recent Latin American history

Nicolás Dip¹

Resumen

El presente trabajo pretende dilucidar y debatir cuatro caminos de interpretación para problematizar las relaciones entre política, izquierda y cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana. El objetivo es generar líneas e interrogantes de investigación que den lugar a indagaciones comparativas y conectadas sobre las principales experiencias de politización, radicalización y partidización de estudiantes, profesores e intelectuales en las décadas del sesenta y setenta. De esta manera, el artículo toma como referencia a la Universidad de Buenos Aires, la Universidad de Chile y la Universidad Nacional Autónoma de México, para proponer cuatro rutas de estudio que pueden resumirse en las siguientes ideas: «pensar tensiones entre política y universidad más que primacías», «fortalecer la historia comparativa con una historia conectada», «estudiar 1968 junto a los cincuenta años de 1918» y «concebir al campo de izquierdas en su conjunto». El abordaje de estos núcleos problemáticos busca impulsar nuevos trabajos empíricos sobre la temática a nivel regional.

Palabras clave: política; izquierda; cuestión universitaria; Historia reciente.

Abstract

This work tries to elucidate and debate four ways of interpretation to problematize the relations between politics, the left and the university issue in recent Latin American history. The objective is to generate lines and research questions that give rise to comparative and connected inquiries about the main experiences of politicization, radicalization and partisanship of students, teachers and intellectuals in the 1960s and 1970s. In this way, the article takes as a reference the University of Buenos Aires, the University of Chile and the National Autonomous University of Mexico to propose four study routes that can be summarized in the following ideas: «Think tensions between politics and the university more than primacies», «the comparative history is strengthened with a connected history», «1968 must be studied together with the fifty years of 1918» and «conceive the left field as a whole». The approach to these problematic nuclei seeks to promote new empirical works on the subject at the regional level.

Keywords: politics; left; university issue; recent history.

Recibido: 18/1/2020. **Aceptado:** 5/6/2020

¹ Becario del Programa de Becas Postdoctorales de la Universidad Nacional Autónoma de México, en el Instituto de Investigaciones Sociales, bajo la asesoría del Dr. Sergio Zermeño y García Granados. Correo: nicolasdip88@gmail.com.

Introducción

La primera edición en español de *Trucos del oficio* fue publicada por siglo XXI en 2009. En ella, Howard Becker equipara el trabajo de los científicos sociales con el de los magos. Ambas figuras siguen enfoques, estrategias, técnicas y lecciones para concretar sus fines. Aunque los primeros están obligados a mostrar el detrás de escena de sus trucos y los procedimientos que utilizan en la construcción de conocimiento sobre la sociedad. Una cuestión similar plantea el francés Ivan Jablonka (2016) en la tarea de los historiadores. Versado en la materia, parte de la idea de que las cronologías o los anales no producen conocimiento y que los hechos nunca hablan por sí mismos. Lejos de esta postura positivista, interpela a los investigadores a realizar un socioanálisis que desvele la posición de donde parten y las *ficciones de método* a las que acuden. A estas últimas las entiende como el conjunto de enfoques, hipótesis y conceptos que estructuran, guían y dan sentido al relato historiográfico.

El ejercicio de reflexionar sobre los propios lentes de análisis debe ser una tarea cotidiana de los historiadores, pero adquiere un carácter especial al cumplirse fechas que se estampan como aniversarios. El establecimiento de hitos sobre eventos del pasado es una experiencia ambivalente. Las efemérides muchas veces son acompañadas de relatos estandarizados y oficiales que obturan el debate sobre acontecimientos históricos precedentes, aunque también son oportunidades para desmarcarse de las pautas establecidas y proponer nuevas lecturas de acuerdo con los desafíos del tiempo presente. De esta manera, ante las fechas consagradas los investigadores se encuentran entre el riesgo de clausurar las controversias y la posibilidad de interpelar con enfoques y preguntas novedosas.

Este dilema fue reconocido y asumido por numerosos especialistas al cumplirse el cincuentenario de 1968, una fecha sobrecargada de sentidos y significados. En 2018 se realizaron importantes eventos académicos y culturales en distintos países que interrogaron ese año en dos direcciones: en su dimensión amplia como exponente de los conflictos sociales, políticos y culturales de las décadas del sesenta y setenta, como en su plano más acotado a la activación política de las juventudes, las universidades y los movimientos estudiantiles.² El presente trabajo de investigación pretende retomar esa doble indagación en relación con una geografía y temática específica. La idea es dilucidar y debatir cuatro caminos de interpretación para problematizar las relaciones entre política, izquierda y cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana.³ El objetivo es generar líneas e interrogantes de investigación que den lugar a indagaciones comparativas y conectadas sobre las principales experiencias de politización, radicalización y partidización de estudiantes, profesores e intelectuales en las décadas del sesenta y setenta.

La bibliografía especializada por lo general resalta ese período como un contexto de fuertes protestas e iniciativas políticas en distintas unidades académicas, aunque escasean las indagaciones regionales y transnacionales en la temática. Por esta razón, en este artículo delimitamos cuatro núcleos problemáticos de enfoques, hipótesis y conceptos tomando como referencia a la Universidad de Buenos Aires (UBA), la

2 Entre los principales eventos académicos de 2018 que propusieron discutir el 68 desde una referencia de época más amplia y en temáticas específicas, destacan: el Seminario Internacional «A 50 años del 68. Miradas e interpretaciones desde el Sur», organizado en la Universidad de La República en agosto; el Coloquio Internacional «Los años 1968: sociedad, política y cultura», desarrollado en septiembre en el Instituto de Investigaciones Sociales de la UNAM; el Simposio de Historia de la Educación «La rebelión global de los estudiantes durante el largo '68», realizado en octubre en la Universidad de Valencia; y el Congreso Internacional de Historia Regional «1968: lecturas historiográficas», impartido en diciembre en la Facultad de Historia de la Universidad Autónoma de Sinaloa.

3 Retomamos la definición de cuestión universitaria de Beatriz Sarlo (2001). A su entender, esta problemática tiene una faz académica y una ligada a posicionamientos políticos, dado que implica discutir el perfil de la universidad, pero también su relación con la sociedad, la cultura, la ciencia, los intelectuales y el movimiento estudiantil.

Universidad de Chile (UChile) y la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM).⁴ La selección de casos responde a que en esos años dichas casas de estudio no solo fueron atravesadas por importantes conflictos donde tuvieron protagonismo la intelectualidad, el profesorado y el movimiento estudiantil de izquierda, sino que a la vez se vieron estimuladas por intensos debates comunes a raíz del auge de las ciencias sociales, como de la renovación y expansión del mundo editorial. Con lo cual, el impulso por examinar los encuadres interpretativos, como sugieren Becker (2009) y Jablonka (2016), puede generar insumos para futuros planes de investigación sobre estos temas, aún pendientes en lo que respecta a la historia reciente de América Latina.⁵

Primer camino: pensar tensiones más que primacías

La historia reciente latinoamericana sobre las décadas del sesenta y setenta es compleja. La reiterada separación entre nativos e investigadores aludida por la antropología es una zona difusa.⁶ Si se observa la bibliografía que ha abordado las relaciones entre política, universidad, movimiento estudiantil e intelectuales en esa época, sobresale una nota distintiva. En este campo gravitan lecturas e hipótesis realizadas por ex militantes del período que abordaron retrospectivamente su historia, luego de convertirse en reconocidos intelectuales. Todo historiador versado en la temática conoce los trabajos de Sergio Zermeno (1978), Manuel Antonio Garretón (1985), Oscar Terán (1991) y Beatriz Sarlo (2001). El primero estudió sociología en la UNAM y formó parte del movimiento estudiantil de 1968, donde se desempeñó como inexperto editor de *La Gaceta del CNH*, el medio de comunicación creado a instancias del Consejo Nacional de Huelga. Experiencia que marcó el destino de sus estudios en la Sorbona de París junto a Alain Touraine. El segundo, en cambio, unos años antes presidió la Federación de Estudiantes de la Universidad Católica y protagonizó el proceso de Reforma Universitaria que en Chile despuntó en esa misma casa de estudio. A lo que se sumó su papel en el Centro de Estudios de la Realidad Nacional, una de las usinas intelectuales más comprometidas con el proceso de la Unidad Popular y el gobierno de Salvador Allende (1970-1973). Mientras los dos últimos, graduados en la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA, militaron en sectores de izquierda distanciados del Partido Comunista (PC) y atravesaron las complejas coyunturas abiertas con la dictadura de la *Revolución Argentina* (1966-1973) y el tercer gobierno peronista (1973-1976), sobre las que reflexionaron en revistas político-culturales como *La Rosa Blindada* y *Los Libros*.

El caso de estos cuatro protagonistas devenidos en intérpretes no agota el listado de autores relevantes que comparten esa condición. Pero en la temática que nos ocupa, sus trabajos establecieron una línea de lectura que podría resumirse en la idea de «perdida de especificidad». Más allá de los matices en sus análisis e itinerarios personales, en sus obras puede encontrarse una hipótesis similar: las formas y contenidos que transitaban los grupos politizados, partidizados y radicalizados del movimiento estudiantil, la universidad y el campo intelectual no hicieron más que disolver las problemáticas particulares de esos ámbitos. Desde este razonamiento, no exento de una retrospectiva autocrítica de su trayectoria personal, los pensadores latino-

4 El recorte no parte de la suposición que dichas casas de estudio expresan la totalidad de problemas por integrar la lista de mayor peso en sus respectivos países y en la región durante los sesenta y setenta. Pueden encontrarse otras universidades latinoamericanas relevantes e incluso en las provincias o estados de cada nación hay casos interesantes al respecto.

5 Sobre las deudas pendientes en el campo de la historia reciente en Latinoamérica pueden consultarse los trabajos de Marina Franco y Florencia Levín (2007) o los de Eugenia Allier Montaño y Emilio Crenzel (2015).

6 La zona difusa es producto de la propia especificidad de lo que se conoce como historia reciente o historia del tiempo presente. El español Julio Aróstegui (2004) sostiene que esta no se delimita ni por temáticas, ni por un período histórico. Es una forma de acercamiento a realidades humanas donde aún vive al menos una de las tres generaciones que conocieron de manera directa los hechos. Por esta razón, es un modo de hacer historia que por definición es interdisciplinaria y requiere de una investigación social amplia, que recurra a herramientas de la sociología, la ciencia política, la filosofía y la antropología. Autores destacados como Paul Ricoeur, Maurice Halbwachs, Joel Candau, Tzvetan Todorov, Andreas Huyssen, Reinhart Koselleck y Norbert Elias demuestran esta cuestión.

americanos aludidos coinciden en que la primacía de la política en los años sesenta y setenta fue directamente proporcional a la pérdida de debates específicos sobre lo estudiantil, lo universitario y lo intelectual.⁷

Si se matizan este tipo de hipótesis consagradas puede encontrarse un camino de interpretación diferente que no consiste en negar la centralidad de la política en pos de los debates culturales, sino en entender experiencias y procesos complejos donde esas dimensiones aparecen en tensión. De esta manera, las controversias sobre la cuestión universitaria pueden surgir en contextos de fuertes confrontaciones políticas. En el caso de México y la UNAM, el propio Zermeño en su clásico trabajo (1978) como en su último libro (2018) matiza su lectura general y reconoce que, en la etapa de mayor actividad del movimiento de protesta de 1968, el escritor de izquierda José Revueltas insistió mucho respecto a los problemas internos de la institución universitaria con sus reflexiones sobre la autogestión académica⁸. A esto se suma el panorama abierto a principios de los setenta, con la asunción de Luis Echeverría a la presidencia de la nación (1970-1976) y de Pablo González Casanova a la rectoría de la UNAM. Estudios fuertemente documentados, como los de Imanol Ordorika (1983; 2005) y Germán Álvarez Mendiola (1985), argumentan que en ese período el movimiento estudiantil de izquierda estuvo marcado por la división, el radicalismo y la represión, pero tendió a regresar a los problemas propiamente universitarios que antes de 1968 habían constituido la inquietud principal de sus luchas. Incluso, a los pocos meses de la represión del 10 de julio de 1971, se organizaron mítines donde estaban contemplados los temas sobre universidad, como el Encuentro Nacional de Estudiantes realizado en Sinaloa en enero de 1972 que derivó en el Foro Nacional de Estudiantes de la Ciudad de México en abril de ese mismo año.⁹

La experiencia de Chile también es sugerente al respecto. En 1967 sus casas de estudio fueron convulsionadas por un proceso de Reforma que se inició en la Universidad Católica (UC) y al año siguiente se trasladó a UChile.¹⁰ En contraposición a la lectura general de Garretón, José Ignacio Ponce (2014), en uno de los escasos trabajos sobre la temática, argumenta que las fracciones del movimiento estudiantil y el campo intelectual ligadas al PC delinearon en su discusión con la Democracia Cristiana un proyecto de universidad que tuvo una influencia central en la gesta reformista de la principal unidad académica del país.¹¹ Dos datos importantes apoyan esta hipótesis: el protagonismo de la Facultad de Filosofía y Educación bajo el lide-

7 Los autores citados pueden considerarse al estilo de «clásicos» que estructuran campos de investigación. Desde ya que no son los únicos. Por tomar un ejemplo, Gilberto Guevara Niebla, exdirigente del 68 mexicano, realiza un estudio importante sobre la politización del movimiento el mismo año que Zermeño (1978), pero con menos profundidad y categorías de análisis. Al poco tiempo, Guevara Niebla (1979) desarrolla otra indagación en la que retoma la hipótesis de la centralidad de la política sobre los debates internos de la universidad, aunque con una extensión no comparable al libro de Zermeño.

8 Los trabajos de Revueltas en torno a la universidad fueron compilados póstumamente en *México 68. Juventud y Revolución* (1978). En un libro reciente, el mexicano Héctor Jiménez Guzmán (2018) afirma que aún es una deuda pendiente el estudio de sus reflexiones sobre la temática. Un análisis interesante de Revueltas y la cuestión universitaria es el que realiza la uruguaya Susana Draper (2018) en su propuesta de leer el '68 a contrapelo.

9 Los documentos de ambos encuentros son recopilados contemporáneamente por el comunista Arturo Martínez Nateras en el libro *No queremos apertura, queremos revolución*, editado en 1972 por Ediciones de Cultura Popular. Guevara Niebla (1979), por su parte, reconoce que a principios de los setenta vertientes de izquierda del movimiento estudiantil plantearon programas de Reforma Universitaria e incluso los analiza a través del marxista argentino Juan Carlos Portantiero.

10 La Reforma de la UC puede consultarse en bibliografía diversa (Brunner y Flisfisch, 1983; Cox, 1985; Castillo Velasco 1997, 2008; Allard, 2002; Buono-Core, 2004; San Francisco, 2007; Rubio, 2007; Reyes Gil, 2010), mientras sobre la de UChile se publicaron algunas lecturas tempranas (Vasconi y Reca, 1973; Vasconi y Tieffenberg, 1972a, 1972b; Huneus, 1973, 1988).

11 El trabajo de Ponce (2014) es el más sistemático en este aspecto, aunque una perspectiva similar puede encontrarse en testimonios de militantes de la época (Brodsky, 1988) y algunos análisis que sostienen la idea en términos generales (Cruces, 2008).

razgo del intelectual Hernán Ramírez Necochea para detonar la Reforma¹² y el peso político que congregó la Juventud Comunista, el cual le permitió en 1969 encabezar la lista de la Unidad Popular que destronó a los demócratas cristianos de la conducción de la Federación de Estudiantes de Chile (FECH) tras 14 años de predominio. Dicho sea de paso, ese triunfo debe leerse como unos de los antecedentes de la elección de Allende en 1970 como presidente de la nación, bajo esa misma coalición de izquierda.

Finalmente, Argentina tampoco escapa a la controversia. Estudios pioneros como el de Ana Barletta (2001; 2002) y otros más actuales complejizaron la tesis de Sarlo que equipara la consolidación de la nueva izquierda y el acercamiento de clases medias al peronismo revolucionario con la disolución de la cuestión universitaria. Así, pudieron mostrar que incluso en procesos tan cuestionados como la peronización de estudiantes, docentes e intelectuales, se esbozaron debates que prestaban atención a las particularidades de las universidades y el movimiento estudiantil, como lo atestiguan las Cátedras Nacionales de la Facultad de Filosofía y Letras en medio de la intervención militar de Juan Carlos Onganía. A esto se suma la corta y conflictiva gestión de la UBA que se inició en 1973 con la designación del excomunista Rodolfo Puiggrós como rector-interventor por el gobierno constitucional de Héctor Cámpora.¹³ Durante ese momento, los frentes de masas universitarios de la organización político-militar Montoneros tuvieron un papel importante y discutieron el perfil de las casas de estudio con otros sectores de izquierda, el radicalismo y del mismo peronismo.¹⁴

Las experiencias de México, Chile y Argentina aludidas en los párrafos precedentes expresan un conjunto de casos donde los procesos de politización, partidización y radicalización estuvieron ligados a controversias sobre la cuestión universitaria. Sin embargo, como sostienen adecuadamente Pablo Bonavena y Mariano Millán (2018), aún existe una ausencia significativa de investigaciones que aborden sistemáticamente los vínculos entre movimientos estudiantiles, intelectuales y autoridades universitarias con los sucesos de Reforma y transformación de las casas de estudio en los sesenta y setenta latinoamericanos. Por esta razón, un camino interpretativo que matice hipótesis clásicas como las de Zermeño (1978), Garretón (1985), Terán (1991) y Sarlo (2001), puede impulsar nuevas líneas de análisis sobre interrogantes medulares que hacen a la temática: ¿De qué manera pensaban cambiar las universidades los sectores de izquierda? ¿Solo subsumían los problemas a la idea de revolución, socialismo y tercer mundo o en sus planteos existió una reformulación sobre los roles específicos que debían cumplir las casas de estudio, los intelectuales y el movimiento estudiantil? El enfoque para abordar y generar respuestas a este tipo de preguntas no debe negar la

12 La Facultad de Filosofía y Educación era la más grande de UChile en ese momento y Ramírez Necochea fue un personaje central en la definición de un discurso sobre universidad en el comunismo chileno. En 1964 ya había publicado el libro *El Partido Comunista y la Universidad* en ediciones de la revista *Aurora* y su incorporación a la organización databa desde 1934 (Loyola, 2005).

13 Puiggrós fue uno de los primeros intelectuales del PC argentino en acercarse a Juan Domingo Perón, en los años de sus primeros gobiernos (1946-1955). Tras el derrocamiento del peronismo tuvo un paso por México, donde se desempeñó como periodista y profesor de la UNAM, hasta volver en 1966 a la Argentina. Luego se exilió en México nuevamente en la década del setenta, tras la muerte de Perón (Acha, 2006; Puiggrós, 2010).

14 La peronización es un proceso cuestionado porque existen diferencias en la bibliografía. A pesar de sus matices, una buena parte de las investigaciones señalan que luego de la intervención universitaria de Onganía en 1966 se produjo una peronización de estudiantes, docentes e intelectuales (Pérez Lindo, 1985; Rubinich, 2003; Suasnábar, 2004; Buchbinder, 2005; Barletta y Lenci, 2000; Barletta, 2001, 2002; Sarlo, 2001; Barletta y Tortti, 2002; Burgos, 2004; Gil, 2010; Toribio, 2010). Frente a este tipo de lecturas, análisis recientes cuestionan la existencia de dicho proceso y sostienen que antes de 1973 el peronismo nunca llegó a convertirse en una fuerza de peso en la UBA ni en otras casas de estudio (Millán, 2013a; Bonavena, 2014; Califa, 2015). En nuestra investigación (Dip, 2018a, 2018b), señalamos que si se concibe a dicha experiencia como una adhesión masiva recién fue posible con la aparición de la Juventud Universitaria Peronista (JUP) y la Agrupación Docente Universitaria Peronista (ADUP), los frentes de masas de Montoneros en el ámbito académico, en el contexto de la asunción de Cámpora. Además, explicamos que no se trató de cualquier peronización, sino de un estilo de politización y partidización de izquierda muy específico, tanto en relación con sus antecedentes como al momento de su consolidación.

centralidad de la política, pero sí proponer relaciones más complejas entre esa dimensión y las controversias culturales de esos años.

Segundo camino: una historia comparativa y conectada

De lo escrito en el punto anterior parece deducirse un relato de experiencias y discusiones que corren paralelas, pero no tienen conexiones entre sí. Pero si se pretende llevar adelante una historia comparativa y conectada entre países de la región no puede obviarse el siguiente interrogante: ¿cómo optar por un camino interpretativo que sea capaz de entrelazar los distintos casos, sin desconocer las particularidades que asumieron sus universidades, intelectuales y movimientos estudiantiles? La pregunta está relacionada con la necesidad de pensar una época junto a un espacio transnacional. Como indicamos al inicio, en 2018 se cumplió el cincuentenario de 1968, una fecha que evoca como pocas una geografía verdaderamente global, pero a la vez nos sitúa en la obligación de explicitar qué queremos decir cuando hablamos de ella en diferentes escenarios ¿Existe un '68 latinoamericano? Quizás uno de los principales aportes de las reflexiones académicas realizadas a la luz de los cincuenta años, sea la idea de no concebirlo como una fecha o efeméride fija ocurrida en países como México, Brasil y Uruguay, sino como un conjunto de núcleos problemáticos que atravesaron la sociedad, la política y la cultura de los países de América Latina en las décadas del sesenta y del setenta.

Para abordar ese haz de cuestiones a desentrañar, los investigadores uruguayos Aldo Marchesi (2018, 2019) y Vania Markarian (2019) sugieren dos ejes analíticos en diálogo y debate con el campo de estudio que Eric Zolov definió como los «sesenta globales» (2008, 2014). El primero es la necesidad de seguir un camino inverso al de los historiadores norteamericanos, quienes a la hora de indagar en su sociedad buscaron restituir la dimensión política de una época que había quedado reducida al fenómeno del mercado y la moda. En cambio, al estar las experiencias de la historia reciente latinoamericana muchas veces saturadas en sus interpretaciones políticas e ideológicas, la rehabilitación de sus dimensiones culturales puede sugerir nuevos lazos y preguntas que en ocasiones parecen obturadas. Este ejercicio, a su vez, Marchesi y Markarian sugieren acompañarlo de un segundo postulado que sea capaz de problematizar un enfoque que haga hincapié en la circulación de personas, ideas y debates en los procesos de transformación cultural, movilización social y radicalización política en distintas escalas: desde lo estrictamente nacional hasta lo transnacional, ya sea en el plano regional e incluso hemisférico. A su entender, estos desplazamientos son centrales para proyectar la «geografía de protesta» de una época.¹⁵

Desde estas reflexiones y dimensiones, puede esbozarse un segundo camino de interpretación basado en la idea de que toda historia latinoamericana comparativa es fructífera cuando es acompañada de una mirada que busca intersecciones entre sus casos de análisis¹⁶. En este punto, la preocupación por buscar circulaciones o redes de personas, ideas y debates es central, sobre todo si se intenta indagar los vínculos entre política y cuestión universitaria en un momento de renovación cultural en la producción editorial, donde crecieron las tiradas y vías de distribución (Beigel, 2003). Por esta razón, los libros, las revistas y los periódicos son anclajes relevantes para reconstruir controversias a escala regional. A través de este enfoque

15 En esta perspectiva, proponen el estudio de «circulaciones inversas» de productos culturales, ideas y conocimientos. Su objetivo es visualizar el impacto de América Latina en los ciclos de protesta del primer mundo, ya que a su entender pocas veces la región estuvo tan presente en el imaginario de los sectores movilizadas de izquierda en Europa y Estados Unidos. Además, estos movimientos podrían terminar de dar cuenta de una extraordinaria «geografía global». Sobre estos temas también puede consultarse la entrevista a Markarian en la revista *Universidades* (Dip, 2018c) o el reportaje a Zolov en *Cuadernos Americanos* (Dip, 2020).

16 Como sostienen los especialistas latinoamericanos que han abordado esta cuestión desde una perspectiva teórica-metodológica, la comparación y la perspectiva regional que busca conexiones e intersecciones no deben competir entre sí, sino que son necesariamente complementarias y dialogan como recursos heurísticos y analíticos a la luz de los problemas que construye el investigador (Ansaldi, 1994; Jelin, 2001; Barros, 2007; Bohoslavsky y otros, 2010; Bohoslavsky, 2015).

es posible arriesgar una hipótesis en relación con nuestro tema de estudio: el período que transcurre en América Latina entre fines de los sesenta y principios de los setenta estuvo signado por un *hervidero* de discursos de izquierda sobre cómo encarar la cuestión universitaria. Si se hace un repaso por publicaciones de distinto tipo, puede encontrarse un sinfín de personalidades opinando sobre este punto con un matiz particular. Desde estudiantes, docentes, intelectuales hasta funcionarios y políticos de diversos orígenes y posturas coincidían en que la universidad estaba en crisis y era imperioso modificarla. Aunque las diferencias surgían cuando se diagnosticaban las causas del problema y las soluciones a seguir, existía una lectura común del panorama que los conectaba.

En los casos de Argentina, Chile y México que nos ocupan, pueden citarse múltiples experiencias donde circulaban debates con esa tónica. Desde publicaciones estudiantiles como *Combate* y *Cuadernos Universitarios*, revistas político-culturales como *Antropología 3er. Mundo*, *Envido* y *Punto Crítico*, hasta libros centrados en el tema universidad escritos contemporáneamente por intelectuales de la época, como *Consideraciones sobre la autogestión académica* de José Revueltas (1969), *La universidad en un mundo de tensiones* de Risieri Frondizi (1971), *La Reforma de 1968 en la Universidad de Chile* de Alfredo Jadresic Vargas (1973) y *La universidad del pueblo* de Puiggrós (1974).¹⁷ Además, en esta enumeración no pueden faltar ediciones especializadas impulsadas por gestiones universitarias consideradas más o menos de izquierda. Entre ellas, puede señalarse *Deslinde* y *Aportes para la nueva universidad*. La primera fue publicada por primera vez en 1972 por la rectoría de González Casanova,¹⁸ mientras la siguiente por la intervención de Puiggrós en la UBA en 1973.¹⁹

De todas maneras, encontrar controversias similares entre distintos países no significa necesariamente la materialización de redes y relaciones físicas entre los protagonistas de esos años. Por esta razón, es relevante privilegiar las experiencias donde el debate común también se tradujo en contacto directo. Un ejemplo es la revista argentina *Ciencia Nueva* y su cobertura de 1972 de la «mesa redonda» sobre crisis universitaria latinoamericana que compartieron en Buenos Aires el chileno Jadresic Vargas, el uruguayo Oscar Maggiolo, el brasileño Darcy Ribeiro y los argentinos Fernando Storni y Frondizi. De todos los nombres citados, el que merece una atención especial es el de Ribeiro. El antropólogo y ex militante del PC brasileño combinaba varias características que lo hacían atractivo para los activistas universitarios de entonces. A su prestigio académico internacional por sus estudios antropológicos, sumaba una extensa trayectoria en gestión universitaria que había comenzado en Brasil durante las presidencias de Juscelino Kubitschek y Joao Goulart, y continuado en distintos países de América Latina luego del golpe de Estado de 1964 que lo forzó al exilio; entre los que se destacaba su protagonismo en la Universidad de la República de Uruguay bajo la gestión de Maggiolo²⁰ y su asesoramiento al gobierno de Allende en Chile, además de sus encuentros con la izquierda

17 Frondizi fue rector de la UBA entre 1957 y 1962, mientras Jadresic Vargas tuvo un papel destacado en la Reforma Universitaria de UChile de 1968, protagonismo que le permitió asumir como decano de la Facultad de Medicina.

18 Para Ordorika (2005), a principios de los setenta el movimiento estudiantil había logrado que la UNAM diera un cambio de rumbo ideológico hacia la izquierda, limitando así las oportunidades políticas del ala conservadora de los chavistas, situación que se vio reflejada en el nombramiento de González Casanova como rector.

19 Con el subtítulo de «Cuadernos de Cultura Política Universitaria», *Deslinde* recopiló una serie de documentos sobre la temática de autores europeos y latinoamericanos, que iban desde Jean-Paul Sartre, Herbert Marcuse hasta el ya citado Frondizi y el propio Casanova, entre muchos otros. En cambio, *Aportes para la nueva universidad* tenía menos alcance y estaba acotada a contribuir a la sanción de una nueva ley para reorganizar las casas de estudio tras la asunción de Cámpora en 1973. Sin embargo, esto no le impidió considerar otras propuestas de países vecinos, como el proyecto legislativo presentado por Allende durante su presidencia para impulsar la reforma de la enseñanza superior en Chile.

20 Durante el rectorado de Maggiolo se realizó el Seminario sobre Estructura Universitaria bajo la coordinación de Ribeiro entre junio y agosto de 1967. De esa actividad, resultó la publicación de *La estructura de la Universidad a la hora del cambio* (1968), en la que participan varios profesores de distintas áreas del conocimiento, y de *La universidad latinoamericana* (1968) de Ribeiro, libro que luego fue editado en distintos países de la región con modificaciones y agregados.

peronista en Argentina que incluso se remontaban a los años de las Cátedras Nacionales²¹. Toda esta experiencia quedó plasmada en libros y trabajos que se editaron en esos dos países e incluso en México. En 1971, la Editorial Universitaria de UChile publicó *La universidad latinoamericana*. Un año después la propia revista *Deslinde* de la UNAM difundió un documento escrito por Ribeiro en colaboración titulado *Universidad de planificación social*. Mientras en Argentina, Galerna había distribuido en 1967 *La universidad necesaria* y en 1973 apareció *La universidad nueva. Un proyecto*, cuya edición estuvo a cargo del sello Ciencia Nueva que también editaba la revista homónima.

Este tipo de redes y relaciones concretas entre protagonistas políticos, universitarios e intelectuales de los países que nos ocupan, también podría reconstruirse a partir de otros casos relevantes, como el paso de Puiggrós por México en la primera mitad de los sesenta, donde se desempeñó como periodista y profesor de la UNAM; la breve estadía en Chile que realizaron a principios de la década siguiente los dirigentes estudiantiles del '68 mexicano tras su salida de la cárcel de Lecumberri²² o la visita de Allende a la Universidad de Guadalajara en diciembre de 1972, la cual generó diatribas en la izquierda, ya que el mandatario chileno fue recibido a instancias del presidente Echeverría al poco tiempo de la represión al movimiento estudiantil de la UNAM conocida como El Halconazo.

Desde luego que una simple enumeración de intersecciones no tiene por sí misma potencialidad analítica, pero cambia el panorama cuando son abordadas desde un enfoque interpretativo preocupado por enhebrar circulaciones de personas, debates e ideas en torno a la política y la cuestión universitaria. En este encuadre, podrían generarse interrogantes sobre la temática que permitan establecer comparaciones, como cruces que contribuyan a echar luz sobre particularidades y problemáticas comunes entre los casos de estudio.

Tercer camino: el '68 junto a los cincuenta años de 1918

Concebir a 1968 como un conjunto de núcleos problemáticos comunes entre los países de América Latina en las décadas del sesenta y setenta, no implica negarlo como fecha. Ambos enfoques son compatibles y pueden yuxtaponerse para indagar los vínculos entre política y cuestión universitaria. Si hablamos del '68 como fecha uno de los caminos es pensarlo en relación con la Reforma Universitaria de 1918, ya que en ese año se celebró su cincuentenario, en un momento de fuertes conflictos, lo que implicó en muchos casos una lectura de sus legados y atribuciones. Es que si nos referimos al '18 también puede pensarse en una lectura de corta y larga duración. La primera es la pregunta por la expansión inicial de la experiencia en otros países de Latinoamérica, luego de la gesta inicial en la Universidad de Córdoba de Argentina.²³ En cambio, la segunda implica concebirla en una temporalidad más larga, como hizo Juan Carlos Portantiero al titular la primera edición de su clásico trabajo sobre la temática como *Estudiantes y Revolución en América Latina. De la Reforma Universitaria de 1918 a Fidel Castro*.²⁴

21 Según la socióloga y ex integrante de las Cátedras Nacionales, Alcira Argumedo, en 1971 se dictó la última materia de esta experiencia político-intelectual de la Facultad de Filosofía y Letras de la UBA que se tituló Nación y Estado y estuvo a cargo de Justino O'Farrell. Las concurrencias a esa asignatura fueron masivas y tuvo visitas como las de Ribeiro (Dip, 2018a).

22 Entre los protagonistas del '68 mexicano, también merece una mención Roberto Escudero en este punto, ya que si bien no fue detenido estuvo exiliado en Chile desde 1969 hasta 1971.

23 Existen estudios sobre los distintos significados que se otorgaron a la Reforma de 1918 en los años inmediatos a su surgimiento (Bergel, 2008; Bergel y Martínez Mazzola, 2010; Croce, 2010). Para un análisis de la recepción de la Reforma en México puede consultarse a Pablo Yankelevich (2018).

24 La serie *gabbiani* de la editorial milanese *Il Saggiatore* publicó en enero de 1971 su trabajo *Studenti e rivoluzione nell'America Latina. Dalla Reforma Universitaria del 1918 a Fidel Castro*. Luego en 1978 se reeditó el libro por Siglo Veintiuno Editores, con modificaciones internas y el título *Estudiantes y política en América Latina* (Celentano y Tortti, 2014).

Los tiempos largos abren un tercer camino de interpretación que se podría sintetizar en la idea de *usos de la Reforma*. De esta manera, 1918 tiene que ser estudiado en relación con sus repercusiones iniciales, pero también considerando los significados que se le atribuyeron en décadas posteriores, donde los contextos políticos, sociales y culturales de la región presentaban otras problemáticas. Este tema lo entendió muy bien Silvia Sigal (1991) al concebir la Reforma como una experiencia mixta, con un claro referente institucional -la universidad-, pero con borrosos límites ideológicos. Esta situación le permitió adquirir distintos sentidos en función de coyunturas específicas, como identificar adversarios, nombrar partidarios y aglutinar a diversas fuerzas en su interior. Así, esta idea de abordar cómo se reinterpretó o qué usos se le otorgaron a la Reforma en otros contextos puede ser un enfoque fructífero para pensar la relación entre política, izquierda y cuestión universitaria en los sesenta y setenta latinoamericanos.

Si partimos de 1968 y de los años inmediatamente posteriores pueden bosquejarse dos líneas analíticas en relación con los *usos de la Reforma*: una vinculada a la participación de los estudiantes en los órganos de gobierno y otra a las formas organizativas que debían adoptar las entidades representativas del movimiento estudiantil. Comenzando por la primera dimensión, se pueden señalar cuestiones para cada país. En Argentina y la UBA, el '68 y el cincuentenario de la experiencia reformista no estuvieron signados por grandes protestas, la dictadura de Onganía todavía conservaba un importante consenso social. En este marco, algunos sectores universitarios del peronismo y de la izquierda distanciados del PC empezaron a coincidir en un relato: la Reforma ya era un ideario caduco y por eso era necesario superarla (Dip, 2018a). Sin embargo, esto no impidió reapropiaciones y revalorizaciones llevadas adelante incluso por esos mismos actores. El caso del peronismo de izquierda es el más llamativo, si se tiene en cuenta el histórico enfrentamiento de esta corriente con el reformismo. A fines de los sesenta y sobre todo a principios del decenio entrante, enarboló en revistas como *Antropología 3.º Mundo* y *Envido* un discurso que retomaba la demanda principal del *Manifiesto Liminar* de 1918 sobre la participación política de los estudiantes en los órganos de gobierno. A su entender, ella garantizaba conectar las cuestiones académicas con problemas políticos y sociales más amplios.

UChile, en cambio, durante 1968 atravesó protestas más intensas a raíz de la experiencia reformista. En este contexto, la Juventud Comunista presentó a la Reforma del 18 como un antecedente clave de las luchas universitarias de la época. La importancia dada al tema fue central para los comunistas, dado que su crecimiento frente a la Democracia Cristiana estuvo directamente relacionado con las controversias sobre la participación estudiantil, especialmente por su demanda de que posean 25 % en los organismos colegiados y participen en las elecciones de autoridades.²⁵ Mientras en la UNAM, los universitarios protagonizaron un fuerte movimiento de protesta de alcance nacional, aunque a diferencia de Chile estuvo más orientado hacia el exterior de la universidad, como lo demuestra la relevancia del pliego petitorio del CNH al gobierno de Díaz Ordaz. Sin embargo, a principios de los setenta se fortalecieron las luchas por el cogobierno en las casas de estudio de provincia, lo que trajo repercusiones en la misma UNAM (Álvarez Mendiola, 1985; Rivas Ontiveros, 2007). En este caso, también tuvieron un papel importante los comunistas y sus referencias al legado reformista de 1918.²⁶

La segunda línea de análisis donde pueden problematizarse los *usos de la Reforma* está vinculada a la discusión sobre las formas organizativas del movimiento estudiantil. Aunque surgieron históricamente antes, 1918 quedó asociado al impulso de las federaciones y centros de estudiantes (Buchbinder, 2008). En este

25 Esta cuestión ya había sido un tema de discusión tanto en la Convención de Reforma Universitaria de la FECH de 1966, como en el plebiscito que impulsó la misma federación en 1967 (Yañez, 1999). Pero adquirió un carácter central cuando la Facultad de Filosofía y Educación bajo el liderazgo de Ramírez Necochea transformó de hecho sus reglamentos sobre la base de esos principios y detonó el proceso reformista en UChile en 1968 (Agüero, 1985).

26 Para Álvarez Mendiola (1985), la lucha cogobernista de principios de los setenta tiene una importancia central ya que explicitó aspiraciones de transformación universitaria. La Juventud Comunista tuvo influencia en las universidades de provincia y dirigió las manifestaciones más importantes, como las de Sinaloa y Puebla. En la UNAM, aunque tenía presencia en casi todas las escuelas y facultades, sólo ostentaba una posición dirigente en las escuelas de Economía y Medicina.

punto, algunas referencias son llamativas en las décadas que nos ocupan. En Argentina, los grupos peronistas y de izquierda alejados del PC que a fines de los sesenta sostuvieron la tesis de «caducidad» o «muerte» de la Reforma a la luz de los grandes levantamientos populares como el Cordobazo, relacionaron ese diagnóstico con la ineficacia de sus formas políticas para canalizar la movilización estudiantil, en el contexto de la intervención universitaria decretada por la dictadura de Onganía. Frente a ese panorama, proponían la organización «desde las bases» en cuerpos de delegados. No obstante, en 1973 el peronismo de izquierda emprendió un nuevo viraje y se lanzó por primera vez en su historia a disputar las federaciones y centros de estudiantes, incluso en alianza con sectores del radicalismo y el comunismo, quienes siempre se mantuvieron en la senda de esas formas organizativas. Esta orientación fue la que permitió a la Juventud Universitaria Peronista obtener la conducción de la Federación Universitaria de Buenos Aires (FUBA), hecho inédito ya que en otros tiempos esa misma entidad había sido uno de los símbolos del antiperonismo (Dip, 2018a).²⁷

En Chile, a diferencia de Argentina, las federaciones estudiantiles no fueron proscriptas en los sesenta. Con el gobierno de Eduardo Frei Montalva y luego con Allende siguieron funcionando con vitalidad y auspiciaron importantes debates, como los desatados entre demócrata cristianos y comunistas en la FECH. Además, estos últimos acompañaron la reivindicación del legado de 1918 con la defensa de las federaciones, al considerarlas entidades centrales del movimiento estudiantil.²⁸ Por último, México, en contraste con el caso anterior, puso en primer plano la figura del consejo y comité, tanto con el CNH en 1968 como con el Comité Coordinador de Comités de Lucha (CoCo) a principios de los setenta. Un punto importante son las controversias que entablaron las principales fuerzas que integraban el CoCo en los encuentros estudiantiles nacionales realizados tras la matanza del 10 de junio de 1971. Llamativamente, sectores de izquierda distanciados del PC como el denominado Pregrupo ligado a la revista *Punto Crítico*, proponían edificar una estructura federativa al estilo de Chile y Argentina, mientras que los comunistas se negaban.²⁹ A diferencia de sus pares en los dos países nombrados, defendían como órgano central los comités de lucha y los espacios de base; lo que demuestra que las fuerzas políticas-universitarias nunca deben tomarse como monolíticas, a pesar de identificarse en una misma corriente.³⁰

La introducción a los *usos de la Reforma* en una fecha crucial como 1968 y en sus ramificaciones en los primeros años setenta, otorga varias vetas de análisis comunes para los casos que nos ocupan, sobre todo en lo que refiere al vínculo entre izquierda, política y cuestión universitaria. Si bien en el apartado no hicimos

27 Peronistas, radicales y comunistas acordaron convocar al congreso de la FUBA para el 22 de diciembre de 1973. En las reuniones previas a su realización, la JUP propuso modificar el nombre de la entidad como símbolo de los nuevos tiempos. Para eso, planteó dos opciones: «Federación de la Liberación Nacional» o «Federación de la Reconstrucción Nacional». Los radicales acordaban en que la idea de liberación no sectorizaba y mostraba el cambio de los últimos años, pero a su entender había que incluir una referencia al carácter regional de la entidad. De esta manera, el día 22 en el aula magna de la Facultad de Medicina la FUBA fue rebautizada como Federación Universitaria para la Liberación Nacional de Buenos Aires.

28 La Juventud Comunista tuvo un protagonista central en esos años (Millán, 2013b; Ponce, 2014). Su dirigente Alejandro Rojas presidió la FECH entre 1969 y 1973. Por otra parte, es importante destacar que la Juventud Comunista avanzó en casi todas las universidades. Si para el año 1967 conducía solo una de las 8 grandes federaciones estudiantiles, hacia 1970 tenía presencia en al menos 6 de ellas y encabezaba las dos de carácter nacional: la FECH y la Federación de Estudiantes de la Universidad Técnica (Rojas Wainer, 1988).

29 El estudio de René Rivas Ontiveros (2007) reconstruye en profundidad los debates entre comunistas y el Pregrupo. En este último participaban Álvarez Garín, Gilberto Guevara Niebla, Salvador Martínez Della Rocca y Eduardo Valle. Los cuatro habían estado en la cárcel por su participación en el movimiento de 1968. Asimismo, con la excepción de Martínez Della Rocca, los otros tres dirigentes habían sido miembros de la Juventud Comunista.

30 La posición de la Juventud Comunista en México es llamativa y requiere de una explicación en una comparación y conexión con otros casos regionales, sobre todo si se tiene en cuenta que unos años antes e incluso durante 1968 habían apoyado la construcción de federaciones en entidades como la Central Nacional de Estudiantes Democráticos (CNED). Para una aproximación, pueden consultarse trabajos de ex dirigentes estudiantiles comunistas como Arturo Martínez Nateras (2011) o Joel Ortega Juárez (2006, 2018).

más que generar unas aproximaciones provisorias a la temática, las dimensiones bosquejadas en torno a las resignificaciones de la gesta reformista plantean dos interrogantes importantes. El primero es si se vinculó la demanda de participación de los estudiantes en los órganos de gobierno con proyectos concretos de transformación de las universidades, en el marco de idearios más amplios centrados en la idea de revolución, socialismo y tercer mundo. Mientras el debate sobre las formas organizativas del movimiento estudiantil, suscita la incógnita de si las fuerzas de izquierda valoraban la militancia específica en el ámbito universitario o si esta no era más que una cantera de reclutamiento de cuadros para intervenir en la arena política; aunque en este tema quizás pueden encontrarse puntos intermedios y matices entre ambos polos.

Cuarto camino: el campo de izquierda en su conjunto

La última observación nos lleva a una pregunta recurrente pero no menos importante si hablamos de politización, radicalización y partidización para pensar la cuestión universitaria ¿cómo analizar y caracterizar las fuerzas de izquierda? El riesgo que muchas veces se corre en el estudio de la historia reciente es relatar los sesenta y setenta como un momento de irrupción y predominio de una nueva izquierda sobre los sectores tradicionales del Partido Socialista (PS) y el PC. De esta manera, la época queda retratada de forma esquemática y explicada en un discurso unidireccional, donde la Revolución Cubana es un parte aguas que deja atrás una izquierda moderada, legalista y tradicional, frente a otra que adopta líneas heterodoxas y es más tendiente a la acción directa y la lucha armada.

En buena medida, estas lecturas lineales están dadas por la forma en que se produjeron los debates político-académicos sobre la temática. Los estudios de la historia reciente sobre la nueva izquierda en Argentina tienen un fuerte recorrido y son ilustrativos al respecto. En los ochenta, durante la transición democrática, aparecieron los trabajos pioneros de Claudia Hilb y Daniel Lutzky (1984) y los de María Matilde Ollier (1986, 1989). Sus análisis, influenciados por la teoría de los dos demonios, reducían la nueva izquierda a las organizaciones guerrilleras y a la violencia política. En la década siguiente, el estudio de Terán (1991) matizó este enfoque al hablar de una nueva izquierda intelectual, pero fueron los trabajos de Cristina Tortti (1999a, 1999b, 2009, 2014) los que ampliaron el panorama, al concebirla como un heterogéneo conglomerado de fuerzas políticas, sociales y culturales que provenían de diversas tradiciones y desarrollaban todo tipo de prácticas, no solamente armadas. Así, esta visión otorgó nuevos elementos analíticos y permitió escapar a esa tentación, criticada por Omar Acha (2012), de reducir la historia reciente a una *violentología*.

Sin embargo y a pesar de los avances, en el conjunto de autores nombrados continúa de trasfondo una lectura lineal sobre los sesenta y setenta, en la que lo nuevo se habría impuesto sobre lo viejo. En sus estudios sobre Uruguay, Markarian (2012) llama la atención sobre esta cuestión y sugiere pensar a toda la izquierda como un campo de interacciones múltiples, donde los debates de época interpelaron y reposicionaron a los distintos actores. Por esta razón, en su análisis sobre el '68 muestra como el PC siguió teniendo importancia política e incluso se vio atravesado por la retórica de las nuevas modas culturales juveniles, la acción directa y la violencia. Esta acotación es relevante porque en ella puede encontrarse un cuarto camino interpretativo que busca evitar los relatos lineales y las divisiones tajantes entre las izquierdas. El enfoque es productivo en el tema que nos ocupa, ya que como vimos en los casos de Chile y México, los comunistas universitarios congregaron un peso importante e incluso en Argentina, luego de haber sufrido múltiples divisiones y deserciones en los sesenta, se recuperaron en la década siguiente, con triunfos en las elecciones de centros de estudiantes de 1972 y una activa participación tras el retorno del peronismo al gobierno en 1973, donde muchas veces articularon acciones con los sectores de izquierda del movimiento.

Desde la perspectiva de pensar la gama de izquierdas en su conjunto, pueden delimitarse otros cruces interesantes, como el referido a las formas organizativas del movimiento estudiantil del apartado anterior. En UBA y UChile, los comunistas se mantuvieron alineados a un lenguaje reformista más clásico que optaba

por las federaciones y centros de estudiantes, pero en el caso de UNAM visualizamos que esa misma fuerza optó por los comités de lucha y las instancias de base, ideas asociadas por lo general a la nueva izquierda. En el mismo sentido, sectores del peronismo revolucionario que usualmente se los involucra en este último campo, pasaron de reivindicar los cuerpos de delegados a participar en las elecciones de centros de estudiantes y en las disputas por las federaciones. A esto podrían sumarse otras encrucijadas comunes, como el debate frente a la cuestión universitaria, donde fuerzas *viejas* y *nuevas* terminaron reivindicando la participación política de los estudiantes en el gobierno de las universidades, luego de hacer distintos *usos de la Reforma*. Si se profundizan este tipo de pistas, quizás puedan encontrarse más puentes tendidos de lo que se cree en experiencias de politización, radicalización y partidización que adoptaron distintos estilos y formas, pero muchas veces compartieron o discutieron mismos contenidos.

Como sostiene adecuadamente Mariano Millán (2018) en un trabajo editado por el cincuentenario del '68, el tópico de pensar las izquierdas en su conjunto muestra las diferencias entre América Latina y Europa, pero también con los EEUU, donde varios de los movimientos de la nueva izquierda remarcaban su distancia con el marxismo. Tradicionalmente los analistas ligados a la *New Left Review*, como Gareth Stedman Jones (1970), consideraron que los partidos comunistas eran más un obstáculo que una herramienta para la movilización social. E incluso Immanuel Wallerstein (1989) sostuvo que además se opusieron a los movimientos surgidos en los sesenta. Sin embargo, en trabajos de analistas latinoamericanos, como los ya citados de Markarian (2012) o los del chileno Rivera Tobar (2016), el argentino Juan Sebastián Califa (2016) y los mexicanos Zermeño (1978) y René Rivas Ontiveros (2007), aparecen elementos para matizar ese tipo de hipótesis. Desde este marco, podría profundizarse el estudio sobre los vínculos entre movimientos estudiantiles, núcleos profesoriales, intelectuales y la política de izquierda, pero enriqueciendo el debate con las similitudes y diferencias en torno a la cuestión universitaria que indicamos en el párrafo anterior. Lo que a su vez puede generar aportes para interrogar la existencia de un '68 latinoamericano, trazando un conjunto de núcleos problemáticos entre la sociedad, la política y la cultura de los años sesenta y setenta.

Conclusión

La investigadora mexicana Renate Marsiske (2015) sostiene que el interés sobre la cuestión universitaria aumenta en épocas de revueltas estudiantiles o en los aniversarios de hechos significativos asociados a la institución. En 2018 se cumplió esta aseveración, dado que el centenario de la Reforma de 1918 y los cincuenta años de 1968 potenciaron las controversias sobre estas temáticas en distintos países de la región, aunque también los diagnósticos de las deudas pendientes en el campo de estudios. En lo que respecta al vínculo específico entre política, izquierda y universidad si bien existen importantes producciones bibliográficas que han realizado aportes de diversa índole, aún resta un largo camino en su estudio a nivel latinoamericano. Por esta razón, la sugerencia de Becker y Jablonka de volver sobre los propios lentes de análisis que señalamos al principio del artículo adquiere una importancia especial. La necesidad de generar interrogantes de investigación que impulsen indagaciones comparativas y conectadas a nivel regional está directamente relacionada con el replanteo de las maneras de construir los *objetos de estudio*; práctica que siempre implica un camino de idas y vueltas donde nunca se responde a una receta fija determinada de antemano.

Desde dicha preocupación, en este trabajo repensamos enfoques, hipótesis y conceptos para delimitar cuatro rutas de interpretación entre política, izquierda y cuestión universitaria que pueden resumirse en las siguientes ideas: «pensar tensiones más que primacías», «fortalecer la historia comparativa con una historia conectada», «estudiar 1968 junto a los cincuenta años de 1918» y «concebir al campo de izquierdas en su conjunto». Las frases suenan más a sugerencias y preocupaciones pendientes que a trayectos de análisis cerrados. Sin embargo, es un trabajo productivo sistematizar caminos de investigación que en el futuro pueden dar a origen a nuevas indagaciones empíricas sobre la temática.

Referencias bibliográficas

- ACHA, O. (2006). *La nación futura: Rodolfo Puiggrós en las encrucijadas argentinas del siglo XX*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2012). *Un revisionismo histórico de izquierda y otros ensayos de política intelectual*. Buenos Aires: Ediciones Herramienta.
- AGÜERO, F. (1985). «La Reforma en la Universidad de Chile» en M. GARRETÓN y J. MARTÍNEZ (Dirs.). *Biblioteca del Movimiento estudiantil*. Tomo III. Santiago de Chile: Ediciones Sur.
- ALLARD, R. (2002). *35 años después. Visión retrospectiva de la Reforma 1967-1973 en la Universidad Católica de Valparaíso*. Santiago de Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso PUCV.
- ALLIER MONTAÑO, E. y CRENZEL, E. (2015) (Coords.). *Las luchas por la memoria en América Latina*. Ciudad de México: IIS-UNAM.
- ÁLVAREZ MENDIOLA, G. (1985). El movimiento estudiantil en la UNAM, 1969-1972. Los años de la desesperanza y la reanimación. *Foro Universitario*, (61).
- ANSALDI, W. (1994) (Comp.). *Historia/Sociología/Sociología histórica*. Buenos Aires: CEAL.
- ARÓSTEGUI, J. (2004). *La historia vivida. Sobre la historia del presente*. Madrid: Alianza Editorial.
- BARLETTA, A. M. (2001). Peronización de los universitarios (1966-1973). *Pensamiento Universitario*, (9). doi:10.30972/fhn.0292431.
- (2002). Una izquierda universitaria peronista (1968-1973). *Prismas*, (6). Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.9662/pr.9662.pdf>.
- y LENCI, M. L. (2000). Politización de las ciencias sociales en Argentina. El caso de la revista *Antropología 3er. Mundo. Sociohistórica*, (8). Recuperado de <<https://www.sociohistorica.fahce.unlp.edu.ar/article/download/SHno8a06/1834>>.
- BARLETTA, A. M. y TORTTI, M. C. (2002). Desperonización y peronización en la universidad en los comienzos de la partidización de la vida universitaria. En P. KROTSCH (Coord.). *La universidad cautiva. Legados, marcas y horizontes*. La Plata: Ed. al Margen.
- BARROS, J. (2007). Historia comparada. Um novo modo de ver e fazer a História. *Revista de Historia Comparada*, 1 (1). Recuperado de <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=4813084>>.
- BECKER, H. (2009). *Trucos del oficio. Cómo conducir su investigación en ciencias sociales*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- BEIGEL, F. (2003). Las revistas culturales como documento de la historia latinoamericana. *Utopía y Praxis Latinoamericana*, (20).
- BERGEL, M. (2008). Latinoamérica desde abajo. Las redes transnacionales de la Reforma Universitaria (1918-1930). En E. SADER, H. ABOITES y P. GENTILI (Eds.). *La Reforma Universitaria. Desafíos y perspectivas noventa años después*. Buenos Aires: Clacso.
- y MARTÍNEZ MAZZOLA, R. (2010). América Latina como práctica. Modos de sociabilidad intelectual de los reformistas. En C. ALTAMIRANO (Comp.). *Historia de los intelectuales en América Latina*. Tomo II. Buenos Aires: Katz.
- BOHOSLAVSKY, E. (2015). América Latina (1950-1989): perspectivas desde la historia comparada. *Quinto Sol*, 19 (1). Recuperado de <<http://170.210.120.129/index.php/quintosol/article/view/962/1580>>.
- FRANCO, M.; IGLESIAS, M. y LVOVICH, D. (2010). *Problemas de historia reciente del Cono Sur*, Vol. I. Buenos Aires: Prometeo.
- BONAVENTA, P. (2014). Los estudiantes universitarios peronista. Del golpe de Onganía a los «azos» del '69. *V Jornadas de estudio y reflexión sobre el movimiento estudiantil argentino y latinoamericano*, Universidad Nacional de Mar del Plata.
- y MILLÁN, M. (2018) (Eds.). El '68 latinoamericano. A 50 años de Tlatelolco. Movimientos estudiantiles, política, cultura, historia y memoria. Buenos Aires: Clacso/IGG.
- BRODSKY, R. (1988). *Conversaciones con la FECH*. Santiago de Chile: CESOC.
- BRUNNER, J. J. y FLISFISCH, A. (1983). Concepciones de Universidad en la Reforma de la Universidad Católica de Chile. En: *Los intelectuales y las instituciones de la cultura*. Santiago, Chile: Flacso.
- BUCHBINDER, P. (2005). *Historia de las universidades argentinas*. Buenos Aires: Sudamericana.
- (2008). ¿La revolución en los claustros? La Reforma Universitaria de 1918. Buenos Aires: Sudamericana.
- BUONO-CORE, R. (2004). Desde la transición a la reforma, 1964-1973. En R. Urbina y R. Buono-Core. *Un espíritu, una identidad. Pontificia Universidad Católica de Valparaíso. Desde su fundación hasta la reforma. 1928-1972*. Santiago de Chile: Ediciones Universitarias de Valparaíso PUCV.
- BURGOS, R. (2004). *Los gramscianos argentinos*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.

- CALIFA, J. S. (2015). El peronismo en la UBA durante la Rev. Argentina. *VIII Jornadas Jóvenes Investigadores, Instituto Gino Germani*, UBA, Facultad de Ciencias Sociales.
- (2016). A la Universidad con banderas reformistas. Los comunistas y la reconquista de la Universidad de Buenos Aires, 1968-1972. *E-L@TINA. Revista Electrónica de Estudios Latinoamericanos*, 14. Recuperado de <<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/latina/article/view/1947>>.
- CASTILLO VELASCO, F. (1997). Los tiempos que hacen el presente. Historia de un Rectorado 1967-1973. Santiago de Chile: LOM-ARCIS.
- (2008). *Lecciones del tiempo vivido*. Santiago de Chile: Editorial Catalonia.
- CELENTANO, A. y TORTTI, M. C. (2014). Estudiantes, izquierda y peronismo en la Argentina. En M. C. TORTTI (Dir.). *La nueva izquierda argentina (1955-1976): socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- COX, C. (1985). *La reforma en la Universidad Católica de Chile*. Chile: Ediciones Sur, Biblioteca del Movimiento Estudiantil.
- CROCE, M. (2010). La Reforma Universitaria: de Córdoba a Lima y La Habana. En: M. CROCE (Comp.). *Latinoamericanismo. Historia intelectual de una geografía inestable*. Buenos Aires: Simurg.
- CRUCES, N. (2008). *Apuntes para una historia del movimiento estudiantil chileno*. Santiago de Chile: Centro de Estudios Miguel Enríquez
- DIP, N. (2018a). *Libros y alpargatas. La peronización de estudiantes, docentes e intelectuales de la UBA (1966-1974)*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- (2018b). Un proyecto para la universidad. De la revista *Envido* a la JUP y ADUP 1972-1973. *Historia de la Educación. Anuario*, 18.
- (2018c). Entre la Reforma Universitaria y el 68 latinoamericano. Entrevista a la historiadora Vania Markarian. *Universidades*, LXLX, Nueva Época, (78). Recuperado de <http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/art_revistas/pr.10596/pr.10596.pdf>.
- (2020). La nueva izquierda en Estados Unidos y América Latina: miradas de Eric Zolov. *Cuadernos Americanos*, Nueva Época, (171). Recuperado de <<http://www.cialc.unam.mx/cuadamer/textos/car71-127.pdf>>.
- DRAPER, S. (2018). *México 1968. Experimentos de la libertad. Constelaciones de la Democracia*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- FRANCO, M. y LEVÍN, F. (2007) (Comps.). *Historia reciente. Perspectivas y desafíos para un campo en construcción*. Buenos Aires: Paidós.
- FRONDIZI, R. (1971). La universidad en un mundo de tensiones. Buenos Aires: Eudeba.
- GARRETÓN, M. A. y MARTÍNEZ, J. (1985). *Biblioteca del movimiento estudiantil*. Santiago de Chile: Ediciones Sur. Recuperado de <<http://movimientoestudiantil.cl/wp-content/uploads/2015/12/16-el-movimiento-estudiantil-concepto-e-historia-Manuel-Antonio-Garretón-Javier-Martínez.pdf>>.
- GIL, G. (2010). Universidad y utopía. Ciencias sociales y militancia en la Argentina de los 60 y 70. Mar del Plata: Eudem.
- GUEVARA NIEBLA, G. (1978). Antecedentes y desarrollo del movimiento estudiantil. *Cuadernos Políticos*, (17).
- (1979). El 68 y la universidad. *Revista de la Universidad de México*, (4-5).
- HILB, C. y LUTZKY, D. (1984). *La nueva izquierda argentina: 1960-1980*. Buenos Aires: CEAL.
- HUNEEUS, C. (1973). *La reforma en la Universidad de Chile*. Santiago de Chile: Corporación de Promoción Universitaria.
- (1988). *La reforma universitaria: veinte años después*. Santiago de Chile: Corporación de Promoción Universitaria-CPU.
- JABLONKA, I. (2016). *La historia es una literatura contemporánea. Manifiesto por las Ciencias Sociales*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- JADRESIC VARGAS, A. (1973). La Reforma de 1968 en la Universidad de Chile. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- JELIN, E. (2001). Memoria colectiva y represión: perspectivas comparativas sobre los procesos de democratización en el Cono Sur de América Latina. *Iberoamericana*, Nueva Época, 1 (1), 143-146. Recuperado de <<https://www.jstor.org/stable/41673842?seq=1>>.
- JIMÉNEZ GUZMÁN, H. (2018). *El 68 y sus rutas de interpretación*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- LOYOLA, M. (2005). Prefacio. En: H. RAMÍREZ NECOCHEA. *Seis artículos de prensa*. Santiago de Chile: Ariadna.
- MARCHESI, A. (2018). *The May '68 That Was Not May '68: Latin America in the Global Sixties*. Verso. Recuperado de <<https://www.versobooks.com/blogs/3846-the-may-68-that-was-not-may-68-latin-america-in-the-global-sixties>>.

- MARCHESI, A. (2019). *Hacer la revolución. Guerrillas latinoamericanas, de los años sesenta a la caída del muro*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- MARKARIAN, V. (2012). *El 68 uruguayo. El movimiento estudiantil entre molotovs y música beat*. Bernal: UNQUI.
- (2019). Uruguay, 1968. Algunas líneas de análisis derivadas del estudio de la protesta estudiantil en un país periférico. *Espacio, Tiempo y Educación*, 6 (1), 129-143. Recuperado de <<https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6772271>>.
- MARSISKE, R. (2015) (Coord.). *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, IV. Ciudad de México: IISUE.
- MARTÍNEZ NATERAS, A. (1972). *No queremos apertura, queremos revolución*. Ciudad de México: Ediciones de Cultura Popular.
- (2011). *El 68 conspiración comunista*. Ciudad de México: UNAM.
- MILLÁN, M. (2013a). *Entre la universidad y la política. Los movimientos estudiantiles de Corrientes y Resistencia, Rosario, Córdoba y Tucumán durante la Rev. Argentina (1966-1973)*. (Tesis de Doctorado). Buenos Aires: FSOE, UBA.
- (2013b). Estudiantes y política en Argentina y Chile (1966-1973). *Izquierdas*, (16). Recuperado de <<https://cyberle-ninka.ru/article/n/estudiantes-y-politica-en-argentina-y-chile-1966-1973>>.
- (2018). Un análisis crítico de las interpretaciones sobre los movimientos estudiantiles de los '60. En: P. BONAVENTA y M. MILLÁN (Eds.). *El '68 latinoamericano. A 50 años de Tlatelolco. Movimientos estudiantiles, política, cultura, historia y memoria*. Buenos Aires: Clacso-IIGG.
- OLLIER, M. M. (1986). *El fenómeno insurreccional y la cultura política (1969-1973)*. Buenos Aires: CEAL.
- (1989). *Orden, política y violencia*. Buenos Aires: CEAL.
- ORDORIKA, I. (1983). Elementos para un balance de 10 años de experiencia democrática en la Facultad de Ciencias-UNAM. *Márgenes*, (5). Recuperado de <<https://cdigital.uv.mx/bitstream/handle/123456789/10199/margen5-21.pdf?sequence=2&isAllowed=y>>.
- (2005). *La disputa por el campus. Poder, política y autonomía en la UNAM*. Ciudad de México: UNAM-Plaza y Valdés Editores.
- ORTEGA JUÁREZ, J. (2006). *El otro camino*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica.
- (2018). *Adiós al 68*. Ciudad de México: Grijalbo.
- PÉREZ LINDO, A. (1985). *Universidad, política y sociedad*. Buenos Aires: Eudeba.
- PONCE, J. I. (2014). En busca de la universidad democrática. La jota universitaria durante la reforma de los 60. En: R. ÁLVAREZ y L. LOYOLA (Eds.). *Un trébol de cuatro hojas. Las juventudes comunistas de Chile en el siglo XX*. Santiago de Chile: Ariadna.
- PORTANTIERO, J. C. (1971). *Studenti e rivoluzione nell' América Latina. Dalla Reforma Universitaria del 1918 a Fidel Castro*. Milán: II Saggiatore.
- (1978). *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma Universitaria*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- PUIGGRÓS, A. (2010). *Rodolfo Puiggrós: retrato familiar de un intelectual militante*. Buenos Aires: Taurus.
- PUIGGRÓS, R. (1974). *La universidad del pueblo*. Buenos Aires: Ediciones Crisis.
- RAMÍREZ NECOCHEA, H. (1964). *El Partido Comunista y la Universidad*. Chile: Ediciones de la Revista Aurora
- REVUELTAS, J. (1969). *Consideraciones sobre la autogestión académica*. México: Ediciones Anteo.
- (1978/2016). *México 68. Juventud y revolución*. Ciudad de México: Ediciones Era.
- REYES GIL, J. (2010). *Una Reoriginación Poética. La reforma en la Universidad Católica de Valparaíso de 1967*. Santiago de Chile: Escuela de Arquitectura y Diseño, PUCV.
- RIBEIRO, D. (1967). *La universidad necesaria*. Buenos Aires: Galerna.
- (1968). *La universidad latinoamericana*. Montevideo: Universidad de la República.
- (1971). *La universidad latinoamericana*. Santiago de Chile: Editorial Universitaria.
- (1973). *La universidad nueva. Un proyecto*. Buenos Aires: Ciencia Nueva.
- RIBEIRO, D. y otros (1972). Universidad de planificación social. *Deslinde*, (11).
- RIVAS ONTIVEROS, J. R. (2007). *La izquierda estudiantil en la UNAM*. Ciudad de México: UNAM-Porrúa.
- RIVERA TOBAR, F. (2016). Ampliar las miradas. Las experiencias de reforma universitaria en las Universidades de Chile, Católica y Técnica del Estado. Chile 1967/1973. En: T. IRELAND CORTÉS y F. RIVERA TOBAR (Eds.). *La UTE vive. Memorias y testimonios de la reforma universitaria en la Universidad Técnica del Estado 1961/1973*. Santiago de Chile: Usach.

- ROJAS WAINER, A. (1988). El movimiento estudiantil, la reforma y la universidad en Chile, 1968-1973: de la explosión de la esperanza a la pesadilla. *Realidad Universitaria 1968-1988*, (5).
- RUBINICH, L. (2003). La modernización cultural y la irrupción de la Sociología. En: D. JAMES (Comp.). *Violencia, proscripción y autoritarismo (1944-1976)*. Buenos Aires: Sudamericana.
- RUBIO, P. (2007). El cardenal Silva Henríquez frente al movimiento gremial. Progresismo y conservadurismo en la reforma universitaria de la Universidad Católica de Chile, 1967. *Revista de Historia y Geografía*, (21). Recuperado de <https://scholar.google.com/scholar_url?url=https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/2567544.pdf&chl=en&csa=T&oi=gsb-gga&ct=res&cd=o&cd=2995439764393862016&ei=w8IPX-7FPIrkmQHsvJHQBA&scisig=AAGBfm1oUSnrvdfQiUQ9Q9MhGqrcPc_8vQ>.
- SAN FRANCISCO, A. (2007). *La Toma de la Universidad Católica de Chile (Agosto de 1967)*. Santiago de Chile: Editorial Centro de Estudios Bicentenario.
- SARLO, B. (2001). *La batalla de las ideas*. Buenos Aires: Ariel.
- SIGAL, S. (1991). *Intelectuales y poder en la década del sesenta*. Buenos Aires: Puntosur.
- SUASNÁBAR, C. (2004). *Universidad e intelectuales. Educación y política en la Argentina (1955-1976)*. Buenos Aires: Manantial.
- STEDMAN JONES, G. (1970). El sentido de la rebelión estudiantil. En: A. COCKBURN y R. BLACKBURN (Comps.). *Poder Estudiantil. Problemas, diagnóstico y acción*. Caracas: Tiempo Nuevo
- TERÁN, O. (1991). *Nuestros años sesentas*. Buenos Aires: Punto Sur.
- TORIBIO, D. (2010). *La universidad en la Argentina: miradas sobre su evolución y perspectivas*. Buenos Aires: UNLA.
- TORTTI, M. C. (1999a). *Post Scriptum: la construcción de un campo temático*. En: A. PUCCIARELLI (Ed.). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- (1999b). Protesta social y nueva izquierda en la Argentina del Gran Acuerdo Nacional. En: A. Pucciarelli (Ed.). *La primacía de la política. Lanusse, Perón y la Nueva izquierda en tiempos del GAN*. Buenos Aires: Eudeba.
- (2009). *El viejo partido socialista y los orígenes de la nueva izquierda*. Buenos Aires: Prometeo.
- (2014) (Dir.). *La nueva izquierda argentina (1955-1976): socialismo, peronismo y revolución*. Rosario: Prohistoria Ediciones.
- VASCONI, T. A. y RECA, I. C. (1973). Las luchas políticas en la Universidad de Chile: 1966/72 (Documento de Trabajo). Universidad de Chile: Mimeo.
- VASCONI, T. A. y TIEFFENBERG, Y. (1972a). *La crisis en la Universidad de Chile. Del Pluralismo a la Transacción (primera parte)*. Santiago de Chile: Universidad de Chile: Mimeo.
- (1972b). *La crisis en la Universidad de Chile. Del Pluralismo a la Transacción (Segunda Parte)*. Santiago de Chile: Universidad de Chile: Mimeo.
- WALLERSTEIN, I. (1989). 1968. The great rehearsal. En G. ARRIGHI, T. HOPKINSE e I. WALLERSTEIN. *Antisistemic movements*. Londres: Verso.
- YANKELEVICH, P. (2018). Estamos pisando sobre una revolución. México y el reformismo universitario argentino de 1918. *Argumentos*, (20). Recuperado <<https://publicaciones.sociales.uba.ar/index.php/argumentos/article/view/3116>>.
- YÁÑEZ, A. (1999). Allende y la Reforma Universitaria en la UTE. En M. LAWNER, H. SOTO y J. SCHATAN (Eds.). *Allende. Presencia en la Ausencia*. Santiago de Chile: LOM.
- ZERMEÑO, S. (1978). *México: una democracia utópica. El movimiento estudiantil del 68*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno Editores.
- (2018). *Ensayos amargos sobre mi país. Del 68 al nuevo régimen, cincuenta años de ilusiones*. Ciudad de México: Siglo Veintiuno.
- ZOLOV, E. (2008). Expanding our conceptual horizons: the shift from an old to a new left in Latin America. *A Contracorriente*, 5 (2). Recuperado de <<https://acontracorriente.chass.ncsu.edu/index.php/acontracorriente/article/view/585/916>>.
- (2014). Introduction: Latin America in the Global Sixties. *The Americas*, 70 (3), 349-362. Recuperado de <<https://www.jstor.org/stable/43189190>>.

Entrevista a José Rilla

Santiago Delgado

Una pregunta casi obligada en este ciclo de entrevistas: ¿cuáles fueron sus primeros contactos con la Historia y qué lo llevó a estudiar profesorado en el Instituto de Profesores Artigas (IPA)?

Nunca me resultó fácil reconstruir biográficamente mi relación con la historia, a veces creo, después de medio siglo casi, que no he terminado de encontrarme con ella de un modo que pueda parecerme objetivo, y mucho menos digno de ser narrado con algún viso de ejemplaridad en el modesto sentido de la palabra. Supongo que, como le pasa a mucha gente, se trató de una secuencia de acontecimientos intelectuales, emocionales, familiares, y con una forma de experimentar la comprensión de un momento dramático del Uruguay a partir de la reflexión del pasado en el presente. Pero nada estaba atado de esta forma que lo digo ahora, era más confuso, torrencial, errático, mezclado con las perturbaciones de la primera juventud. Creo recordar bien a algunos profesores que contaban bien la historia, algunos libros bien escritos y con bellos dibujos e imágenes (los libros de [Óscar] Secco Ellauri estaban formidablemente armados según el modelo francés de Malet e Isaac (1922) que tenían los mejores dibujos naturalistas con los que un joven liceal pudiera verse seducido en su imaginación del pasado. Mi primera edición, que estaba en casa, de *El Quijote* era la ilustrada por Gustav Doré¹). Yo no recuerdo bien los detalles pero sí tengo presente que hacia mis 15 años empecé a tener un interés desbordante y caótico por la historia y por la política, en absoluto sustraída de la coyuntura (año 1970, 1971...) y muy derivado de un entorno familiar estimulante más allá del caos que pudiera significar tener una familia de ocho hermanos. Los más grandes iban seguros a la música y a la medicina, yo empezaba a verme como profesor para disgusto de mi madre que me pronosticaba una vida indigente y con la complicidad de mi padre que me regalaba un poco a escondidas algunos libros de historia.

En casa había una enorme biblioteca especialmente dedicada al arte y a la literatura universales, no tanto a la historia. Tengo buenos recuerdos de algunos libros y lecturas que me marcaron mucho, que estaban allí o me venían de regalo: el impacto literario que causó en mí Alberto Zum Felde (1930), con los dos *Procesos* —histórico y literario—, el modo entretenido y mordaz de la *Historia de los Orientales* contada por [Carlos] Machado (1972)... Abandoné todo eso, con los años, pero más allá de su simplicidad y esquematismo creo que me quedó grabada a fuego la idea de que la historia debe estar bien escrita y debe ser una narración. Ya en preparatorios, con profesores como Alfredo Liquornik en el viejo Liceo n.º 8 para la época clásica, o como Enrique Mena Segarra en el Rodó viejo también, en la medieval y moderna me fui acercando de un modo

1 Gustave Doré, ilustrador francés. En 1863 la librería L. Hachette le encargó una serie de grabados que acompañaron sus ediciones de *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de La Mancha*.

más serio. Luego, autores como [Johan] Huizinga (1930) en *El otoño de la Edad Media* me dieron vuelta la cabeza definitivamente, me mostraron las cosas que se pueden hacer con el pasado.

Pero la pregunta hay que responderla completa: bien pude quedarme en la historia como una disciplina de lectura y escritura, por el enorme esfuerzo que supone alcanzar esas competencias y porque terminaba poniéndolo a uno en las puertas de la investigación, de la creación de conocimiento. Sin embargo, eso se mezclaba con una vocación por la docencia, por la comunicación directa de saberes y experiencias en el marco del aula. Creo que el buen docente es un poco histrión y narcisista, si no es imposible soportarlo, pero tenía, creo que teníamos, una desmesurada confianza en la educación, cosa que fui perdiendo con los años sin perjuicio de mantener intacto el entusiasmo inquietante con el que todavía doy una clase. Aquí debo mencionar a quien he llamado alguna vez «mi primer maestro», José de Torres Wilson; con él preparé el examen de ingreso al IPA (una demencia de requerimientos), y con él confirmé la inspiración docente: el Lungo era un prodigio de la comunicación, de la claridad, del humor, tenía una cultura refinada, no ostentosa, y era un alma buena, de las que te preguntan en serio «¿cómo estás?». Ya estábamos entonces en los tiempos más oscuros del país en los que buscábamos a los mayores con quien estudiar y conversar, aun a riesgo de ir todos presos. Los primeros años del IPA son también, para mí, los de la docencia en el aula. Nunca hasta ahora dejé de dar clase, desde mayo de 1975. Yo empecé a trabajar en un colegio de Punta de Rieles y mis alumnos tenían apenas tres años menos que yo, si lo tomabas en serio te venía un pánico escénico y no hacías otra cosa que leer y pensar en cómo explicarlo. Pero en el IPA todavía quedaban restos de una pasada opulencia académica que más tarde relativicé un poco: allí estaba [Washington] Reyes Abadie, que cuando tenía ganas de dar clase era magistral y estimulante, capaz de organizar un mapa de ideas matrices que te orientaba muy bien hacia las lecturas; Carlos Real de Azúa estaba en la sección Literatura pero había formado el tribunal de mi examen de ingreso; poco después lo echaron y se murió tristemente en el Sanatorio Español. Su figura era espectral y elegante (yo había visto a Secco Ellauri en el liceo Rodó que usaba traje Príncipe de Gales como Real, y a [Guillermo] Vázquez Franco siempre de impecable camisa blanca con medias también blancas, Enrique Mena usaba un pilot para la lluvia y... ¡galochas! Se pasaba media hora reconstruyendo genealogías sobre la base de la lista de asistentes).

Pero en Historia daban sus clases todavía Rogelio Brito, [Juan] Pivel Devoto, Armando Pirotto, Carlos Zubillaga, cada uno en su campo y con enorme erudición... Si no te tocaban por el turno asignado podías ir a oírlos. Con los años el IPA se fue llenando de docentes mediocres y había que hacer un enorme esfuerzo para soportarlos. Tuve una gran profesora de práctica, Irma Larrainci, que sacaba lo mejor de mí y me enseñó a procurar eso de mis alumnos.

Creo que nunca dejé de pensar en la historia por afuera de la narración hablada y escrita. Esto es así en términos epistemológicos y también vitales y profesionales, me ha costado mucho pensar la historia con independencia de la posibilidad de contarla en el marco de una conversación, de un aula, frente a un auditorio.

Pertenece a una generación de investigadores que se formó en centros privados de investigación y a través de cursos particulares dictados por profesores proscritos por la dictadura. ¿Qué rescata de dichas experiencias y cómo influyeron en su formación como investigador en Historia? ¿Podría mencionar algún profesor o autor que lo haya marcado en esa época? ¿Por qué se dedicó en sus primeros trabajos a las discusiones sobre la política impositiva durante el batllismo?

A veces creo que mi idea un poco herética para el Uruguay, así me lo hacen sentir muchos, de que la educación es un asunto privado, de la gente y no del Estado cualquiera sea él, se me forjó en aquellos años en los que el Estado acorralaba a la gente. Los que habiendo recibido una formación deficiente éramos conscientes de esa carencia, los que transitamos aquellos años creyendo la versión de que lo mejor de la vida académica y docente estaba en el pasado reciente, previo a la dictadura, teníamos que hacer algo para compensar nuestra

formación si queríamos seguir adelante en la vida con un mínimo de responsabilidad y decoro intelectual. Germán D'Elía, José Pedro Barrán, Benjamín Nahum, como se sabe, daban sus clases semanales a un grupo no pequeño de personas que andábamos como fantasmas buscando orientación y estímulo. Yo ya tenía entonces un interés especial por la historia universal contemporánea, si bien tenía claro que los pasos en la investigación habrían de darse con la historia del Uruguay. Durante tres años, todos los lunes de 19 a 22, un grupo de 15 personas más o menos íbamos al apartamento de Nahum en Mercedes y Andes, a tomar un curso de historia contemporánea. Pocas experiencias de formación me marcaron tanto: lectura voraz, discusión y diálogo, respeto a las personas. Yo debo mucho a Benjamín, con quien trabajé mucho más tarde en la Facultad de Economía más de veinte años y armamos la cátedra mejor evaluada por los estudiantes. Le debo mucho porque me estimuló a prepararme para enseñar en los niveles superiores (en magisterio, en el IPA, en la universidad), me leyó cuanto escribí con exigencia y generosidad, respetó mis ideas y enfoques y porque me ayudó a construir un mapa de conceptos y procesos de la historia contemporánea que más allá de sacudones históricos e historiográficos, sigue siendo la matriz desde la que leo, aprendo, enseño y escribo. Eso es mucho y más de lo que hubiera podido aprender en condiciones normales, fue «una treta de los débiles» que salió bien. Nunca voy a mirar aquellos años con melancolía, por supuesto, salvo por lo que tenían de extraña iluminación en tiempos tan oscuros.

Mi vínculo con el Centro Latinoamericano de Economía Humana (CLAEH) es más o menos contemporáneo a aquella situación y lo mantuve sin pausa por casi cuarenta años. El CLAEH era el más antiguo de aquellos, debía su primer nacimiento al impulso de la *economía humana* en el que se había prodigado el padre Lebrecht desde fines de los años cuarenta y que había encontrado, a mediados de los setenta, a un grupo de animadores formidables y valientes que hicieron una contribución seria a las ciencias sociales y al pensamiento democrático del Uruguay. Yo me presenté al CLAEH con una temeridad juvenil de la que obviamente fui consciente más tarde: recuerdo que fuimos con [Francisco] Pancho Bustamante a visitar a Carlos Zubillaga para decirle «queremos trabajar acá, queremos aprender acá», algo así... Al poco tiempo me encontraba metido en un entorno de exigencia, diálogo y fraternidad, que funcionaba además como reserva de pluralismo y libertad. Juan Pablo Terra, Romeo Pérez, Carlos Pareja, Alicia Melgar, Walter Cancela, Horacio Martorelli, casi todos ellos eran la segunda generación que dio vida al CLAEH y que armó unos equipos de investigación que sin negar las fronteras disciplinarias de las ciencias sociales estaban obligados al diálogo y la discusión de sus métodos y paradigmas. Aquella reanimación del CLAEH en medio de la dictadura había sido una apuesta de la democracia cristiana uruguaya hasta que los vínculos formales se disolvieron. Pero tenía un propósito de calibre científico que conducía necesariamente a un estatuto propio; nunca fui de ese partido y nunca me preguntaron nada, trabajé con gente de muy variada perspectiva y el resultado de todo eso fue la construcción de una voz académica autónoma, seria, reconocible adentro y afuera de fronteras.

Para mí fueron años de una enorme fecundidad y trabajo, ocho a diez horas de lectura, escritura, discusión, de verdad fue muy difícil encontrarse con esas condiciones en las décadas posteriores, y fue entonces lógico esperar que antes de cumplir treinta años se nos exigiera publicar artículos y escribir libros. Por segunda vez me daba cuenta de la mala formación de base, de todo lo que no sabía como para estar en línea con Carlos Pareja y Romeo Pérez que fueron mis maestros más allá de la disciplina histórica y que influyeron mucho en mi manera de practicarla. Años más tarde me encargaron la dirección de *Cuadernos del CLAEH* y estuve a cargo de la edición de la revista el tiempo suficiente —o demasiado, tal vez— para darme cuenta de que la edición ha sido una de mis pasiones más maduras. Con ese capital de saberes, relaciones y prácticas ingresé a la Universidad de la República y por invitación generosa de Jorge Lanzaro me integré a la construcción del Instituto de Ciencia Política desde donde hoy me desempeño como profesor e investigador, reconocido como el historiador que pretendo ser.

Una de sus primeras líneas de investigación está relacionada con la historia política del Uruguay, que desarrolló junto a Gerardo Caetano y otros investigadores. Es evidente que la experiencia del CLAEH promovió el diálogo que realizaron entre la Historia y la Ciencia Política, pero ¿por qué estaban interesados en revisar preferentemente la historia de los sectores políticos posicionados ideológicamente a la izquierda? ¿Qué los llevó a pensarlo en la larga duración? ¿Qué cauces de la política uruguaya considera importantes que no hayan pasado por los partidos?

Con Gerardo Caetano me encontré en el CLAEH a fines de 1982, lo conocía de ámbitos parroquiales, del colegio y del fútbol, claro. Unos pocos años menor que yo, él se había empezado a formar allí en el oficio, en los seminarios de investigación que dictaba Carlos Zubillaga. Era deslumbrante por su inteligencia, su capacidad de trabajo, su enfática comunicatividad. Nuestro primer texto conjunto fue un acercamiento a Julio César Grauert escrito para *Hoy es Historia* en 1984 (había algo que me perturba todavía de aquel texto que trataba de hurgar en las «disidencias del tradicionalismo político» y no me cabe duda que aquel empeño tenía algo de teleológico) (Caetano y Rilla, 1984a). Desde entonces hasta 2004 más o menos, trabajamos juntos con Gerardo, aprendimos mucho, nos potenciamos y nos metimos en proyectos académicos ambiciosos y comprometedores, desde escribir una historia de la dictadura cuando esta recién terminaba (Caetano y Rilla, 1987), reconstruir la vida política del joven Carlos Quijano (Caetano y Rilla, 1986), estudiar a los partidos políticos (Pérez Antón, Caetano y Rilla, 1988; 1984b; 1995; 2003), las ideas de las izquierdas (Caetano, Gallardo y Rilla, 1995), hasta escribir una historia del Uruguay que presuntuosa y *halperinianamente* llamamos *contemporánea* (qué otra cosa podía ser, pienso hoy) (Caetano y Rilla, 1994; 2005). Un hilo enhebraba estas cuentas, ciertamente, el de la historia política, y junto con ella, para decirlo como [Pierre] Rosanvallon, el de la reconsideración de lo político en el pasado y el presente. Gerardo estaba trabajando en el mundo de los conservadores y el reformismo batllista, con enorme capacidad para aprovechar los archivos y hacer buenas preguntas, escribía con vértigo (Caetano, 1992-1993), yo estaba terminando una investigación sobre la política impositiva del batllismo que me había acercado al mundo de las finanzas públicas pero devuelto violentamente al de la política y lo político, al modo concreto en que política fiscal había influido tanto en el despliegue reformista como en el armado de la resistencia contra el batllismo (Rilla 1983; 1992). Me ocurrió lo que suele ocurrir cuando se investiga, más allá de cualquier planificación estricta: para analizar la fiscalidad desde el campo de la historia económica y social se necesitaba una formación técnica que yo no tenía ni me interesaba tener, a pesar de haber hecho un enorme esfuerzo por reconstruir las cuentas del Estado y los impuestos (hay un cuadro en aquel libro que me dio un enorme trabajo y que muchos pensaban que ya estaba hecho en algún lado). Lo que me atrapaba porque estaba cargado de significación era más bien el conflicto argumentativo, la discusión de la propiedad, de la distribución de las cargas, de la legitimidad del Estado, del peso que tienen los impuestos en los regímenes de producción de estabilidad política. No podía creer que en 1991 me dieran un premio con un jurado en el que estaba Lucía Sala...

En fin, éramos un equipo relativamente grande de gente estudiando el batllismo desde diversas perspectivas (estaban también las queridas Ana Frega, Mónica Maronna, Yvette Trochon y Jorge Balbis, que más tarde fue a estudiar a Lovaina). Carlos Zubillaga procuraba incluir todos los trabajos en un programa de investigación que tenía una pretensión crítica o revisionista, dicho esto último en el sentido literal. Es difícil hacer un balance de aquello, un balance historiográfico y político de aquel conjunto de trabajos muchas veces pioneros en algunos temas; sí cabe recordar que todos fueron relativamente contemporáneos de la segunda saga de Barrán y Nahum *Batlle, los estancieros y el Imperio británico*, que habían definido un universo interpretativo muy potente del que sería difícil sustraerse, aun para confrontarlo. Ahora que lo miro con distancia, y no aspiro a convencer a ningún contemporáneo de esto, creo que desarrollamos un sentido de lo político y de la política diferente, no teníamos necesidad de problematizar una relación con el marxismo porque no habíamos sido marxistas ni aún en un sentido vago o débil. La política era una arena específica, con densidad propia, no un derivado o un epifenómeno, era algo que debía ser explicado en sí mismo, tanto en el pasado como en el presente y sin perjuicio de los vínculos significativos con lo social y lo económico. Creo que esta

es la principal inflexión de nuestro trabajo (en palabras de Carlos Pareja, «la productividad esencial de la política»), derivada de diálogos entre la historia, la ciencia política, la filosofía política, diálogos a los que llegábamos desde trayectorias diferentes, diálogos nunca llevados a fondo por nuestra insuficiencia pero de una notable capacidad disruptiva. De allí, con Gerardo y con Romeo Pérez que es todavía para mí un referente intelectual, le dimos forma a la idea de la partidocracia uruguaya que lleva treinta años de recorrido, nunca apacibles, ciertamente.

Es muy curioso, digno de investigación supongo, que la hipótesis partidocrática haya funcionado durante tantos años en el sentido inverso al que fue pensada. ¿Algo salió mal? Fue pensada como reconstrucción crítica de la política uruguaya y cada tanto es discutida como reconstrucción complaciente, vinculada con ideas que no son del todo parientas o paralelas, como la hiperintegración y la amortiguación... Y no, son perpendiculares...

En los últimos años la investigación en Historia se ha vuelto una tarea bastante solitaria. En este sentido, buena parte de su primera producción la realizó en equipos y coautorías. Incluso se podría decir que fue una característica generacional de los historiadores formados en los centros privados de investigación. ¿Qué rescata de dicha experiencia?

El trabajo en equipo en condiciones paritarias no suma sino multiplica, eso es algo bastante evidente. Pero es arduo y va a contramano de la dimensión solitaria e intransferible de la investigación, o para decirlo mejor, del proceso perturbador que debe hacer cada persona que emprende tareas de investigación y que cae en zonas oscuras, de dudas irremediables, que no está dispuesta a sacrificar su estilo en beneficio de uno común y necesariamente promedial. Cuando trabajás en un equipo vas más rápido, acumulás más información, tenés la posibilidad de discutir en un primer círculo de elaboración, multiplicás los contactos y redes, todo lo cual es muy bueno para los resultados de la investigación. Pero el investigador está más limitado, no hace uso del derecho a la soledad que es un asunto muy importante en el momento de la escritura. Hay un modo más laxo, por supuesto, también muy rico, el de la mera sumatoria de esfuerzos que lentamente van acumulando capas de valor y sentido a una obra. Cuando junto a Gerardo trabajamos con Romeo sobre la partidocracia era muy importante darse la garantía de que cada disciplina se moviera con total libertad y a la vez con disposición dialógica; cuando trabajamos con Javier Gallardo sobre las izquierdas eso llegó a la laxitud total, cada uno hacía lo suyo y concurría a un objeto o asunto común y poliédrico. En fin, sin ánimo prescriptivo diría que vale la pena trabajar en equipo en sus diferentes modalidades y que es imprescindible el trabajo en solitario. Una vida académica da para todo eso y más. Agregó a esta reflexión otra que circula en un sentido transversal y que recoge mi experiencia como la de muchos: las personas aisladas no investigan, lo hacen las instituciones en tanto conjunto de personas asociadas a principios, reglas e incentivos; y lo hacen en red, cada vez más en red y cada vez más global.

Otra preocupación común de esos años fue el problema de la violencia política, reflejada en el libro sobre la dictadura uruguaya en coautoría con Caetano, y recientemente en algunos artículos suyos donde analiza el fenómeno y su abordaje historiográfico. ¿Qué tanto influyó en la elección del problema haber vivido el quiebre institucional y bajo un régimen dictatorial? ¿Hasta dónde es posible que los Estados y partidos políticos construyan una memoria crítica sobre el uso de la violencia?

Lo primero es la extrañeza, eso que aprendí de Paul Ricoeur para hacer historia. Solo desde cierta extrañeza del pasado es que podemos hacer de él un objeto estudiable. Quienes vivimos en la democracia recuperada luego de 1985, aun con todas sus restricciones, quienes naturalizamos ciertas pautas de convivencia y conflicto, con su lisura y antiheroísmo, apreciamos los sesenta y los setenta con algo de asombro por lo lejano, lo extraño: ¿cómo fue posible aquel nivel de violencia política? O planteado por la vía de la exageración, ¿podría soportar Uruguay hoy unas jornadas como las de 1972, con tantos muertos? Hablo de la violencia política

en la calle, no de la perpetrada en secuestros, torturas, desapariciones forzadas cuya entidad pública fue algo más tardía. En esa pregunta que habla de la distancia está el origen de una preocupación historiográfica. En el caso de la historia de la dictadura, la *Breve historia*, había un componente casi en el sentido inverso, la necesidad de encontrarse con una narración de lo que acababa de ocurrir, con los componentes clásicos de la narración: secuencia, relato explicativo, actores, escenarios, conflictos (las metáforas teatrales nos atraían mucho entonces). No puedo explicar por qué razones sigue siendo un librito clásico, con todo lo que progresó la historiografía del llamado pasado reciente.

Más recientemente volví a trabajar sobre la violencia política como pieza clave para la reconstrucción histórica, o problemática del tema de la responsabilidad (Rilla, 2015). Muchos colegas que tienden a observar los procesos en el marco esclarecedor de la Guerra Fría dicen que es un efecto y no una causa, que la explica el contexto y que no es la explicación o la causa de nada, pero no me convence. *No matarás* esa una prescripción compleja pero muy profunda. En cualquier caso, la cuestión histórica es cuándo y cómo una sociedad (o una parte de ella) abandona los caminos de la persuasión y la deliberación en beneficio la fuerza hasta llegar al crimen, y cómo eso es de algún modo naturalizado por el resto como una fatalidad, o —peor— una necesidad histórica. Me parece que no hay memoria crítica posible sin responder serenamente a esa pregunta. Uso con cuidado la palabra memoria, que ha sido vapuleada desde muchas perspectivas y en este tema ha jugado un rol poco esclarecedor. Eso no es sorprendente, es la secuencia del posfascismo, del poscomunismo, de cualquier posdictadura donde la historia demora mucho tiempo en erigirse con sus reglas frente la memoria, en el mejor sentido que ello pueda darse.

Como docente en Historia ha pasado por casi todos los niveles de educación formal. ¿Qué le aportó la labor docente y la formación de profesores en su carrera como historiador? ¿Qué desafíos implica enseñar Historia a estudiantes de otras carreras como Ciencia Política o Ciencias Económicas?

Ciertamente, miro para atrás desde 1975 y creo que salvo en la escuela primaria enseñé en todos los ámbitos o ciclos de la educación, la estatal y la privada. Yo pretendí enseñar historia, durante más de una década, a los jóvenes que iban a la [Universidad del Trabajo del Uruguay] UTU y estudiaban carpintería, cocina, belleza, mecánica, corte y confección... No es que sea viejo, vieja era esa UTU. De allí saltaba a un colegio de elite en el que los padres le compraban los libros que yo pedía al día siguiente. Terminaba a las 5 de la tarde en un colegio y me iba casi siempre, a veces con Rosario, mi mujer, a la Cinemateca de la sede Asociación Cristiana. Olvidé casi todas las películas, que habrán sido muchas. Y de 8 a 12 de la noche nos íbamos al IPA...

Sin ninguna pretensión ejemplar, desde luego, aprecio mi recorrido sobre un trípode en el que la docencia —por vocación y por necesidad— ha sido fundamental, ha sido para mí un territorio firme, arduo pero firme. Una especie de bajo continuo. Las otras dos piezas, el escritor y el historiador siempre están y han estado sometidas a examen, el propio y el ajeno. El oficio que más me llena, me quita el sueño, es el de la escritura; en el que más me esmero es el de la historia. Son inseparables, por cierto, pero se viven en una tensión que a veces aguza la creatividad. Siempre tuve la duda de haber alcanzado el nivel un *verdadero historiador* en el sentido del habitante radical de archivos; me parece una práctica admirable aunque tal vez por los temas que trabajo *voy al archivo* y no *vivo en el archivo*. Después se aprende que uno también construye su archivo, con lo arbitrario que esto puede sonar. Confieso que me quedé más tranquilo con aquella exageración un poco absurda que repetía Barrán («Pivel es el único historiador vivo que tenemos»), o con aquel comentario que me hizo hace unos años Giovanni Levi, de visita en Uruguay, «Para hacer buena historia no se necesitan muchos documentos...». No es verdad, desde luego, pero es una afirmación desafiante y perturbadora acerca de lo que hacemos y podemos hacer con las huellas del pasado. Siempre pensé que los documentos (no creo que deba decirse *evidencias* tal como se usa el término en ciencias sociales), están mucho más destinados a dar densidad a una afirmación que a determinar una veracidad. Salvo cuando una avalancha de hallazgos de-

bida a un cambio político o de paradigma nos arroja a un nuevo mundo documental y nos obliga a reescribir todo. Sin el *Archivo Artigas* estaríamos todavía con Bartolomé Mitre o Vicente Fidel López.² La Historia de la Guerra Fría de Oxford dirigida por [Melvyn] Leffler y [Odd Arne] Westad (2010) sería impensable sin esa transformación política y archivística, en ese orden.

Desde otro plano y más cerca de la pregunta digo que las situaciones son variadas: hay muchos docentes que no escriben, es grave pero cierto; hay historiadores que no dan clases, cada vez menos pero los hay, que solo tienen que explicar lo que hacen a sus colegas más cercanos. Todos se pierden algo, me parece. La escritura, como la docencia son para mí condiciones de la labor historiográfica. La escritura como disciplinamiento intelectual, como parte del proceso imaginativo y creativo, no como su expresión, la escritura como medida de la maduración lenta de las ideas que tenemos acerca de las cosas, como materia prima elemental en una disciplina argumentativa como la nuestra. La docencia como exigencia de empatía con otros, como demanda de claridad expositiva, de simplificación incluso, la docencia como conversación permanente que descubre allí novedades, la docencia como momento de decantación y traducción de lecturas exigidas por el sentido común que organiza el espacio de una clase, de un curso... En fin, esto es lo que yo pensaba hasta hace unos años, antes de los cambios enormes que percibo en la enseñanza y en el aprendizaje, entre quienes aprenden y enseñan. Confieso que he perdido la fe en cualquier encuentro de aprendizaje que no tenga como centro una conversación entre personas que aceptan el desafío de hacer dialogar el pasado y el presente y la obligación de leer sin pausa.

En 2008 se publicó La actualidad del pasado. Usos de la historia en la política de partidos del Uruguay, 1942-1972, adaptación de su tesis de doctorado por la Universidad Nacional de La Plata. ¿Por qué se interesó en los usos políticos del pasado de los partidos políticos?

Comencé a trabajar en ese tema en 1999, construyendo mi archivo. Tenía bastante clara la idea de que los partidos uruguayos, todos ellos o al menos los que habían alcanzado relativa permanencia habían sido actores fundamentales en las decisiones políticas del país. No los únicos, desde luego, pero sí los más pesados en términos de incidencia, por lo que mueven y orientan. Esto no los colocaba en una vanguardia de tipo alguno (muchas veces los partidos recogen lo que está en la sociedad, lo traducen, lo reelaboran, lo devuelven... hay que entender eso), ni en un conflicto excluyente con otros agentes sociales y políticos. El sistema uruguayo es una construcción trabajosamente pluralista también en el sentido de la variedad de actores y de conflictos que la sociedad acepta y reclama. A partir de esa hipótesis pero sin depender de ella en demasía, yo quise observar el uso político del pasado en un caso como el uruguayo, señalado como el de una política de partidos y de permanencias. Había allí un desplazamiento, desde la historia de los partidos hacia una parte de ella, si se quiere, la de sus retóricas referidas al pasado tanto propio como ajeno. Yo estaba impresionado con el Coloquio de Oslo en 2000, con el encuentro de París en 2001 dirigido por [François] Hartog y [Jacques] Revel (2001), con la ambiciosa obra de Pierre Nora (1992) (gracias a la iniciativa de Pablo Harari hice una selección de su *Les lieux de mémoire* que fue magníficamente traducido por Laura Masello y es todavía primera edición en lengua española) (Rilla, 2009), con las sugerencias del británico [Kenneth O.] Morgan (2001; 2003) acerca del uso político de la Historia de la guerra, entre otros. Y en un tranco más filosófico estaba muy influido por la lectura de Ricoeur (2003) en su estudio sobre historia, memoria y olvido, con Hartog (2003a y 2003b) sobre los regímenes de historicidad y con el gran Hans G. Gadamer (1999), la hermenéutica y la idea de la tradición. Todo esto, cabe decirlo, puede resultar un caldo infame en manos de personas poco preparadas en filosofía como es mi caso. Así que me impuse mucha prudencia.

Estos y tantos otros eran referentes, ni más ni menos, para un trabajo que de todas maneras se jugaba en el terreno de la práctica concreta de la historiografía desde Uruguay y referida a Uruguay: los partidos, su pro-

2 Comisión Nacional «Archivo Artigas», *Archivo Artigas*, 38 tomos, 1950-2017.

ducción discursiva referida al pasado como instrumento retórico, como expresión de un hilo de continuidad real y simbólica.

¿Por qué durante el Uruguay clásico y su posterior crisis?

Denominé *clásico* a ese tramo de la historia entre la restauración del batllismo a comienzos de los años cuarenta y la radicalización política y social de comienzos de los setenta, que terminó en el golpe de Estado. No porque el asunto no pueda ser examinado antes o después, sino porque la forma de articular pasado, presente y futuro cobró entonces perfiles bien delineados y luego fueron llevados a un plano mítico. Me interesaba, además, un aspecto metahistórico: los actores políticos, los partidos en este caso, no se reconocían clara o plenamente en la imagen que yo reconstruía de este asunto. Los partidos son muchas cosas, pero lo que me interesaba y me interesa es su carácter de voceros de una historia, portadores de una narración (vean que evito como puedo usar «relato») que les permitía ofrecerse como comunidad interpretativa de un legado, de una continuidad.

Yo creo que a la altura del fin de siglo XX esto era historia en un sentido bien literal, «cosa del pasado» si se me permite: de las tres grandes identidades políticas uruguayas las dos más antiguas, colorados y blancos, estaban reconfigurando su régimen de historicidad, no se reconocían claramente como continuidad de un legado del que habían sido portadores, mientras que las izquierdas nucleadas en el Frente Amplio estaba culminando su proceso de elaboración tradicionalista que mostraría poco más tarde su notable éxito narrativo. Esto, en mi opinión estaba en la base presentista de mi indagatoria: aunque mi empeño historiográfico fue puesto al servicio del momento clásico de la política uruguaya, fue una investigación realizada cuando las cosas que me interesaban en el presente ya no eran así, ya tenían una historia.

El diálogo entre las memorias y la investigación histórica sigue siendo muy problemático, sobre todo cuando se abordan referentes políticos del siglo XIX y del XX. ¿Encontró dichas dificultades durante su investigación y la difusión del libro?

El libro tuvo una buena y diversa acogida, que me sorprendió bastante entonces. En algunos ámbitos políticos resonó como lo que se proponía, un intento de problematizar la actualidad del pasado y de los pasados. Algunos colegas de la historia se enojaron un poco conmigo cuando antes de la presentación clásicamente académica, entre pares, hicimos una presentación más amplia en la que tuve la oportunidad de escuchar lo que decían los políticos de primera línea de los cuatro partidos de entonces que aceptaron el desafío. Julio M. Sanguinetti, Luis Alberto Lacalle (expresidentes ambos), el senador Enrique Rubio (Mujica no había aceptado concurrir) y el senador Pablo Mieres dieron contenido meditado a una acto intenso y para mí memorable, en el que recogían el desafío de pensar la historia y pensarse en la historia. Aunque el acto tuvo un sesgo de edad y de perfil protagónico todos me demostraron que el pasado era pensado de manera diferente según quien lo narrara, lo que es obvio, y que esa actualidad labrada entre memoria e historia era mucho más honda y compleja que *el poncho, el sobretodo o la clase obrera*.

En los últimos años se habla de que vivimos en una sociedad cada vez más presentista. Sin embargo, ha sido evidente la actualidad del pasado durante las celebraciones del bicentenario y en la reciente campaña electoral, con la apelación a figuras históricas por parte de nuevos partidos políticos. ¿Cómo ve esa articulación entre memoria, tradiciones y los usos de la historia en el actual sistema político uruguayo?

Hoy tengo muchas dudas sobre esto, sobre la vigencia de un modo de ver el pasado en tiempos de posmodernidad. Tony Judt ha escrito *Sobre el olvidado siglo XX*, la aterradora facilidad con la que el mundo contemporáneo se ha desasido de un siglo tan denso en su significación. Salvando distancias, la política uruguaya

es una empresa desasida de su pasado, salvo cuando toma el camino fácil de la efeméride y de la autocomplacencia. El partido Nacional ganó la elección en 2019 dirigiendo una coalición que es una mezcla pesada de tradiciones políticas, pero no estoy seguro de que sus integrantes, los blancos, sean muy conscientes de ello, parece más un olvido que una superación creativa. El Frente Amplio es el batllismo en su vertiente más jacobina estatista, seducido por la idea del *pequeño gran país* del que hablaba Luis Batlle Berres en 1952 y que invocaba Tabaré Vázquez en sus exitosas campañas. Ayer escuché a Mujica hablando por *zoom* con un músico popular portorriqueño: «todo lo bueno empezó en Uruguay con un viejo medio loco, adelantado a su tiempo, en 1910...». Ni una palabra de los blancos ni de Saravia, para los que dicen que es blanco. En fin, es mucho pasado el que se usa en estos procesos discursivos, pero nadie discute sobre eso.

En 2013 publicó junto con Óscar Brando y Gabriel Quirici Nosotros, que nos queremos tanto (Rilla, Brando y Quirici, 2013), una obra donde reflexionan sobre las relaciones históricas entre Uruguay y Argentina, en un contexto de recientes conflictos entre ambos países. ¿Qué los llevó a pensar la necesidad de dicha reflexión? ¿Las respuestas desde la historiografía eran insuficientes?

Con ese libro me desprendí un poco de la escritura netamente historiográfica. Estaba trabajando mucho en los asuntos del revisionismo histórico y de la natural comparación que puede hacerse entre su cultivo en Argentina y en Uruguay. Pero quería darme un espacio aparte para una reflexión más suelta, más ensayística, siendo que tengo un enorme respeto por ese género. Óscar, profesor y crítico literario es un admirado amigo de la juventud, Gabriel es uno de mis jóvenes profesores asistentes en la Universidad. A ellos les formulé una invitación a pensar la peripecia uruguaya, la política, la económica, la cultural, en una clave comparativa con Argentina. No era, desde luego, historia comparada según el modelo de Marc Bloch o el más cercano de Fernando Devoto y Boris Fausto para Argentina y Brasil, sino más bien reflexión sobre el Uruguay puesto ante un espejo esquivo, poco fiel y de todos modos muy potente. El país estaba metido en conflictos serios con el vecino occidental y ello funcionaba, en perspectiva histórica, como un desafío para pensar nuestros pasados, para enfrentar la pregunta de cómo, cuándo y por qué, siendo tan parecidos somos a la vez tan radicalmente diferentes. Hay algunas ventanas a través de las cuales esto se ve mejor y la política es una de ellas. La comparación es un poco absurda en términos analíticos puesto que no hay proporcionalidad alguna, solo son comparables si se aísla el dato del Estado nacional.

Debo decir que la relación con los colegas argentinos siempre me resultó muy estimulante, tienen una gran vitalidad académica. Entre 1982 y 1984, a través de seminarios que organizamos en el CLAEH conocí a gente como Waldo Ansaldi, Hilda Sabato, Luis Alberto Romero, Leandro Gutiérrez, Aníbal Arcondo, a los colegas del núcleo rosarino Marta Bonaudo, Elida Zonzogni, Ricardo Falcón... y las más jóvenes Agustina Prieto, Marcela Ternavasio, Virginia Persello. Era formidable. Recuerdo que en Rosario escuché por primera vez a Pancho Aricó, a la vuelta de su exilio; dio una conferencia obviamente gramsciana sobre el fascismo). Más tarde, sobre todo mientras vivían Blanca París y Juan Oddone, casi todos los años venía Tulio Halperín a Montevideo, daba una charla torrencial en Humanidades o en el CLAEH y yo hacía un poco de chofer preguntón...

En un contexto global de auge de los discursos nacionalistas, ¿qué tanto se ha dejado atrás los relatos de la «historia nacional» en nuestro país?

Más allá de esta escapada a la Argentina retomo: casi bordea lo incorrecto en ámbitos académicos hablar de «historia nacional», es más o menos parecido a lo de «historia patria» que más allá de un linaje latino porta una simbología romántica y revolucionaria devenida conservadora. Los historiadores del siglo XX fueron ganados por el escepticismo respecto a la nación, a partir de una crítica muy importante de sus supuestos y sobre todo de la indagación en su historicidad, en su aspecto constructivo e imaginario. Dicho esto, tam-

bién hay que hacerse cargo de que la nación está allí, en el mundo vive y lucha contra muchos pronósticos. Nuestro cotejo con los gigantes vecinos Brasil y Argentina, a los que hemos ignorado escrupulosamente como una forma de afirmación nacional desde el silencio, es una oportunidad para conocernos mejor y volver de un modo oblicuo al tema de la nación. En un país como Uruguay el tema de la nación en tiempos globalizados vuelve a ser el tema de la viabilidad que nos asalta cada tanto. ¿Tiene futuro esto? ¿Puede resistir los flujos del capital y del poder global? ¿Se puede ser un sujeto, una voz relevante desde este vacío demográfico que es Uruguay? Mi respuesta es que no, salvo que se afirme en dos o tres cosas importantes, difíciles de afirmar, vinculadas a la convivencia, a las instituciones y su memoria, a la cultura, a la política —otra vez— Y con todo ello, la capacidad de dejar alguna marca que nos haga dignos de atención y respeto que nunca se ganen del todo.

Por otra parte, en 2005 integró el equipo de historiadores encargados de actualizar el programa de Historia Contemporánea para la enseñanza secundaria, ¿por qué parte del sistema político sigue siendo reticente a abordar períodos más recientes de la historia?

Mis colaboraciones a los diseños curriculares de enseñanza secundaria fueron dos, en épocas diferentes. La primera por invitación del presidente del [Consejo Directivo Central] Codicen [de la Administración Nacional de Enseñanza Pública] Germán Rama, pretendió situar a la historia en un conjunto más amplio de las ciencias sociales. Fue una experiencia muy interesante aunque fugaz, una prueba piloto que se ahogó entre los arrebatos decisionistas de Germán y el repudio infantil de los sindicatos docentes. La segunda fue por invitación de Barrán, quien, como vicepresidente del Codicen, promovió la enseñanza de los períodos más recientes de la historia y que mereció críticas y prevenciones desde los ámbitos políticos. En este caso habría que recordar varias cosas. Primero, desde el gobierno, con el apoyo técnico y profesional de historiadores y antropólogos se estaba trabajando intensamente en la recopilación de la información referida a los detenidos desaparecidos; fue una contribución muy importante en mi opinión, una contribución de historia oficial en un sentido habermasiano: poner algo de verdad donde casi nada habría salvo que el gobierno y el Estado hicieran algo por ello. En segundo lugar, a la altura del inicio del siglo XXI había una percepción más o menos documentada de que los jóvenes no conocían el pasado reciente y más aun, que este no les importaba demasiado. Para compensar esa ignorancia había que hablar, dar clase, usar la televisión, convocar a docentes que lo hicieran con conocimiento y sencillez expositiva. Había que animar a los profesores y a los padres para que no evitaran los asuntos del pasado más traumático. Yo grabé tres o cuatro clases sobre el mundo contemporáneo, no sobre el Uruguay, que sirvieron para abrir un ciclo de programas bastante cuidados en su producción y que pasaron pronto al olvido, por supuesto. En tercer lugar, había una parte de este proceso que debíamos pensar mejor: la cuestión, me parece, no era que los jóvenes no supieran quién fue el *Goyo* [Gregorio] Álvarez y de qué tropelías era responsable; en mi opinión, la pregunta más exigente era: ¿por qué razones, a la altura del año 2005, habrían de saberlo, o debían saberlo? No es muy evidente la respuesta y es un buen problema de la cultura política; es claro que los hijos y nietos de frenteamplistas tenían un libreto y una respuesta, a menudo vivencial, muchas veces ajena a los criterios de verdad pero absolutamente funcional. Y fuera de esa cultura dominada por la clase media urbana ilustrada, ¿qué había respecto al conocimiento del pasado reciente? Poco y débil, o más bien, una memoria subterránea, menos coherente, más episódica que histórica.

Y por último, en cuarto lugar, están los debates generados antes y después de aquella iniciativa del Codicen entre los docentes y profesionales de la historia y los políticos, los dirigentes de los partidos históricos. Esos conflictos me parecen imprescindibles y sanos, los historiadores que se dedican al pasado reciente no deben quejarse de los políticos y de sus testimonios, mucho menos deben invocar la condición de científicos del pasado ante los cuales deben rendirse los políticos con humildad... No, acá las jerarquías se disuelven bastante, o se debaten y reconfiguran. Lo mismo digo de los políticos, o de los opinantes de los diarios a su

servicio: aguanten el desafío del conocimiento documentado, acepten razonar con la lógica historiográfica aunque después salgan de ella para volver a la práctica política. Lo peor es el silencio, el monólogo sordo; eso termina en una fractura política de la academia de historiadores (Argentina que da clases de fractura es un ejemplo), en la infantilización de los políticos respecto al pasado, o en enfrentamientos mucho más duros como los que terminan llevando a historiadores a los tribunales, como testigos o como acusados tal como ocurre en Europa.

Yo discutí varias veces y en público con Sanguinetti sobre la salida democrática de 1984, es notorio que no comparto su interpretación del pasado reciente pero no atribuyo a mis opiniones de historiador un estatus privilegiado de verdad en el debate político. En estos asuntos es mejor la zona gris. Mi admiración por Wilson Ferreira no disminuye cuando me concentro en observarlo como estrategia, calculador, erróneo, capaz de arriesgar y perder todo, hasta la salud, cosa que muchos blancos no aceptan. El país se «comió la pastilla» de los tupamaros defensores de la democracia, pero los historiadores podrían dar una buena mano no tanto para desmontar esa fábula sino para dialogar acerca de las razones por las que fue tan entusiastamente aceptada por cientos de miles de personas durante tanto tiempo.

Por último, me parece que no alcanza con la historia para conocer activamente el pasado reciente. La ficción es muy importante: la literaria está más experimentada, ciertamente (me basta con leer *El furgón de los locos* de Carlos Liscano (2001), historia real de ficción, una pequeña obra maestra, para darse cuenta de eso), pero la ficción del cine y de la televisión es mala, tendenciosa, maniquea, infantil. Cuando el cine está bien hecho puede animar buenas conversaciones cotidianas, en la familia, entre los amigos, entre los pares. Eso nos ha faltado.

Actualmente sigue varias líneas de investigación. En una de ellas analiza la corriente revisionista de la historia uruguaya, especialmente la obra de Carlos Real de Azúa, intelectual que ha abordado reiteradamente desde los inicios de su carrera como historiador. ¿Cuáles serían sus principales aportes para pensar la historia política uruguaya?

Estoy trabajando junto a Jaime Yaffé en la dirección de una obra ambiciosa y colectiva, una *Historia de los partidos y movimientos políticos en el Uruguay*. La pandemia retrasó un poco los trabajos que serán publicados en 2021. Es un proyecto asentado en el Instituto de Ciencia Política y abierto a perspectivas diversas, de la historia y la ciencia política, pero también de personas e instituciones que trabajan dichos temas en los más diversos ámbitos académicos. Es una notable experiencia de trabajo, de articulación de esfuerzos, de lectura y corrección minuciosas, de puesta a disposición de la sociedad y de la ciudadanía de un saber acumulado, o de investigaciones que hubo que hacer para esta circunstancia. Jaime ha interpretado muy bien y creativamente el desafío que tengo en la cabeza hace como diez años, hacer una publicación rigurosa con un lenguaje accesible para las personas interesadas en la política y en los asuntos comunes; hacer unos libros que no estén escritos para los colegas, como guñadas entre nosotros. Es muy claro para mí que en algún sentido resulta más fácil escribir para los colegas, estamos cada vez más profesionalizados, circulamos en una academia que tiene sus reglas específicas y su lenguaje crecientemente estandarizados, con un vínculo directo a los sistemas de validación internacional del conocimiento científico. Las ciencias sociales y las humanidades tienen, en mi opinión, una exigencia adicional por la que deben dar cuenta de sus esfuerzos a las sociedades que son el objeto de su estudio. Como escribió Marta Nussbaum, son estas disciplinas las que nos ayudan a pensar en el otro (Nussbaum, 2001; Bello y Nussbaum, 2001).

En términos más personales, sigo trabajando en una doble perspectiva, la de la historia intelectual de la política y la de la reflexión historiográfica, al fin y al cabo todo ello muy emparentado con los usos del pasado. Creo haber alcanzado una distancia crítica respecto a Carlos Real de Azúa, que siempre me sedujo por su inteligencia, su cultura, su penetración analítica, su heterodoxia militante y su escritura. Será porque ya superé los años que él tuvo de vida, o porque aprendí muchas cosas, será porque me enseñaron a desconfiar de

mis preferencias, tengo ahora una evaluación más serena del Real, más crítica. Hablo del ensayista múltiple pero tenaz en sus vectores, del historiador del patriciado y sus alrededores, del experto en Rodó, del escritor que anticipó el hipertexto, del despiadado crítico del batllismo (Real de Azúa, 2009), del politólogo de la amortiguación, del receloso de la modernidad y por ello no liberal y tampoco marxista... Hay otros Real que aún no conozco bien. En la última década me apliqué a estudiar sus años de formación, los papeles de su caótico archivo, sus escritos furiosos de juventud. Entre 1934 y 1943 el joven Real de Azúa se convierte al catolicismo con un fervor dogmático, abomina el individualismo liberal que ve en Rodó, se compromete con la huella falangista de José Antonio, viaja a España ya hundido secretamente en el desencanto con el franquismo y escribe a la vuelta un libro «maldito», *España de cerca y de lejos*, que es una demoledora requisitoria al totalitarismo desde una perspectiva humanista y democrática (Real de Azúa, 1943). Es mucho para un joven, es mucho, tal vez, para haber ocurrido en tan poco tiempo; sin embargo, lejos de cualquier idealización creo que esa trayectoria es expresiva de una línea intelectual que lo trascendió y que nos aporta muchas claves para entender la experiencia uruguaya desde una perspectiva crítica de la modernidad. Es claro que es una perspectiva que perdió la partida, lo que la vuelve aun más interesante.

A cierta altura de mi trabajo empecé a mascullar una nueva pregunta que superaba la cuestión biográfica o incluso prosopográfica: ¿Real es un caso de encuentro entre la tradición católica y la tradición democrática? A mí no me parece adecuado hablar de *casos* en la historia, pero este es un gran asunto en los años veinte y treinta del siglo pasado, en el mundo llamado occidental. He discutido con algunos amigos católicos, investigadores lo que para mí era un encuentro extraño, la democracia como herejía para una tradición, o más levemente, como un cuerpo doctrinario y pragmático ajeno e incómodo. El espejo argentino está allí otra vez, con sus católicos nacionalistas antiliberales y antidemocráticos y con los católicos cosmopolitas, influidos por Jacques Maritain y el humanismo cristiano pluralista que no podía ir hacia otro lugar que la democracia. Bien, Real de Azúa es un lector atento y conflictuado de Maritain, sus arrebatos y confusiones no le impidieron llegar al puerto de la cuestión democrática en la segunda posguerra, donde esto no era tan claro (Rilla 2018a; 2020).

¿Qué tanto influye su matriz católica que comparte con otros intelectuales que ha abordado como Alberto Methol Ferré?

Las discusiones con algunos intelectuales católicos me han servido mucho para revisar lo hecho y pensar en cómo seguir con esto. Mi conclusión provisoria es que la democracia no está inscrita en la tradición católica pero en modo alguno le era ajena ni contradictoria. Hay que retroceder varios siglos para apreciar este proceso.

Methol Ferré también fue neoconverso, como Real, y lo conocí personalmente en los últimos veinte años de su vida. No era un historiador si por eso entendemos, como entiendo, el apego a los hechos del pasado; tenía el vínculo con los hechos (lo digo así, casi positivista) en la medida que formaran parte de una idea de la historia como camino hacia algún lugar, y hace mucho que un historiador está lejos de ser eso, los comunistas fueron los últimos... Pero yo creo que *El Uruguay como problema* es una obra muy importante de la tradición intelectual uruguaya, de las más importantes, por su percepción aguda y valiente de los límites del Uruguay clásico y del Uruguay internacional (Methol Ferré, 1967/2015). El problema, en mi perspectiva, es que a *Tucho* no le interesaban demasiado las instituciones políticas y tampoco la democracia como aprendizaje, estaba muy lejos de eso, era un peronista puro; buscaba el «hombre providencial». Cuando escribí esto, que luego fue al prólogo de su libro, se lo di a leer y él no modificó una coma...

Sobre mi catolicismo digo esto, muy breve: es mi tradición familiar, contra la que fui y vine muchas veces. No sé muy bien por qué pero yo me salvé, en la juventud y en la izquierda, de la locura de la teología de la liberación. En Uruguay no es fácil llevar una identidad católica o religiosa y en la academia menos; en el mejor

de los casos, con algo de ignorancia se te mira con la conmisericordia del que cree haber superado el atraso. También mi fe es un desastre, la Iglesia católica no me gusta ni me aloja del todo (la gente a veces quiere instituciones a medida) y yo voy y vengo con la esperanza cristiana. No recuerdo que se le haya preguntado esto a un historiador, me parece bárbaro aunque no puedo dar una respuesta muy contundente. Sí digo que no creo que haya influido directamente en la elección de estas trayectorias de Real de Azúa y Methol. Me interesan mucho más como marginales, tráfugas, heterodoxos, de camino propio, me interesan sus miradas que suelen perderse en el olvido o en la simplificación.

En un reciente artículo donde reflexiona sobre la responsabilidad de los historiadores propone devolver la complejidad ante reclamos de simplificación (Rilla, 2018b). ¿Cómo se puede emprender dicha labor en un mundo marcado por la instantaneidad, la instrumentalización del conocimiento y la crisis de legitimidad de las instituciones científicas?

Debo la redacción de ese artículo a la incitación de mi amigo Fernando Devoto, a quien considero un sabio referente de la historiografía. El me invitó a un seminario en Buenos Aires donde tuve oportunidad de conocer a los colegas de la revista *Passés Futurs* en la que colaboro, que tiene un pie en Europa (París, Valencia) y otro en América (Buenos Aires). Los argentinos se pelean mucho entre ellos, a fondo, pero son muy generosos con nosotros; a veces se encuentran en nosotros. Aquella instancia y la revista de París me dieron la oportunidad de pensar con algún detenimiento el tema deontológico de nuestra profesión. Como en cualquier caso, creo, no hay posibilidades de pensar en la responsabilidad de un oficio desentendidos de una idea del oficio, o concebir una deontología sin reflexión epistemológica y desde luego normativa. Si nuestra idea de la historia y de la historiografía es la del registro de una regularidad, de una «necesidad», de una operación deductiva, estamos ante una disciplina, un tipo de ciencia y de responsabilidad; si por el contrario nuestro asunto es otro, es el trabajo con huellas que se desvanecen, con hechos que no se repiten, con seres humanos y sociedades del pasado a los que hay que restituir en su complejidad, en su contingencia, entonces estamos ante otra ciencia, y por lo tanto, frente a otro tipo de responsabilidades como profesionales. Ese es un buen punto de reflexión para los científicos, no se pueden desentender de su responsabilidad cívica pero deben remitirla a la naturaleza específica de la disciplina que cultivan. En el caso de la historia, entonces, se trata de la prudencia que se previene contra los riesgos del anacronismo que está en su naturaleza (porque siempre es el presente el que le pregunta al pasado), que se rinde a la comprobación de que los hechos del pasado «siguen ocurriendo» *per se* y por nuestra mirada, que no estamos autorizados al consecuencialismo, al determinismo, ni a confundir secuencia con causalidad.

Esto está referido a la responsabilidad en la investigación, a lo que deberíamos sumar la que corresponde a la difusión del conocimiento histórico. Todas las fronteras de este proceso se han removido y la idea del eterno presente o del presente sin pasado se ha hecho muy vigorosa, mientras las tecnologías de la información y la comunicación llevan el germen de otra cultura, diferente a aquella en la que la historia jugaba un papel bastante claro. Hoy no es tan evidente esa función, está contestada desde diversos ángulos: la historia no tiene el monopolio de la reconstrucción autorizada pasado (si es que lo tuvo alguna vez), compite con otras narraciones verdaderas y falsas, sufre en su vitalidad y función crítica cuando zonas enteras del pasado son patrimonializadas como objetos o dispositivos de consumo. Cualquiera puede hacer cualquier cosa con el pasado, y eso es bueno y malo a la vez. Cuando una cadena global de cine y televisión saca de la pantalla global *Lo que el viento se llevó* viendo en ella, con razón, un contenido discriminatorio y racista, nos está privando del derecho al pasado y de nuestra capacidad para apreciarlo como viene, *tal cual fue* según la expresiva ilusión *rankeana*. No veo ese acto militante *mainstream* como otra cosa que una derrota de la historia, o mejor, como un repliegue de su responsabilidad. Si seguimos por ahí vamos a perder a Otelio y Mozart, por dar ejemplos modestos.

23 de junio de 2020

Referencias bibliográficas

- CAETANO, G. (1992-1993). *La república conservadora (1916-1929)*, 2 tomos. Montevideo: Fin de Siglo.
- y RILLA, J. (1984a). Julio C. Grauert, una promesa truncada. *Hoy es Historia*, 4, 32-40.
- (1984b). El sistema de partidos. Raíces y permanencias. *Cuadernos del CLAEH*, 31, 32-41;
- (1986). *El joven Quijano 1900-1933. Izquierda Nacional y conciencia crítica*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (1987). *Breve Historia de la dictadura (1973-1985)*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental-CLAEH.
- (1994). *Historia contemporánea del Uruguay. De la colonia al Mercosur*. Montevideo: CLAEH-Fin de Siglo
- (1995). Relaciones interpartidarias y gestión de gobierno en el Uruguay 1942-1973. *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, 8, 15-33, y
- (2003). Los partidos políticos en el siglo XX. En *El Uruguay del siglo XX: la política* (pp. 15-64). Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- (2005). *Historia contemporánea del Uruguay. De la Colonia al siglo XXI*. Montevideo: CLAEH-Fin de Siglo.
- CAETANO, G.; GALLARDO, J. y RILLA, J. (1995). *La izquierda uruguaya: tradición, innovación y política.*, Montevideo: Ediciones Trilce.
- GADAMER, H. G. (1999). *Verdad y método. Fundamentos de una hermenéutica filosófica*. Salamanca: Sígueme.
- HARTOG, F. (2003a). *El espejo de Heródoto: ensayo sobre la representación del otro*. Ciudad de México: Fondo de Cultura Económica y
- (2003b). *Régimes d'historicite - Présentisme et expériences du temps*. París: Seuil-La Librairie de xxème siècle.
- y REVEL, J. (2001). Note de conjuncture historiographique. En: F. HARTOG y J. REVEL (Eds.). *Les usages politiques du passé*. París: EHESS.
- HUIZINGA, J. (1930). *El otoño de la Edad Media*. Madrid: Revista de Occidente.
- LEFFLER, M. P. y WESTAD, O. A. (Dir.) (2010). *The Cambridge History of the Cold War*, 3 volúmenes. Cambridge: Cambridge University Press.
- LISCANO, C. (2001). *El furgón de los locos*. Montevideo: Planeta.
- MACHADO, C. (1972). *Historia de los orientales*. Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental.
- MALET, A. e ISAAC, J. (1922). *Los tiempos modernos*. París: Ediciones Españolas Hachette.
- METHOL FERRÉ, A. (1967/2015). *El Uruguay como problema*. Montevideo: Hum, prólogo de José Rilla.
- MORGAN, K. O. (2001). *The History of Britain*. Oxford: Oxford University Press, especialmente caps. 9 y 10.
- (2003). *Great Britain, the United States, France and the two World Wars*. Escuela Doctoral de Rouen, Maison de l'Université.
- NORA, P. (1992). *Les lieux de mémoire*, 3 tomos. París: Gallimard.
- NUSSBAUM, M. (2001a). *El cultivo de la humanidad: una defensa clásica de la reforma en la educación liberal*. Barcelona: Andrés Bello.
- (2001b). *Sin fines de lucro, Por qué la democracia necesita de las humanidades*. Buenos Aires: Katz.
- PÉREZ ANTÓN, R.; CAETANO, G. y RILLA, J. (1988). La partidocracia uruguaya. Historia y teoría de la centralidad de los partidos políticos. *Cuadernos del CLAEH*, 44, 36-61;
- REAL DE AZÚA, C. (1943). *España de cerca y de lejos*. Montevideo: Impresora LIGU.
- (2009). *El impulso y su freno*, prólogo de José Rilla. Montevideo: Biblioteca Artigas de Clásicos Uruguayos.
- RICOEUR, P. (2003). *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta.
- RILLA, J. (1983). Impuestos, Estado y política en Uruguay. La coyuntura de 1916. *Cuadernos del CLAEH*, 26, 25-43.
- (1992). *La mala cara del reformismo: impuestos, Estado y política en el Uruguay, 1903-1916*. Montevideo: Arca.
- (2015). «Abrir bajo otro sol los ojos de mi hijo». Violencia, política e historiografía en Uruguay. *Pasado Abierto*, 2, 218-241.
- (2018a). Real de Azúa y Rodó: lejanías y cercanías. En Ó. BRANDO y J. RILLA. *Carlos Real de Azúa, los años de formación. Escritos inéditos sobre Rodó*. Montevideo: Biblioteca Nacional.
- (2020). Caminos de la herejía democrática, católicos y falangistas en tránsito. *Pasado y Memoria*, (20).

- RILLA, J. (2018b). Usos del pasado, usos de la historia. Prudencia, función, militancia. *Passés Futurs*. [en línea]. Recuperado de <https://www.politika.io/fr/passes-futurs>
- (selección y prólogo) (2009). *Pierre Nora en Les Lieux de Mémoire*. Montevideo-Santiago de Chile: Ediciones Trilce-LOM.
- BRANDO, Ó. y QUIRICI, G. (2013). *Nosotros, que nos queremos tanto: uruguayos y argentinos, voces de una hermandad accidentada*. Montevideo: Debate.
- ZUM FELDE, A. (1919) *Proceso histórico del Uruguay: esquema de una sociología nacional*. Montevideo: M. García.
- (1930). *Proceso intelectual del Uruguay y crítica de su literatura*, tomos 1 y 2. Montevideo: Imprenta Nacional Colorada.

El mito de la moderación de Videla: extensión social y funciones de una creencia compartida

The Myth of Videla's Moderation: Social Extension and Functions of a Shared Belief

Daniel Lvovich

Resumen

La mayor parte de los estudios sobre la dictadura militar instaurada en Argentina en 1976 coinciden en afirmar que, en sus tramos iniciales, el régimen *de facto* contó con un considerable apoyo, o al menos, con niveles muy altos de pasividad que posibilitaron que no se estructurara una oposición consistente por parte de diversos actores sociales. Existe sin embargo un factor que contribuyó a evitar la estructuración de una temprana oposición al régimen, y al que no se ha prestado suficiente atención hasta el momento, que consideramos que requiere ser analizado. Se trata de la creencia que el general Videla era un militar moderado en todos los planos, que no lograba controlar a los elementos de ultraderecha civiles o de las Fuerzas Armadas que se suponía llevaban a cabo una represión ajena a la voluntad del presidente *de facto*, y cuya posición corría peligro ante la amenaza de los sectores más duros del ejército. Esta creencia tenía la consecuencia de inhibir formas mayores de denuncia u oposición, ya que se consideraba que podían debilitar la posición de Videla, que aparecía como la mejor opción disponible para un arco importante que incluía a los dos partidos mayoritarios, buena parte de la izquierda y un amplio sector del

Abstract

Most of the studies on the military dictatorship established in Argentina in 1976 coincide in affirming that, in its initial stages, the *de facto* regime had considerable support, or at least, with very high levels of passivity that made it possible not to structure a consistent opposition by various social actors. There is, however, a factor that helped prevent the structuring of an early opposition to the regime, and that has not been given enough attention so far, which we believe needs to be analyzed. It is about the belief that General Videla was a moderate military man at all levels, that he could not control the elements of the civil extreme right or the Armed Forces that were supposed to carry out a repression outside the will of the *de facto* president, and whose position was at risk from the threat of the toughest sectors of the army. This belief had the consequence of inhibiting major forms of denunciation or opposition, since it was considered that they could weaken Videla's position, which appeared as the best available option for an important arc that included the two majority parties, much of the left and a large sector of the Movement for Human Rights, as well as Catholic,

Movimiento por los Derechos Humanos, además de a representantes católicos, judíos y protestantes. Este fenómeno no ha sido estudiado en la perspectiva que aquí proponemos, es decir, como uno de los factores que inhibieron el desarrollo de una oposición temprana al régimen instaurado en 1976. En este trabajo, tras presentar el estado del conocimiento sobre las actitudes sociales en los primeros años de la dictadura militar, analizaremos el problema de la extensión de la creencia en la moderación de Videla en todas las áreas —incluida la propia del alcance y la naturaleza de la represión ilegal— a partir de la información que encontramos en fuentes estatales norteamericanas, producidas en el Departamento de Estado, la embajada estadounidense en Buenos Aires o las agencias de inteligencia de ese país.

Palabras clave: Jorge Rafael Videla; Argentina; Dictadura consenso

Jewish and Protestant representatives. This phenomenon has not been studied in the perspective we propose here, that is, as one of the factors that inhibited the development of an early opposition to the regime established in 1976. In this paper, after presenting the state of knowledge about social attitudes in the first years of the military dictatorship, we will analyze the problem of the extension of the belief in the moderation of Videla in all areas —including that of the scope and nature of the illegal repression— based on information found in state sources North American, produced in the State Department, the US embassy in Buenos Aires or the intelligence agencies of that country.

Keywords: Jorge Rafael Videla; Argentina Dictatorship; Consensus

La mayor parte de los estudios sobre la dictadura militar instaurada en Argentina en 1976 coinciden en afirmar que, en sus tramos iniciales, el régimen *de facto* contó con un considerable apoyo, o al menos, con niveles muy altos de pasividad que posibilitaron que no se estructurara una oposición consistente por parte de diversos actores sociales.

Este fenómeno, que Hugo Quiroga ha denominado *consenso inicial*, se ha explicado de diversas maneras, como veremos a continuación (Quiroga, 1994). Existe sin embargo un factor, al que no se ha prestado suficiente atención hasta el momento y que no ha dejado huellas en la memoria social, que contribuyó a evitar la estructuración de una temprana oposición al régimen, y que consideramos que requiere ser analizado. Se trata de la creencia que el general Videla era un militar moderado en todos los planos, que no lograba controlar a los elementos de ultraderecha civiles o de las Fuerzas Armadas (FFAA) que se suponía llevaban a cabo una represión ajena a la voluntad del presidente *de facto*, y cuya posición corría peligro ante la amenaza de los sectores más duros del ejército. Esta creencia tenía la consecuencia de inhibir formas mayores de denuncia u oposición, ya que se consideraba que podían debilitar la posición de Videla, que aparecía como la mejor opción disponible para un arco importante que incluía a los dos partidos mayoritarios, buena parte de la izquierda y un amplio sector del Movimiento por los Derechos Humanos, además de a representantes católicos, judíos y protestantes.

Este fenómeno, al que denominamos aquí como *mito de la moderación de Videla*, ha sido analizado como un factor que influyó en la política exterior de los Estados Unidos (Avenburg, 2009). Sin embargo, no ha sido estudiado en la perspectiva que aquí proponemos, es decir, como uno de los factores que inhibieron el desarrollo de una oposición temprana al régimen instaurado en 1976. En efecto, si bien se ha sostenido, como veremos, que determinados actores políticos consideraban a Videla un militar moderado que contrastaba con los sectores de extrema derecha, proponemos aquí que la extensión de esa imagen del dictador resultó mucho más compartida y amplia, abarcando a una buena parte del arco político y social en los años iniciales de la dictadura. En este trabajo, analizaremos el problema de la extensión de la creencia en la moderación de Videla en todas las áreas —incluida la propia del alcance y la naturaleza de la represión ilegal— a partir de, sobre todo, la información que encontramos en fuentes estatales norteamericanas, producidas en el Departamento de Estado, la embajada estadounidense en Buenos Aires o las agencias de inteligencia de ese país. En ocasiones empleamos para ello fuentes que hemos relevado personalmente en archivos norteamericanos y en otras, documentos empleados en el trabajo de investigación de Alejandro Avenburg.¹ Privilegiamos estas fuentes, en particular aquellas que expresan las visiones de dirigentes políticos y sociales argentinos recogidas por funcionarios estadounidenses, no solo porque en muchos casos resultan novedosas, sino debido a que dado que sus testimonios no se destinaban a la circulación pública, podemos inferir que expresaban con sinceridad los posicionamientos asumidos por dichos actores en cada período.²

La legitimidad inicial y sus límites

Desde el momento mismo de la toma del poder, el gobierno militar desarrolló una política represiva inusitadamente dura. Estableció el Estado de Sitio, prohibió la actividad política y sindical y se lanzó a una verdadera *caza del hombre* contra todo aquel que se considerara *subversivo*, concepto que en palabras del general Videla tenía un alcance vastísimo: «No es solamente matar militares. Es también todo tipo de enfrentamiento social».³ El *Proceso de Reorganización Nacional* de tal modo, victimizó a una parte de la población, y recibió el callado rechazo de diversos sectores. Sin embargo, no dejó de encontrar un significativo respaldo social.

1 En el primer caso proponemos nuestras traducciones de esas fuentes y en el segundo nos servimos de las traducciones presentadas por Avenburg.

2 Ello no quiere decir, evidentemente, que las fuentes diplomáticas resulten imparciales y ajenas a la voluntad política.

3 *Gente*, 15 de abril de 1976.

En efecto, mientras los grupos dominantes buscaron en 1976 dar prioridad al restablecimiento del monopolio de la coerción, la extrema fragmentación y anomia que caracterizaron al período anterior generaron en los grupos subordinados, y en particular en los sectores medios «una demanda primitiva de orden y una disposición generalizada a suscribir un pacto hobessiano o, por lo menos, a respaldar la adquisición enérgica de poder soberano por parte de dictadores» (Corradi, 1996, p. 89).

Existe un amplio acuerdo entre los estudiosos del período en señalar que el contraste con los últimos años de gobierno democrático resultó el factor fundamental que permitió a la dictadura construir cierta legitimidad inicial gracias al apoyo de una sociedad que suponía que ningún gobierno podría ser peor que el derrocado y otorgó al recién instalado un consenso «difuso y reactivo» (Palermo y Novaro, 2003, p. 25). De tal modo, ante el golpe de 1976 una parte considerable de la población manifestó, «pasiva y silenciosamente, su creencia en que la necesidad de recuperar un orden social dañado solo se podría encontrar en el marco de la dominación militar» (Quiroga, 1994, p. 36). Sin embargo, el régimen militar de 1976 no se apoyó en la conquista de una nueva forma de legitimación sino en la crisis de legitimidad del régimen civil precedente.

A la explicación de esta amplia aceptación inicial, se suman perspectivas más amplias desde el punto de vista temporal. Considerando el régimen político argentino en el largo plazo, Hugo Quiroga ha afirmado que la discontinuidad institucional iniciada con el golpe de Estado de 1930 no puede ser tomada como una ruptura del sistema político. Por el contrario, tal sistema funcionó durante medio siglo a través de una articulación que combinó en su estructura los gobiernos militares con los gobiernos civiles. De tal modo, la sociedad organizó un sistema político carente de continuidad institucional, en el que la presencia del poder militar se convirtió en una constante. De hecho, desde 1930 las FFAA se constituyeron como un componente complementario en el funcionamiento del sistema político argentino. De tal modo, más que dos sistemas, existieron dos polos antagónicos, el democrático y el autoritario, coexistiendo al interior de un mismo sistema político, que toleró una alternancia del poder entre las fuerzas civiles y militares, que no siempre se enfrentaron y muchas veces se presentaron como aliadas (Quiroga, 1994, p. 36). Las FFAA compitieron así por el poder en la vida pública frente a los partidos políticos, como una fuerza política estatal. En consecuencia, lo que legitimó la dominación militar fue el funcionamiento de un

... *sistema político* particular que incorporó en su interior a las Fuerzas Armadas como un componente esencial y permanente. En otras palabras, *el sistema político opera como modo de legitimación de la dominación militar*. La 'pretorianización' del sistema político ha incidido en la conformación de una *cultura política* particular entre los argentinos (Quiroga, 1994, p. 39, cursivas del original).

A la vez, se ha destacado que, durante el tercer gobierno peronista, la ley fue progresivamente dejada de lado por el Estado, que desplegó distintas formas de represión clandestina. La Masacre de Ezeiza, la acción terrorista de la paramilitar Alianza Anticomunista Argentina (Triple A), la existencia de campos de detención clandestinos, los primeros casos de desaparición y el desarrollo de verdaderos golpes de estado en dos provincias, fueron algunos de sus ejemplos más notorios. Si desde esta perspectiva se aprecia cómo se agrava el carácter represivo del Estado, también resulta claro que la ininterrumpida sucesión de hechos excepcionales provoca que la excepción se haya convertido, velozmente, en la condición normal (Pittaluga, 2008).

Los análisis de las fuentes diplomáticas norteamericanas permiten seguir lo que a sus ojos fue el tránsito desde la marginalidad militar en el proceso político, hasta la construcción de un consenso referido no solo a su intervención sino también a la represión ilegal. Desde la muerte de Juan Domingo Perón en 1974 la diplomacia norteamericana seguía con atención la evolución de la crisis política argentina, y había evaluado las posibilidades de una nueva intervención militar. Un estudio de inteligencia del Departamento de Estado del 17 de julio de 1974 que postulaba posibles escenarios, señalaba que los militares preferían permanecer en la periferia. Escarmentados por su experiencia de gobierno directo que habían desarrollado hasta las elecciones

de 1973 «... saben que solo podrían gobernar con una severa represión».⁴ Por ello, en estos informes se sostenía que solo una catástrofe de grandes proporciones provocaría una nueva intervención militar.⁵

Un año más tarde, y al calor del avance de la crisis, otro reporte de inteligencia del Departamento de Estado, fechado el 7 de agosto de 1975, señalaba que se había desarrollado una «tenue alianza» entre militares y sindicalistas sobre la base de su común oposición al «izquierdismo/terrorismo» y su común determinación de detener el poder de López Rega en el gobierno.⁶

En el reporte se sostenía que si una alianza militar sindical se alcanzara, gozaría del apoyo del resto del arco político argentino y de los grupos de poder económico, garantizándole un amplio consenso, pero que la «manifiesta incompetencia de los civiles» planteaba la perspectiva de un golpe militar.⁷ Ante ello, se postulaba que la resignación parecía ser el estado de ánimo mayoritario: «Esa posibilidad es bienvenida por pocos pero aceptada por casi todos como inevitable si la presente crisis no se soluciona».⁸ De modo que la voluntad militar de no asumir directamente el gobierno no se atribuía a la postura mayoritaria del arco civil sino a la falta de un apoyo unificado a la intervención por parte de las FFAA, a la memoria de los errores del gobierno militar de 1966-1973 y la comprensión de que un golpe haría a los militares responsables por resolver problemas complejos para los que no tenían una solución. La reluctancia e indecisión de los militares a actuar se debía también a que ello implicaría un baño de sangre y una severa represión.⁹

Ese mismo año, se reportaban las violaciones a los Derechos Humanos cometidas «... como parte de la campaña del gobierno argentino contra quienes se supone forman parte de la guerrilla o la apoyan», clasificadas en detenciones sin cargo, torturas y asesinatos. El reporte evaluaba que «Dado el momento político en que vive Argentina, pareciera que esas prácticas serán toleradas por el gobierno (y por muchos argentinos) como un expediente en la lucha contra el terrorismo».¹⁰

Estas fuentes norteamericanas permiten, como vemos, reforzar la idea acerca de la gestación de un extendido «consenso antisubversivo» durante los años del tercer peronismo, lo que implicó una extendida disposición a tolerar o aceptar las violaciones a los derechos humanos en la lucha contra las organizaciones revolucionarias, tal como ha demostrado en sus trabajos Marina Franco.¹¹

El acompañamiento inicial

Aunque eran reducidos los grupos políticos y sectores sociales dispuestos a un acompañamiento activo del gobierno militar, un núcleo social reducido pero influyente, y que conoció desde el comienzo los métodos represivos empleados, dio su pleno apoyo al régimen de facto. Buena parte de la jerarquía de la Iglesia Católica de la Argentina no solo prestó su conformidad al golpe de Estado, sino que los principales dignatarios eclesiásticos «fueron debidamente informados de los planes para derribar al régimen constitucional», incluido el método represivo que se emplearía. En esta perspectiva, se alcanzó un acuerdo según el cual «el régimen tendría vía libre en su acción represiva y contaría con el apoyo del Episcopado» (Mignone, 1986, p. 47). En

4 National Archive And Record Administration II (en adelante NARA II), P-Reel Documents, Central Foreign Policy Files, documenting the period 1973?-12/31/1979-Record Group 59, doc. 740078-0502, p. 2.

5 NARA II, P-Reel Documents, Central Foreign Policy Files, documenting the period 1973?-12/31/1979-Record Group 59, doc. 740078-0905, p. 5.

6 Íbidem, doc 750134-1445, p. 1.

7 Íbidem, doc 750134-1445, p. 3.

8 Ídem.

9 Íbidem, p. 4.

10 Íbidem, 750034-1160, p. 1.

11 Ver al respecto Franco(2012).

la cúpula eclesiástica confluieron la voluntad de eliminar la amenaza política en el nivel nacional con la retomar el control interno de la institución, cuestionado por múltiples signos de disidencia desplegados en los años previos, a través de una estrategia represiva delegativa (Mignone, 1986 y Obregón, 2005). Por su parte, las principales organizaciones empresariales de la Argentina pueden ser catalogadas sin duda como sostenedores y en muchos casos cómplices del terrorismo de estado dictatorial (Verbitsky y Bohoslavsky, 2013). Son conocidos los casos extremos de empresas que convocaron a las FFAA a sus sedes y entregaron listas de los trabajadores que serían secuestrados, y en cuyas sedes se establecieron centros clandestinos de detención y tortura de prisioneros (Basualdo y otros, 2016). También la gran prensa de todo el país dio su apoyo unánime al nuevo régimen, y en buena medida lo sostuvo hasta la crisis del gobierno militar, y no fue distinto el caso de buena parte del poder judicial y de las organizaciones de abogados (Blaustein y Zubieta, 1988; Groisman, 1987; Bohoslavsky, 2015).

Dadas tales características no resulta sorprendente que mientras los partidos políticos conservadores otorgaron su total apoyo al gobierno militar, la Unión Cívica Radical (UCR) manifestara en marzo de 1976 su postura de abrir un compás de espera ante la nueva situación, mientras el derrocado Partido Justicialista reconoció la necesidad de buscar una salida conjunta con las FFAA. Quiroga es terminante al momento de señalar que dese 1976 la intervención militar fue legitimada por la casi totalidad de las formaciones políticas mediante el reconocimiento del papel de las FFAA en la «lucha contra la subversión», ya que «esa fue la legitimidad de origen permanentemente invocada por la administración de facto» (Quiroga, 1994, p. 492).¹² Tales actitudes, en la óptica de Quiroga, no fueron solo patrimonio de los partidos políticos: «La falta de fidelidad es también imputable a la mayoría de los ciudadanos que buscan, en la dominación militar, fórmulas alternativas de legitimidad» (Quiroga, 1994, p. 492). Aún en el seno del movimiento obrero no dejó de emerger una línea dialoguista que se ofreció para asesorar a la intervención de la Confederación General del Trabajo (CGT). Una minoría de los dirigentes sindicales fue abiertamente cómplice de los crímenes de las fuerzas represivas, mientras la mayoría calló ante las persecuciones sufridas por los trabajadores (Pozzi, 1988, pp. 114-115).¹³

Otros sectores consintieron la represión ilegal entendiendo que era típica de las dictaduras militares, mostrándose dispuestos a aceptar restricciones pasajeras a las libertades. La modalidad de la represión, a la vez visible e invisible, oficial y clandestina, determinó que las personas pudieran dar cuenta de la situación con un «amplio margen para construir su interpretación y para “decidir” ver o no ver, saber o no saber, entender o no entender» (Palermo y Novaro., 2003, pp. 132-33). Aunque resulta imposible dar cuenta acabadamente de tal disposición, algunos testimonios de la época permiten documentarla. En mayo de 1976 el periodista James Nielson afirmaba en *Buenos Aires Herald* que

... muchas personas, por lo demás respetables, creen que los izquierdistas, sean activistas tirabombas o idealistas transmundanos, merecen la pena de muerte. No exigen que eso se inscriba en el código penal pero sí aceptan la muerte violenta de izquierdistas con total ecuanimidad... (Neilson, 2001, p. 15).

Si esta parecía, entonces, ser una disposición extendida: ¿De qué modos contribuyó a este consenso inicial, o al menos a esta extendida pasividad, la representación que los diversos actores de hacían de la figura del general Videla?

12 A conclusiones similares ha arribado María de los Ángeles Yanuzzi (1996). Una perspectiva similar ha sido retomada por Alfredo Pucciarelli (2004).

13 Para la actitud de otras organizaciones e instituciones pueden consultarse: Klich (1989) y Kauffman (2001), entre otros.

La construcción de la imagen de *moderación* de Videla y los informes norteamericanos previos e inmediatamente posteriores a marzo de 1976

La imagen de moderación de Videla fue, en buena medida, el producto del esfuerzo del propio militar y el círculo que lo rodeaba para presentarse de ese modo, así como el resultado de la representación que influyentes medios de prensa, se esforzaron por divulgar. Videla era un militar fervientemente anticomunista, que había recibido adiestramiento militar en Panamá y Washington en la década del sesenta, en el marco del esfuerzo norteamericano de difusión de la doctrina de la seguridad nacional. Sin embargo, la imagen de bajo perfil y mesura que presentaba Videla, sus discursos en los que, aun promediando 1975, prometía respetar la Constitución y la ley, y sus vínculos con parte de la dirigencia de la UCR contribuyeron a forjar su imagen de moderación (Seoane y Muleiro, 2001). Bajo esta imagen, como jefe del Ejército y secundado por el general Roberto Viola, Videla construyó la maquinaria del asalto al poder y la represión ilegal, garantizando para ello que la casi totalidad de los puestos de mando de cada cuerpo y brigada de esa fuerza estuvieran cubiertos por los oficiales más cerradamente antiperonistas, anticomunistas y partidarios de una represión sin límites. Aun el enfrentamiento entre la cúpula del Ejército y José López Rega —que no dejó de reportarle al general Videla el beneficio de una imagen legalista— fue el escenario de una lucha por el poder que buscaba garantizar la hegemonía militar en el control del Estado (Seoane y Muleiro, 2001). La imagen de moderación de Videla, sin embargo, contrastaba fuertemente entre otros ejemplos con su declaración formulada en el seno de la IX Conferencia de Ejércitos Americanos, en octubre de 1975, en la que sostuvo: «Si es preciso, en la Argentina deberán morir todas las personas necesarias para lograr la seguridad del país».¹⁴ Sin embargo, la gran prensa resultaba fundamental para presentar una imagen de mesura. En enero de 1976, comentando las afirmaciones de Videla en las que sostenía que la subversión no era solo un problema militar sino uno económico, social y político, *Clarín* señalaba que se trataba de «una clara definición», manifestada de manera «didáctica», y en «ascético estilo».¹⁵ Una vez establecido el golpe, *Clarín* sistemáticamente se esforzaría por presentar una imagen de Videla como un militar moderado y republicano, una interpretación compartida por un amplio arco de la prensa nacional y propiciada por los consejeros políticos del dictador (Borrelli, 2012).¹⁶

Muchos años después, Videla reconocería la impostura al declarar: «¿Si había duros y moderados? Je, je... Yo estaba por encima de todos» (Seoane y Muleiro, 2001, p. 216).

En contraste, información que manejaba la embajada estadounidense antes del 24 de marzo de 1976 aseguraba que el comandante en jefe del Ejército, general Jorge R. Videla y el jefe del Estado Mayor del Ejército general Roberto Viola eran dos moderados que se oponían al accionar de los grupos irregulares y estaban dispuestos a combatir a las organizaciones guerrilleras solamente con procedimientos legales.¹⁷ De acuerdo a esta información eran oficiales y miembros de menor nivel jerárquico de las tres armas y de la Policía quienes conformaban los grupos irregulares que ya estaban operando en territorio argentino, y que

14 *La Nación*, 26 de octubre de 1975.

15 *Clarín*, 25 de enero de 1976, citado por Borrelli (2010, p. 12).

16 Sobre la difusión de esta imagen de moderación pueden consultarse Borrelli (2011), Iturralde (2013), Borrelli e Iturralde (2014) y los trabajos contenidos en Saborido y Borrelli (2011).

17 La noción de legalidad que asumían los diplomáticos norteamericanos, y que los militares argentinos se encargaban de transmitir, se construía en oposición a las explícitas y públicas violaciones a los derechos humanos que se practicaban en el Chile de Pinochet, y que resultaba una referencia casi ineludible. Sin embargo, esa noción de legalidad no excluía la creciente excepcionalidad legalmente sancionada y crecientemente represiva, que se había acumulado en distintos instrumentos legales argentinos en el mediano plazo y en particular en la primera mitad de los años setenta. Ver al respecto Marina (2012), Pontoriero (2016a), D'Antonio y Eidelman (2010), Aguila (2013).

estaban dispuestos a dar una guerra con cualquier método disponible a las guerrillas. Esta versión era difundida por los propios conspiradores antes del golpe.

El 16 de marzo de 1976 el embajador Hill conversó con el almirante Emilio Eduardo Massera quien dio a entender que el golpe sería inminente. Massera le aseguró a Hill que los militares eran completamente conscientes de que debían evitar problemas con los derechos humanos, y que evitarían tomar el camino de Pinochet en Chile y procederían con absoluto respeto de la ley y de los derechos humanos. Agregó que tenían algunos problemas para moderar a algunos miembros de menor jerarquía que no compartían esta visión, pero dijo tener confianza de que pronto estos serían disciplinados. Una versión similar le había transmitido el periodista del diario *La Opinión* Heriberto Kahn al embajador Hill. Kahn había conversado con el general Roberto Viola y este le había dicho que tanto él como Videla eran conscientes de la necesidad de garantizar el respeto de los derechos humanos y que a toda costa buscarían evitar problemas con el Congreso de los Estados Unidos similares a los que Pinochet estaba teniendo, aunque agregó que muchos oficiales por debajo de ellos no compartían esta visión (Avenburg, 2009, p. 30).

Pocos días antes del golpe la violencia contra militantes de izquierda y sindicalistas parecía fuera de control, lo que para el embajador Hill era un signo de que los moderados del Ejército podrían estar perdiendo el control de las actividades de sus subordinados. Un diplomático de la embajada norteamericana envió un cable al Departamento de Estado en Washington en el que afirmaba que

... hay una creciente preocupación entre civiles, políticos y periodistas, incluyendo a aquellos que ven un golpe favorablemente, de que los últimos actos puedan reflejar la inhabilidad del comando del Ejército y de las autoridades policiales para controlar a sus subordinados cuando ocurra el golpe. Un político de izquierda le comentó a un funcionario de la embajada el pasado fin de semana que él se había convertido en ferviente defensor del golpe de Videla-Viola con el argumento de que «si ellos no lo hacen pronto algún general de línea dura de alguna provincia va sacarlos y va a hundir al país en un sangriento e inútil esfuerzo de purificar al cuerpo político».¹⁸

Sin embargo, pocos días después del golpe el embajador escribía a Washington que, pese a los previos temores, «Videla y sus colegas moderados mantuvieron a los halcones a raya. Es más, la suavidad con la que se llevó a cabo el golpe y el grado en el que fue aceptado por la gente hizo mucho por mejorar la imagen de Videla».¹⁹ En abril de 1976, el embajador estadounidense en Argentina estimaba que el gobierno de Videla había tenido un buen comienzo, ya que —en su perspectiva— había tomado el poder sin un baño de sangre y adoptado un rumbo moderado, por lo que se había ganado el apoyo de la mayoría de los argentinos. Consideraba que el nuevo gobierno debía imponer medidas de austeridad económica, pero sin alienarse el apoyo de la opinión pública, y derrotar al terrorismo evitando violar gravemente los derechos humanos y manteniendo la cohesión de las FFAA.²⁰

El responsable de estos informes era Robert Hill, un general republicano, veterano de la guerra de Corea (1950-1953) y ferviente anticomunista, que se hallaba frente de la embajada norteamericana. A diferencia de la

18 Telegrama 1896 de la Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires, «Terrorist Toll Continues High», 22 de marzo de 1976, p. 2, citado por Avenburg, 2009, p. 31.

19 Telegrama 2061, Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires, «Videla's Moderate Line Privails», 29 de marzo de 1976, pp. 3 y 4, citado por Avenburg, 2009, p. 31. Mientras tanto, el secretario de estado Kissinger ordenó el apoyo del gobierno norteamericano al nuevo gobierno militar. Pese a que a seis días del golpe, el subsecretario de asuntos latinoamericanos William Rogers dijo que sería esperable una ola de represión bastante sangrienta en la Argentina, no solo hacia guerrilleros sino también hacia opositores y sindicalistas, y dado que el embajador Hill aún no había tomado contacto con las nuevas autoridades, Kissinger instruyó a que los diplomáticos en Buenos Aires debían dar muestras de respaldo de parte del gobierno norteamericano. Al día siguiente el Fondo Monetario Internacional (FMI) aprobó un crédito de 127 millones de dólares a la Argentina, que permitió al gobierno reforzar en las reservas disponibles, que pasaron de 23 a 150 millones de dólares (Avenburg, 2009, p. 32).

20 NARA II, Mensaje de la embajada en Buenos Aires al departamento de Estado, abril de 1976, Document Number: 1976BUENOS02747

mayoría del Partido Republicano en el gobierno de Gerald Ford y sobre todo del secretario de estado Henry Kissinger, Hill acompañó el vuelco que pretendía dar el Congreso de Estados Unidos, que sostenía que el gobierno norteamericano solamente debía respaldar la acción represiva del Gobierno argentino siempre que no se incurrieran en graves violaciones a los derechos humanos.²¹ Mientras Hill estuvo al frente de la embajada lo respaldaría en esta posición el diplomático Maxwell Chaplin. Por el contrario, la política de Kissinger era que el gobierno norteamericano debía respaldar a sus aliados independientemente de los métodos que utilizaran para combatir el comunismo (Avenburg, 2009, pp. 29-30). Estas visiones discordantes se expresaron en la existencia de profundas diferencias que separaban a los distintos actores estatales norteamericanos que abordaban el caso argentino en estos años, ya que mientras para algunos el objetivo central era la protección de los derechos humanos de la población, para otros se trataba sobre todo de no dañar el vínculo con los regímenes militares y de fortalecer a esos gobiernos. Estas tensiones, sumadas a las disputas entre las muy diversas agencias estatales que intervenían en las decisiones estadounidenses acerca de los vínculos con la Argentina contribuyeron a configurar una política exterior ambigua y contradictoria.²²

Las fuentes analizadas contribuyen a reforzar tanto la idea de un apoyo inicial al régimen como el esfuerzo consciente de Videla de mostrarse como un moderado, imagen que parece haber sido parcialmente aceptada antes del 24 de marzo de 1976. En los años transcurridos desde entonces, la historiografía ha realizado importantes aportes que nos permiten poder afirmar que la idea de moderación de Videla, no por difundida resulta cierta. En primer término, porque como ha mostrado Paula Canelo, en el marco de un régimen extremadamente fragmentado en el que las FFAA estuvieron atravesadas por múltiples conflictos internos, determinados sobre todo por los posicionamientos ante la salida política y la política económica, la llamada «lucha antisubversiva» operó como un recurso central de cohesión institucional y de legitimación ante la sociedad (Canelo, 2008, p. 35).

De modo que si existieron muchas diferencias y enfrentamientos entre los distintos actores del régimen militar las relativas a las características y extensión de la represión resultaron marginales frente a los acuerdos acerca de su naturaleza y modalidades. Justamente sobre este aspecto, diversos trabajos coinciden en señalar dos momentos clave para comprender el momento en que se decidió la modalidad de aniquilamiento clandestino como método de represión, ambos en el año 1975. Un primer momento es el del llamado Operativo Independencia desarrollado por el Ejército en la provincia de Tucumán desde febrero de 1975 con el aval del decreto secreto 261. A comienzos de octubre de ese año el Gobierno nacional extendió a todo el territorio nacional la tarea represiva en clave antisubversiva que el Ejército estaba desarrollando en Tucumán. Distintos trabajos académicos refieren a una reunión realizada en septiembre de 1975 en la que participaron las autoridades máximas del Ejército, que constituye el segundo momento, en el que se acordó la estrategia represiva basada en la realización de acciones clandestinas y el exterminio de los opositores (Acuña y Smulovitz, 2007, p. 11; Palermo y Novaro, 2003, p. 87). A esta evidencia se suman los trabajos de Esteban Pontoriero, en los que se muestra que a lo largo de las décadas del sesenta y del setenta, en la doctrina y reglamentos militares que organizaban los saberes represivos «antisubversivos» aparecía,

... en primer lugar la prescripción relativa a sostener una conducción centralizada y una acción descentralizada del combate contra el enemigo subversivo; en segundo lugar, la necesidad de crear espacios aislados de detención para los llamados prisioneros de guerra dentro de los establecimientos militares; y en tercer lugar, la clara significación del término aniquilamiento para el vocabulario castrense. En este sentido, las fuentes muestran que dicho concepto hacía referencia al exterminio físico del adversario, aunque no se hablaba de que ello se realizara a través de métodos clandestinos. Por último, de manera mucho más elíptica y no tan clara como en los otros aspectos,

21 Entre 1974 y 1976 el Congreso de los Estados Unidos modificó la Ley de Ayuda Externa de 1961 promoviendo que se redujera la asistencia militar y la ayuda económica a los países cuyos gobiernos estuvieran involucrados en graves violaciones a los derechos humanos. Cfr. Avenburg, 2009, pp. 20-21.

22 Cfr. Sikkim (2004) y Escudé (1991).

se consideraba la posibilidad de recurrir a métodos criminales para combatir a la «subversión». Por consiguiente, los conocimientos y prácticas represivas en clave contrainsurgente mencionadas se encontraban disponibles como doctrina formal del Ejército y estaban integradas también a su imaginario de la guerra (Pontoriero, 2016b, p. 44).

De tal modo, queda claro que ante la sistematicidad de la doctrina represiva y los amplios acuerdos castrenses para su puesta en práctica desde 1975, la idea de la existencia de alas moderadas que intentaban controlar a las facciones extremistas resulta hoy insostenible —más allá de la existencia de matices entre ellos— aunque los actores contemporáneos no tenían conciencia de ello.

Las categorías de duros y moderados dan cuenta del faccionalismo existente al interior del Ejército, pero para considerar la acción de las FFAA en los años de la dictadura instaurada en 1976 se revelan insuficientes las oposiciones binarias y permanentes entre facciones militares (halcones y palomas; nacionalistas y liberales) ya que se desarrollaron una multiplicidad de alineamientos y oposiciones en torno a distintos temas, y a la vez, estas sufrían transformaciones ante los cambios de coyuntura. Si, como señalamos, todos coincidían en respaldar las características clandestinas de la represión, podemos dar cuenta de esta distinción en el plano de las perspectivas políticas asumidas, ya que mientras un sector «duro» compartía concepciones políticas contrarias a la democracia representativa y a los partidos político y postulaba un régimen militar de larga duración que sería sucedida por una democracia tutelada por las FFAA, los *moderados* apostaban por un gobierno militar de una duración más limitada y que diera lugar a una restauración de la democracia, cuyas condiciones previas eran una renovación de los partidos y el sistema político que permitiera la conformación de una nueva élite dirigente adicta a los valores del llamado Proceso de Reorganización Nacional. Este sector estaba liderado por los generales Videla y Viola. Sin embargo, en la práctica, las diferencias no resultaban tan nítidas y sus actitudes eran mucho más ambiguas. Ambos habían pertenecido a la facción *colorada* del ejército, la más antipopular y antidemocrática de esa fuerza, y se habían manifestado en contra del profesionalismo integrado que en la primera mitad de la década del setenta promovía —con sus límites— la subordinación militar al poder civil. Desde la presidencia *de facto*, Videla dio apoyo a los sectores que favorecían una dictadura prolongada que permitiría consolidar las reformas económicas de su ministro de Economía José Alfredo Martínez de Hoz (Palermo y Novaro y, 2003, p. 179).

A tal punto era limitada esta supuesta moderación, que al convocar el régimen por primera vez a la civilidad en el diálogo político de 1980, los militares en el poder sostenían criterios muy excluyentes para la futura salida democrática y reservaban para las Fuerzas Armadas un rol de tutela en el nuevo orden institucional previsto.²³ Probablemente, haya sido en el campo de las relaciones exteriores donde, en cambio, se manifestó con más claridad la brecha entre un grupo duro y uno más moderado (Avenburg, 2009, p. 27).

Por último, la idea de que Videla no lograba controlar a los sectores más duros entre sus subordinados se ha demostrado empíricamente insostenible. Sin embargo, esta creencia se puede haber derivado de una de las particularidades del esquema represivo adoptado. Por un lado, nos encontramos frente a un plan sistemá-

23 Se establecía en las bases doctrinarias del llamado al diálogo que era necesario asegurar la observancia de los principios de la Constitución Nacional, pero modernizando y afianzando un régimen político basado en dos pilares: «La concepción cristiana de la vida y las tradiciones de nuestra cultura». El objetivo buscado era la construcción de un Estado capaz de preservarse del «populismo demagógico y anárquico, de los totalitarismos y de los intereses ilegítimos o abusivos de individuos o sectores determinados». Quedaban excluidas del futuro sistema político las ideologías «totalitarias», definidas como aquellas que promovieran la lucha de clases, la propiedad colectiva de los medios de producción, la exaltación desmedida de las personas de los dirigentes y la politización partidaria de las instituciones del Estado. Según los principios programáticos, la forma de gobierno debía continuar siendo la representativa, republicana y federal, pero el sistema político debía renovarse para afianzar la estabilidad institucional. Las «bases programáticas» delineaban los rasgos más salientes del modelo de país aspirado por el régimen militar en las distintas áreas, reservando para las ffaa un rol institucional que les daría competencias en «la conducción estratégica nacional, la seguridad nacional, y la defensa de la Constitución Nacional». En tal sentido, el proyecto de los militares argentinos resultaba similar al que quedaría plasmado en la nueva Constitución chilena plebiscitada en el mismo año 1980 (González Bombal, s/f y Lvovich, 2010).

tico de represión estatal, en el que se articularon los diversos ámbitos, organismos y agencias involucrados, dirigidos centralizadamente por las FFAA y que compartían unas modalidades comunes que se aplicaron a escala nacional: el accionar clandestino, los secuestros, el uso de torturas sobre los prisioneros, la desaparición de personas. Por otro, sabemos que existió una clara descentralización operativa entre los distintos circuitos represivos, en las zonas militares, subzonas y áreas, que le otorgó al ejercicio de la represión modalidades y características específicas. Todo este esquema puede haber permitido suponer, de modo engañoso, que estas variaciones dentro de un plan sistemático eran el resultado de acciones que escapaban al control de Videla cuando, en realidad, formaban parte integral del diseño del cual expresaba el vértice.²⁴

El mito de Videla entre los dirigentes políticos argentinos

En numerosas ocasiones se ha señalado, con justicia, que el Partido Comunista de la Argentina (PCA) distinguió entre un ala moderada y una extremista en el seno del régimen instaurado en 1976. A fines de ese año, un encumbrado dirigente partidario afirmaba que

... lo que está en juego es la conquista de una democracia avanzada o el pinochetismo. Esos dos proyectos enfrentados conviven todavía dentro del proceso abierto por la Junta Militar. Un sector relevante del gobierno y de las Fuerzas Armadas, que incluye en primer lugar al propio presidente de la República, reitera casi cotidianamente que es su propósito erradicar el terrorismo, de cualquier signo, para consolidar la paz y la seguridad teniendo como objetivo prioritario la revitalización de las instituciones y el retorno a la democracia auténticamente representativa, republicana y federal [...] El otro sector, obnubilado por un odio irracional, de raíz fascista, se propone un baño de sangre generalizado.²⁵

Sobre la base de esta visión, el PCA abrazó la defensa «táctica» del gobierno del general Videla para frenar las ambiciones de los sectores a los que llamaban «pinochetistas». En su análisis, la principal diferencia entre ambas facciones radicaba en el alcance que daban a la represión. Para evitar la imposición del «pinochetismo» era necesario que el nuevo gobierno fuera capaz de neutralizar el accionar de las bandas terroristas tanto de derecha como de «ultraizquierda». Por esa razón, el PCA se proclamaba enemigo del «terrorismo de ambos signos». En 1976, el PCA consideraba que el gobierno militar no constituía una dictadura, sino un «proceso» abierto y disputado por dos tendencias principales, que podría evolucionar hacia un régimen democrático o hacia el «fascismo» (Casola, 2013, pp. 137-138).

Sin embargo, esta caracterización excedía en mucho los análisis del PCA, y era compartido por un amplio arco de la opinión argentina e internacional. La creencia en que Videla era un moderado en lo relativo a la naturaleza y el alcance de la represión y que bajo su dirección el régimen permitiría un regreso a la democracia, resultó un factor inhibitorio de la crítica y la protesta y configuró hasta la base para el desarrollo de un apoyo de naturaleza táctica, además de un factor que morigeraría las sanciones internacionales contra la dictadura argentina.

Las mismas características de la represión —clandestina, pero de algún modo visible, y de cuyos ejecutores poco se podía saber— dificultaba las posibilidades de comprender su naturaleza, extensión y profundidad. Resulta muy significativo al respecto que hasta una organización de izquierda y decididamente hostil al régimen, como el Partido Socialista de los Trabajadores (PST), del que al menos un centenar de sus militantes

24 «Estas variaciones refirieron a un conjunto de recursos y opciones disponibles en los distintos ámbitos de aplicación del plan represivo, entre los que mencionaremos la experiencia adquirida por las fuerzas de seguridad y los agentes involucrados en la lucha antisubversiva en los años previos al golpe, la participación de las distintas fuerzas represivas y de seguridad, las tramas que las articularon, sus tensiones y su mayor o menor grado de autonomía, los dispositivos utilizados, las diversas vinculaciones entre la dimensión legal-reglamentaria y las prácticas ilegal-clandestinas, el perfil de quienes comandaron la “lucha antisubversiva”, así como temporalidades diversas» (Águila, 2016, p. 342).

25 Gerónimo Arnedo Alvarez, «Carta con motivo de fin de año», 20 de diciembre de 1976, en Resoluciones y Declaraciones año 1976/1977. Buenos Aires: Fundamentos, 1978, pp. 27-28, citado por Casola, 2013, p. 137. Sobre las posiciones de la federación Juvenil Comunista ver: Saraniti (2018).

fueron asesinados por la acción de la Triple A primero y luego del régimen militar no solo reconociera en mayo de 1976 que el régimen de Videla contaba con un «apoyo superfluo» debido al «repudio ganado por el gobierno anterior o la retracción y confusión de los sectores populares» sino que considerara que la existencia de secuestros y desapariciones era atribuible a «bandas de extrema derecha» y no al gobierno, del que se esperaba que desenmascarara a esos «grupos sin autor esclarecido».²⁶

En el mismo mes en que ese partido de izquierda publicaba estas apreciaciones, el embajador norteamericano informaba al Departamento de Estado que

la mayoría de los observadores coinciden en que Videla está bien intencionado pero que no ha sido capaz —o aún no ha intentado— hacer valer su autoridad. De esta forma, los comandantes individuales e interventores están haciendo en buena medida lo que quieren.²⁷

Hill destacaba que la confianza en Videla era compartida por dirigentes políticos argentinos. «Ni los peronistas ni los radicales están acusando a Videla mismo de tener mala fe; más bien, ellos creen que los problemas resultan de su incapacidad de controlar a los duros».²⁸

Pocos días más tarde, el subsecretario general de la presidencia Ricardo Yofre le aseguraba al embajador norteamericano que los abusos eran producidos por elementos de las fuerzas de seguridad que actuaban por cuenta propia desobedeciendo órdenes del presidente, al que buscaban dañar en su imagen pública (Avenburg, 2009, p. 34).

En junio de 1976 la embajada norteamericana recibió la primera opinión que contradecía la idea de que los grupos paramilitares actuaban fuera del control de la Junta Militar, proveniente de un alto funcionario de la legación israelí en Buenos Aires, probablemente el ministro consejero Herzl Inbar, que sostenía que:

... los militares argentinos han tomado con bastante anterioridad al golpe de estado del 24 de marzo la decisión fundamental de eliminar la subversión y el terrorismo y de silenciar y aterrorizar cualquier oposición potencialmente significativa. La única cuestión que quedaba por definir era cómo hacerlo con la menor exposición posible a las críticas externas que han aislado al régimen militar en Chile. Un grupo de militares proponían al camino de Pinochet, es decir detenciones masivas de sospechosos, grandes campos de internación y ejecuciones con o sin la formalidad de cortes marciales sumarias [...] El camino alternativo, que fue el adoptado por el gobierno argentino, fue de acuerdo con esta información el denominado «La Basural» (sic). Siguiendo este camino el gobierno argentino dio luz verde a las fuerzas de seguridad para atacar los problemas de seguridad internos con cualquier método considerado apropiado, pero siempre dejando al gobierno argentino en la posición de poder manifestar una negación creíble de su responsabilidad en los hechos.²⁹

Aunque esta perspectiva influyó en algunos funcionarios diplomáticos norteamericanos, la embajada no cambiaría su posición, mientras en el más alto nivel del Departamento de Estado Kissinger daría su expreso apoyo al régimen de Videla y su campaña represiva. En los últimos días de la administración Ford, en diciembre de 1976, el subsecretario de Estado Charles Bray visitó Buenos Aires, donde además de reunirse con autoridades nacionales, se encontró con Robert Cox, director del *Buenos Aires Herald*, quien sostenía que las bandas paramilitares que combatían a las guerrillas eran las mismas que habían surgido durante el gobierno de Isabel Perón, estaban integradas por miembros de las Fuerzas Armadas y operaban en células autónomas sin conexión con la jerarquía militar y eran muy difíciles de controlar. En opinión del periodista, Videla era un hombre decente que no dirigía esas bandas pero que no podía desactivarlas porque muchos

26 *Cambio*, Buenos Aires, primera quincena de mayo de 1976, n.º 1, pp. 3 y 16.

27 Telegrama 3142, Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires, «Junta's Moderate Line in Doubt», 11 de mayo de 1976, página 1 y 3, citado por Avenburg, 2009, p. 33.

28 Ídem.

29 Telegrama 4160, Embajada de Estados Unidos en Buenos Aires, «Israeli View of Human Rights and Anti-semitism in Argentina», 24 de junio de 1976, pp. 1 y 2, citado por Avenburg, 2009, p. 37.

de los oficiales de menor graduación no lo acompañarían. Cox pensaba que Videla era una figura moderada, y que en caso de que fuera removido sería reemplazado por un general de la línea dura. La dirigencia del Partido Justicialista con la que se entrevistó el funcionario estadounidense —Deolindo Bittel, Ítalo Luder, Roberto Ares entre otros— coincidía en que se estaban cometiendo excesos en la lucha contra el terrorismo, pero que Videla era la mayor esperanza dentro del país para controlar esos excesos. Jacobo Kovadloff del Comité Judío Americano, le pidió que los Estados Unidos dieran su apoyo a los moderados, ya que pensaba que si se establecían sanciones económicas y militares por parte de este país se fortalecería a los elementos fascistas del régimen, que en caso de reemplazar a Videla en el gobierno endurecerían la represión, mientras el nuncio papal Pío Laghi le dijo al subsecretario que la opinión de la jerarquía católica era que el gobierno no podía controlar a las fuerzas de seguridad, que operaban autónomamente para generar más violencia (Avenburg, 2009, pp. 51-52).

Con la llegada a la presidencia de James Carter, la designada coordinadora de Derechos Humanos del Departamento de Estado Patricia Derian rápidamente emprendió una visita a la Argentina, en marzo de 1977. En las reuniones que mantuvo con distintas personalidades resultaba casi unánime la convicción de que Videla era un moderado que intentaba controlar la situación.

Jacobo Timerman sostenía el 31 de marzo de 1977 en su conversación con Derian y otros funcionarios norteamericanos que «la mayor victoria subversiva había sido convencer a los militares que sus tácticas —el terror, la tortura— eran las correctas», y que los oficiales militares progresistas estaban logrando paulatinos avances en la protección de los derechos humanos. Timerman sostenía que si la situación previa se hubiera mantenido Argentina marchaba hacia una guerra civil, que Montoneros hubiera ganado, pero que si el gobierno lograra derrotar a «... los fascistas de izquierda y a los fanáticos de extrema derecha», Argentina sería un ejemplo para el mundo. Timerman no dejaba de denunciar las violaciones a los derechos humanos que se multiplicaban en Argentina y consideraba que Estados Unidos debía presionar para buscar una mejora de la situación, pero observaba que Estados Unidos debía denunciar las violaciones de derechos humanos de ambos bandos para conservar su credibilidad.³⁰

En la entrevista con el obispo metodista Carlos Gattinoni, miembro del Consejo Mundial de Iglesias, e integrante de la Asamblea Permanente de Derechos Humanos (APDH), el religioso destacó que, ante el caos del gobierno de Isabel Perón, la toma del poder por parte de los militares se convirtió en una necesidad inevitable, aun para personas de pensamiento progresista como el mismo. El principal problema, sostenía Gattinoni, era que las fuerzas militares estaban divididas en torno a diversos temas y que los miembros de la línea dura representaban un desafío para las políticas moderadas del presidente Videla, y que, de no alcanzar un acuerdo, existía riesgo de que estallara una guerra civil. Agregaba el obispo que ante la imposibilidad de que un gobierno civil —radical o peronista— pudiera hacerse cargo del gobierno y por la experiencia acumulada desde 1930, Videla pasó a ser la opción de los elementos moderados, y que si Videla no contaba con una amplia base de sostén popular se debía sobre todo al desagrado que provoca otorgar un apoyo abierto a un régimen militar.³¹ El nuncio papal Pío Laghi afirmó que Argentina se encontraba en crisis desde largo tiempo antes por la influencia de Perón, que había «dominado y distorsionado la escena política por treinta años» y que al momento del golpe el país se hallaba «cien metros bajo el agua». El nuncio afirmaba que la dureza de la represión se explicaba en parte por el temor de los militares a la guerrilla y que grupos de extrema derecha que no estaban bajo el control del gobierno, eran responsable de muchos abusos. Por esos, el

30 *Memorandum of conversation*, March 31, 1977. Documento 85D366 13769 en <https://foia.state.gov>

31 Ídem.

delegado papal pensaba que unas presiones norteamericanas excesivas podían ser contraproducentes, ya que podrían fortalecer las posiciones de los militares de línea dura.³²

En su conversación con Patricia Derian, Jacobo Kovadloff, afirmaba que aunque muchos oficiales de línea dura eran antisemitas, el gobierno argentino no lo era. Pensaba que si Videla era reemplazado por los generales de extrema derecha, el gobierno marcharía hacia un totalitarismo en el que el antisemitismo sería una política oficial, y en particular recelaba del general Suarez Mason. Kovadloff pensaba que lo más conveniente para los argentinos y entre ellos para la comunidad judía era continuar siendo gobernados por un régimen militar moderado —encabezado por Videla, y por (según afirmaba textualmente el documento) «el viejo amigo» del dirigente judío, almirante Massera— ya que sostenía que los regímenes civiles —en particular los peronistas— habían sido desastrosos y el pueblo no estaba preparado para la democracia. Por ello, el representante del Comité Judío Americano pidió a Patricia Derian que los Estados Unidos terminasen con las sanciones que debilitaban a los moderados.³³ La visión de Kovadloff influyó en una revista judía norteamericana que a fines de 1977 sostenía que «Una confirmación adicional de que la facción centrista de Videla no apoya al antisemitismo, pero que hay grupos antisemitas dentro del gobierno, vine de Jacobo Kovadloff, presidente de la oficina argentina del American Jewish Comitee.». En la nota en cuestión se afirmaba que:

La opinión general es que hay una división entre los militares y que el centrista Videla tienen escaso control sobre las facciones ultraderechistas que cometen las atrocidades contra los DDHH. Hay esperanzas de que una vez Videla controle las variables de la economía y que la amenaza ultraizquierdista sea aniquilada (lo que es prácticamente el caso, dado que la mayor parte de los revolucionarios fueron muertos) Videla obtendrá el control, sobre el ala militar derechista. Si el gobierno de Videla fracasa, sus sucesores serán de la facción ultraderechista del ejército, lo que sería desastroso para la libertad en Argentina y especialmente para los judíos, ya que esa facción incluye a muchos antisemitas.³⁴

En una nueva conversación de Patricia Derian con James Nielson y Robert Cox— quien había sido arrestado durante unos días en abril en el Departamento Central de Policía —ambos periodistas—, aunque señalaban que no existían mejoras en el campo de los derechos humanos, insistían en la distinción entre Videla y los generales de línea dura.³⁵

La diferenciación entre facciones al interior del régimen sustentaba la política exterior norteamericana hacia argentina en 1977. Frente al reclamo de legisladores norteamericanos para que se ejerciera mayor presión sobre el gobierno argentino dada su violación masiva de los derechos humanos, el departamento de Estado sostenía que era necesario conservar la capacidad de influir de EEUU debido a que:

Percibimos que los militares argentinos aun no decidieron sus políticas futuras respecto a la restauración democrática y el estatus de los partidos políticos y los sindicatos. Existe una línea dura que busca purgar a la sociedad de todo lo que ellos perciben como subversivo, y oficiales moderados que buscan avanzar hacia una mayor legalidad y evitar la polarización política.³⁶

32 *Memorandum of conversation.*, March 29, 1977. Documento 85D36613769 en <https://foia.state.gov>. Pio Laghi afirmaba que Videla era un buen cristiano y que muchos militares tenían problemas de conciencia por la tarea represiva en la que participaban.

33 Ídem. A instancias de Kovadloff, a fines de 1975 se desarrolló una reunión entre el almirante Massera y la dirigencia de la Delegación de Asociaciones Israelitas Argentinas (DAIA) en la que el marino, presentándose como un moderado, advertía contra el peligro antisemita que suponían los sectores militares de extrema derecha. Kahan (2014, pp. 98-99).

34 Elena P. de Cardoza, «Argentina», en *Hadassa Magazine*, diciembre de 1977.

35 NARA II, cable del Departamento de Estado a la Embajada de USA en Buenos Aires, Argentine Journalists Comment on Human Rights, 8 de agosto de 1977, Document Number: 1977STATE191385, en https://aad.archives.gov/aad/createpdf?r_id=183440&dt=2532&dl=1629

36 NARA II, P-Reel Document Index Entries, 1977 in the Series: Central Foreign Policy Files, *Record Group 59*. Doc 770090-0648. 16 de mayo de 1977. Position of State and security assistance to Argentina.

El funcionario del Departamento de Estado que redactó este documento hacía referencia a lo que consideraba eran las tendencias mayoritarias de la opinión al respecto al señalar que:

El peronismo y el radicalismo, que representan un 80 % del electorado, los judíos —que son la mayor comunidad de Sudamérica— y muchos líderes civiles nos piden no tomar medidas que favorezcan a los militares de línea dura. Temen, legítimamente, que una bofetada legislativa norteamericana sería el tipo de acción que incitaría una reacción de los militares nacionalistas, con incalculables consecuencias.³⁷

En esta óptica, la imagen que deja este informe es que la mayor parte de las expresiones políticas y sociales argentinos consideraban a Videla un mal menor, un moderado al que había que respaldar contra los sectores de derecha radicalizada, un presidente en definitiva aceptable que parecía ofrecer ciertas garantías de legalidad.

En su segunda visita a Buenos Aires, en setiembre de 1977, Patricia Derían se entrevistó con miembros de la APDH quienes le explicaron que no había habido ninguna mejora en la situación de los derechos humanos. Emilio Mignone dijo que el gobierno no podía controlar al aparato de seguridad, poniendo como ejemplo el secuestro del embajador Hidalgo Solá. La enviada norteamericana destacó las profundas divisiones que existían al interior del gobierno militar, a lo que los miembros de la APDH asintieron y aseguraron que ellos apoyaban al sector de los moderados que lideraba Videla.³⁸

La crisis del mito de la moderación de Videla

De manera simultánea, las posiciones al interior del gobierno estadounidense sobre el caso argentino eran motivo de disputas, aunque desde la llegada de Cyrus Vance al Departamento de Estado los Estados Unidos comenzaron a presionar a la Argentina a través de la negativa a aprobar créditos internacionales. Al interior de distintas agencias norteamericanas se comenzó a cuestionar de distintos modos la imagen de Videla como un moderado que no podía controlar la acción autónoma de grupos radicalizados. A comienzos de 1977, un informe de la CIA afirmaba que «Videla está comprometido con una forma de gobierno militar moderado en todas las áreas, *excepto en la contrainsurgencia*».³⁹

A fines de ese año, Richar Feinberg, de la Oficina de Planeamiento del Departamento de Estado enviaba un memorándum al secretario Cyrus Vance, en el que ponía firmemente en cuestión la idea de la moderación de Videla. Feinberg afirmaba que un año después del golpe de estado, no se podía sostener la opinión de que Videla se movería de manera gradual pero efectiva para mejorar la situación de los derechos humanos en Argentina y que ratificaría el Tratado de Tlatelolco. El gobierno argentino no había mejorado su desempeño en materia de derechos humanos y no parecía dispuesto a ratificar el tratado. Más allá de las intenciones de Videla, destacaba el asesor, el presidente de facto

... adhiere a la doctrina de la guerra clandestina, que argumenta que la subversión debe ser contrarrestada con medidas ilegales. También acepta que esta guerra ilegal se libra de manera descentralizada, con los capitanes y comandantes locales actuando en gran medida por su cuenta. Esto

37 Ídem.

38 Cable 6621 de la embajada de Estados Unidos en Buenos Aires, «Derian Meeting with Argentine Permanent Assembly for Human Rights», 6 de septiembre de 1977, citado por Avenburg, 209, p. 94.

39 Central Intelligence Agency. Intelligence memorandum. Argentina: Prospects for the Junta, en: Department of State Release of Documents on Argentina and the Latin American Region, 1977-1980, Directorate of Intelligence 22 February 1977 (resaltado del autor).

hace imposible que los principales generales, incluida la Junta, controlen efectivamente las fuerzas de seguridad, pero les da a los miembros de la junta la posibilidad de negar su responsabilidad.⁴⁰

Feinberg continuaba señalando que Videla no distinguía con claridad entre terrorismo y disenso.

La aplicación flexible del término «subversivo» a los enemigos del gobierno ha alentado a las fuerzas de seguridad a atacar no solo terroristas sino a una amplia gama de opiniones civiles. Ciertamente, menos de la mitad de los prisioneros y desaparecidos (estimados por grupos de derechos humanos en 15.000) eran terroristas activos. Algunas estimaciones sitúan la cifra a por debajo del 15 %.⁴¹

Feinberg sumaba a ello que, dado que la personalidad y el estilo de gobierno de Videla favorecían la búsqueda de consensos para alcanzar el objetivo central de mantener la unidad de las fuerzas armadas, el presidente *de facto* prefería acceder lo suficiente a las presiones de la derecha en lugar de arriesgarse a una grieta en el ejército, para concluir que:

Estos elementos muy básicos ayudan a explicar por qué el desempeño de Videla en garantizar la seguridad de su ciudadanía ha sido, y es probable que continúe siendo decepcionante. La presencia de Videla y otros moderados probablemente ha impedido a los partidarios de la línea dura intentar iniciar una guerra total contra «la subversión intelectual y económica» es decir, los disidentes de todo tipo [...] Sin embargo, las víctimas de muertos, desaparecidos, torturados y encarcelados son tan altas que han tocado directamente a un gran porcentaje de familias argentinas.⁴²

Es dable suponer que la posición de Feinberg se basaba de manera parcial en conversaciones mantenidas con diversos actores argentinos, por lo que permite dar cuenta de un cambio en la percepción de la figura de Videla. Esta posición, sin embargo, no se constituyó en la base de la política oficial norteamericana. Casi un año más tarde en un memorándum del secretario de Estado Vance al vicepresidente Mondale, previo a su encuentro con el dictador argentino, decía que

El presidente Videla [...] proyecta una imagen cautelosa, sugiriendo una preferencia por actuar por consenso dentro del ejército en lugar de arriesgarse a la disensión interna. Los políticos civiles y los líderes de la Iglesia perciben a Videla como un moderado cuyo objetivo es restaurar la regla democrática.⁴³

Como vemos, aun avanzado el año 1978 el Secretario de Estado sostenía que el liderazgo civil y religioso de la Argentina veía a Videla como un moderado.

Sin embargo, esa creencia había comenzado a perder a comienzos de ese año la amplia adhesión que había conseguido en los dos primeros años del régimen dictatorial. Un relevante indicador en ese sentido lo encontramos en una importante reunión desarrollada en la embajada norteamericana en Buenos Aires el 25 de mayo de 1978. Participaron por la diplomacia norteamericana el subsecretario de Estado David Newsom, Fred Rondon, funcionario del Departamento de Estado y Allen *Tex* Harris, consejero político en la embajada norteamericana, de destacadísima actuación en defensa de los derechos humanos vulnerados en la Argentina. Los argentinos que participaron eran miembros de organismos de derechos humanos: el Obispo Carlos Gattinoni, Augusto Conte McDonnell, Emilio Mignone, el sacerdote Enzo Giustozzi y el Rabino Roberto Graetz, todos miembros de la APDH; Jorge Correa, Jorge Pascale y Mario Leonfonte del

40 Briefing Memorandum from Richard Feinberg of the Policy Planning Staff to Secretary of State Vance Washington, November 19, 1977, en: Department of State Release of Documents on Argentina and the Latin American Region, 1977-1980, en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1977-80v24>

41 Briefing Memorandum from Richard Feinberg of the Policy Planning Staff to Secretary of State Vance Washington, November 19, 1977, en: Department of State Release of Documents on Argentina and the Latin American Region, 1977-1980, en: <https://history.state.gov/historicaldocuments/frus1977-80v24>

42 Ídem.

43 Comunicación del secretario de Estado Cyrus Vance al vicepresidente. Washington, september 1, 1978, Meeting with Argentine President Videla en: <https://www.dni.gov/files/documents/icotr/Argentina%20-%20Carter%20Memos.pdf>

Movimiento Ecueménico por los Derechos Humanos y Hebe de Bonafini y Juana Meller de Pargament de Madres de Plaza de Mayo.⁴⁴ En primer término los miembros de los organismos de derechos humanos presentaron un panorama de la situación de la violación de los derechos humanos en la Argentina, en la que Mignone estimó una cifra de entre 25.000 y 30.000 desaparecidos y 10.000 asesinados. Emilio Mignone afirmó en la ocasión que las raíces del problema de derechos humanos en Argentina se debían a la doctrina de guerra que las fuerzas militares adoptaron en 1975 para combatir la subversión, ya que esta doctrina les permitió secuestrar, torturar y matar, sin ningún límite impuesto, así como negar que tenían prisioneros en su poder. De este modo, Mignone colocaba a la desaparición de personas como un elemento común y orgánico de todas las FFAA y no como el resultado de la acción de grupos incontrolados. Mignone señaló que era «... imposible que un gobierno militar establecido por dos años no mantuviera control sobre sus tropas» (1986), y que por lo tanto el sostenía que los militares estaban en control de sus fuerzas y eran responsable por las desapariciones. La situación existente, según Mignone, era la propia de un feudalismo militar. Estas afirmaciones parecen expresar el momento en que estos organismos de derechos humanos dejaron de considerar a Videla un moderado y comenzaron a percibirlo como uno de los responsables de un plan de guerra interna sin límites, decidida de conjunto y con anterioridad al golpe de Estado de 1976.

Este cambio en la percepción de Videla se confirma en la información de funcionarios norteamericanos. Tex Harris escribió al departamento de Estado señalando que

Videla parece estar perdiendo la imagen del hombre de los derechos humanos frente a los organismos de derechos humanos e incluso frente al nuncio papal aquí. Sus recientes discursos de línea dura y el demasiado pequeño paquete de concesiones de Navidad han hecho que la gente deje de considerarlo como el hombre especial dentro de los miembros de la Junta. El lanzamiento privado de Massera con un discurso favorable a los derechos humanos también ha ayudado a este cambio de opinión.⁴⁵

Harris destacaba que Pio Laghi, que en 1977 había argumentado que Videla era el hombre moderado al que había que apoyar, estaba comenzando a manifestar en privado su decepción por la incapacidad del presidente de hacer valer su posición.⁴⁶ La creencia en la moderación de Videla parecía haber llegado a su fin al promediar 1978.

Conclusiones

Casi por definición, las personas de las cuales dan cuenta las fuentes norteamericanas no expresaban la totalidad del arco de la opinión política argentina en el período considerado, ya que no todos los actores sociales y políticos nacionales tenían contactos habituales con los funcionarios estadounidenses. Por ejemplo, casi no

44 Draft memcon of Newsom meeting with argentine human rights, may 25, 1978, fm amembassy buenos aires to amembassy la paz immediate secstate washdc 0000, 1978buenos04080, en: <https://foia.state.gov>

45 Departamento de Estado, Tex Harris para Michele y Jim, sin fecha, páginas 1 y 2, en Avenburg, p. 133.

46 Departamento de Estado, Tex Harris para Michele y Jim, sin fecha, páginas 1 y 2., en Avenburg, p.133. El Washington Office for Latinamerica (WOLA) envió una carta dirigida al senador Edward Kennedy, en respuesta a una solicitud del senador de información actualizada sobre la Argentina para determinar si correspondía la entrada en vigencia del embargo. En su respuesta al senador, Joseph Eldridge de WOLA consideró: «Para concluir, es importante señalar que el general Videla cultiva la imagen de ser un moderado que está en el centro entre los dos extremos. No hay ninguna evidencia seria de que él haya hecho algo para revertir las violaciones a los derechos humanos que están ocurriendo. Incluso si sus intenciones son buenas (algo que dudamos), si él no puede controlar la situación, ¿debería continuar gobernando? ¿No sería mejor que él fuera un duro que controlara la situación en lugar de permitir que la Argentina viva en este estado de anarquía? Hoy en día, si una persona tiene un familiar desaparecido no hay ninguna autoridad superior a la que pueda acudir para pedir información. El presidente Videla solamente dirá que él no sabe nada, pero que está haciendo lo mejor que puede. Y el factor más desmoralizante es que para cientos de familias no hay información sobre un familiar desaparecido y no hay ningún lugar donde conseguir esa información (Carta de Joseph T. Eldridge de WOLA para el senador Edward Kennedy, 28 de junio de 1978, p. 2, citado por Avenburg, 2009, p. 141).

encontramos en nuestro trabajo de archivos las opiniones de militantes y dirigentes del movimiento obrero y de las diversas expresiones de las izquierdas revolucionarias. Sin embargo, las visiones que se encuentran representadas en la documentación norteamericana expresaban una fracción muy amplia y representativa del universo político y social argentino. Sobre la base de esa y otras fuentes, hemos podido comprobar que una franja amplia del Peronismo y el Radicalismo, el PCA y sectores trotskistas, el Episcopado Católico y el Nuncio Apostólico, grupos evangélicos y de la comunidad judía y el grueso del movimiento por los derechos humanos consideraban entre 1976 y 1977 que el general Videla expresaba a un ala moderada de las Fuerzas Armadas, a la que había sostener por considerarla un mal menor en contraste con los sectores radicalizados de derecha.

Sabemos hoy que esta visión era el resultado de extender las diferencias percibidas entre los jefes militares en diferentes campos de la opinión política —como los que enfrentaban a los politicistas y anti-politicistas, o los que dividían a los defensores de la constitucionalidad liberal frente a los que pretendían incorporar rasgos corporatistas, que sin embargo resultaban menos tajantes de lo que sus contemporáneos evaluaban— al comportamiento de las diversas facciones frente a la represión ilegal, esfera en la que no existían diferencias de fondo. Esta creencia fue alimentada por las declaraciones de Videla y su sector —en la que se manifestaban sorprendidos, indignados o al margen de la represión— y podemos suponer que esta estrategia de ocultamiento resultó exitosa como uno de los factores que ayudó a configurar *el mito de Videla*. En este sentido, podemos postular que hubo una voluntad deliberada de construir la representación de Videla como un moderado, a la manera de una contrafigura respecto a la de Pinochet, con la intención de evitar sanciones internacionales y de acallar las críticas internas. Las características a la vez visibles e invisibles de la represión contribuyeron a las dificultades para interpretar sus reales características y alcances, y estas condiciones contribuyeron probablemente a que se asumiera una interpretación moldeada por las experiencias históricas argentinas previas, según la cual el enfrentamiento entre liberales y nacionalistas en las filas militares suponían diferencias que no dejaban de involucrar a los aspectos represivos. Este resultaba un suelo fértil para que el *mito de Videla* se desarrollara.

Consideramos que esta creencia resultó, junto con el consenso reactivo inicial y otros elementos que hemos reseñado en este artículo, un factor que favoreció al régimen, debido a que si bien no implicó un apoyo cerrado a la dictadura en su totalidad si conllevó un sostén a la figura de Videla y su facción. La creencia en el mito del Videla moderado en todos los planos se tornó insostenible hacia mediados de 1978, tal como hemos visto en el giro de la imagen del dictador que asumió el movimiento por los Derechos Humanos en el período y en las declaraciones de diplomáticos norteamericanos que expresan el modo en que otros actores transformaron igualmente su visión. Si bien desde el comienzo hubo voces que cuestionaron la moderación de Videla en el terreno represivo, podemos hipotetizar que fue el contraste entre las declaraciones del dictador y sus prácticas efectivas a lo largo de más de dos años, y la posibilidad de un trabajo intercambio de informaciones entre actores políticos y sociales de Argentina y del exterior los que minaron las bases sobre las que se sustentaba el *mito de Videla*.

Referencias bibliográficas

- ACUÑA, C. y SMULOVITZ, C. (2007). Militares en la transición argentina: del gobierno a la subordinación constitucional. En: A. PÉROTIN-DUMON (Comp.). *Historizar el pasado vivo en América Latina*. Universidad Alberto Hurtado [en línea]. Recuperado de http://www.historizarelpasadovivo.cl/es_home.html.
- ÁGUILA, G. (2013). La represión en la historia reciente argentina: fases, dispositivos y dinámicas regionales. En: G. ÁGUILA y L. ALONSO (Comps.). *Procesos represivos y actitudes sociales: entre la España franquista y las dictaduras del Cono Sur*. Buenos Aires: Prometeo Libros.
- (2016). Modalidades, dispositivos y circuitos represivos a escala local/regional: Rosario 1975-1983. En: G. ÁGUILA, S. GARAÑO y P. SCATIZZA (Coords.). *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- AVENBURG, A. (2009). *Entre la presión y el apoyo a los «moderados». La política de derechos humanos de Carter y el régimen militar argentino (1976-1978)* (Tesis de Maestría en Relaciones y Negociaciones Internacionales). Buenos Aires: Flacso Argentina-Universidad de San Andrés en cooperación con la Universidad de Barcelona.
- BASUALDO, V. y otros (2006). *Responsabilidad empresarial en delitos de lesa humanidad: represión a trabajadores durante el terrorismo de Estado*. Posadas: Edunam-Centro de Estudios Legales y Sociales-Flacso. Recuperado de <https://www.flacso.org.ar/wp-content/uploads/2017/03/Responsabilidad-empresarial-en-delitos-de-lesa-humanidad-I.pdf>.
- BLAUSTEIN, E. y ZUBIETA, M. (1988). *Decíamos ayer: la prensa argentina bajo el Proceso*. Buenos Aires: Colihue.
- BOHOSLAVSKY, J. P. (Ed.) (2015). *¿Usted también, doctor? Complicidad de jueces, fiscales y abogados durante la dictadura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- BORRELLI, M. (2010). Escribiendo el epitafio: el diario Clarín en la antesala del golpe de Estado de 1976. *Hologramática*, 2 (13). Recuperado de https://www.academia.edu/download/32105297/Clarín_y_el_golpe_de_1976.pdf.
- (2011). Voces y silencios: la prensa argentina durante la dictadura militar (1976-1983). *Perspectivas de la Comunicación*, 4 (1). Recuperado de <https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=3750384>.
- (2012). El diario Clarín y la cuestión de la «lucha antisubversiva» en el golpe militar de 1976 en la Argentina. *Años 90*, 19 (36). Recuperado de <https://www.seer.ufgrs.br/anos90/article/view/30993>.
- e ITURRALDE, M. (2014). Desde la «zona de confianza» de la dictadura: la revista *Extra* y la «lucha antisubversiva» (1976-1978). *Intersecciones en Comunicación*, (8). Recuperado de <http://humadoc.mdp.edu.ar:8080/handle/123456789/456>.
- CANELO, P. (2008). *El Proceso en su laberinto. La interna militar de Videla a Bignone*. Buenos Aires: Prometeo.
- CASOLA, N. (2013). «¡Los comunistas no somos subversivos!». *El PC y la dictadura militar argentina (1976-1983)*. *Archivos de Historia del Movimiento Obrero y la Izquierda*, (2). Recuperado de <https://www.archivosrevista.com.ar/numeros/index.php/archivos/article/view/89>.
- CORRADI, J. (1996). El método de destrucción. El terror en la Argentina. En: H. QUIROGA y C. TCAH (Comps.). *A veinte años del golpe. Con memoria democrática*. Rosario: Homo Sapiens.
- D'ANTONIO, D. y EIDELMAN, A. (2010). El sistema penitenciario y los presos políticos durante la configuración de una nueva estrategia represiva del Estado argentino (1966-1976). *Iberoamericana*, X (40). Recuperado de <https://www.jstor.org/stable/41677236>.
- ESCODÉ, C. (1991). Argentina: The costs of contradiction. En A. Lowenthal. *Exporting democracy. The United States and Latin America. Case studies*. Baltimore: The John Hopkins University Press.
- FRANCO, M. (2012). *Un enemigo para la nación. Orden interno, violencia y «subversión», 1973-1976*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- GONZÁLEZ BOMBAL, I. (s/f). El diálogo político: la transición que no fue. CEDES [mimeo].
- GROISMAN, E. (1987). *La Corte Suprema durante la dictadura*. Buenos Aires: CISEA.
- ITURRALDE, M. (2013). El diario Clarín y la construcción discursiva del golpe de Estado de marzo de 1976 en Argentina. *Quórum Académico*, 10 (2). Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/25363>.
- KAHAN, E. (2014). *Recuerdos que mienten un poco. Vida y memoria de la experiencia judía durante la última dictadura militar*. Buenos Aires: Prometeo.
- KAUFFMAN, C. (2001) (Comp.). *Dictadura y educación*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- KLICH, I. (1989). Políticas comunitarias durante las Juntas Militares argentinas: la DAIA durante el Proceso de Reorganización Nacional. En: L. SENKMAN. *El antisemitismo en la Argentina*. Buenos Aires: CEAL.

- LVOVICH, D. (2010). Actitudes sociales durante la dictadura militar argentina: las organizaciones sociales y el diálogo político de 1980. En E. BOHOSLAVSKY, M. FRANCO, M. IGLESIAS y D. LVOVICH (Orgs.). *Problemas de historia reciente del Cono Sur*. Buenos Aires: UNGS-UNSAM.
- MIGNONE, E. (1986). *Iglesia y dictadura. El papel de la iglesia a la luz de sus relaciones con el régimen militar*. Buenos Aires: Ediciones del Pensamiento Nacional.
- NEILSON, J. (2001). *En tiempos de oscuridad, 1976/1983*. Buenos Aires: Emecé.
- OBREGÓN, M. (2005). *Entre la cruz y la espada*. Bernal: Universidad Nacional de Quilmes.
- PALERMO, V. y NOVARO, M. (2003). *La dictadura militar (1976-1983). Del golpe de estado a la restauración democrática*. Buenos Aires: Paidós.
- PITTALUGA, R. (2008). La memoria según Trelew. *Sociohistórica*. 19. Recuperado de <http://sedici.unlp.edu.ar/handle/10915/13579>.
- PONTORIERO, E. (2016a). De la guerra (contrainsurgente): la formación de la doctrina antisubversiva del Ejército argentino (1955-1976). En G. ÁGUILA, S. GARAÑO y P. SCATIZZA (Orgs.). *Represión estatal y violencia paraestatal en la historia reciente argentina. Nuevos abordajes a 40 años del golpe de Estado*. La Plata: Universidad Nacional de La Plata. Recuperado de <file:///Users/nepomucena/Downloads/63-13-646-1-10-20160901.pdf>.
- (2016b). En torno a los orígenes del terror de Estado en la Argentina de la década de los setenta. Cuándo, cómo y por qué los militares decidieron el exterminio clandestino. *Papeles de Trabajo*, 10 (17). Recuperado de <https://ri.conicet.gov.ar/handle/11336/106010>.
- POZZI, P. (1988). *Oposición obrera a la dictadura (1976-1982)*. Buenos Aires: Contrapunto.
- PUCCIARELLI, A. (2004). La patria contratista. El nuevo discurso liberal de la dictadura militar encubre una vieja práctica corporativa. En: A. PUCCIARELLI (Comp.). *Empresarios, tecnócratas y militares. La trama corporativa de la última dictadura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- QUIROGA, H. (1994). *El tiempo del proceso. Conflictos y coincidencias entre políticos y militares, 1976-1983*. Rosario: Fundación Ross.
- SABORIDO, J. y BORRELLI, M. (Coord.) (2011). *Voces y silencios. La prensa argentina y la dictadura militar (1976-1983)*. Buenos Aires: Eudeba.
- SARANITI, M. (2018). La Federación Juvenil Comunista frente al «Proceso de Reorganización Nacional»: la construcción de un discurso legitimador del régimen. En: F. LEVIN (Comp.). *Tramas del pasado reciente argentino. Historia, memoria y transmisión*. Los Polvorines: UNGS.
- SEOANE, M. y MULEIRO, V. (2001). *El dictador: La historia secreta y pública de Jorge Rafael Videla*. Buenos Aires: Sudamericana.
- SIKKIM, K. (2004). *Mixed Signals. U.S. Human Rights Policy and Latin America*. Ítaca: Cornell University Press.
- VERBITSKY, H. y BOHOSLAVSKY, J. P. (Eds.) (2013). *Cuentas pendientes. Los cómplices económicos de la dictadura*. Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores.
- YANUZZI, M. DE LOS Á. (1996). *Política y dictadura*. Rosario: Fundación Ross.

Bibliográficas

O se está con la patria o se está contra ella.
Una historia de la Juventud Uruguaya de Pie

Gabriel Bucheli. Montevideo: Fin de Siglo, 2019, 237 pp.

El libro de Gabriel Bucheli, profundización de su tesis de Maestría en Estudios Latinoamericanos defendida en la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República en 2016, es un aporte sustancial a los estudios del *pasado reciente* en nuestro país. Específicamente, la investigación resulta una contribución al conocimiento sobre las prácticas, tradiciones, discursos, ideas y fundamentos doctrinarios de las *derechas* en Uruguay. Procurando dar respuesta a la interrogante de qué fue la Juventud Uruguaya de Pie (JUP), se desarrolla con una prosa ágil y afable para el lector, un estudio minucioso y profundo sobre un objeto escasamente abordado por la historiografía. El trabajo discurre en un marco espacial que abarca la totalidad del territorio nacional en concordancia con la evolución del movimiento que, surgido en Salto, progresivamente se expande a los diecinueve departamentos. Cronológicamente, si bien parte de un marco claramente definido entre 1969 y 1974, la investigación retrocede en el tiempo de acuerdo a la intención del autor de delinear una tradición políticamente reaccionaria y relacionar el movimiento con expresiones derechistas anteriores.

La investigación se sustenta en un amplio abanico de fuentes —los medios de prensa de la JUP, prensa nacional y local, informes de inteligencia, informes diplomáticos, volantes manifiestos, entrevistas y registros filmicos— con los que desarrolla una relación dialógica procurando comprender el linaje, trayectoria y sustento ideológico, y cómo un colectivo juvenil de extrema derecha nucleó tras los principios del anticomunismo, tradicionalismo y nacionalismo un amplio movimiento reaccionario que procuró disputar la calle a la movilización de izquierda.

La obra se estructura en tres partes claramente definidas más las consideraciones finales del autor. La primera parte, denominada «Introducción general», se segmenta en tres apartados en los que se presenta al lector la in-

vestigación en su génesis. Progresivamente, Bucheli nos introduce en un objeto de estudio caracterizado por la desmemoria —derivada de la derrota simbólica sufrida por el terrorismo de Estado en la contienda por la memoria colectiva en nuestro país—. Luego, se ingresa en reflexiones sobre aspectos que hacen al marco teórico del estudio y en diálogo con la literatura política y la historiografía nos presenta categorías como: derechas, extremismo, anticomunismo y fascismo que permiten delimitar conceptualmente a la JUP y la mirada puesta sobre ella. La contextualización histórica desarrollada muestra cómo la pujante movilización de izquierda que sacudió al país a partir de 1968 significó un marco que favoreció la reacción desde la derecha radical. Se desarrollan entonces los principales clivajes (territorial, clasista, generacional) del binomio izquierda/derecha en que se dividió la sociedad para dar cuanta de aspectos relevantes para la comprensión del movimiento juvenil radical de derecha.

La segunda parte refiere al proceso histórico de la JUP desde la reacción derechista investida de *demócrata* ante la conflictividad estudiantil de 1968 y la experiencia primigenia de la Juventud Salteña de Pie en el marco de una jornada de desagravio al pabellón nacional el 18 de julio de 1969 a la autodisolución de la JUP a fines de 1974. Por medio de seis apartados, entretejiendo múltiples fuentes, el autor historiza y da cuerpo a la organización y su accionar. Bucheli articula su narración en tres niveles de observación y análisis. Un estrato refiere a lo acontecido dentro del universo de las derechas juveniles; otro, a los acontecimientos políticos de relevancia nacional; y un tercer nivel trata la esfera ideológica. La trama construida presenta la evolución de la derecha radical entre los jóvenes a partir de mojones históricos como la movilización estudiantil de 1970, la formación del Frente Amplio, las elecciones de 1971, el gobierno de Bordaberry y el golpe de Estado, y muestra cómo la experiencia de esa generación se inserta en una tradición derechista conservadora, antiliberal, anticomunista y nacionalista de larga data. Ataviado con prácticas y discursos que remitían a Benito Nardone y al ruralismo, el movimiento juvenil «de pie» explotó un ambiente favorable a la reacción y creció significativamente en el interior. La movilización asumió ribetes nacionales tras la fundación de la JUP y se

dispuso a disputar la calle. Liderado por Hugo Manini Ríos, primero desde *La Mañana* y luego desde su propio periódico *Nuevo Amanecer*, la JUP desarrolló una prédica beligerante y violentista que transformó a la organización en el punto de referencia de la extrema derecha tanto para quienes comulgaban con esta, como para quienes se oponían. Enemiga acérrima de toda expresión de izquierda, la organización en los comicios de 1971 se posicionó tras los partidos tradicionales, pero pronto abandonó esa posición y progresivamente fue adoptando una postura a favor del golpismo militar, desilusionados de los partidos tradicionales por su actitud *tibia* ante un país en *guerra*. A partir de ello, los jóvenes de pie iniciaron en 1972 un proceso de crítica al sistema político y se volcaron hacia un proyecto de *Revolución Nacional* colocando sus esperanzas en las Fuerzas Armadas para la construcción de un *Nuevo Orden*. Con claras influencias del falangismo y el pensamiento de Primo de Rivera, la JUP se sintió satisfecha y saludó el golpe de Estado de junio de 1973, pero la ansiedad que mostraba por la instauración del nuevo orden chocó con el objetivo militar de eliminar la política orgánica de la sociedad, generando su *autodisolución*.

La tercera parte se divide en tres apartados en los que el autor, inteligentemente, concentra aspectos relevantes en la constitución de la organización juvenil derechista introduciéndonos en la estructura organizativa, catálogo de acciones, ceremoniales y fundamentos ideológicos. El activismo de las nuevas generaciones y la visión heroica de la militancia aparecen como no exclusivas de la izquierda, sino como influjo de la época que marcó tam-

bién la reacción juvenil derechista que no se conformó con la conservación y actuó por una transformación radical de la sociedad, pero de sentido opuesto al de la mayoría de los activistas juveniles. La JUP como organización nacionalista, corporativista, católica, anticomunista, antiliberal, antimoderna e influenciada por el ruralismo y el falangismo, ingresa en un trazo derechista de larga duración marcado por la movilización política, y representa la principal estructura de la reacción juvenil en la época.

En resumen, la obra de Bucheli es un valioso aporte historiográfico al conocimiento sobre la acción y pensamiento de la extrema derecha en el período, y a la comprensión de la sensibilidad de un Uruguay conservador inserto en una línea de tradición que tuvo como su inmediato antecedente al ruralismo y su principal base de apoyo en el interior del país. La presentación de una *reacción conservadora* en la que civiles por medio de acciones colectivas impulsaron, apoyaron y actuaron en consonancia con un Estado terrorista, pone bajo una lupa crítica los imaginarios y discursos que refieren al «pueblo» como una unidad monolítica y evidencia el carácter construido de la imagen de acuerdo a los relatos preponderantes sobre el pasado. En este sentido, la obra en tanto integra la diversidad al cuerpo social, tiene el mérito de abrir las puertas a nuevas y distintas investigaciones a partir de los múltiples temas abordados.

Ramiro Bosca
Universidad de la República

Una revolución del espíritu. Política y esperanza en Frei, Eyzaguirre y Góngora en los años de entreguerras

Diego González Cañete. Santiago de Chile: Centro de Estudios Bicentenario, 2018, 308 pp.

No son muchos los estudios que abordan la historia intelectual de las juventudes universitarias en Chile. Por lo general, son exclusivamente memorias, crónicas y reflexiones sobre la formación de algunas figuras que tuvieron un rol importante en la historia nacional. De ahí que, con una investigación minuciosa, Diego González viene a colmar un vacío de un área poco estudiada.

El autor analiza el surgimiento del pensamiento universitario socialcristiano en el Chile de 1930. Reconstruye, en particular, la historia de la juventud católica universitaria en el período de entreguerras, a partir del itinerario de sus representantes más connotados: Eduardo Frei Montalva (1911-1982), Jaime Eyzaguirre (1908-1968) y Mario Góngora (1915-1985). Estas personalidades fueron protagonistas en la historia del siglo XX chileno, especialmente en el ámbito de la política (Frei como presidente) y de la disciplina histórica (Eyzaguirre y Góngora). La relación del pensamiento católico universitario con la época moderna tuvo un componente «revolucionario» y fueron a la vez confluyentes y en tensión constante (p. 29). Los jóvenes católicos, según González, depositaron su *esperanza* en el futuro del país y la civilización occidental, a partir de dos premisas contradictorias: 1) el partido político como medio para transformar la sociedad sobre la base de una «nueva cristiandad»; 2) desconfianza en la política como herramienta para generar una «revolución del espíritu», cifrada en la «esperanza» de una realización trascendente del «reino de dios».

El libro de González se divide en dos partes, cada una de tres capítulos. La primera parte nos introduce en el contexto político e intelectual de los años treinta, en Chile y en la Europa de entreguerras (p. 30). La segunda identifica dos actitudes de las juventudes universitarias católicas en relación con la política moderna: por una parte, la *esperanza* en la posibilidad de una «revolución política» y los medios para llevarla a cabo y, por otra, la *esperanza* en una *revolución del espíritu* (p. 30).

El primer capítulo, «Días universitarios», describe las redes académicas e intelectuales de Eduardo Frei, Jaime Eyzaguirre y Mario Góngora en su juventud, a través de las cuales entran en relación con la política, las letras y el mundo de su época (p. 30). La vinculación de Frei con la Asociación Nacional de Estudiantes Católicos (ANEC), de Eyzaguirre con la *Liga Social* y de Góngora con las Juventudes Conservadoras, dan luces para entender las mutaciones ideológicas, políticas e historiográficas de estos intelectuales católicos. En este sentido, González

expone la constante tensión entre las dos opciones a que estos jóvenes se vieron confrontados: ingresar en la vida política o permanecer en el plano puramente intelectual y social (p. 63).

El capítulo segundo, «Avatares de una década crítica», nos introduce en la coyuntura histórica de Chile y Europa en el período de entreguerras (p. 30) y en las posiciones que ante esta asumieron estos intelectuales católicos provenientes de los sectores medios de la sociedad: por una parte, optaron por el catolicismo, a contracorriente de la progresiva adhesión de amplios sectores sociales al ideario laicista, positivista o socialista-marxista (p. 94); por otra, se refugiaron en la noción de crisis para interpretar globalmente el problema contemporáneo (p. 71) y debieron tomar posición, por ejemplo, frente al franquismo español y al Estado Nuevo en Portugal, lo que habría de marcar indeleblemente su ideario político e ideológico.

El capítulo tercero, «Por las cosas nuevas», analiza la interpretación católica de la crisis y los fundamentos de su solución (p. 115). Frente a la crisis, los jóvenes cristianos propusieron la construcción de un «orden nuevo», orgánico y corporativo, que borraría no solo los cimientos económicos del liberalismo, sino también sus «corrosivos» efectos en la cultura. Inspirados en formulaciones socialcristianas europeas, estos jóvenes promovieron una *revolución del espíritu*, que inyectara «nuevos principios» a la sociedad (p. 151). Para González, este discurso cristiano no se mantuvo en lo puramente contemplativo: propusieron un programa de desarrollo político y cultural que, configurando una nueva cristiandad, mitigase el «fracaso» del liberalismo y el «desasosiego por el futuro de occidente» (p. 152).

El capítulo cuarto, «De la instauración de un orden nuevo», aborda la alternativa cristiana a la «crisis contemporánea». Los jóvenes socialcristianos proponían el establecimiento de un Estado orgánico y corporativo al que denominaron «orden nuevo» (p. 31). Esta noción, lejos de ser un camuflaje del «orden viejo», se levantaba como una opción «incuestionablemente revolucionaria», la que fue asumida por un sector de la juventud socialcristiana con ribetes apocalípticos y cuasi mesiánicos (p. 155). Este ideal encarnado en un Estado autoritario, debía estar dirigido por el Partido Conservador y basado en una interpretación de la historia inspirada en la figura conservadora de Diego Portales (p. 156). En última instancia, Cristo era «el fundamento del Orden Nuevo», que sería esencialmente una «revolución espiritual» expresada en las estructuras «temporales» de la política, la economía y la sociedad (p. 164).

El capítulo quinto, «¿Más allá de derechas e izquierdas?», indaga de manera crítica la aspiración socialcristiana a establecer este «nuevo orden», que puso en evidencia el conflicto entre el mundo católico y la política moderna debido, por una parte, a su cuestionamiento de las democracias en su concepción liberal y, por otra,

a las tensiones programáticas entre el socialcristianismo y los movimientos fascistas (p. 31). La pretensión de situarse «más allá de derechas e izquierdas», caracterizó a los jóvenes que, con posterioridad a la Primera Guerra Mundial, crearon movimientos de carácter fascista. Sin embargo, esto no era particularmente extraño en la época: que un movimiento político adoptase alguno de los rasgos externos del fascismo no lo transformaba ipso facto en una agrupación intrínsecamente fascista (p. 205). De hecho, para González, una de las críticas más duras al fascismo se fundamentaba en el rol que esta ideología le asignaba al Estado, concebido no como un medio, sino como un fin en sí mismo, lo que derivaba en una versión totalitaria de la institución (p. 206).

Por último, en el capítulo sexto titulado «Por una revolución del espíritu», González analiza el posicionamiento ideológico de las juventudes universitarias católicas, la recepción del pensamiento de Jacques Maritain en Chile y la influencia de un *milenarismo* incipiente entre algunos sectores cristianos. La *revolución espiritual*, presente como el *pathos* de la juventud católica, no se contrapuso a

la ilusión de una *revolución política*, pero sí existió con independencia de ella, planteando otras temáticas, como la crisis del mundo moderno y la necesidad de una profunda transformación bajo un orden socialcristiano (p. 276).

Una de las contribuciones de *Una Revolución del espíritu* es haber superado el encasillamiento político e ideológico de los intelectuales socialcristianos. Cabe recordar que muchos de los jóvenes cristianos, seducidos en las décadas del treinta y del cuarenta por el corporativismo, adhirieron posteriormente —aunque no sin reticencias— a los postulados de la democracia liberal. En el marco de la complejidad ideológica de un período caracterizado por conflictos políticos, luchas ideológicas y crisis económicas del capitalismo, la corriente socialcristiana fue acuñando un ideario político que estuvo en constante tensión con la modernidad, la Iglesia local y los partidos que la representaron.

Gorka Villar Vásquez
Pontificia Universidad Católica de Chile

Montevideo, ciudad obrera. *El tiempo libre desde las izquierdas (1920-1950)*

Rodolfo Porrini Beracochea. Montevideo: Universidad de la República, 2019, 333 pp.

Montevideo, ciudad obrera. El tiempo libre desde las izquierdas (1920-1950) es una adaptación para su divulgación de una tesis de posgrado *Izquierda uruguaya y culturas obreras en el «tiempo libre»: Montevideo (1920-1950)*, realizada entre 2005 y 2012 en el marco del programa de Doctorado en Historia de la Universidad de Buenos Aires.

Rodolfo Porrini, docente libre de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación de la Universidad de la República, autor de una vasta producción académica referida al movimiento obrero y el mundo del trabajo, nos introduce en este libro, a las representaciones y prácticas culturales colectivas e individuales de los trabajadores y las principales corrientes de la izquierda, en el uso del tiempo libre en Uruguay. El trabajo estudia y analiza las organizaciones anarquistas, socialistas y comunistas en su vínculo con las masas trabajadoras y los sindicatos obreros, en relación con las diversas dimensiones y ámbitos de sociabilidad obrera en los tiempos de no trabajo, durante un período que abarca las últimas tres décadas en la primera mitad del siglo XX.

Desde el título mismo, la obra polemiza con la visión e imagen construida de una sociedad montevideana de clases medias, exponiendo y revalorizando sus expresiones obreras y populares, estableciendo también una división conceptual entre lo obrero y lo popular. En este sentido, el libro vuelve sobre uno de los debates teóricos tal vez más relevantes de la historiografía del mundo del trabajo, en relación con ¿qué es la clase obrera o la clase trabajadora, cómo entenderla y cuáles son sus límites o fronteras?

Estructurada en seis capítulos, una introducción, conclusiones y un colofón, la obra se sustenta en un amplio corpus bibliográfico y documental; con una importante utilización de la prensa obrera de la época (tanto gremial como política), de testimonios a través de la historia oral, fuentes literarias y memorias, así como pictóricas que acompañan el conjunto del texto.

El argumento central recorre los seis capítulos a través de un abordaje cronológico y también temático, con una densidad descriptiva que va al detalle. Este, apunta a evidenciar los cambios y mutaciones en la percepción y prácticas de las izquierdas (y sus centros de influencia) en relación con el ocio y el tiempo libre. Como hipótesis plantea un cambio en las prácticas que va de la promoción e influencia de la *alta* cultura en los inicios del período, hacia la construcción de una cultura *alternativa* en las últimas décadas del tramo cronológico estudiado, y un cam-

bio en materia de concepción que ubica desde una cultura de la *revolución* a una de la *integración*, respectivamente.

En el capítulo primero, Porrini realiza una descripción de las transformaciones urbanísticas, sociodemográficas y culturales de Montevideo en la primera mitad del siglo XX. En particular, muestra la dinámica histórica de la sociabilidad urbana vinculada a la vida cotidiana y al uso del tiempo libre; los lugares de recreación (playas, parques y espacios verdes), el deporte (en particular el fútbol), el carnaval, el cine y teatro, los medios de comunicación (principales periódicos y radio), apuntando sus cambios y transformaciones, así como la participación en ellos de las distintas clases sociales, distinguiendo los elementos que hacían a la *alta* cultura y a la cultura *popular*.

El capítulo dos, visualiza los lugares donde los asalariados ocuparon su tiempo de no trabajo (haciendo distinciones en términos de género y generaciones), y hace una descripción detallada de las concepciones y principales críticas que comunistas, socialistas y anarquistas realizaban de los hábitos, comportamientos y prácticas culturales de los trabajadores y sectores populares, a las que caracteriza de iluministas y racionalistas. A lo largo del capítulo el autor ubica puntos de inflexión y evidencia una paulatina flexibilización de esas críticas, a la vez que señala también la transformación de ciertos hábitos y una readecuación de las propias organizaciones y su praxis, en lo que refería por ejemplo a los usos de los bares, el consumo de alcohol, la participación en el carnaval, y el fútbol.

A continuación, el siguiente capítulo grafica el proceso por el cual las izquierdas fueron aceptando como una necesidad para los trabajadores que el ocio adquiriera una forma recreativa, fomentando y organizando espacios propios dotando a los usos del tiempo libre de un sentido colectivo y alternativo. En este sentido, realiza un mapeo de los espacios de sociabilidad de las diversas asociaciones y sindicatos obreros, así como de los centros y ámbitos de socialización cultural de las izquierdas, y describe su evolución en distintas dimensiones, tanto territoriales como instrumentales, presentando como las diversas organizaciones fueron utilizando e incorporando en sus actividades culturales distintos instrumentos; las conferencias, oratorias y arengas, la radio, el teatro, el cine, la prensa periódica, etcétera.

Los capítulos siguientes abordan las diferentes formas que adquirieron las prácticas culturales alternativas de las organizaciones obreras y políticas de izquierda. Mientras que el capítulo cuatro describe detalladamente los lugares y prácticas de la cultura alternativa en los espacios cerrados, el quinto lo hace en referencia a los espacios al aire libre, y el sexto en relación con el deporte. Se recorren aquí la diversidad de ateneos y centros de estudio, escuelas y cursos de formación, llegando a las universidades populares de los años treinta, presentan-

do también un panorama sobre las diversas bibliotecas sociales, sus usos y lecturas, además de un abordaje detallado de las veladas culturales y sus transformaciones. Se detallan el uso de los espacios verdes en los formatos de picnics, su expansión y cambios en sus escenarios con la incorporación de las playas y costas, hacia la década de los cuarenta. Y se describen las prácticas del fútbol, las formas en que los trabajadores accedían a este deporte, y las principales ligas y campeonatos alternativos; como la Federación Roja del Deporte, la Liga del Centro Protección de Chauffeurs y la Federación Democrática de Football, además de las miradas y tensiones que suscitó el fútbol profesional y los campeonatos internacionales, como las Olimpiadas de 1924 y 1928, y los mundiales de fútbol de 1930 y 1950.

De este modo, los tres últimos capítulos presentan las distintas formas y construcciones por parte de la clase trabajadora y las corrientes de izquierda de una cultura alternativa a la cultura burguesa dominante.

La obra constituye un aporte para la historiografía del movimiento obrero y la clase trabajadora uruguaya, en la medida en que por un lado permite un acercamiento sobre los diversos usos del tiempo libre de los trabajado-

res y sectores populares en las primeras cinco décadas del siglo XX, mientras que por otro nos acerca a un estudio de las izquierdas en relación con el ocio y el tiempo libre. Se trata de una obra original en tanto presenta a partir de una dimensión ideológica y cultural un aporte al estudio y comprensión de la clase trabajadora y de las principales corrientes del movimiento obrero y la izquierda. En este sentido, se inscribe en una perspectiva historiográfica que busca revalorizar las dimensiones culturales y de la vida cotidiana en la construcción y reconfiguración histórica de la clase trabajadora y sus organizaciones.

Son diversas las preguntas que el autor a lo largo de la obra deja planteadas para continuar indagando sobre el tema, pero sin lugar a dudas la profundización del método, de diálogo entre las representaciones, las prácticas culturales y las condiciones de vida y trabajo que en ocasiones la obra ensaya y presenta en su dinámica histórica, podría sin dudas trazar nuevas líneas de investigación para profundizar y dotar de mayor integralidad las temáticas abordadas.

Lucía Siola
Universidad de la República

El Frente Estudiantil Revolucionario: antecedentes, nacimiento y represión

Rodolfo Gamiño Muñoz, Guadalajara: Taller Editorial La Casa del Mago, 2016, 208 pp.

Rodolfo Gamiño Muñoz se ha dedicado a investigar el Movimiento Armado Socialista Mexicano (MASM). En este libro analiza la movilización del Frente Estudiantil Revolucionario (FER) y el origen de tres grupos armados urbanos en Guadalajara, Jalisco: las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo (FRAP), la Unión del Pueblo (UP), y la Liga Comunista 23 de Septiembre (LC23S). *El Frente Estudiantil Revolucionario: antecedentes, nacimiento y represión* es un libro importante por varias razones. La primera, porque descentra la historiografía sobre los conflictos estudiantiles y juveniles, la cual le ha dado mayor atención a las movilizaciones estudiantiles de 1968 y 1971, centrándose en la Ciudad de México. La segunda razón es que contribuye en explicar otros contextos y exponer cómo operaron los mecanismos del Estado en esta región del país. En tercer lugar, presenta como los estudiantes y jóvenes de provincia se organizaron y respondieron a la violencia política.

Rodolfo Gamiño estructura su libro en 12 apartados desde los cuales despliega sus argumentos y principales contribuciones. El libro contiene una historia interesante: una historia del autoritarismo que dominó en Guadalajara durante los años sesenta y setenta, a través de la Federación de Estudiantes de Guadalajara (FEG). La FEG fue una organización ambigua política e ideológicamente y sumamente pragmática. La FEG sometió la inconformidad política y social de los estudiantes en la Universidad de Guadalajara, ejerciendo la represión con el apoyo del poder político local y federal. Ante esto, los estudiantes y jóvenes de los barrios de la ciudad de Guadalajara que habían sido reprimidos por la FEG, se integraron a grupos de izquierda: los Vikingos, las Juventudes Juaristas y las Juventudes Comunistas Mexicanas. Estos grupos cuestionaron las acciones violentas de la FEG y demandaron justicia, y posteriormente acordaron fundar el FER.

Precisamente, uno de los tres grupos que conformaron el FER, los vikingos, fueron objeto de investigación en otro libro de Rodolfo Gamiño. Por lo tanto, esta obra dedicada a la construcción histórica del FER viene a terminar el trabajo previo del autor.

El objetivo de la obra de Rodolfo Gamiño Muñoz es: complementar el proceso histórico que experimentaron los jóvenes vikingos al integrarse al proyecto de las Juventudes Juaristas, fusionarse con las Juventudes Comunistas Mexicanas y formar de manera conjunta el FER en los albores de los años setenta. Cómo establecieron ne-

xos comunicativos con múltiples movimientos estudiantiles y clandestinos a nivel nacional para conformar tres de los grupos armados socialistas urbanos más importantes durante la segunda mitad del siglo XX en la ciudad de Guadalajara: las Fuerzas Revolucionarias Armadas del Pueblo, la Unión del Pueblo y la Liga Comunista 23 de Septiembre [LC23S] (p. 15).

Para llevar a cabo este objetivo el autor consultó documentación alojada en archivos históricos y particulares, periódicos y revistas de la época, además de la elaboración de entrevistas. Se trata de un libro por demás pulcro y generoso en sus datos y referencias documentales.

Por medio de los testimonios orales es como reconstruye las acciones políticas del FER. Como ejemplo tenemos el capítulo titulado «Frente Estudiantil Revolucionario (FER)», que narra el inicio de las actividades de estos jóvenes durante el día del estudiante celebrado el 23 de mayo de 1970; el plan y la toma de la Casa del Estudiante que estaba en poder de la FEG; las discusiones en cómo moralizar-democratizar la Universidad de Guadalajara y la vida universitaria; y la fundación del FER.

Otro rasgo digno de mención es el argumento del autor al señalar que el cambio en las acciones políticas del FER, se debe entender como la radicalización de la movilización estudiantil y juvenil de Guadalajara. Esta etapa de radicalización desató una escalada represiva por parte de la FEG y del gobierno estatal.

En este sentido, Rodolfo Gamiño expone la estrategia que ejerció el Estado para atacar al FER: por una parte, el FER fue objeto de una campaña de desprestigio difundida en los medios de comunicación impresos. Por otra parte, el Estado desplegó a sus agentes policíacos que se dedicaron a detener y violentar a los militantes. Como consecuencia de estos embates, el FER entró en la clandestinidad y comenzó a prepararse para la lucha armada.

No obstante, mientras esta situación se desarrollaba, dentro del FER comenzaron a surgir diferencias ideológicas, había quienes simpatizaban con el maoísmo, algunos con el guevarismo y otros con el marxismo-leninismo. Esto llevó a que en septiembre de 1972 se realizaría una junta de disolución del FER donde acudieron sus cuadros más importantes, hubo quienes conformaron la UP y las FRAP, mientras que otros militantes buscaron adherirse a alguna organización armada que operaba en el país, después este grupo pasó a formar parte de la LC23S en 1973.

El libro se disfruta al leerse, todo ello es gracias a una excelente narrativa producto de horas de trabajo. Es evidente. Vale la pena leer el libro de Rodolfo Gamiño porque argumenta sus planteamientos a través de una plu-

ma depurada, que permite entender con claridad la gestación, el desarrollo y la desarticulación del FER.

El libro muestra el interés de Rodolfo Gamiño por rescatar la historia del FER, lo cual es muy positivo y sustancial para la historia contemporánea de México, que no deja de sorprendernos con esas décadas de violencia y represión. Así, *El Frente Estudiantil Revolucionario: antecedentes, nacimiento y represión* es una bienvenida a la ya voluminosa bibliografía sobre el MASM. Sin duda, hay críticas que hacer. El problema está en la importancia de tomar en cuenta a las otras agrupaciones —el Movimiento Estudiantil Profesional, Los Procesos, los Enfermos de Sinaloa, los Lacandones, el Movimiento 23 de Septiembre (M23S) y el

Movimiento de Acción Revolucionaria (MAR)— que conformaron junto con el FER a la LC23S, ya que no se puede estudiar a una de estas organizaciones en solitario porque estas organizaciones estaban relacionadas, mantenían redes de apoyo e intercambios de militantes. Aquí radica la principal limitación de la presente obra. Pero lo significativo reside en ser una obra de referencia para especialistas y aprendices en este campo de investigación.

Uriel Velázquez

Escuela Nacional de Antropología e Historia
(ENAH)

¡Cuotas No! El movimiento estudiantil de 1999-2000 en la UNAM

Marcela Meneses, México, Programa Universitario de Estudios sobre la Educación Superior, 2019

El trabajo de Marcela Meneses —joven investigadora en el Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM)— puede ser catalogado como uno de los mejores ejercicios interpretativos del conflicto que paralizó una de las universidades más importantes de América Latina durante más de nueve meses. Después de veinte años de aquellos acontecimientos, Meneses hace una necesaria evaluación de aquellas jornadas, partiendo de la constatación de que la movilización ha permanecido en la cúpula universitaria como un verdadero «secreto de familia». Ello contrasta y así lo hace notar desde la introducción, con otros momentos de tensión, que han tenido a la universidad como su epicentro, siendo el caso más evidente el del movimiento de 1968 que ha sido integrado plenamente en la narrativa oficial de las élites universitarias. Frente a este ejemplo en donde el movimiento es presentado como reivindicable plenamente en sus dimensiones civilistas, pacíficas y de víctima permanente de la represión; el de 1999 es simple y sencillamente imposible de ser procesado en los códigos, discursos y narrativas de las élites universitarias. El porqué de esta situación es el corazón de la obra que reseñamos en esta ocasión.

El primer capítulo sirve como gran contextualizador. Se ubican los referentes principales, los acontecimientos que rodeaban la movilización estudiantil, así como los grandes marcos interpretativos que, no se puede dejar de anotar, difieren radicalmente de los actuales. La investigadora de alguna manera orienta lo que después aparecerá como un eje explicativo de la actuación (los «errores y horrores») de un movimiento que respondía a una condición de exclusión, pero que él mismo era, en su composición y actuar, parte de ella: la radical depauperización de un conjunto de sectores de la sociedad que no podían sino sentir rabia, impotencia y enojo ante una realidad que se les presentaba como degradante y en cuyo porvenir solo se aseguraba más de lo mismo. Esta idea es muy importante y, de hecho, se mantiene como escenario explicativo de muchas de las conductas, acciones y tomas de postura que asumió el movimiento estudiantil. La sociedad mexicana tenía en sus des-heredados universitarios a unos jóvenes rabiosos, deseosos de revancha frente a unas élites que ni los comprendían ni los querían entender y en oposición directa de un sistema político al que no entendían, que tampoco querían entender y al que solo podían conceptualizar en grandes trazos como un gran enemigo. La suya

era, desde su punto de vista, una verdadera cruzada contra todo el poder que conspiraba para despojarlos aún más.

La acción que realizaron los jóvenes universitarios —en un rango de los 14 a los 35 años— estuvieron marcadas, además de la inexperiencia política de la mayor parte de ellos, por las principales referencias tanto positivas como negativas con las que tenían contacto. De las primeras destaca la presencia del Ejército Zapatista de Liberación Nacional; en las segundas el Partido de la Revolución Democrática y sus cada vez más débiles vínculos estudiantiles. Temporalmente, además, coinciden con las primeras manifestaciones de lo que durante un tiempo se conoció como movimiento *globalifóbico*, cuyo origen se dio en las protestas ocurridas en Seattle contra la Organización Mundial del Comercio. El rastreo que hace Meneses de las distintas corrientes al inicio del movimiento de huelga bien podrían disponerse a partir de su referencia a ambos actores de la vida política nacional y con un vínculo declaro con aquellos que se oponían, en cualquier lugar del orbe, a la globalización del despojo. Las corrientes que tienen una identidad diversa pero que actúan conjuntamente en el transcurso del movimiento, sin embargo, van perfilando horizontes distintos, en donde la convivencia plural de tendencias se anula y se da paso a un escenario de «todos contra todos», que devendrá en una escisión cada vez más evidente.

La autora nos entrega una descripción detallada de los acontecimientos que se fueron encadenando hasta el 20 de abril de 1999 cuando la UNAM se paraliza en su mayor parte; pero también de lo que sucedió desde esa fecha y hasta el 6 de febrero, día en el que se lanza una escalada represiva que rompe definitivamente el escenario de la confrontación y anula a un actor, al destruirlo en su único sentido unificador, es decir, mantener la huelga. Todo ello, sin embargo, no se hace con un fin meramente descriptivo, sino con la finalidad de construir una trama de significación en la que la dicotomía amigo-enemigo toma diversas formas.

Es esta la opción que Meneses desarrolla le permite ir reconstruye con un orden y un sentido claro numerosos hechos que en el despliegue aparecen como inconexos o dispersos. De las purgas internas al rechazo de la propuesta de los profesores eméritos, de los alambres de púas a las «consultas» a la población, de las movilizaciones en el Periférico a la pérdida de instalaciones hacia el final de la huelga; todos estos hechos pueden ser comprendidos a partir de un conjunto de razonamientos en los que la pureza política demarca al amigo del enemigo.

Es claro que algunos de estos momentos son más significativos a la luz de dos décadas. Así, por ejemplo, la propuesta de un grupo amplio y plural (con muchos problemas internos, por lo demás) de profesores eméritos, gana un espacio relevante, al ser un gran momento

de quiebre, en donde las partes definen sus estrategias maximalistas, perdiéndose la oportunidad —quizá la única— de recomponer los vínculos y mediaciones entre estudiantes y autoridades. Otros, menos significativos a la distancia, sin embargo, guardan gran peso en la memoria de los huelguistas: el asalto a las instalaciones de investigación de humanidades, la toma del estadio, la trifulca tras una marcha en Periférico, la acción violenta desconcertante y autonomizada de un grupo frente a la embajada estadounidense; estas, entre otras, expresan bien la forma específica que los participantes construyeron a su enemigo.

Una generación que había vivido la precariedad del neoliberalismo y cuyo destino no podía ser más que una profundización de esta, se enfrentó a la necesidad de hacer política y en el transcurso de este trayecto optó por clausurar todo análisis político. En el entendimiento de la mayoría de los huelguistas no existía una dimensión procesual o conflictiva del orden social, este era un todo homogéneo, sin fisuras, sin relaciones de fuerza entre actores diversos o eslabones débiles. Clausurado el análisis político se optó por el tono melodramático de su acción: un nosotros, el de los desheredados y precarios contra los *dueños del dinero*, es decir, los empresarios, los gobernantes, todos los políticos y las autoridades universitarias de todo nivel. En esta polarización en donde la política —es decir, la construcción de alianzas a partir de una evaluación racional de las contradicciones entre los diversos agentes— quedaba relegada, lo importante era quien se ubicaba del lado correcto de la historia, quien era lo suficientemente puro para aguantar la tentación de la negociación.

Negociación y traición quedaron tramadas, tanto en la disposición de una lectura de movimientos anteriores, como en una parte significativa del programa de acción. Si la negociación era impensable solo quedaba el tensionar la relación de fuerza a partir de la «acción contundente». Esta era la muestra más fehaciente que en un mundo corrupto por la acción del dinero, el movimiento de huelga resistía. Era, también, la prueba más contundente de que nadie podía (o debía) traicionar una línea que se consideraba de pureza. Es el tono melodramático que Bruno Bosteels ha señalado como una continuidad dentro de la izquierda mexicana desde 1968, en cuyo contenido se encuentra la moralización de la política, a partir de la operación central que consiste en la reducción esquemática entre bueno/malo.

Si en la construcción del enemigo el movimiento moralizó a partir de la idea de que del lado de las autoridades existía una gran conspiración que articulaba a los medios de comunicación que los estigmatizaban, el presidente que los amenazaba, pasando por los partidos de distintos signos políticos que buscan controlarlos; esto

se acompañó de un momento intermedio, que resultó aún más catastrófico en la lógica interna del movimiento. Se trata de la construcción del enemigo-traidor, es decir, del ex aliado que devino en oposición sobre el cual había que pasar por encima: golpeándolo, quitándole derechos, expulsándolo y denigrándolo tal como se hacía con el movimiento mismo. Es este uno de los momentos más significativos, pues da pie a la aparición de los tres grandes bloques: *la mega-ultra*, *la ultra* y *la moderada*. Más allá de la incoherencia ideológica o la diversidad organizativa, lo cierto es que estas regiones del movimiento operaban siempre a partir de una concepción de pureza. Si asumimos, con Lenin de por medio, que en la *aritmética política los números no suman igual*; podríamos decir que, con el movimiento del 99, todo número era equivalente y cualquier operación era una trampa en donde se perdía (vía la traición y la negociación). No había política posible: era todo o nada.

A este conjunto de problemas se debe sumar, inevitablemente, que el actor u opositor jugó sus cartas y arremetió violentamente, haciendo oídos sordos y provocando a los sectores más irracionales. Estos ganaban terreno ante cada acción represiva, ante cada denostación mediática y, sobre todo, cuando lograron quedarse asilados, mostrando que eran los verdaderamente «puros». Gran parte de los «errores y horrores», sin duda, fueron provocaciones por parte de los diversos niveles de poder, ya fuera por la vía de la represión, ya por la cerrazón. La construcción del enemigo con un formato maximalista tenía sentido, particularmente a partir del momento en que se renunció a cualquier opción de negociación.

Dos décadas después la lectura de un texto como el que ahora reseñamos no puede sino contrastar con los nuevos formatos que han asumido las movilizaciones al seno de la universidad. Sus códigos, lenguajes y referentes han cambiado y la ruptura con los que se desplegaron en 99 es demasiado evidente: aquel era un movimiento universalista, sostenía una organización centralizada, visible, que reclamaba un cariz público y sobre la cual se podía seguir puntualmente su discurso y acción; un movimiento que rechazaba el tono *securitario* y apelaba a la disolución de aparatos como el Tribunal Universitario; la cotidianidad se construía a partir de la brigada, el mitin y la marcha. Hoy, en un contexto diferente y con banderas diversas, todo esto aparece como incomprensible, conservándose, quizá, solo el tono melodramático que escinde entre buenos y malos.

Finalmente, el uso de los conceptos y referentes teóricos de Meneses expresa bien el proceso de una joven investigadora que, además del seguimiento puntual de acontecimientos y hechos, cuenta con una concepción adecuada y coherente. De Adolfo Gilly a E. P. Thompson, de Carl Schmitt a Ervin Goffman, la caja de herramien-

tas de la socióloga trabaja satisfactoriamente con testimonios que expresan la pluralidad que habitaba todos los rincones de la movilización. Dato, concepto y testimonio se conjugan de una forma adecuada, entregando un texto breve, de amable lectura y, sobre todo, pertinente. En tiempos de crisis universitaria un libro como este nos permite recordar senderos ya recorridos, pero también observar las radicales transformaciones al seno de las movilizaciones. Más importante aún, que la crisis que

produjo aquel estruendoso «secreto de familia» no se resolvió plenamente y estalla en aquellas comunidades que fueron abandonadas, dejadas a su suerte y arrinconadas premeditadamente, en un proceso de descomposición que no existía en 1999.

Jaime Ortega
Universidad Autónoma de México-Xochimilco

Convocatoria *Contemporánea* Volumen 14, año 12, 2021

Mecanismos de represión:
prácticas recurrentes del pasado y el presente

Coordinadoras:
Silvia Dutrénit Bielous (Instituto Mora-Conacyt), México
Bianca Ramírez Rivera (Conacyt), México

En la historia reciente latinoamericana se han configurado regímenes represores cuya tolerancia al cuestionamiento o a la oposición política y social ha sido poca o nula. Nombrándolo de diversas maneras, como *subversivo*, *delincuente* o *enemigo*, cada régimen categorizó qué sujetos o grupos eran potenciales amenazas para el sistema impuesto.

Como parte de sus estrategias represivas, estos regímenes diseñaron mecanismos y dispositivos para amplificar el control sobre la sociedad, y en particular en aquellos identificados como sus enemigos. De esa manera, la creación de redes de inteligencia (públicas y secretas), grupos armados estatales y paraestatales (policiales o militares), espacios de concentración clandestinos, tortura sistemática e implantación de una cotidianidad de miedo y censura, constituyen algunos de los mecanismos de represión que han sido puestos en funcionamiento para callar, sofocar y aniquilar cualquier atisbo de oposición.

Si bien algunos de estos mecanismos fueron implantados en América Latina durante las dictaduras de Seguridad Nacional, casos de fechas más reciente dan cuenta de que las prácticas y dispositivos de control continúan funcionando. La desaparición y asesinato de Santiago Maldonado en Argentina, o el creciente número de periodistas asesinados en México, son ejemplos que evidencian la recurrencia y reinención de los mecanismos de represión.

En ese sentido, el objetivo del dossier es conjuntar y dialogar en torno a diversas miradas sobre algunos de los mecanismos y estrategias represivas que, implementados en diferentes latitudes de la región latinoamericana, se han instalado en el pasado, otros continúan y algunos más se han reinventado para aplicarse contra nuevos sujetos políticos y sociales.

Este dossier convoca a la presentación de trabajos que ubiquen el análisis en diferentes latitudes y que con lentes de distintas disciplinas se enfoquen en los estudios acerca de espacios, estrategias y técnicas para reprimir. El enfoque multidisciplinario ofrecerá una visión comprensiva de acontecimientos coyunturales de la región.

Presentación de originales

Los artículos deberán ser inéditos y tener entre 8000 y 10.000 palabras, incluyendo notas y bibliografía según reglas adjuntas. Se recibirán archivos en los formatos .doc, .odt y .rtf a <revistacontemporanea2010@gmail.com> con copia a los coordinadores del dossier: sdutrenit@institutomora.edu.mx y bpramirezr@gmail.com hasta el 15 de diciembre de 2020.

- Los autores deben enviar un cv abreviado (dos páginas) y sus datos de contacto. Se debe incluir un resumen de entre 100 y 150 palabras con una selección de cuatro palabras clave. El resumen y las palabras clave deben ser enviados en el idioma del artículo y en inglés.
- Los textos serán sometidos a arbitraje anónimo por dos especialistas en el tema si el Comité Editorial decide que coinciden con la línea general de la revista. Los árbitros tendrán tres semanas para la evaluación y recomendarán «publicar», «publicar con modificaciones» o «no publicar». Se enviarán sus argumentos a los autores, quienes, cuando corresponda, tendrán dos semanas para revisar sus textos.

También se recibirán

- reseñas de libros (entre 1000 y 1200 palabras; con énfasis en la descripción sobre la opinión; sin notas al pie) de textos publicados en los últimos cinco años que tengan que ver con la temática general de este número;
- ensayos bibliográficos (entre 3000 y 4000 palabras; con énfasis en la opinión sobre la descripción; con notas al pie según reglas adjuntas) que tengan que ver con la temática general de este número;
- reseñas de eventos (entre 2000 y 2500 palabras; con notas al pie según reglas adjuntas) vinculados al tema de este número y realizados en el año inmediatamente anterior a su publicación.

El Comité Editorial decidirá sobre la pertinencia de estas colaboraciones.

Formato

Todos los textos deberán estar en tipografía Times New Roman, tamaño 12, interlineado 1,5. Notas al pie en cuerpo 9. A efectos de facilitar el formato, sugerimos descargar la plantilla base de la Unidad de Comunicación y Ediciones de la Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación donde figuran los estilos para las diferentes jerarquías y formatos de párrafo: <<https://drive.google.com/open?id=oB5anA5hrkyDNFZPTFFrbyifSGs>>.

Las citas textuales de menos de cuarenta palabras se incluirán entrecorridas (sin cursivas) en el texto. Si superan esa extensión, aparecerán en párrafo aparte, sin comillas ni cursivas, en cuerpo de letra 10,5 con espaciado a izquierda y a derecha de 1,5 cm o en estilo «Cita», de la plantilla mencionada.

Al final de cada artículo se incluirá una lista de referencias bibliográficas y de bibliografía consultada.

La bibliografía y fuentes se citarán de acuerdo a las normas APA, según se detalla en las *Pautas de Estilo FHCE* (disponibles en <<https://www.fhuce.edu.uy/index.php/comunicacion/identidad-grafica>>, seleccionar «Pautas de estilo y presentación de originales»).

Las reseñas de libros deben incluir el número de página en cada uno de los fragmentos citados.

Contemporánea es una revista académica de frecuencia semestral. Publica artículos en español, inglés y portugués sobre historia y problemas del siglo XX en América Latina. Se edita en Montevideo con apoyo de la Universidad de la República. Su contenido está indizado en Latindex. Versión digital (ISSN: 1688-9746) disponible en <https://ojs.fhce.edu.uy/index.php/cont>.

Comité Editorial: Jimena Alonso, Magdalena Broquetas, Inés Cuadro, María Eugenia Jung, Aldo Marchesi, Vania Markarian, Diego Sempol, Isabel Wschebor, Jaime Yaffé.

Dossier: La universidad en disputa. Política, movimientos estudiantiles e intelectuales en la historia reciente latinoamericana

Presentación

Nicolás Dip y María Eugenia Jung

Militancia, docencia y política en la prensa estudiantil
del Instituto Superior de Educación Física del
Uruguay 1960-1962

Paola Dogliotti

La disputa por la Federación de Estudiantes de la Universidad
de Sonora 1967-1968

Denisse Cejudo

Política, universidad y peronismo. Lecturas desde el caso de
la FURN de La Plata 1967-1972

Nayla Pis Diez

Desarrollo, planificación y política universitaria. Proyecto y
creación de la Universidad Nacional de Luján 1969-1972

Analia Gómez

La universidad como «campo de batalla». Tres escenarios de
participación política de jóvenes católicos radicales
anticomunistas en México 1934-1975

Mario Virgilio Santiago Jiménez

La lucha estudiantil por el ingreso a la Universidad de Buenos
Aires durante la última dictadura en Argentina 1976-1983

Guadalupe Seia

Cuatro caminos de interpretación. Política, izquierda y
cuestión universitaria en la historia reciente latinoamericana

Nicolás Dip

Entrevista a José Rilla

Bibliográficas